This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

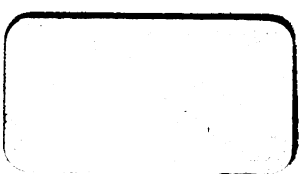
Digitized by Google

[redacted]

G868.8 M361 A2 1900 V.3
LAC

THE LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

G868.8
M361
A2
1900
v.3



Digitized by Google

GG-9

JUN 2
FEB

Digitized by Google

Digitized by Google

CALL NO.
G868.8
M361
A2
1900
v.3

SEP 29 1947

TO BIND PREP.
DATE 8-13-47
NEW BINDING [✓]
REBINDING [ ]
REGULAR [✓]
RUSH [ ]
STORAGE [ ]
BUCKRAM [✓]
SPECIAL PAM. [ ]

AUTHOR AND TITLE
Martí, José
Martí.

CATALOGUER Wilson
RETURN BOOK TO Latin American
GLUED-ON [ ]
LACED-ON [ ]
STUB FOR:
T.-P. AND I. [ ]
LACKING NOS. [ ]
SPECIAL BOOK PLATE [ ]

CATALOGUE DEPT. BINDING INST.

Digitized by Google

Digitized by Google

Martí.

Digitized by Google

Digitized by Google

Martí.

EN LOS ESTADOS UNIDOS.

VOL. III.

HABANA.
GONZALO DE QUESADA,
EDITOR.
MCMII.

Digitized by Google

Digitized by Google

THE LIBRARY
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

Este volumen, el tercero de las obras del Maestro, se publica en momentos memorables para la Patria. Coincide la fecha de su terminación con la del comienzo de la República. El tema del libro es el estudio perspicaz y brillante del país con quien vamos á vivir estrechamente ligados. En otros tomos se verá cómo ahondó aún más en la Sociedad Americana el gran desaparecido.

Sirvan estas líneas, no de introducción,—que los trabajos del cubano Heredia y del guatemalteco Estrada, otros dos grandes desaparecidos, y la del venezolano Bolet Peraza, consecuente amigo de él y de Cuba, son digno y hermoso prólogo,—sino como prueba de mi eterno recuerdo y de mi imperecedero amor.

Gonzalo de Quesada.

Florida Collection
1947
Digitized by Google
BOUND JAN

Digitized by Google

EN LOS ESTADOS UNIDOS.

Digitized by Google

Digitized by Google

LA OBRA DE MARTÍ

EN SU RELACION CON LOS ULTIMOS SUCESOS.

(Discurso del † Sr. Nicolás Heredia.)

Digitized by Google

Digitized by Google

THE LIBRARY
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

Señoras y señores:

Por primera vez debemos celebrar sin luto el aniversario de la muerte de Martí. Las conmemoraciones anteriores de esta fecha siempre viva, inolvidable, coincidían con la angustiosa incertidumbre que engendraban en nosotros las obscuras perspectivas del problema cubano, si resuelto en principio por nuestra afirmación perseverante de ser libres ó morir, cada vez más complicado por las oscilaciones é incidentes que perturban los propósitos más nobles y legítimos. En 1896 nos oprimía la ansiedad que una lucha desigual había de producir, hasta en los optimistas más tenaces, penetrados de la condición desventajosa en que combatían nuestros hermanos. En 1897 hacía más densas nuestras sombras el crimen sin igual de la concentración de campesinos pacíficos decretada por el general Weyler con horror é indignación del Universo. Pero en 1898 las circunstancias son distintas; la velada que ofrecemos á la memoria del mártir de Dos Ríos ha dejado de ser un funeral para convertirse en una fiesta. ¿Cómo enlutarnos, cómo entristecernos si hoy rebullen sus cenizas con el

Digitized by Google

júbilo inmenso que ha llevado á su sepulcro el cumplimiento de su obra?

Pues bien, señores, hablemos de esta obra que es hablar de su autor y también de nosotros, ya que nadie, ni en la emigración ni en el suelo infortunado de la patria, ha podido sustraerse á las profundas emociones de este drama.

La guerra actual de Cuba ha sido una revelación no sólo para el mundo sino también para muchísimos cubanos ignorantes de las poderosas energías que atesoraba su país. A este fin, debo recordar una frase sugestiva y profética que me dijo MARTÍ tres años antes de la revolución del 24 de Febrero, y que después se ha repetido con frecuencia por haberla confirmado los acontecimientos posteriores. Me preguntaba mi opinión sobre el levantamiento proyectado y yo le dije con franqueza que en la atmósfera de Cuba no existían síntomas visibles de las tempestades que él soñaba. Pero usted—me contestó—me está hablando de la atmósfera y yo le hablo del subsuelo.

Su prodigiosa predicción entonces enigmática como las respuestas misteriosas del oráculo, resultó comprobada por los hechos, y vimos á su tiempo cómo brotaban en tumulto las corrientes subterráneas de la conciencia popular que arrollaron á su paso el edificio secular de la colonia. Desde entonces he venido observando cómo ha actuado esa fuerza, sobre todo en las horas de crisis, porque la fortaleza y la

Digitized by Google

prudencia que el cubano ha desplegado en este lance capital no sólo aseguraban su victoria en el momento del peligro sino que nos daban una norma racional y segurísima para medir sus aptitudes frente á otros problemas, los planteados por la paz, por la organización de la República, aunque no tan pavorosos, más difíciles, tal vez, que los planteados por la guerra. Y es lo cierto que nunca se ha ofrecido un ejemplo más completo de solidaridad, de armoniosa concurrencia entre el esfuerzo militar cuya acción persistente no ha cedido ni siquiera una línea ante los desastres más terribles y el espíritu tenaz de esta emigración disciplinada y ejemplar que á cada mala nueva templaba el corazón y centuplicaba el donativo, como si nuestras mismas desventuras nos brindaran un tesoro inagotable para reponer seguidamente la sangre con la sangre y el oro con el oro.

Por eso los peligros nunca han sido tan grandes como la voluntad de conjurarlos; y el mayor era, señores, el peligro de la intriga. El esfuerzo material de España para sojuzgar á los rebeldes, con haber sido estupendo, en realidad extraordinario, nada significa comparado con la maquiavélica política que le impuso su impotencia en el terreno de las armas. Nadie ignora hasta dónde ha llevado sus ardides para conseguir por medio de la astucia y la perfidia lo que no pudo conseguir por medio de la fuerza. El león enflaquecido, en humilde

Digitized by Google

apostura mendigaba un arreglo renunciando á su pasado, desmintiendo su historia, ofreciéndolo todo á cambio de una almena en que izar su bandera aborrecida. Mas como la llamada acción política sólo tuvo por respuesta la indiferencia ó el desprecio, tomó entonces el camino acostumbrado, el camino del soborno, y organizó un mercado de conciencias averiadas pagando los desperdicios de la revolución á precios fabulosos. Yo no sé de un espectáculo más depresivo y humillante ni de un reto más audaz é indecoroso á la dignidad y honor de todo un pueblo. Pero ya hemos visto el desenlace: los mensajeros del soborno han dicho al mundo con su trágico fin que en la República Cubana las leyes más severas se dictan y se cumplen. Y hago caso omiso de los que olvidaron sus deberes y traficaron con su honra porque han sido tan pocos y son tan conocidos que no es preciso que manchemos nuestros labios con sus nombres.

Me he fijado en estos dos aspectos del conflicto, porque revelan un sentido político y un sentido moral sin los cuales la gran obra de MARTÍ se hubiera malogrado. Yo jamás llegué á temer que la muerte de la revolución pudiera producirse por la descomposición ó desintegración de su organismo militar, pero sentía vivísimas alarmas ante los procedimientos tortuosos, disolventes, de un gobierno sin dignidad y sin escrúpulos que hizo pacto con todo género de infamias. Todos hemos visto la

Digitized by Google

variedad de planes y recursos que puso en movimiento para lograr, con más ó menos vilipendio, la consumación de su propósito, y hemos visto también la ridícula inconstancia con que ha saltado desde un régimen de fuerza brutal y descarado á un régimen hipócrita, que no otra cosa significa la asendereada autonomía, desde la amenaza á la sonrisa, desde el marqués de Tenerife al marqués de Peñaplata, agotando de paso, sin éxito y sin gloria, cuatro acciones distintas: la acción militar de Cánovas, la acción política de Sagasta, la acción diplomática de Dupuy De Lome, la acción económica de Congosto y basta—no sé cómo llamarla—la acción espiritual ó religiosa de León XIII.

Vencidos estos riesgos por nuestra actitud firme y resuelta, pudo José Martí dormir tranquilo, seguro de que el triunfo de Cuba era inevitable. Los problemas políticos tienen también sus soluciones algebráicas, y la revolución para vencer sólo necesitaba sostenerse. Nuestro aliado es el tiempo, ha dicho el General Máximo Gómez, porque nuestros elementos, más que físicos, son elementos morales y se elevan á la cúspide de las virtudes más sublimes resistiendo con ánimo indomable á la naturaleza y á los hombres.

Un problema planteado en esta forma tenía que terminar, ó por el exterminio total de los cubanos, ó por la exhaustación económica de España, ó por la intervención de otro país. Yo

Digitized by Google

no sé si MARTÍ contaba con este tercer aspecto del problema; mas no era absurdo suponer que prolongada la contienda y exacerbada la crueldad histórica de España, un factor extraño y decisivo intervendría allanando el camino y coadyuvando, á falta de otro, por razón de humanidad, á la redención del pueblo heroico y oprimido. Ese factor estaba designado por su proximidad á la isla ensangrentada, por la inmensidad de sus recursos y, sobre todo, por la índole elevada y generosa de sus instituciones admirables.

No sería por cierto la América latina, todavía sin horizontes diplomáticos y absorta únicamente en sus cuestiones interiores; ni Francia olvidada de sus gloriosas tradiciones por los compromisos é intereses de su pseudo-república utilitaria y calculista; ni Inglaterra que ha hecho siempre de la política exterior un negocio lucrativo, como lo prueba Chipre escamoteada y el Egipto indefinidamente retenido; ni tampoco Alemania, empeñada en revivir el concepto de la autoridad y del poder ajustado en los moldes medio-evales; ni Rusia, símbolo del despotismo y del atraso intelectual; ni mucho menos Austria, cuna de la Archiduquesa Regenta y cruzado y portavoz de toda clase de reacciones; ese papel se reservaba á la patria de Washington y Lincoln, á la colectividad maravillosa que ha peleado siempre por causas nobles y supremas, que peleó primero por su gloriosa independencia y

Digitized by Google

después por la libertad de sus esclavos; á la tierra hospitalaria que ha abierto á los cubanos proscritos y errabundos el único palenque no obstruído por las persecuciones y amenazas de sus dominadores y verdugos.

Todos los que se familiarizan con la historia han podido observar la multitud de agentes, unos principales y otros accesorios, que concurren á la producción de un resultado, y en esto de la intervención el fenómeno se repite poniendo en juego muchas causas que van al mismo desenlace por caminos diferentes. La tenacidad batalladora del cubano, la belleza indiscutible de su empeño, le atrajeron las más ardientes simpatías de la opinión americana; en cambio, la barbarie española sublevó la conciencia de este pueblo que no pudo tolerar, primero sin protesta y luego sin castigo, las horrendas maldades perpetradas á sus puertas por los incorregibles descendientes del duque de Alba y Torquemada. La ola de la indignación fue corriendo del periódico á la masa, de la masa al Capitolio, del Capitolio al Presidente, hasta culminar en el conflicto que actualmente presenciamos. Pero, aparte de estos hechos, hay la curiosa coincidencia de que rija los destinos de España uno de esos hombres sobre los cuales se condensan todas las responsabilidades anteriores como si fueran instrumentos obligados de fatales expiaciones y de los mayores cataclismos. Me refiero al señor Sagasta, que es el liquidador

Digitized by Google

predestinado de los malos negocios de su gente. En 1872 era Presidente del Consejo de Ministros y se sublevaron los carlistas; en 1874 era Presidente del Consejo de Ministros y se verificó el pronunciamiento de los alfonsinos en Sagunto, cayendo la República; en 1895 era Presidente del Consejo de Ministros y se sublevaron los cubanos; en 1898 es Presidente del Consejo de Ministros y estalla la guerra entre esta República y España. El señor Sagasta, como Godoy, como Polignac, como Olivier, es el hombre de los tristes destinos y de las bancarrotas más tremendas.

¡Y qué bancarrotas! Porque no se trata ya de la situación desesperada, horripilante, creada por tres guerras en cuyo abismo ha arrojado España sin provecho todos sus tesoros y soldados; no se trata ya de reveses tan completos como el que ha ensangrentado las aguas de Manila para eterno renombre y gloria inextinguible del almirante Dewey y la marina americana; no se trata ya de la pérdida irremediable de los restos de su imperio colonial; se trata de una crisis interna que disuelve sus elementos tradicionales, de una sacudida general cuyos primeros exponentes son las turbas famélicas que días atrás se lanzaban á la calle sin enseña conocida y aullando por el pan; como si una Providencia vengadora castigara en su estómago extenuado el delito abominable de hacer morir de hambre á millares de cubanos.

TxU

Digitized by Google

Señores: si reflexionamos sobre este cuadro inmenso y trágico que se desarrolla á nuestros ojos y en el cual se han introducido nuevos intereses y elementos que convierten la cuestión de Cuba en cuestión universal, porque aparte de la lucha por las armas de los Estados Unidos con España, hay el duelo sordo, el duelo diplomático entre las potencias europeas llenas de recelos y ambiciones; si llevamos la mirada al punto de partida, hay que convenir en que este torbellino de sucesos reconoce un motor: José Martí. Hasta ayer pudo juzgársele como una celebridad puramente local, como un agitador é iluminado que en su estrecho escenario provocó la resurrección de un ideal que muchos creían muerto, y con la resurrección de ese ideal la brega más porfiada que registran los anales de la América latina; pero las derivaciones de su obra, la ingerencia de un pueblo poderoso en la contienda, la angustiosa espectación del mundo entero, han engrandecido su figura de tal modo que al escribirse esta página de historia habrá que partir de él; pues aunque sin él lo que había de suceder hubiera sucedido, es lo cierto que por él se precipitó la solución y se abreviaron los dolores de Cuba esclavizada.

Yo siempre me he explicado la cuestión hace tiempo debatida sobre si los grandes caracteres son causas ó productos de la situación histórica en que actúan, por el mutuo influjo de agentes que coinciden y se suman en un momento

Digitized by Google

decisivo. Sin embargo, respecto de MARTÍ casi estoy por rectificar esta creencia. La correlación, la concordancia entre el hombre excepcional y su medio nunca fué muy visible ni aun en los últimos días de su fervorosa propaganda antes de que la acción confirmara sus proyectos. La predisposición social no parecía corresponder á sus reclamos, y los que estábamos en Cuba somos testigos de la indiferencia, mejor dicho, del disgusto con que eran acogidas las insinuaciones de próximos trastornos. El partido autonomista, si abatido por su inmenso fracaso, se aferraba á la inercia como el enfermo que se aferra á su lecho pidiéndole ya que no la salud, por lo menos el descanso. Claro está que he prescindido del subsuelo, porque los más no alcanzábamos á sondear sus profundidades misteriosas, pero en cuanto abarcaba nuestra vista sólo distinguía el paisaje desolado que el recuerdo del Zanjón presentaba á los patriotas más vehementes como una lección inolvidable.

El mérito mayor, la gloria de MARTÍ consiste, precisamente, en haber modificado y destruído la depresión moral en que vivíamos, siendo el despertador del pueblo aletargado, la imagen viva del apóstol y el caudillo que enseña y organiza, que impulsa y disciplina, que predica cuando la predicación es necesaria y que muere por su credo cuando el sacrificio lo demanda. Como personaje histórico-político es un tipo admirable de fidelidad, de con-

Digitized by Google

sagración completa á la causa que estimaba redentora; como carácter y cerebro un insigne modelo de labor inteligente subordinada á la empresa patriótica á que estuvo consagrado en cuerpo y alma. Tal vez su misma soledad estimuló sus aptitudes, haciendo de él el hombre múltiple y llevándole á improvisar iniciativas que siempre se reparten entre muchas voluntades tratándose de una empresa tan difícil y compleja como la de libertar una colonia después de cuatro siglos de dura servidumbre. Por eso lo fué todo: tribuno, publicista, conspirador, apóstol y guerrero. Injusticia monstruosa, imperdonable, sería olvidar la tremenda pesadumbre del trabajo que echó sobre sus hombros, y negar ú obscurecer lo que hay de personal, de propiamente suyo, en este resultado que hoy nos abre las puertas de la patria redimida.

Nuestra gratitud, por tanto, ha de ser profunda y perdurable, si bien es necesario que sepamos practicarla. España, señores, se retira al fin de Cuba, pero cumpliendo su programa feroz de dejarla convertida en un montón de escombros y cenizas. Uno á uno se ha complacido en descuajar todos nuestros elementos, hasta los más rudimentarios de cultura y de riqueza, para que la nueva república no pueda subsistir ni constituírse. Ha roto y esparcido la familia cubana, ha arrasado nuestras propiedades, ha extirpado hasta los frutos más humildes de los campos y cuando no ha ma-

Digitized by Google

557919

tado ha envilecido. No nos deja nada, salvo el recuerdo de sus crímenes y la resolución suprema que abrigamos de fundar sobre el viejo solar una nueva sociedad. Pueden suponerse los esfuerzos inauditos, la suma colosal de abnegación y de patriotismo que hemos de llevar á la reconstrucción del edificio, sobre todo en presencia de un aliado que es, al mismo tiempo, nuestro juez.

Nunca con mayor razón debemos repetir, aplicando su enseñanza á nuestra situación especialísima, las célebres palabras de Gambetta: «Ha acabado la era de los peligros, pero principia el período de las dificultades.» Con el solemne compromiso de compensar las desdichas pasadas mediante la recta dirección de los destinos del país sin la tutela ignominiosa de una metrópoli ignorante y opresora, tenemos el deber de desmentir la siniestra profecía que niega á nuestra raza la capacidad de gobernarse bajo instituciones democráticas sin el doble peligro del caudillaje y la anarquía. Y sean cuales fueren los vicios de carácter que haya podido trasmitirnos la nación progenitora, la vecindad y el influjo bienhechor de esta república modelo han podido sustraernos á los dos fundamentales; me refiero al servilismo monárquico y al fanatismo religioso. Además, nos constituímos en nación independiente, no en los principios como las otras nacionalidades de la América española que por esta circunstancia pagaron su tributo natural al atraso de

Digitized by Google

los tiempos, sino en las postrimerías de nuestro siglo, cuando ya los pueblos tienen una clara percepción de sus derechos y deberes. Si como todos esperamos, nos asiste la prudencia, si el heroísmo y la constancia probados en la guerra se traducen en las virtudes de la paz, de una buena política, entonces sí podremos afirmar con legítimo orgullo que la sangre de MARTÍ no ha sido inútilmente derramada.

Digitized by Google

Digitized by Google

JOSE MARTÍ COMO LITERATO.

(Discurso del Sr. Nicanor Bolet Peraza.)

Digitized by Google

Digitized by Google

Señoras y señores:

Faltara yo á la lealtad de mi carácter, si antes de entrar á cumplir el encargo con que me ha honrado la Suprema Corporación directora de este homenaje del dolor cubano, no declarase, como declaro, que los señores del Cuerpo de Consejo, si buscaron en mí la suficiencia para tan elevada tarea, erraron en su apreciación, y trajeron á este lugar al orador que menos lucimiento podía contribuír á darla, cuando la verdad es que el objeto y la ocasión reclamaban una palabra plena de poder y rebosante de sabiduría; para lo cual no tenían ellos sino tomar de la mano á cualquiera de los elocuentes oradores de su seno, que en varias ocasiones han llenado este mismo recinto y arrebatado de entusiasmo á este mismo auditorio con sus oraciones admirables.

Pero acaso se diga ó piense, que si los que generosamente pusieron á gravitar sobre mí tan poderosa honra pudieron exagerarse mis alcances, tocábame á mí el declinarla, por enorme y abrumante. Y así, en efecto, lo hubiera yo hecho, á no ser que apelóse, más que á mi entendimiento á mi corazón, que-

Digitized by Google

riéndose, como se quiso, que de la labor literaria del Grande Hombre á cuya esclarecida memoria conságranse estos tributos, hablase un cariñoso confidente de sus expansiones artísticas, un amigo del alma, de quien él se decía, con su genial liberalidad, hermano en las Letras hispano-americanas.

Aquí me tenéis, pues, sin otro caudal que el caudal de mi admiración por aquel talento insigne. Y no estoy solo; porque se me antoja que puedo hablar también por mi patria, por la juventud de Venezuela, toda una legión de doloridos en la muerte del Maestro; pues ha de saberse que durante aquellos ya lejanos días de la peregrinación que José Martí emprendió por los pueblos de América en pos de calor para la idea redentora que le absorbía, fuese á Caracas, y allí como en México, y como en Centro América y como en otras partes del Continente, atrajo á su derredor á las almas jóvenes y levantadas, á escritores y poetas, á tribunos y á filósofos, á cuanto daban, lozano y vivo, como flor de regeneración y fruto venidero de grandeza, aquellas tierras.

La época de su viaje á Venezuela era por demás adversa para hacer propaganda de dignidad y de luz. Consultóme su resolución el infatigable peregrino, y traté de disuadirle de ella, mostrándole mi triste avío de proscrito y las laceraciones de mi alma por causa en espíritu idéntica á la gran causa de libertad que á él le animaba. El Poder de entonces era

Digitized by Google

opresivo en mi patria. El Exito corruptor, con su mano guantada de oro, todo lo acallaba, y sólo tenían voz, el ditirambo en la literatura, la denuncia en el periodismo, la loa bizantina en la tribuna. MARTÍ, no obstante, se fue allá, y quiso escribir, y escribió sobre libertad y sobre decoro. Estas solas palabras, sin necesidad de glosa alguna, constituían delito suficiente para el destierro. MARTÍ las pronunció, y tuvo que abandonar de prisa nuestras playas, dejando tras de sí un pueblo amigo, una juventud adicta, un recuerdo abrillantado con amor y honra.

Yo traigo aquí, en mi corazón, las palpitaciones de cariño de aquella ilustrada juventud, hoy libre y altiva, toda ella famosa en las letras, útil en las ciencias, trascendente en la política. Yo traigo también su duelo filial para asociarlo al de los hermanos del Maestro, en este momento solemne é histórico en que se conmemora su heroica muerte, al estruendo de la única salva digna de sus funerales: la del cañón que abre radios ardientes á la Libertad de su patria.

Háseme señalado, para llenar mi parte en esta solemnidad, el estudio de la índole literaria de JOSÉ MARTÍ, y la exposición de la naturaleza, magnitud y espíritu de la labor que como hombre de letras llevó á cabo.

Para que me fuera, al igual de grata, fácil y mejor ordenada esta tarea, necesitaría tener en la mano el hermoso libro que MARTÍ en-

Digitized by Google

grosó con las múltiples y variadas producciones de su talento. El libro está escrito, pero sus páginas andan dispersas. Son hojas de periódicos, son pliegos de revistas, son cartas políticas ó íntimas, son desahogos poéticos, son discursos tribunicios ó académicos; son quejidos, profecías, apelaciones, apóstrofes, ensueños, esperanzas, asuetos del espíritu en los senos del Arte, ecos de la lira ó fanfarria de la guerrera trompa; poesía y tribuna; toda una vida, breve pero sin reposo, vida de ideales y de trabajo redentor, dejando aquí y allá, en rápido paso, en vertiginosa agitación, esas páginas sin concierto aparente, que un día habrán de ser recogidas por el biógrafo del hombre y por el historiador de su causa, y que formarán la prueba elocuente de que en MARTÍ escritor, en MARTÍ poeta, en MARTÍ orador, no hay sino un solo artista: modelador, cantor y animador de su ideal adorado: la joven patria cubana.

El periódico, sobre todos los otros medios de hacer viajar el pensamiento y de perpetuar la palabra, fue el que MARTÍ prefirió. El libro se escribe en el total reposo del ánimo; el periódico se escribe bajo la fiebre cerebral que producen las grandes impresiones del momento y bajo el espoleo de las graves circunstancias. El libro es para enseñar; el periódico para mover. El libro es para ser leído tranquilamente, al calor del hogar y al dulce arrullo de sus encantos; el periódico, por el contrario,

Digitized by Google

es para ser leído en la plaza pública, en las calles, en las lonjas, en medio del torbellino de las pasiones y de los intereses. El periódico, en fin, con su lenguaje ardiente, con su prisa de pensamiento, con su nervioso estilo, es el vehículo natural y apto de la palabra imperiosa de una causa sacrosanta, que pide á las madres sus hijos, á las hermanas sus hermanos, á las mujeres sus maridos; y ¡que queden sin varones los hogares, porque hay que destrozar cadenas y crear la Patria!

Bolívar no hizo libros con lo mucho que sabía, ni con lo mucho que alcanzaban su poderosa imaginación y su palabra refulgente. Si se le hubiese antojado ganar una muelle poltrona y colgarse al cuello el tejo de oro que otorga á sus miembros la Real Academia Española, habríase sentado morosamente á su bufete, y compuesto volúmenes de ciencia y arte que fueran con justicia admirados. Pero no aspiró él nunca á la banal satisfacción de oirse llamar de Excelencia en el recinto de cuarenta somnolientes jubilados, sino que sentíase llevado por su genio y por el Destino á empresas sobrehumanas que habían de ganarle el título excelso de Libertador, por aclamación de cinco pueblos americanos redimidos y confirmados por la admiración del mundo.

No escribió Bolívar libros, sino proclamas, constituciones, memorias, pronunciamientos, protestas, fulminaciones y partes de victorias. Una sola vez fue arrebatado su genio en alas

Digitized by Google

de la poesía, y fue para soñar en la videncia del delirio, grandeza para la América, desde la elevada cima del inmenso Chimborazo.

Como Bolívar, MARTÍ escribió para la mente del pueblo y habló para el corazón de los pueblos. En esas páginas veloces del periodismo, en esos documentos de organización inicial de la lucha, en esas sus cartas íntimas, en las cuales vertía toda su alma ó hablaba de la patria que llevaba en el corazón, con el lirismo de los antiguos profetas ó con la ternura de un enamorado rendido y fino; en sus discursos todos, en que se agolpan, truenan y se inflaman las ideas, como si en el cerebro de donde partían estuviesen ganándose ya las batallas de su ideal, es en donde hay que estudiar al prosista y al poeta.

Pero nó; que de su inspiración en este último ramo de las letras, sí nos dejó obras foliadas que todos sus amigos guardamos con cariño, tanto más valiosos aquellos pequeños libros, cuanto que sobre su portada llevan siempre, con alguna fineza del afecto, el autógrafo nombre de su autor. Refiérome al *Ismaelillo* tan celebrado y á los *Versos sencillos*, que la prensa hispano-americana reproduce sin cesar.

Antes de ocuparme en esos preciosos versos de MARTÍ, quiero dejar señalada una observación que guía al conocimiento de la Musa que le inspiraba; con lo cual se justificará además, que, en el presente estudio, circunscrito como debiera ser, á la faz literaria del egregio cuba-

Digitized by Google

no, no me sea posible aislarle absolutamente dentro de tal medio, sino que á cada paso he de rozar con los relieves de su armadura como campeón de una causa á que consagrara todas las energías militantes de su espíritu. En sus producciones, cualquiera que fuese el asunto que le pusiese á la obra, aparecía con una idea fija, dominante, ineludible, que le exaltaba en caballerescos lirismos. Obsérvese que MARTÍ, como la generalidad de los inspirados, se apegó á un símbolo, el cual surgía con insistencia en sus escritos, poesías y dircursos. Lamartine amaba el iris; Chateaubriand el águila, Victor Hugo el león. MARTÍ tenía el caballo; un caballo piafante, impaciente, siempre presto á recibir sobre su fuerte lomo á su caballero liberador. Este noble símbolo abunda principalmente en sus composiciones; es la obsesión de su fantasía, una visión de su destino que había de tener realidad palpable y vida de celebridad en la historia. El caballero, llegada que fue la hora señalada por su propia previsión, montó el bridón leal, y armado de su sola alma, partió á levantar ejércitos con la arenga objetiva de su ejemplo. El caballero cayó de muerte, con el grito de libertad en los labios. El caballo, aquel caballo del símbolo, vive, y se guarda en el campamento cubano como una reliquia, para que en el día de la cercana paz marche en la procesión triunfal enjaezado con los colores de la patria.

MARTÍ, no sólo sintió la poesía como el que

Digitized by Google

mejor pudiera sentirla si nació con el alma templada al unísono con las infinitas vibraciones de lo bello, sino que también ahondó los misterios de su influencia en el espíritu de las sociedades y la amó, por tanto, como bien divino puesto en la esencia de ciertas naturalezas de privilegio y trascendencia para ser empleado en la difusión de los nobles ideales, hacer más hechicero lo bello, más amable lo bueno y más acendrada y firme en los corazones la fe en los milagros de la libertad y el progreso.

En cierta ocasión, en que de poesía se trataba, expresábase así:

«¿Quién es el ignorante que mantiene que la poesía no es indispensable á los pueblos? Hay gentes de tan corta vista mental, que creen que la fruta acaba en la cáscara. La poesía que congrega ó disgrega, que fortifica ó aflige, que apuntala ó derriba las almas, que da ó quita á los hombres la fe y el aliento, es más necesaria á los pueblos que la industria misma, pues ésta les proporciona el modo de subsistir, mientras que la poesía les da el deseo y la fuerza de la vida.»

En otra ocasión, teniendo ante sus ojos las obras del insigne poeta norteamericano Whitman, escribió los siguientes grandes conceptos:

«La vida libre y decorosa del hombre en un continente virgen ha creado una filosofía sana y robusta que está saliendo al mundo en épodos atléticos.»

Digitized by Google

«A la mayor suma de hombres libres y trabajadores que vió jamás la tierra, corresponde una poesía de conjunto y de fe, tranquilizadora y solemne, que se levanta, como el sol del mar, incendiando las nubes, bordeando de fuego las crestas de las olas, despertando en las selvas fecundas las flores fatigadas y los nidos.»

«Ved sobre los montes, decía una vez, en hermosísimo apóstrofe: ved sobre los montes, poetas que regáis con lágrimas pueriles los altares desiertos.»

«Creíais la religión perdida, porque estaba mudando de forma sobre vuestras cabezas. Levantaos, porque vosotros sois los sacerdotes. La libertad es la religión definitiva, y la poesía de la libertad el culto nuevo. Ella aquieta y hermosea lo presente, deduce é ilumina lo futuro, y explica el propósito de la inefable y seductora bondad del Universo.»

Y bien podía decirlo así, porque no fue Martí de los que lloran jamás lágrimas, ni pueriles ni viriles, sobre las aras aparentemente sin dioses; porque para él siempre estuvo, en adoración y culto de hombres y pueblos la diosa Libertad; religión surgida con lo creado, cuyo dogma penetra en la vida de los seres todos, con los átomos del aire; dogma que nos enseñan recreándonos, lo grande y lo pequeño en el Universo, la luz que viaja soberana por los espacios; el ave que vuela independiente por los campos;—los mundos que giran autó-

Digitized by Google

nomos por el éter sin fronteras;—la diminuta abeja que funda sus repúblicas libérrimas en los bosques y en los prados; y sobre todo, el propio pensamiento, el libre de los libres dentro de la entidad humana, para cuyos irrefrenales vuelos no existen limitaciones ni arcanos.

Como escritor, sobresalía MARTÍ en las dos cualidades principales del estilo: la fuerza y la gracia. Para la una sobrábale convicción, que es la fuente de toda noble energía, y para la segunda abundaba en buen gusto, que es el manantial de la exquisita expresión y del colorido. Rico de imaginación, exuberante de fantasía como un oriental, brotaba cada pensamiento suyo esmaltado por imágenes brillantes; joyas artísticas, que como decía Platón, sirven de aureola á la Verdad. Instruído en libros serios, pensador de los que saben hacer capital de ciencia propia con lo que piensan y escudriñan, tenía á las veces síntesis y axiomas de relevante verdad filosófica, con los cuales solía dar á su abundoso estilo, cortes súbitos de magnífico efecto, para luego fluir de seguida en frases galanas y figuras poderosas. Artista genial y de academia, conocía á maravilla los procedimientos de la perspectiva y de las gradaciones, los recursos de los contrastes, antítesis y antinomias que equivalen á la magia del claro obscuro en la pintura; así como á fuer de buen conocedor de la retórica griega, y con un oído puramente helénico, éranle familiares el valor de las cadencias y el

Digitized by Google

secreto de la combinación de ellas para el todo armónico en el discurso. Poseía gran conocimiento de la lengua, y cuando ocurríale el antojo de ser purista, escribía con tersura y aticismo, como un clásico de los galantes tiempos del habla castellana; pero esto hacíalo más por alarde que por gusto; pues ser *criollo* valía para él mucho más que ser castizo; así es que hasta para el idioma que España trajo á América quería él independencia, como expresión de una raza nueva en mundo nuevo y con ideas nuevas.

En el movimiento literario hispano-americano, que determina la tendencia á que nuestra literatura sea original y propia, y que nuestra lengua, como oro viejo refundido en crisoles de la tierra, y vaciado en los moldes que van forjando nuestros adelantos, tome la impresión de nuestro genio nacional; en ese movimiento de la juventud hispano-americana, hay de MARTÍ una buena parte de impulso entusiasta. Su pluma viril dió ejemplo y alientos en esa empresa, gracias á la cual desaparecen ya muchos tropos de añejo gusto, muchas platitudes apolilladas, y en cambio modélanse formas más robustas y hermosas, reveladas por el espíritu de nuestra raza, *los latinos de América*, embellecidas por nuestra fecunda fantasía tropical, vigorizadas por la vitalidad de nuestra naturaleza privilegiada, que no cesa en sus renovaciones de modos y en sus grandiosos alumbramientos de ideales.

Digitized by Google

Y ahora dóime un respiro, y pongo sordinas al conçierto de voces y al estruendo del combate que hacen eco en el pensamiento cuando se trata de estudiar la labor fecunda del egregio tribuno y escritor cubano, cuya memoria aquí evoçamos.

Ahora prosigo con mi ánimo dispuesto á las ternuras y á las lágrimas; porque voy á encontrar al poeta en su rincón de peregrino, en donde ha colgado por un momento la armadura de caudillo y su trompa de agitador, y toma nuevos alientos cantando amorosamente versos que, como él decía, echaba de su alma.

Acerquémonos silenciosos y oigámosle poner en las cuerdas de su doliente lira este poemita del paternal afecto:

Para un príncipe enano
se hace esta fiesta.
Tiene guedejas rubias,
blandas guedejas:
por sobre el hombro blanco
luengas le cuelgan.
Sus dos ojos parecen
estrellas negras:
vuelan, brillan, palpitan,
relampaguean!
Él para mí es corona,
almohada, espuela.
Mi mano, que así embrida
potros y hienas,
va, mansa y obediente,
donde él la lleva.

Digitized by Google

Si el ceño frunce, temo;
si se me queja,—
cual de mujer, mi rostro
nieve se trueca:
su sangre, pues, anima
mis flacas venas:
¡Con su gozo mi sangre
se hincha ó se seca!

Para un príncipe enano
se hace esta fiesta.

Ya se ve: el batallador se ha transfigurado; Aquiles no tiene ya clava, sino rizos de niño rubio entre las manos. Ya no hay en sus labios imprecaciones ni retos á los opresores de la Patria ni tampoco arengas á los guerreros que á libertarla se preparan, sino versos y tiernas palabras dadas á la boca y al oído del hijo amado.

Mas nó, que la Musa bélica vuelve, la sangre del poeta se inflama, y no es ya al niño blondo á quien su verso habla; es sí al heredero de su nombre y de su gloria, en cuyos ojos mira escrito en rayos de amor, el mandato de que sea siempre grande:

Héme ya, puesto en armas,
en la pelea!
Quiere el príncipe enano
que á luchar vuelva:
¡Él para mí es corona,
almohada, espuela!

Digitized by Google

Y como el sol, quebrando
las nubes negras
en bandas de colores
la sombra trueca,
él, al tocarla, borda
en la onda espesa,
mi banda de batalla
roja y violeta.
¿Conque mi dueño quiere
que á vivir vuelva?
¡Venga mi caballero
por esta senda!
Éntrese mi tirano
por esta cueva!
¡Déjeme que la vida
á él, á él ofrezca!

Para un príncipe enano
se hace esta fiesta.

Estos versos brillan como granillos de polarizada pólvora sobre pétalos de rosa frescos y olorosos.

El poeta pulsa luego la áurea cuerda de su lira en que vibran notas más graves, y canta con orgullo:

Los persas tienen
un rey sombrío;
los hunos foscos
un rey altivo;
un rey ameno
tienen los íberos;
rey tiene el hombre,
rey amarillo:

Digitized by Google

mal van los hombres
con su dominio.
Mas yo vasallo
de otro rey vivo,
un rey desnudo,
blanco y rollizo:
su cetro—un beso!
Mi premio—un mimo!
Oh! cuál los áureos
reyes divinos
de tierras muertas,
de pueblos idos.
Cuando te vayas,
llévame, hijo!
Toca mi frente
tu cetro omnímodo;
úngeme siervo,
siervo sumiso:
¡no he de cansarme
de verme ungido!
Lealtad te juro,
mi reyecillo,
sea mi espalda
pavés de mi hijo:
pasa en mis hombros
el mar sombrío:
muera al ponerte
en tierra vivo:—
Mas, si amar piensas
el amarillo
rey de los hombres,
muere conmigo!
¿Vivir impuro?
¡No vivas, hijo!

Digitized by Google

He repetido estos versos, no tanto porque son deliciosos, sino por cuanto son proféticos. El tierno niño que los inspiró creció recitándolos, llenándose con ellos su corazón y su conciencia. El amor y el patriotismo están en ese canto testamentario.

Cierto día en que el niño, ya en las aulas, repasaba en sus libros sus lecciones y problemas, oyó un gran clamor de alegría salvaje, y un gran grito de dolor amante. El clamor era fiero júbilo enemigo, el alarido era maternal. Su padre había caído abrazado á la estrella de su ideal.

.....

« Muere conmigo!
¿Vivir impuro?
¡ No vivas, hijo! »

Esto escuchó también en aquel mismo instante el mancebo; y se fue más luego á los campos de batalla cubanos. Faltábale un año para la edad del soldado, mas supliólo el permiso materno, sellado con un beso de espartana.

Cuentan que cuando Victoria de las Tunas cayó en poder del ejército libertador, pasóse revista á las tropas vencedoras sobre el campo ruinoso y sangriento de la ciudad libertada. La voz del oficial llamó: — ¡José Martí! y un imberbe artillero, al lado de su cañón todavía humeante, respondió: — ¡Presente!

Los *Versos Sencillos* llevan un prólogo de su propio autor, en el cual refiere éste el momento

Digitized by Google

psicológico en que los escribiera. Asaltábanle negros temores, padecía agonizantes inquietudes por la suerte de su causa; pesadillas naturales éstas, cuando un pasado doloroso, con estéril esfuerzo del heroísmo y decepción de las esperanzas fiadas en poderosa ayuda llenaba de recelos el alma patriota. « Esos temores, dice MARTÍ, quitáronme las fuerzas mermadas. Corrían arroyos, y se cerraban las nubes: escribí versos. A veces ruge el mar, revienta la ola, en la noche negra, contra las rocas del castillo ensangrentado; á veces susurra la abeja, merodeando entre las flores. »

En medio de esos tristes pensamientos, surge, de vez en cuando, la imagen del hijo, ya adolescente, y el poeta le acaricia con su verso ardoroso:

Para modelo de un dios
el pintor le envió á pedir.
¡Para eso no! ¡para ir,
Patria, á servirte los dos!

Bien estará en la pintura
el hijo que amo y bendigo.
¡Mejor en la ceja obscura
cara á cara al enemigo!

Es rubio, es fuerte, es garzón
de nobleza natural;
¡Hijo, por la luz natal!
¡Hijo, por el pabellón!

Vamos, pues, hijo viril!
Vamos los dos: si yo muero,
me besas: si tú.... prefiero
verte muerto á verte vil!

Digitized by Google

Veamos ahora cómo la abominable idea del mal patriota, ingrato á su suelo, desleal á su bandera, inspira al poeta horror sublime, que expresa en el siguiente cuadro de corte dantesco:

Por la tumba del cortijo
donde está el padre enterrado,
pasa el hijo, de soldado
del opresor, pasa el hijo.

El padre, un bravo en la guerra,
envuelto en su pabellón
álzase: y de un bofetón
le tiende, muerto, por tierra.

El rayo reluce; zumba
el viento por el cortijo:
¡el padre recoge al hijo
y se lo lleva á la tumba!

He aquí otra valentísima composición, que no sólo revela grandes fuerzas para la descripción viva y robusta, sino que también da idea de una completa posesión de los secretos y maravillosos medios del contraste. El final de esta composición es un toque magistral, una pincelada digna de Víctor Hugo:

El enemigo brutal
nos pone fuego á la casa:
el sable la calle arrasa,
á la luna tropical.

Digitized by Google

Pocos salieron ilesos
del sable del español:
la calle, al salir el sol,
era un reguero de sesos.

Pasa, entre balas, un coche;
entran, llorando á una muerta:
llama una mano á la puerta
en lo negro de la noche.

No hay bala que no taladre
el portón: y la mujer
que llama, me ha dado el ser:
me viene á buscar mi madre.

A la boca de la muerte,
los valientes habaneros
se quitaron los sombreros
ante la matrona fuerte.

Y después que nos besamos
como dos locos, me dijo:
— « Vamos pronto, vamos, hijo:
la niña está sola, vamos! »

Ese súbito desborde del sencillo amor maternal, sobre la pavorosa escena de incendio, violencia y muerte, esa dulce frase doméstica, que hace como por encanto, disolver el cuadro de horror, sustituyéndolo con un celaje, pertenece al rango de las contraposiciones sublimes.

En los *Versos Sencillos* se encuentra más de una composición inspirada por la videncia ó presentimiento del destino del poeta. La idea

Digitized by Google

de la muerte le dicta versos que parecen codicilos de testamento. Por lo regular, los poetas escriben cantos fúnebres á su propia finalidad para interesar piadosamente el amor de sus amadas.

MARTÍ no era de esos que mueren en los consonantes y luego se van á vivir holgados el goce mundanal.

Hermosa muerte quiso, y cual la quiso se cumplió.

« No me pongan en lo obscuro
á morir como traidor;
yo soy bueno, y como bueno
moriré de cara al sol! »

Moriré de cara al sol! Yo grabaría este heroico verso en su lápida, debajo de los trofeos que para su tumba quería él se guardasen, y los cuales tan justamente simbolizarían los altos hechos de su vida.

He aquí su voluntad final, consignada en una cuarteta, más preciosa aun que el precioso testamento de Musset:

« Yo quiero, cuando me muera,
sin patria, pero sin amo,
tener en mi losa un ramo
de flores,—y una bandera! »

Al llegar aquí, siento que concluye en mi entendimiento la luz y en mi espíritu la calma

Digitized by Google

que he menester para continuar y dar término al estudio de la ilustre personalidad literaria que lo motiva, cuya obra apenas he tocado en la flor. Pero no es este el momento propicio para rendir con debido reposo del ánimo semejante tarea.

—¿Oís? Yo escucho estampido de obuses, estallidos de bombas, tronar de cañones horrísono. Y oigo gritos de victoria y aclamaciones á la naciente República Cubana que surge gloriosa en la humareda. Y ni ese fragor guerrero, ni esos vítores patrióticos, los oye, no, el egregio *Precursor* de la gran causa que triunfa. Más que seguir loando su talento con mi pobre palabra, quisiera yo tener virtud de resurrección en mis labios, para decirle á ese noble muerto: ¡Levántate, y ve á juntarte á tus hermanos libres, tremolando esa bandera que te sirve de sudario!

Digitized by Google

Digitized by Google

JOSÉ MARTÍ

POR

DOMINGO ESTRADA.

Digitized by Google

Digitized by Google

ADVERTENCIA.

Este artículo, escrito en París hace tres años, no pudo ser publicado entonces, por circunstancias ajenas á mi voluntad. Al darlo hoy á luz, á ruego de algunos amigos míos que conocieron, es decir, que amaron á JOSÉ MARTÍ, y que acogerán con simpatía este sincero, aunque tardío homenaje, nada he querido cambiar de lo que en aquella época escribí, por más que las condiciones de Cuba sean hoy enteramente diversas de cuando yo las consideraba, en 1895, al valorar la influencia del gran patriota en la realización de uno de los acontecimientos más notables del presente siglo. Mi objeto no fue, ni es, apreciar la revolución cubana y sus consecuencias; quiero, únicamente, obligado por mi cariño y mi admiración, cumpliendo mi deber de amigo y de americano, llevar mi pálida corona á la tumba donde han puesto ya las suyas muy hermosas algunos distinguidos literatos guatemaltecos, como Batres Jáuregui, Ramón A. Salazar y Rafael Spínola: á esa tumba donde el mártir duerme su eterno sueño en la paz y en la inmortalidad.

D. E.

Guatemala, Febrero de 1899.

Digitized by Google

Digitized by Google

JOSÉ MARTÍ.

Antes de guardar, quizás para siempre, la obscura pluma inútil, quiero pedirle el homenaje de sincera admiración y la ofrenda de amistad cariñosa que debo al gran desaparecido. Mañana no osaría hablar de él; mañana, cuando haya en la inmortalidad entrado plenamente, resucitando en mármol sobre el suelo de la patria por la cual murió; cuando el día de su apoteosis luzca en el génesis de un pueblo nuevo; cuando definitivamente haya grabado la América su nombre, para mí tan querido, sobre el mármol eterno de sus glorias. —Hoy aun lo puedo.—En momentáneo olvido, allá en la tierra que bebió toda su sangre generosa, él duerme entre el fragor de los combates, sin que puedan turbar su último sueño el choque de los aceros que él forjó, ni el grito de pelea con que ayer despertara al león dormido, ni el paso á través de la manigua de las legiones levantadas por él, y al frente de las cuales aun ha de batallar su sombra heroica... Ahora comienza á levantarse el pedestal soberbio que va á erigirle la posteridad; puedo llevar á él mi pobre piedra.

Digitized by Google

Debo á José Martí un beneficio: el de comprender ciertas cosas que, sin él, serían para mí nombres vanos, como la virtud para Bruto; el de guardar en mi espíritu fatigado lo poco que en él queda, de fe en mi raza y de respeto por la humanidad. En derredor de mí, casi no he visto sino espectáculos inquietantes y desalentadores. Tocóme nacer en época bien triste, en un siglo sin ideales, que ha suprimido la fe sin suprimir el dolor, y que ha quitado á la vida lo único que tenía de bello, la esperanza. Se obscureció la nube luminosa que guió en su noche al espíritu humano; la filosofía sacudió, como Sansón, las columnas del gótico templo, y nada pudo construir sobre sus nobles ruinas. El arte no es ya el grande arte de otros tiempos; y á la ciencia le tornan las espaldas con desaliento amargo los que han ido á interrogarla sobre los problemas del ser y sus futuros destinos, encontrando hoy á la Esfinge tan muda como hace tres mil años; los que han ido á demandarle verdades que no encierra, consuelos que no guarda y el secreto de la dicha, que no ha ofrecido jamás... Las patrias se mueren; están minadas las fronteras por labor subterránea y formidable, y en ellas palidecen los pabellones de las nacionalidades, ante la bandera roja, que será tal vez la del misterioso siglo cuya aurora apunta ya. La Libertad y el Derecho no tienen paladines: callaron hace tiempo las voces que cantaban la Marsellesa, sumiendo tronos y levantando

Digitized by Google

pueblos; murió Kotziusco, murió Kosuth, murió MARTÍ... Quedó solamente en los altares el becerro de oro; y en torno suyo librando los egoismos, los apetitos voraces, las pasiones sin freno, la lucha feroz y encarnizada de la vida. ¿Cómo, pues, en el ambiente de nuestra decadencia bizantina, podría yo haber salvado la fe de mis primeros sueños, si jamás hubiera encontrado una sola de las egregias figuras que avasallaran en la historia mi admiración un tanto incrédula? Soldado, apóstol, mártir, el prócer de Cuba me ha hecho comprender la sencillez de los sublimes sacrificios, la exaltación de los supremos entusiasmos, el desdén de la vida ante el ideal. Estaba tallado para las cosas grandes; y en cualquier tiempo hubiera pertenecido á la pequeña legión heroica. Esparta lo hubiera visto en las Termópilas, y Roma sobre la arena del Coliseo, confesando al Maestro ante el César y ante el león. Ceñido el casco y la cruz roja sobre el pecho, Jerusalem lo hubiera contemplado bajo sus muros; y cuando el alma mística de la Edad Media celebraba sus soberbias nupcias con el espíritu pagano que renacía, se le hubiera encontrado, tal vez, á la sombra de altivo campanario gótico, forjando estrofas robustas, para saludar la alborada magnífica en algún genial y extraño poema. Y más tarde, con Camilo hubiera deshojado los árboles del Palacio Real, cantado á Carlota con Chénier, corrido á la frontera con Saint Just, hablado

Digitized by Google

en la tribuna de Vergniaud y marchado en la carreta de los girondinos á la plaza de la Revolución. Según las épocas, hubiera podido ser Espartaco, Tell, Vercingetorix, John Brown: que él pertenecía á la falange de los iluminados, de donde salen los caudillos de los pueblos, los levantadores de muchedumbres, los redentores de patrias.

La de MARTÍ fue Cuba. Americano, debió nacer allí.... En cualquier otro país del continente ¿á qué causa hubiera podido consagrar su alma excelsa? Debió pertenecer al único pueblo que aun no ha roto sus cadenas; nació sin patria y quiso tenerla; y esa obra llenó toda su vida. Amó á Cuba con amor ardiente, exclusivo, tenaz, con terneza de hijo, con pasión de amante, con mística exaltación de religioso, con dolorosa nostalgia de proscrito; sufrió por ella el presidio á los dieciseis años; durante casi todos los de su vida saboreó la inmensa tristeza del destierro; á los cuarenta y dos murió por ella! Nosotros, los tibios, los del alma anémica, apenas podemos comprender esos supremos amores: el de Arquímedes por la ciencia, el de Teresa por su Dios, el de Vicente de Paúl por la humanidad. ¡Así la amaba él, á su Cuba!

A ella ofrendó cuanto tenía, sacrificó cuanto podía tener. Cuanto tenía: su vasta inteligencia y su energía rara, su vibrante palabra de tribuno, y esa pluma famosa, que sólo abandonó para empuñar la espada. Cuanto

Digitized by Google

podía tener: puestos y honores, placeres y riquezas, las dichas del hogar tranquilo y todos los demás amores de su alma. Oro: ¿no habría ganado cuánto hubiese querido, José Martí, el primer literato de la América latina? Los periódicos más reputados se disputaban sus correspondencias; no se hubieran contado las ediciones de sus libros; dos ricas repúblicas del sur se habían honrado, haciéndolo su cónsul en el emporio comercial del continente. Y á todo renunció. Vivió pobre, vivió aislado, con austera y laboriosa vida, trabajando en tareas inferiores á su talento hermoso, vendiendo como el héroe del cuento de Daudet, algunas migas de su cráneo de oro, á fin de obtener el pan que necesitaba para sí y para sus hermanos, los hijos errantes de la madre Cuba. Y todo lo demás de su tiempo, de su energía, de su poderosa intelectualidad, lo consagraba á la gran obra de que era el cruzado, el apóstol y el Mesías. Así, en esa Nueva York populosa, inmensa Babel, colmena desmedida, á donde va la rebalsa de los pueblos, se le podía ver corriendo aprisa entre las compactas muchedumbres que agitan la sed de lucro y los afanes intensos de la vida, para llevar al diario ó á la imprenta un artículo, una traducción, un trabajo cualquiera que pusiese algunas monedas en su mano desdeñosa, y le permitiera esparcir su propaganda y perseguir su sueño. Sobrio, casto, modesto, virtuoso en tal medida que Atenas lo hubiera desterrado como á Arís-

Digitized by Google

tides; teniendo, Quijote sublime, en este fin de siglo el supremo desprecio del oro; altivo de abolengo por atavismos de su sangre hidalga: ingenuo como un niño, él que nada ignoraba; sensible con una sensibilidad exquisita, delicada, femenina casi, el que había de encontrar en la pelea los rugidos de Kleber; de sonrisa dulce y leal, benévola siempre, jamás burlona; de mirada penetrante y viva, que acariciaba en la plática y relampagueaba en la tribuna; de vasta frente marmórea, como las de Byron y de Goëthe. Tal era MARTÍ.

Escritor de raza, manejó como pocos la sonora lengua española. El estilo tenía que ser como el hombre, excepcional; y lo fué: raro, violento, soberbiamente imaginado, á veces amplio y majestuoso, como el undívago Rhin, á veces rápido, impetuoso, cortado por cascadas hirvientes, como el Niágara. Su obra es desigual, obscura en partes, nebulosa, llena de sombras y relámpagos, como lo son las cimas sublimes, las cumbres del Himalaya ó los poemas de Hugo. En ocasiones fué incorrecto, jamás mediocre. Por toda noble causa enristró siempre su buena pluma de Toledo; y ciencia, crítica, bella literatura, crónica, moral, filosofía, derecho, las graves cuestiones sociales de la época presente, lo tocó todo con originalidad incontestable, siendo con frecuencia profundo, brillante siempre, y dejando marcada en donde quiera la garra del león. Me decía una vez Rubén Darío: — Es lo que

Digitized by Google

he visto que se aproxime más al genio..... que más cerca esté del Padre Hugo. —¿Quién ha podido olvidar su artículo sobre la inauguración del puente de Brooklyn, que reprodujeron los periódicos de la América toda? Y otros y otros aun, y mil más, que salían de su poderosa fragua, algunos como guerreros armados de punta en blanco, que se derramaban por el continente, para tocar con el hierro de su lanza los escudos de las naciones libres, y señalarles á la hermana esclava; y otros, que eran como vasos corintios de puras formas, cincelados con extraña gracia, y llenos hasta los bordes de substanciosa ambrosía. En vano busco un estilo para comparar el suyo: tenía notas de la vibrante cuerda de Armand Carrel, colores de la paleta riquísima de Paúl de Saint Victor, idiosincrasias de un temperamento especial y poderoso, como Juan Montalvo: era todo esto, y á la vez otra cosa, poniendo en cuanto escribía, prosa ó verso, su propio sello real, y siendo siempre él mismo, incapaz de imitación, é inimitable.

Pero, ¡ah! no queda en producción alguna toda la medida de su genio! ¿Acaso tuvo tiempo, el proletario de la pluma y el apóstol en perpetuo combate, para dejar, sí, una obra á lo Flaubert, pensada lentamente, y lenta y amorosamente ejecutada? ¡Qué bellos libros, en límpida prosa castellana digna de nuestro siglo de oro, habría escrito en su robusta virilidad, allá en su hogar tranquilo, bajo la som-

Digitized by Google

bra de las palmeras cubanas! ¡Qué poemas impetuosos, donde estrofas de sonoro martilleo, atropellándose en lírico desorden, hubieran cantado al porvenir las cargas de los llanos, los reñidos combates en la selva virgen, los rugidos del león ibero al soltar su última presa y el nacimiento de la patria, el día en que volviera á levantarse el sol de Ayacucho en el cielo de América!

Pero, ¿es cierto que no dió en obra alguna la medida de su genio?....

De un extremo al otro de Cuba arde hoy la guerra; hierven los matorrales en combatientes; palpita la vida terrible de la insurrección en la manigua entera; los descendientes de los conquistadores, sintiendo correr en sus venas sangre bravía, batallan contra los hijos de los que un día lucharon con igual bandera junto á Pelayo, el Cid y Palafox. Todos los ecos de la grande Antilla repercuten el grito de independencia, sonoro y bello entre el fragor de las descargas; la República del Norte comienza á conmoverse, y pronto su voz decisiva consagrará la causa del Derecho: la España, ansiosa, ve desprenderse el último florón de su corona colonial, y en pugna contra la justicia, olvidando las lecciones que ella ha dado en Europa y recibido en América, levanta ejércitos, equipa acorazados, va al fondo de sus recursos, agota su crédito, gasta un millón por día y manda el último de sus grandes guerreros (1)

(1) Martínez Campos era en ese tiempo capitán general de Cuba.

Digitized by Google

á combatir lo que es incontrastable; trasmite el cable á toda hora las sensacionales nuevas, y el mundo entero asiste apasionado á la suprema liza....

Un joven pobre, dulce, casi tímido: un ideólogo, un poeta, un soñador hizo todo eso. Es la obra de José Martí.

La obra que preparó durante largos años de propaganda incesante, de esfuerzos desmedidos, de heroica obstinación, sacudiendo al resignado, levantando al abatido, enardeciendo al valeroso, comunicando al escéptico su confianza y su coraje al tímido, avivando los trágicos recuerdos, resucitando las esperanzas muertas, invocando los grandes ejemplos y los nombres sublimes, aprovechándolo todo, en éste hambres de venganza, sed de libertad en otros, en aquél la nostalgia de la patria hermosa, en otros el interés ó la ambición, en otros aun el espíritu aventurero ó el amor á la gloria; forjando armas, allegando recursos, armando brazos, inflamando pechos, infatigable, sin una hora de desaliento ni de duda; lleno de ardiente fe en sí, en su causa, tal vez en Dios, viendo claridades de aurora cuando todos desfallecían en la noche, despertando á las almas dormidas con las fanfarrias de su clarín sonoro, arrojando su propio corazón al débil fuego que aun ardía ante el altar sagrado, y sonando él mismo el rebato cuando sintió llegar la hora suprema.... Esa fué su obra: la que efectuó su pluma y su palabra.

Digitized by Google

Su palabra más bien; porque MARTÍ fue ante todo un orador. La verbosidad seductora de su plática se volvía grandiosa elocuencia en la tribuna. No conozco en toda la América un orador de su talla; ni creo pueda olvidarla jamás quien haya oído uno de sus maravillosos discursos. Aquel joven afable, modesto, que tan bien sabía escuchar, que anhelaba borrarse ante todos, y se esforzaba en cualquiera parte por hacerse pequeño, por ocupar el último sitio, en la tribuna era otro: sentíase en su puesto, se erguía con la conciencia de su fuerza dominadora, se crecía, se agigantaba, y domador magnífico del verbo, soltaba los raudales de su impetuosa palabra, saliéndose del cauce que había preparado quizás; y cabalgando sin bridas en el Pegaso alado; sin una pausa, ni una vacilación, ni un desfallecimiento, discutía, enseñaba, convencía, increpaba, apostrofaba, peroraba soberbiamente, amplio el gesto, robusta la voz, despidiendo rayos la pupila, sin buscar jamás un efecto, desdeñoso de todo lugar común, encontrando frases que eran sólo suyas, giros que rompían los moldes aceptados, incorrectos á veces, originales siempre y á menudo geniales, tal vez inconsciente de la admiración que despertaba en torno suyo, arrebatando en su vuelo de águila á todas las almas, y fincando el poder de su elocuencia en su fe hermosa, en el ejemplo de su noble vida, en la grandeza de su ideal y en la sinceridad simpática de su emoción.

Digitized by Google

El último discurso que le oí fue el que pronunció en Nueva York, ante los miembros del Congreso Pan-Americano, en una velada que en honor de éste dió la Sociedad Literaria que presidía entonces mi distinguido amigo Santiago Pérez Triana. Aún me parece que escucho su encantador exordio, el cariñoso saludo que por medio de él nos dirigía la colonia latino-americana.... «El día de nuestro arribo habían sonreído todos los labios, todos los corazones palpitado: las flores de otoño habían esparcido los postreros aromas que para nosotros guardaban en sus cálices, y hasta los pájaros habían gorjeado más dulcemente en los balcones; los bellos ojos negros nos buscaban, las afectuosas manos hacia nosotros se tendían, y todo cantaba al unísono el jubiloso hosana con que ellos recibían á sus hermanos del sur»..... Habló después de nuestra América, teniendo para cada bandera un saludo y un himno para cada patria. ¡Con qué bello lirismo evocó las glorias del pasado! ¡Con qué rasgos tan sobrios y valientes narró la epopeya que fue la cuna de nuestra historia, la lucha heroica de la Independencia! Resucitadas por él, aparecieron las grandes figuras legendarias: San Martín, hollando la virgen nieve de los Andes, y con el casco de su corcel de guerra derramando sobre el abismo el poderoso vuelo de los condores despertados; y Bolívar, irguiendo su frente de semidiós entre el huracán de la metralla, y haciendo relampaguear, al sol de los

Digitized by Google

incas, la espada de Junín; y Sucre, cuyo trágico espectro debe cabalgar las noches tempestuosas, en el arzón de bélica Walkyrie, sobre el sangriento valle de Ayacucho!..... Y habló del porvenir: del destino de América, de la misión que reservaba la historia al mundo nuevo, tierra de promisión que abre sus puertas generosas á todos los miserables, á todos los oprimidos, brindándoles pan y libertad; y que deberá dar un día el espectáculo de una federación portentosa, con el Derecho por ley, por norma la Justicia y por culto yo no sé qué dulce evangelio de fraternidad y amor..... Y aquel sublime visionario, aquel creyente, saludaba á esa espléndida aurora; y yo, arrobado por la música de su palabra, veía como aparecer sobre sus hombros las alas palpitantes del ensueño.....

¡Cuán cerca está eso todavía, y cuán lejos me parece ya! ¡Con qué melancolía traigo hoy á mi mente ese y todos los demás recuerdos que de él guardo, en un rincón de mi alma inaccesible al olvido!.....

Cada vez que á Nueva York llegaba, mi primer visita era para él. ¡Con qué ilusión subía rápido los cuatro pisos de esa vieja y sombría casa de la calle Front! Allí, en el fondo del corredor obscuro, estaba la puerta del pequeño aposento, que era á la vez salón, dormitorio y gabinete de trabajo, y donde él vivía con la altiva pobreza de Villiers de l'Isle Adam. Empujaba la puerta sin llamar: entraba. ¡Oh, su

Digitized by Google

alegre sorpresa, el apresuramiento con que se venía hacia mí, abiertos los brazos, cariñosa la sonrisa, llena de gozo la mirada leal!..... A partir de ese instante, todos sus ratos libres eran míos. ¡Y los aprovechaba tan bien! ¡Cómo olvidar nuestros modestos banquetes casi diarios, y más que todo, esas largas horas de sobremesa que tan rápidas volaban para mí!.... Hacíame en ellas sus confidencias íntimas; y podía entonces ver hasta el fondo de aquella alma tan noble y tan hermosa. Llevábalo á las esferas en que vivía abstraído aquel grande intelectual; y allí, en dulce confianza, teniéndome por único auditorio, derramaba los tesoros de sus ideas, él, que hubiera merecido hablar en los banquetes de Platón. ¿A qué hora atesoró tanta riqueza? ¿Cómo pudo adquirir su erudición pasmosa, cuando aun no había llegado á la virilidad, y cuando su vida entera fué un combate? Él lo sabía todo: jamás le toqué materia alguna en la cual no se me revelara con ideas imprevistas, conocimientos raros, generalizaciones profundas, puntos de vista originales. Un rato de conversación con él me instruía más que un año de lectura. Lo que no sabía yo, me lo enseñaba; y lo que ya sabía, él me lo precisaba, extendía, completaba: así, mil cosas que antes encontrara obscuras, las comprendía sin esfuerzo al escuchar su exposición tan clara, pintoresca y elocuente. Era el arte uno de sus temas favoritos; y detallaba con voluptuosidades de amante cuantas

Digitized by Google

obras maestras ha producido el genio humano, de Fidias á Rodn y de los primitivos á Puvis de Chavannes. Cuando contemplé el Antinéo ó la Venus de Milo, el Teseo de Canova ó el Moisés Augusto; cuando estuve en presencia de las telas de Velázquez y Rembrandt, de Murillo ó de Van Dyck, de la Gioconda misteriosa ó de la Madona de San Sixto, divina y adorable, en mi supremo pasmo sólo pude repetir sus frases. ¿Qué detalle había olvidado de estas creaciones maravillosas, si las llevaba siempre en el vasto museo de su espíritu aquel ardiente amador de la belleza y de la gracia? Y con él estudiaba las modernas escuelas literarias, del romanticismo al naturalismo; él me relataba las querellas de parnasianos, decadentes, bizantinos, neurosiados, impresionistas, satanistas, neomísticos; me iniciaba en las tendencias de la novela rusa, en los secretos de la psicología germana, me revelaba el símbolo de los dramas del Norte, conociendo á Ibsen y á Hauptmann mucho antes de que los hubieran descubierto en Francia; me hablaba con igual conocimiento de causa de Echegaray y Maeterlink, de Whitmann y de Swinburne, de Verlaine y de Pouchkine. Era universal: lo había todo abrazado y comprendido, y en todos los países del espíritu había penetrado con paso de conquistador.....

Si abandonaba esos temas no era para ocuparse de sí: que el imponente *yo*, obstinado *leit motiv* de la mayor parte de las pláticas,

Digitized by Google

sólo por empeño de los otros y por breves instantes aparecía en las suyas. Sus obras, sus trabajos, ¿para qué ocuparse de ellos? ¡Valían tan poco!.... Tal vez un día le sería dable producir algo bueno. Tenía, sí, proyectos de todo, de dramas, de novelas, de poemas, donde habría de decir mil cosas que sentía intensamente, y que hasta ahora no había tenido tiempo de escribir.... y esquivaba los elogios, ese pan de las almas pobres, con un cariñoso y efusivo: — « ¡Pero hablemos de usted! » — Y aun en ese tema indigente era fecundo. ¿Habría yo escrito algo? Pues él se esforzaba por encontrar allí bellezas, ciego esas veces á fuerza de bondad; y por medio de lisonjas delicadas y de discretas críticas, tan lejanas del banal elogio que no estimula, como del necio sarcasmo que nada enseña, procuraba dar confianzas al tímido, fe al escéptico y empuje al perezoso. Si de cosas ligeras se conversaba, él, austero únicamente consigo mismo, se mostraba jovial, y sabía reir con sana, franca y alegre risa; pero si uno sufría con esos desfallecimientos dolorosos que nos hacen sentarnos, pálidos y tristes, el alma rota y la energía muerta, abandonando la lucha inútil, sintiendo que es muy alta la colina y muy pesada la piedra..... entonces, ¡cómo sabía consolar su labio cariñoso! ¡Con qué confianza dejaba ver hasta el fondo de su corazón, que también hiriera con letal herida el infortunio! ¡Y cuánto reconfortaba, más aun que su palabra, el noble ejemplo de su útil y fecunda vida!....

Digitized by Google

En esas noches, para mí inolvidables, no me abandonaba el excelente amigo sino para ir á una escuela donde enseñaba gratuitamente á los niños pobres, ó á un punto lejano de la ciudad inmensa, á dejar en el desván de algún compatriota desgraciado consuelos, esperanzas, y un poco de ese oro que para sí desdeñaba; y yo, al separarme de él, me sentía menos pobre en ideas y más animoso y capaz de hacer algo bueno. Era mi proveedor de Ideal.

Cosas gratas y dulces que jamás volverán á repetirse!.....

Al partir, él era el último que me despedía. Hace tres años sobre el puente del «Colón» que se alejaba del muelle, oí por la postrera vez su voz afectuosa: «Hasta la vista, nó?—«Sí, sí, hasta muy pronto!»..... Y era eterno aquel adiós!

Después, sonó la hora preparada por él durante tanto tiempo. Cuba se levantó al grito de independencia. Ansioso, devoraba yo las noticias. Un día leí: «MARTÍ ha desembarcado,» y mi corazón se oprimió intensamente. No tengo fe en la justicia de los acontecimientos, ni en los decretos del destino imbécil. En él sí la tenía, como la tuvieron los suyos, colocándolo en el puesto más elevado de la América, en el de Presidente de la República Cubana. El más alto, sí; que ningún supremo magistrado tuvo el carácter augusto de ese jefe sin palacio y sin corte, que galopaba en la selva, levantando en su mano el pabellón de la Estrella

Digitized by Google

solitaria.... ¿Iría á ser el Bolívar de Cuba? Fue más, pues fue su Cristo.

En ese domingo de Mayo, París se despertó bañado en la dorada luz de un sol triunfal. Vestidos de tiernas hojas, los árboles derramaban gorjeos. En todos los nidos nuevos había misteriosos ruidos de alas. Alegres muchedumbres se dirigían al cercano Bosque. Todos festejaban el regreso de la Primavera: ricos y miserables, felices y desdichados, todos sentían en aquella espléndida mañana el goce intenso de vivir..... El periódico temblaba en mi mano, y una lágrima en mis ojos. El sol de ese día él no había podido contemplarlo. En la acción de Dos Ríos había muerto con la muerte del jefe, acribillado de heridas, desnuda la espada, entero el corazón, sublime..... ¡El maestro de mi espíritu, el amigo querido, no existía ya!

Me traía el ambiente aroma de lilas y violetas, y alto, muy alto, volaban las golondrinas en la gloria del cielo. En todo palpitaba la vida. Yo no veía estas cosas: contemplaba, á través de los mares, el cadáver sagrado que aun no había cubierto la piedra funeraria, y que dormía allí, en la tierra que él amara tanto, muda por siempre la elocuente boca, cerrados los ojos en el misterio de la eterna noche, y circundada por el nimbo del mártir la helada frente de alabastro, que aun debía guardar algún reflejo del genio hermoso que la iluminó.....

Digitized by Google

Su vida había sido bella; y su muerte aun más bella que su vida.

Hubiera querido yo narrarla toda entera, estudiar sus obras, dar la medida exacta de su valor. No me es posible. Ni soy de talla para tal tarea, ni poseo los datos precisos que necesitara, y no tengo aquí una sola de sus producciones. Así, únicamente, he podido decir cómo lo admiré, cuánto lo quise, y consagrar á su memoria este recuerdo enternecido, mezclando el íntimo duelo de mi amistad al duelo inmenso de la América.

Vencido más glorioso que sus vencedores, duerme ya en paz el campeador de Cuba. Su tumba será mañana objeto de peregrinación piadosa: junto á ella, ceñidas de cipreses, llorará la dulce Musa de Palma, y arrancará soberbias notas á su lira la Musa pindárica de Heredia, entre coronas de laurel y encino, la nueva República suspenderá sobre ella un girón sagrado y glorioso, ennegrecido por el hálito de las batallas: la bandera de la patria por la cual murió..... Hoy aun se encuentra esa tumba solitaria: no sé, siquiera, si una lápida la cubre, y si en ésta habrán grabado su gran nombre; puedo acercarme, pues, para arrojar sobre ella mi puñado de modestas flores!....

París, Noviembre, 1895.

Digitized by Google

LA REVOLUCION DEL TRABAJO.

GRANDES HUELGAS.

LA REFORMA DE LAS TARIFAS EN EL CONGRESO.

PROYECTO DE EDUCACION FEDERAL.

La colección de cuadros de Morgan, vendida en $ 2.000,000.
Un vaso en $ 18,000.—Huelga y motín de los empleados en los tranvías. — Escenas de la huelga.

Digitized by Google

Digitized by Google

New York, marzo 25 de 1886.

Señor director de *La Nación*: (de Buenos Aires.)

Mucho problema hay en pie ahora en los Estados Unidos; mucho libro nuevo, porque parece que también la inteligencia, fecundada como la tierra por el frío, da flor cuando se acerca la primavera; mucha batalla política hay ahora.

¿Quiénes vencerán en el Congreso: los que quieren la reducción de la tarifa de aduanas, para ir rebajando el costo general de la vida y sujetando la producción al consumo legítimo, ó los que quieren mantener alta la tarifa, con la esperanza de que una legislación amiga les permita imponer á la nación inquieta y pobre la compra de los artículos de uso á un precio extraordinario?

¡Es la batalla de siempre! todos los poderosos aliados con los que viven de sus migajas, contra los previsores, amigos de los débiles.

¡Es la batalla de siempre! todos los glotones de hoy, Don Tierra y Don Panza, contra los espíritus desinteresados y fervientes, sin

Digitized by Google

más sueldo que el placer de hacer bien, que es una sabrosísima paga.

Dicho sea con dolor: aunque las estadísticas del trabajo en mil ochocientos ochenta y cinco revelan el hecho temible de que un siete y medio por ciento de las industrias de los Estados Unidos han estado sin empleo durante el año por falta de consumo; aunque el malestar y la ociosidad forzosa que esta penuria crea entre los trabajadores, enconan sus males y precipitan sus quejas, sin que se paren á pensar que una parte de sus sufrimientos viene de abusos que indignan, y otra de la mala condición de las industrias; — aunque, con la vehemencia mística de los apostolados, se esparce por la nación, como fuego en campo seco, la Orden de los Trabajadores, la noble orden de los Caballeros del Trabajo, — parece que va á quedar vencida en el Congreso la proposición de rebaja de la tarifa: así extreman los comerciantes sus fiestas y banquetes cuando están prontos á declararse en quiebra: así alardean los gobiernos de autoridad cuando sienten que se extremecen y vienen á tierra.

Sin querer se van saliendo de la pluma estas reflexiones: porque la mente está repleta, en este aire de batalla, de los ecos del magno combate que en todo el mes están librando en diferentes partes del país las organizaciones de trabajadores.

No se trata de una huelga aquí, y otra allá, y otra mañana. Se trata del estupendo creci-

Digitized by Google

miento de una asociación de obreros de toda labor, coaligados por un sistema fácil bajo un tribunal supremo, para arbitrar las diferencias entre los capitalistas y los trabajadores, dirigir y mantener huelgas, hacer leyes en acuerdo con una distribución justa de los productos del trabajo, y suspender en un día dado todo el trabajo de la nación, en tanto que haya un solo abuso que enderezar, un empleado despedido sin razón, un salario odioso que no alcance para comprar pan; una muestra de persecución á los obreros que defienden sus derechos ó los de su clase.

¿Qué importa ante esto la bravura con que en un imprevisto mensaje echó en cara el Presidente al Senado que le mueva guerra por cambios de empleos honradamente meditados, cuando muchos de ellos fueron hechos á instancias secretas de los senadores republicanos que, en público, arrogándose un derecho que no les da la Constitución, afectan luego ponerlo en berlina porque se niega á presentar á los senadores los documentos privados que para su mejor información mediaron con ocasión de estos nombramientos?

¿Qué importan los sucesos menores del mes: —que en la opinión pública triunfa Cleveland: —que no cede á los demócratas interesados, y éstos, sintiéndolo fuerte, buscan pretextos decorosos para irle cediendo; que el Presidente, reconociéndose impotente para dominar la agitación contra los chinos en el

Digitized by Google

Oeste, esquive en un mensaje al Congreso la responsabilidad pecuniaria de la nación en los últimos asesinatos y expropiaciones de chinos en California, so pretexto de que, en lo visible y aparente, el gobierno acudió con sus fuerzas y recursos á remediar el conflicto; lo cual es verdad, si se añade que ni acudió á tiempo; ni lo remedió, ni anduvo tan de prisa como pudo, ni hay modo ni voluntad de castigar á los agitadores?

Nada son, junto al asunto mayor que hoy conmueve la atención pública, ni el proyecto de Blair, muy sonado y ya casi vencido, de repartir entre los Estados una suma anual de los fondos federales para ayudar á los gastos de la educación, cosa que se tiene aquí por viciosa, ocasionada á fraudes y atentatoria á la virilidad é independencia de cada Estado, — ni la opinión creciente de que ha de tratarse de buena fe á los indios, sacarlos de su condición abestiada de páuperos á sueldo, y repartirles por cabeza sus tierras propias; — ni importa siquiera ya el colosal rendimiento de la colección de cuadros, porcelanas y otras obras de arte de la señora de Morgan, que entre lo que le llevaban los vendedores de oficio, los cava-antiguallas y chupa-pintores, los que pagan en hambre lo que venden en fortunas, compró tales maravillas y rarezas de pinturas y cerámica que la venta de ellas ha producido á la testamentaría dos millones de pesos.

Un Jules Breton, — una procesioncilla, sen-

Digitized by Google

tida y suave, de niñas de pueblo que van á recibir la primera comunión, — se vendió en más que los cuadros de Gérome, que tienen la consistencia y brillo del acero; de Millet, que halló lo hermoso de la fealdad y la tristeza; de Delacroix, que pintaba sus tigres como si él lo fuese; de Fromentin, el caballero del espíritu y de la pintura; y de Fortuny, el sabio de la gracia, una orla de oro! ¡En cuarenta y cinco mil quinientos pesos se vendió el cuadro de Jules Breton; linda cosa, es verdad, pero no más que linda!

Y el cuadro que alcanzó segundo precio no fué tampoco cuadro de fantasía ó historia muerta; no fue un bufón de Zamacois, que saca la cabeza á casi todos los pintores modernos; no fue un oficial de Detaille, un oficial abanderado, de cuello enjuto y ojos secos, que es todo él triste y grandioso como la derrota de la Francia; sino un cuadro de Vibert, que pinta cardenales picarescos y canónigos de buen vivir, mucho rojo en mucho blanco, mayordomos que saben el pescado que place á monseñor, sotanas negras que sonríen mientras hacen como que oyen lo que platican en la sala vecina las sotanas encarnadas. ¡Ah! pero este cuadro, si no merecía todo su precio, era, por lo menos, una lección profunda! todo lleno de heridas, bello como una luz que sube al cielo, contaba un sacerdote misionero su campaña de almas á las túnicas lisas y relucientes de los sacerdotes de ciudad, que le

Digitized by Google

oyen distraídos y de mal humor, como oyen al deber siempre los que no cumplen con él.

De esta misma colección era un vaso de porcelana que parecía hecho de nube y se vendió en dieciocho mil pesos: un *out-tsai-khi* legítimo, que es mucha maravilla; uno de aquéllos pocos que se hicieron, de kaolin molido y remolido en todo un año, cuando Tch'inghoæ y Tching-te regían en China, y luego cuando Khang-hy, en los tiempos de la «Alegría Serena»; ¡y toda la paz imperial parece emerger del vaso!

Por delante de las salas en que se exhibía la colección iban y venían grupos de curiosos y obreros en traje de fiesta, que querían ver cómo acababa la huelga de conductores de carros con que empezó este mes memorable en las batallas del trabajo.

Adentro, vanidades disputando precios, y aficionados de corazón de artista, mohinos porque se les iban de los ojos las maravillas que se les aliviaron un momento. Afuera, las aceras repletas de gente de labor endomingada: porque, para el que padece, todo día en que se luce el derecho es domingo; — y se visten en sus días de huelga los obreros para recibir el derecho que esperan, como las niñas de Jules Breton iban vestidas para recibir en el templo al Señor. — ¿Vamos afuera?

* * *

Hay huelgas injustas. No basta ser infeliz para tener razón.

La justicia de una causa es deslucida muchas

Digitized by Google

veces por la ignorancia y el exceso en la manera de pedirla. Es verdad que al que se cría para toro no puede exigirse que salga ángel: y el obrero, no educado en finezas mentales, ni dispuesto, por lo que sufre y ve, á dulzuras evangélicas, cuando tiene que decir ó hacer, lo dice ó hace á manera de obrero; si es conductor de carros, con guantes de cuero; si es zapatero, con lesna; si es herrero, con martillo.

Ese es el vicio que daña á casi todas las contiendas de los trabajadores: el pensador los excusa, y en lógica es justo; pero en la acción social es peligroso, y el gobernante tiene que reprimirlo: de ahí los gloriosos fracasos de los hombres de pensamiento en el gobierno.

Pero la huelga de los conductores era justa. De mala alma se necesita ser para no sentir cariño por estos pobres soldados de la vida, de pie día y noche en la plataforma de sus carros, azotados por la nieve, empapados por la lluvia, arremolinados en la ventisca, salpicados de fango, y á cuyo tesón y resistencia deben los habitantes de la ciudad el poder ir de un lado á otro cómodos y con buen calor, á ganar la olla de la casa.

Se tiene natural afecto por el cartero, que nos trae señales de que alguien nos recuerda, aunque sea para mal; por el sereno, que nos guarda el hogar en las horas negras y húmedas; por los bravos conductores de los carros, que nos ayudan en la faena de ir de prisa, á amasar nuestro pan.

Digitized by Google

De modo que cuando se supo que mes sobre mes venía pidiendo la gente de los carros dos pesos al día por trabajar en pie doce horas, á lo cual las compañías, ahítas de dividendo, contestaban aumentando las horas y disminuyendo el sueldo, no hubo apenas quien no aplaudiese la determinación que, fatigados al fin, tomaron los empleados de una de las compañías, de desertar carros y establos hasta que se accediese á pagarles su precio, que no es más que lo bastante para abrigar y dar mal de comer á una familia muy humilde. — ¿ Pues qué, — decía uno de los empleados — tengo hijos y nunca puedo verles á la luz del sol? — Pero los establos no los dejaron completamente desiertos los huelguistas: el carrero ama sus caballos, que entienden su amor; dejaron hombres que dieran de comer y beber á los caballos.

* * *

En un instante, se vió en aquella región de la ciudad un espectáculo notable. Es barrio de trabajadores, aunque toca por todas partes, y sirve de vía, á los mejores lugares. Cuantos estaban libres, inundaron las calles. Las mujeres pasaban horas sobre horas acodadas en sus ventanas. Hombres, mujeres y niños se mostraron dispuestos á impedir que la compañía moviese un solo carro, si había quien la sirviera,—¡que siempre hay! De todas partes, como obedeciendo á orden mágica, vinieron carros cargados de carbón, de piedra, de la-

Digitized by Google

drillo, que vaciaban sobre los rieles. Las mujeres de las casas de vecindad, á quienes el carbón cuesta caro, salían con baldes de él, y también los vaciaban.—Y la huelga fue creciendo, y ramificándose á otras líneas.

A una hora se detenía el tráfico en una vía. Un instante después se detenía en otra. Venía un carro; saltaba á la plataforma un hombre desconocido; hablaba al conductor; y el conductor desuncía los caballos dejando el carro vacío sobre la vía; ¡todos por uno!: «una injuria á uno es una injuria á todos»: ese es el lema de la noble orden de los Caballeros del Trabajo.

Y como los conductores son miembros de ella, y los empleados de los ferrocarriles elevados también, hubo un instante de verdadero pánico, en que la ciudad sintió como que se le encogía el aliento, y se notó en los rostros la inquietud y el trastorno, cuando se temió fundadamente que, en obediencia á la disciplina de la asociación, los empleados de los «elevados» se negarían á trabajar, hasta que á los de los carros se hubiesen reconocido sus derechos.

En esto, ya estaban las avenidas de la compañía henchidas de gente. Ni un carro habría de pasar. Toda la policía de la ciudad y la de reserva, fue llamada para protejer el viaje de un carro. La muchedumbre toda se dispuso á cerrarle el camino. Apareció el carro, rodeado de setecientos cincuenta policías. Ya no eran sólo cargas de carbón, piedra y ladrillos:

Digitized by Google

era un vagón de cerveza, torre ambulante, cuyos barriles vacíos dejó el carrero de buen grado amontonar sobre los rieles: eran vagones de las líneas trasversales, que á hombros sacaban de sus vías los amigos forzudos de los huelguistas, y reclinaban suavemente sobre la vía bloqueada, como se reclina en la cuna á un niño.

La muchedumbre, que hacía masa á un lado y á otro de la calle, desde las paredes á los bordes de la línea, esperaba colérica la llegada del carro, que por sobre la gente, con difícil prudencia, hacía adelantar la policía.

De las ventanas mostraban los puños cerrados y vociferaban las mujeres. Silbidos, gritos é injurias acogían á los policías y su carro. Hubo en un instante un grito tal, tan sostenido y fuerte, un grito de diez mil criaturas á la vez, que se oyó al otro lado del río. Al fin, un adoquín fue lanzado por alguien sobre la policía y las piedras empezaron á llover sobre los carros.

Cargaron los policías sobre la turba, con las porras en alto, y la multitud aterrada se entró por las calles y casas dejando en paz el carro por pocos momentos, pues al cabo de ellos ya otra vez estaban las ventanas llenas de puños y la calle de hombres y mujeres.

Así el día entero. Así la noche.

Tenía el Bowery, el Broadway de los pobres, un aire de campaña: y tanto hombre robusto y sombrío inspiraba respeto, pero daba miedo:

Digitized by Google

no por lo que era aquello en sí, aunque fue el motín mayor de trabajadores que ha habido en New York, sino porque el instinto público presiente los grandes riesgos, y hay en cada hombre, aun en el más burdo, una especie de inteligencia involuntaria, que obra á despecho de él y sin su conocimiento, y le avisa anticipadamente, en revelaciones bruscas, de lo que va á ponerle en alegría ó en peligro.

Venció la huelga: el trabajador de los hijitos, podrá abrazarlos alguna vez al sol; pero New York entrevió con visible recogimiento, en qué extremos podría hallarse si se coaligaran por fin todos los trabajadores hasta conseguir la mejoría de condición y seguridad de empleo á qué aspiran. Se sintió que aquel reconocimiento del poder que les da su organización, podría precipitar sus demandas en las comarcas descontentas, y adquirir proporciones tales que detuvieran, ó sacudieran, la vida de la nación.

Digitized by Google

Digitized by Google

PRIMAVERA.

LOS QUEHACERES DE LA CUARESMA.

La mujer en los Estados Unidos.—La Hermana del Presidente.—El Presidente se casa.—La hermosura de Miss Folsom.—Cleveland en lo doméstico.—Cómo recibe Cleveland.—Cleveland y el Congreso.—Los proyectos de Ley.—Acuñación de la plata.—Reforma de la tarifa.—Derrota de un proyecto para aumento del ejército.—Obreros y soldados.—El Senador de barba blanca.

New York, mayo 2 de 1886.

Señor director de *La Nación.*

Está mayo al romper, y ya pasados los ardores primaverales de las huelgas, se ve la sangre nueva en las mejillas de las damas, en la energía de las diversiones, en la asiduidad del Congreso, en los ramos de rosas.

Hasta una asociación ha traído la primavera, una asociación de señoras, para que no se usen más como adorno de los sombreros de mujer los pájaros muertos: ¡oh, si en una tierra de gigantes como montañas, usasen las señoras como adorno á nuestros hijos!

No sé qué tiene la luz, que llena el alma de afectos compasivos: se deshielan en el alma, á

Digitized by Google

los primeros extremecimientos del calor, la fantasía, la bondad, el brío heroico.

Parece toda la ciudad un árbol de mañana, donde juega la luz y pían los pájaros. Todavía no ha muerto la fiesta pagana. El hombre es pagano.

La cuaresma ha acabado, y acá es de notar la cuaresma por el febril ardor con que en ella se consagran las señoras á diversiones recatadas y piadosas.

No les deja la piedad un momento de reposo.

Bailes no hay, porque no es de buen tono: y como no se reunen para bailar, se reunen para coser, para tomar un tente-en-pie, para ensayar cuadros plásticos, para estudiar los simpáticos atrevimientos de los pintores impresionistas, que acá han mandado este año sus obras mayores, y tienen ya de su lado mucha opinión: y lo que les queda de noche á las piadosas damas, lo emplean en ir á ver carreras griegas y juegos de elefantes en el circo de Barnum, ó galas de domador en otro circo donde un profesor Gleasen hace maravillas en eso de sujetar caballos viciosos y corregir resabios: mucho sombrero de pompones, y mucho traje liso y ajustado, se ve en el circo del profesor Gleasen, porque acá gustan las cosas de fuerza, y es en la mujer innata la afición á quien la muestra ó la doma: aun en los Estados Unidos, el alimento natural de la mujer es lo extraordinario.

Visten ahora las damas, pasadas las exhibi-

Digitized by Google

ciones de invierno, unos trajes ingleses sin paramentos ni pomposidades, que respetan la perfección de la naturaleza y la realzan: sólo son bellos, en hombre y en mujer, los vestidos que siguen la línea humana.

A la hermana del Presidente parecerán bien sin duda esos modestos trajes: y sí que fue curiosa una carta que escribió hace poco á una amiga suya, respondiendo á otra en que un clérigo anciano la acusaba de envalentonar con su ejemplo maneras de vestir que no son decorosas: ni con el natural deseo de parecer hermosa, ni con el encanto aun mayor de la honestidad riñe la opinión de Miss Rosa Cleveland, para quien no es deshonesto el traje que deja al desnudo el cuello y los brazos, armonía viva que no hay por qué esconder, sino aquel traje que muestra el busto: «siempre hay una línea entre el cuello y el busto—dice la señorita Rosa—que el recato enseña, y toda mujer conoce: y la mujer de sociedad que pasa de ella, pasa porque quiere, porque no lo necesita para parecer elegante y hermosa.»

Como una circular paseó esta carta por todos los diarios de los Estados Unidos, así como pasea ahora, con mucho enojo del novio, la noticia de que en junio, á los primeros rayos vivos del sol, se casa el Presidente con una hermosa señorita de educación segura y gustos castos y serios: es una Miss Folsom, de rostro claro y bello, sin esos enrejados sobre la frente que en Venezuela llaman «pollina», y encubren

Digitized by Google

lo mejor del rostro y del alma: dicen que es de tez blanca y pelo castaño, y que sus dos grandes ojos reposan en sus anchas cuencas como dos huevos de paloma en sus nidos.

No es de esas señoritas doradas, señoritas huecas, barnizadas de escuela normal y de París, sin más alma por dentro que una bolsa de seda ó un gusano: sino ese otro tipo de mujer de esta tierra, que ya se va acabando, y viene de los puritanos en vía recta, esa mujer de lo que llaman acá Nueva Inglaterra, para quien la pasión es un extravío, pero en quien es raíz el deber, y la falta imposible.

Tienen esas mujeres una majestad sobria, que no sería mal comparar á la de las estatuas griegas: el pie es ancho, pie de «sentido común»: la mano es larga y remata en punta, como la de las razas que se afinan; llevan sobre el cuello blanco la cabeza bien torneada, que no invita al pecado, no, sino al saludo.

Jamás se visten de colores recios: parece el negro su traje natural.

Saben, de veras, de cosas altas y teológicas, y de literatura patria é inglesa: poco de arte; poco de la desvergonzada y odiosa avaricia de la neoyorkina moderna, que cuando se la toca, como esos maniquíes de ladrones llenos de campanillas, suena toda á moneda.

De aquel arrogante tipo dicen que es Miss Folsom, que ahora pasea en Europa con su madre, para evitar acaso curiosidades y hablillas que al Presidente Cleveland sacan de quicio.

Digitized by Google

Él parece ser, en lo privado, persona de gran bondad real y de hábitos bruscos, que no llegan á romper con la cortesía, ni le dan más que lo que es muy de menester. Con los humildes, el Presidente es afectuoso: con enviados diplomáticos y gente de esta pro, es burdo y descompuesto; como quien se pone una pieza de vestir que no le asienta, y quien desdeña lo meramente formal: con los platicadores de oficio no tiene paciencia, y dicen que lleva siempre en la cara el número de minutos que ha de durar cada entrevista.

Por ingenio y sutileza no se distingue ciertamente, ni por la voluntad de asegurarse amigos con zalamería.

Es verboso cuando viene al caso, y lo muestra en sus cartas privadas, donde da vueltas en párrafos tirados alrededor de una idea, que al fin halla modo de concretar en una frase tersa; pero en lo usual no dice más palabra que la que es estrictamente necesario decir; y como rumia mucho cada uno de sus pensamientos, parece que no gusta de verlos discutidos por los que cree él que deben acatarlos: su extraordinaria honestidad le retiene las simpatías de los mismos á quienes trata secamente, ó acaso maltrata; pero esto no lo hace, por de contado, con quien tiene ideas que darle y derecho que representar, sino con aquellos que viven recomendándose, ó recomendando á otros, y absorben el tiempo público en pretensiones interesadas ó en parvedades personales.

Digitized by Google

En cambio, no ha habido Presidente que atienda más por sí propio á sus labores: en lo que él da voto, se lo tiene estudiado: pesa la voluntad agena, pero no cede un ápice de la suya: tiene vanidad en su industria y fortaleza, y se hace un mérito de su capacidad de resistir el pensamiento ageno, que le ha echado encima muchos apodos iracundos y mucha enemistad.

Conoce que su Congreso no le quiere muy bien, por no haber dejado ocasión á los representantes para que distribuyeran amablemente entre sus electores los puestos que antes les daba el uso; y de esta falta de simpatía apela indirectamente al público, iniciando ante el Congreso con más frecuencia que otros presidentes las medidas públicas que en los casos graves la opinión reclama.

Es un hombre nacido de esta tierra, con sus asperezas y su ímpetu.

Quien se plegue menos, no se ha visto. Parece increíble que con una médula tan recia haya subido á tanto: porque los hombres cierran el paso á los que no se les encorvan.

***

La casa de Representantes y el Senado han querido esta vez rivalizar en novedades y energía con el Presidente, ya acudiendo con medidas originales é inesperadas á los casos graves que se han ido presentando durante las sesiones, ya discutiendo proyectos de ley sobre

Digitized by Google

los asuntos vitales del país, y conciliándolos de manera que hasta ahora, con positiva ventaja pública, hay paz entre ambas alas del bando demócrata.

Y una de las pruebas del influjo de Cleveland, á pesar de la entereza con que se resiste á entrar en complicidades é intrigas con los representantes y senadores, es que éstos, en lo que pudieran darle en cara, no le dan, sino se inclinan á las medidas que él públicamente favorece.

En dos causas debe buscarse esa influencia: ó en una habilidad superior, que no es habilidad de cortesano, para sujetar y atraer á aquellos mismos á quienes no se complace ni solicita, ó en el hecho de estar Cleveland en casi todo lo que desea del lado de la opinión pública.

Parece, pues, que en política se puede una que otra vez ser sincero y honrado.

No siempre es menester comprar el triunfo personal á cambio de compadrazgos repugnantes y de concesiones secretas ó disimuladas de los bienes públicos.

El que está con el país, bien puede afrontar que no lo quieran muy bien en el Congreso, pues éste ha de cuidar, por su bien propio, de ponerse del lado del país.

De esta manera se van salvando, en sentido reformador y librecambista, los proyectos de ley de más alcance.

Para la acuñación de la plata, á que el Pre-

Digitized by Google

sidente es hostil, había dos proyectos: el de los amigos de los que la producen, que pedían su acuñación ilimitada: el de los economistas vigilantes que querían su suspensión total: ¿por qué ha de estar comprando la nación cada mes á precio de oro dos millones de plata en barras, que luego nadie le compra en moneda, ó sólo le compran á precio de plata? ¿á qué ruinosa depreciación no llegará, al fin, la moneda de plata, el día que el gobierno se vea obligado á sacar del tesoro los millones ociosos que allí tiene guardados, sólo para que los mineros del Oeste puedan ir saliendo de su producción excesiva? ¿Qué sistema de protección es éste, que consiste en imponer á la nación una gran pérdida en sus fondos, que viene á ser como una contribución general indirecta, en beneficio de unos pocos poseedores de minas?

Pero éstos son muy perversos aun para ser vencidos: trae en sí la plata el secreto de vencer; tiene muchos amigos la plata.

No se pudo, pues, lograr la suspensión del cuño; pero tampoco pudieron lograr sus amigos la acuñación ilimitada.

Otro proyecto importantísimo que va adelantando con probabilidades de éxito, es el de la reforma de la tarifa. Se ha probado que el lino y la lana, protegidos por fuertes impuestos interiores, no pueden cultivarse al precio del mercado, á pesar de haber una demanda excesiva por los artículos de lana.

Los fabricantes de artículos de lana están

Digitized by Google

al cerrar sus telares porque como el material primo que cuesta acá tan caro y entra libre en Inglaterra, los fabricantes ingleses inundan este mercado de sus productos buenos y baratos, á pesar de lo altísimo de los derechos.

Los fabricantes del país no pueden pagar, por lo mucho que les cuesta la producción y lo poco que venden, el precio que á los criadores de ovejas les cuesta la lana.

¿Cómo se quiere mantener, sino por un miedo torpe, un derecho de importación que tras largos años de tarifa protectiva no permite criar las ovejas ni tejer su lana sino con una gran pérdida de criadores y tejedores, y una gran presión sobre los compradores generales del país?

El proyecto quiere que entre libre la lana, libre el lino, libre la sal, libre la madera, libres ó casi libres casi todos aquellos artículos de importancia para el abrigo, el vestido y el alimento de los habitantes del país, aunque teniendo en cuenta todas estas reducciones, lo muy crecido de los gastos públicos y la mitad de la deuda de la guerra que está aún por pagar, por lo cual la tarifa necesita ser todavía alta por algunos años, para ir afrontando las expensas legítimas de la nación, á la vez que se va poniendo en capacidad á las industrias, entumecidas hoy por una protección desatentada, de producir en precios que les permitan llevar sus frutos á los mercados extranjeros, sin forzar á toda la nación por el interés de

Digitized by Google

unos pocos fabricantes, á comprar caros los artículos de uso.

El problema de la industria, que se ve amenazada acá de muerte por producir demasiado y caro, necesita urgentemente esa reforma, que, conservando lugares de trabajo y posibilidad de buen salario y vida barata á los obreros, ayuda, además, á resolver el problema del trabajo.

No hay que decir que los fabricantes poderosos, que tienen aún ganancias antiguas acumuladas, se oponen con encono y éxito á un sistema de rentas públicas que, por lo pronto, mermará el actual consumo de sus frutos.

No quieren ver que es un consumo innatural y violento: que no puede mantenerse con justicia un sistema económico que, después de una época larga de prosperidad asombrosa, viene á parar en que el siete y medio por ciento de las fábricas del país están sin empleo.

No quieren ver que con la marea del trabajo que sube, con la cólera y el descontento de un pueblo de pobres sin qué hacer, ó con qué hacer á precios ruines, no es ni prudente, ni posible, sostener á precios altos los artículos necesarios para la vida, que la nación sabe que puede comprar baratos.

Ni la justicia ni la previsión se imponen; sino el miedo á problema amenazante, y como el gobierno colecta hoy por derechos anuales casi fijos trescientos treinta y cinco millones de pesos, y á todo gastar sólo necesita para los

Digitized by Google

expendios públicos trescientos cinco millones de pesos, ni el país, ni los proteccionistas, se atreven á oponer gran resistencia á una reforma en la tarifa que sólo producirá en total unos veinticinco millones de pesos de rebaja en la renta y traerá las ventajas de ir abaratando la vida en una época en que escasea el trabajo, de ir suavizando la existencia de los pobres en momentos en que parecen poco dispuestos á la resignación, y de ir poniendo al país, por el principio de una reforma gradual, en condiciones de una producción racional, remunerativa y permanente.

Fue vencido otro proyecto de ley muy importante. El general Logan lo propuso; Logan, que figuró como segundo de Blaine en la última candidatura republicana, y ahora se enseña de todas maneras, y se vale de los artes sociales de su culta esposa, y no pierde ocasión de presentarse ante el país con medidas de bulto para ver si consigue, como pudiera ser que consiguiese, el primer puesto de la candidatura en las próximas elecciones.

El proyecto en sí no era muy grave, sino en lo que significaba y en lo que hizo decir. Logan es general, y pretendía que se aumentase el ejército permanente en cinco mil hombres, y se reorganizasen las cuatrocientas treinta compañías de ahora, con cincuenta más.

«¿Para qué se quieren esos soldados? dijeron dos ó tres senadores: ¿para tener preparada una fuerza que contenga por las armas las deman-

Digitized by Google

das justas de los obreros? Bondad es menester, y atención á su derecho, más que amenazas! »

« Pues yo, dijo en el debate el general Hawley, como obrero siento, y al lado de muchas huelgas me he sentado; y por honor y bien de los obreros mismos, si hay bribones que se valen de sus revueltas para tomarse lo ageno y asaltar la paz pública, y si hay demagogos que so pretexto de servirlos les encienden la sangre con declaraciones violentas; si obreros ó bribones destrozan lo que no es suyo, no permitiría yo que así me engañasen y pusieran en descrédito, y con las armas haría cumplir la ley á los que la violasen, y tendría á los demagogos por mis mayores enemigos! »

El proyecto de ley fué rechazado; y otro que reduce los veinticinco mil hombres de las cuatrocientas treinta compañías á trescientas veinte, lleva camino de ser tomado en consideración.

Los senadores son todos personas de barba blanca. Es verdad que los obreros tienen sus demagogos, y muy viles que son y muy dignos de la picota; pero también tienen su demagogia las clases altas, y para nadie es misterio, desde los tiempos de Grant, que las gentes de dinero, iglesia y milicia, se preocupan más en acumular medios de ataque contra los humildes que van subiendo, que en descabezar sus iras poniendo honrado remedio á sus legítimas angustias.

El Senado de barba blanca ve que este pue-

Digitized by Google

blo está amasado con trabajadores, — que en la hora de los recuentos no hay aquí castas bastante numerosas para afrontarlos, — que nada excita tanto á la violencia como el desafío y la preparación prematura contra la justicia. La prudencia ha estado, pues, de parte de los que abren los brazos, y no de los que han querido armarlos.

Digitized by Google

Digitized by Google

NEW YORK Y EL ARTE.

NUEVA EXHIBICION DE LOS PINTORES IMPRESIONISTAS.

Los vencidos de la luz.—Influjo de la exhibición impresionista.—Estética y tendencias de los impresionistas.—Verdad y Luz.—Desórdenes de color.—El remador de Renoir.

New York, Julio 2 de 1886.

Señor director de *La Nación.*

Iremos adonde va todo New York, á la exhibición de los pintores impresionistas, que se abrió de nuevo por demanda del público, atraído por la curiosidad que acá inspira lo osado y extravagante, ó subyugado tal vez por el atrevimiento y el brillo de los nuevos pintores. Cuesta trabajo abrirse paso por las salas llenas: acá están todos, naturalistas é impresionistas, padres é hijos, Manet con sus crudezas, Renoir con sus japonismos, Pisarro con sus brumas, Monet con sus desbordamientos, Degas con sus tristezas y sus sombras.

Ninguno de ellos ha vencido todavía. La luz los vence, que es gran vencedora. Ellos la asen por las alas impalpables, la arrinconan

Digitized by Google

brutalmente, la aprietan entre sus brazos, le piden sus favores; pero la enorme coqueta se escapa de sus asaltos y sus ruegos, y sólo quedan de la magnífica batalla sobre los lienzos de los impresionistas esos regueros de color ardiente que parecen la sangre viva que echa por sus heridas la luz rota: ¡ya es digno del cielo el que intenta escalarlo!

Esos son los pintores fuertes, los pintores varones, los que cansados del ideal de la Academia, frío como una copia, quieren clavar sobre el lienzo, palpitante como una esclava desnuda, á la naturaleza. Sólo los que han bregado cuerpo á cuerpo con la verdad, para reducirla á la frase ó al verso, saben cuánto honor hay en ser vencido por ella!

La elegancia no basta á los espíritus viriles. Cada hombre trae en sí el deber de añadir, de domar, de revelar. Son culpables las vidas empleadas en la repetición cómoda de las verdades descubiertas. Los artistas jóvenes hallan en el mundo una pintura de seda, y con su soberbia grandiosa de estudiantes, quieren un artesano de tierra y de sol. Luzbel se ha sentado ante el caballete, y en su magnífica quimera de venganza, quiere tender sobre el lienzo, sujeto como un reo en el potro, el cielo azul de donde fué lanzado.

***

Al olor de la riqueza se está vaciando sobre New York el arte del mundo. Los ricos para alardear de lujo; los municipios para fomentar

Digitized by Google

la cultura; las casas de bebida para atraer á los curiosos, compran en grandes sumas lo que los artistas europeos producen de más fino y atrevido. Quien no conoce los cuadros de New York no conoce el arte moderno. Aquí está de cada gran pintor la maravilla. De Meissonier están aquí los dos Napoleones, el mancebo olímpico de Friburgo, el hombre pétreo de la retirada de Rusia. De Fortuny está aquí «La playa de Portici,» el cuadro no acabado donde parece que la luz misma, alada y pizpireta, sirvió al pintor de modelo complaciente: ¡parece una cesta de rayos de sol este cuadro dichoso! ¿No fué aquí la colosal venta de Morgan?

Pero toda aquella colección de obras maestras, con ser tan opulenta y varia, no dejaba en el espíritu, como deja la de los impresionistas, esa creadora inquietud y obsesión sabrosa que produce el aparecimiento súbito de lo verdadero y lo fuerte. Ríos de verde, llanos de rojo, cerros de amarillo: eso parecen visto en montón, los lienzos locos de estos pintores nuevos.

Parecen nubes vestidas de domingo: unas, todas azules; otras, todas violetas; hay mares cremas; hay hombres morados; hay una familia verde. Algunos lienzos subyugan al instante. Otros, á la primera ojeada, dan deseos de hundirlos de un buen puñetazo; á la segunda, de saludar con respeto al pintor que osó tanto; á la tercera, de acariciar con ternura al que luchó en vano por vaciar en el lienzo las hon-

Digitized by Google

das distancias y tenuidades impalpables con que suaviza el vapor de la luz la intensidad de los colores.

Los pintores impresionistas vienen ¿quién no lo sabe? de los pintores naturalistas: — de Courbet, bravío espíritu que ni en arte ni en política entendió de más autoridad que la directa de la Naturaleza; de Manet, que no quiso saber de mujeres de porcelana ni de hombres barnizados; de Corot, que puso en pintura, con vibraciones y misterios de lira, las voces veladas que pueblan el aire.

De Velázquez y Goya vienen todos, — esos dos españoles gigantescos: Velázquez creó de nuevo los hombres olvidados; Goya, que dibujaba cuando niño con toda la dulcedumbre de Rafael, bajó envuelto en una capa obscura á las entrañas del ser humano y con los colores de ellas contó el viaje á su vuelta.—Velázquez fué el naturalista: Goya fué el impresionista: Goya ha hecho con unas manchas rojas y parduzcas una Casa de Locos y un Juicio de la Inquisición que dan fríos mortales: allí están, como sangriento y eterno retrato del hombre, el esqueleto de la vanidad y la maldad profunda. Por los ojos redondos de aquellos encapuchados se ven las escaleras que bajan al infierno. Vió la corte, el amor y la guerra y pintó naturalmente la muerte.

***

Los impresionistas, venidos al arte en una época sin altares, ni tienen fe en lo que no ven,

Digitized by Google

ni padecen el dolor de haberla perdido. Llegan á la vida en los países adelantados donde el hombre es libre. Al amor devoto de los pintores místicos, que aun entre las rosas de las orgías se les salía del pecho como una columna de humo aromado, sucede un amor fecundo y viril de hombre, por la naturaleza de quien se va sintiendo igual. Ya se sabe que están hechos de una misma masa el polvo de la tierra, los huesos de los hombres y la luz de los astros. Lo que los pintores anhelan, faltos de creencias perdurables por qué batallar, es poner en el lienzo las cosas con el mismo esplendor y realce con que aparecen en la vida. Quieren pintar en el lienzo plano con el mismo relieve con que la Naturaleza crea en el espacio profundo. Quieren obtener con artificios de pincel lo que la Naturaleza obtiene con la realidad de la distancia. Quieren reproducir los objetos con el ropaje flotante y tornasolado con que la luz fugaz los enciende y reviste. Quieren copiar las cosas, no como son en sí por su constitución y se las ve en la mente, sino como en una hora transitoria las pone con efectos caprichosos la caricia de la luz. Quieren, por la implacable sed del alma, lo nuevo y lo imposible. Quieren pintar como el sol pinta, y caen.

Pero el espíritu humano no es nunca fútil, aun en lo que no tiene voluntad ó intención de ser trascendental. Es, por esencia, trascendental el espíritu humano. Toda rebelión de forma arrastra una rebelión de esencia. Y

Digitized by Google

esa misma angélica fuerza con que los hijos leales de la vida que traen en sí el duende de la luz procuran dejar creada por la mano del hombre una naturaleza tan espléndida y viva como la que elaboran incesantemente los elementos puestos á hervir por el Creador, les lleva por irresistible simpatía con lo verdadero, por natural unión de los ángeles caídos del arte con los ángeles caídos de la existencia, á pintar con ternura fraternal, y con brutal y soberano enojo, la miseria en que viven los humildes. ¡Esas son las bailarinas hambrientas! ¡Esos son los glotones sensuales! ¡Esos son los obreros alcoholizados! ¡Esas son las madres secas de los campesinos! ¡Esos son los hijos pervertidos de los infelices! ¡Esas son las mujeres de gozo! ¡Así son, descaradas, hinchadas, odiosas y brutales!

Y no surge de esas páginas de colores, incompletas y sinceras, el perfume sutil y venenoso que trasciende de tanto libro fino y cuadro elegante, donde la villanía sensual y los crímenes de alma se recomiendan con las tentaciones del ingenio; sino que de esas mozuelas abrutadas, de esas madres rudas de pescadores, de esas coristas huesudas, de esos labriegos jibosos, de esas viejecitas santas, se levanta un espíritu de humanidad ardiente y compasivo, que con saludable energía de gañán echa á un lado los falsos placeres y procura un puesto en la tierra para los deformes y los desgraciados.

Digitized by Google

¿Cómo saldremos de estas salas, afeadas por mucha figura sin dibujo, por mucho paisaje violento, por mucha perspectiva japonesa, sin saludar una vez más á tanto cuadro de Manet, que abrió el camino con su cruda pintura á esos desbordes de aire libre, sin detenernos ante el Organo de Lerolle, con su sobrehumano organista, ante los cuadros resplandecientes de Renoir, ante los de Degas, profundos y lúgubres, ante aquel Estudio asombroso de Roll, recuerdo de la leyenda de Pasipháe, de donde emerge una poesía fragante, plena y madura como las frutas en sazón?

Los Renoir lucen como una copa de borgoña al sol; son cuadros claros, relampagueantes, llenos de pensamiento y desafío. Hay un Seurat que subleva: la orilla verde corta sin sombra, bajo el sol del cenit, el río algodonoso: una mancha violeta es un bañista: otra amarilla es un perro: azules, rojos y amarillos se mezclan sin arte ni grados. Los Monet son orgías. Los Pisarro son vapores. Los Montemard ciegan de tanta luz. Los Huguet, que copian el mar árabe, inspiran amistad hacia el artista. Los Caillebotte son de portentoso atrevimiento: unas niñas vestidas de blanco en un jardín, con todo el fuego del sol; una nevada deslumbrante é implacable; tres hombres arrodillados, desnudos de cintura, que cepillan un piso; al lado de uno, el vaso y la botella.

¿Cómo contar, si hay más de doscientos cuadros? Éstos exasperan; aquéllos pasman; otros,

Digitized by Google

como « La joven del palco », de Renoir, enamoran como una mujer viva. Este monte parece que se cae, ese río parece que nos va á venir encima. ¿No ha pintado Manet un estudio de reflejo de invernadero, tres figuras de cuerpo entero en un balcón, todo verde?

Pero de esos extravíos y fugas de color, de ese uso convencional de los efectos transitorios de la naturaleza como si fueran permanentes, de esa ausencia de sombras graduadas que hace caer la perspectiva, de esos árboles azules, campos encarnados, ríos verdes, montes lilas, surgen de los ojos, que salen de allí tristes como de una enfermedad, la figura potente del remador de Renoir, en su cuadro atrevido « Remadores del Sena. » — Las mozas, abestiadas, contratan favores á un extremo de la mesa improvisada bajo el toldo, ó desgranan las uvas moradas sobre el mantel en que se apilan, con luces de piedras preciosas, los restos del almuerzo.

El vigoroso remador, de pie tras ellas, obscurecido el rostro viril por un ancho sombrero de paja con una cinta azul, levanta sobre el conjunto su atlético torso, alto el pecho, desnudos los brazos, realzado el cuerpo por una camisilla de franela, á un sol abrasante.

Digitized by Google

CLEVELAND Y SU PARTIDO.

LUCHA ENTRE EL PRESIDENTE Y LOS DEMOCRATAS.

Vicios políticos de los representantes.—Cruel tratamiento de los presos en la penitenciaría.—La máquina de levantar.—Sucesos varios.

New York, agosto 9 de 1886.

Señor Director de *La Nación.*

Con el acto de justicia á su propio decoro y á Méjico, expuesto en una carta mía anterior, terminó la Casa sus tareas de este año, distinguidas principalmente por la incapacidad de los partidos para poner de acuerdo sus distintos bandos en las grandes cuestiones de la reforma de la tarifa y la suspensión del acuñamiento de la plata, por el olvido de toda idea alta de patria con que continúan su riña mortal los demócratas y los republicanos, y por la resistencia del partido democrático á ayudar al Presidente á conducir la política nacional de manera que el bien público sea lo primero, y el bien del partido sólo se atienda cuando no riñan sus necesidades ó conveniencias con las del bien público.

Digitized by Google

El Presidente quiere que el partido sirva á la nación, y los demócratas se resisten á seguirlo, porque quieren que la nación sirva al partido.

* * *

El Presidente quiere lo justo, y mantiene que ese es el camino único de su conocimiento para ganar la confianza popular. Los demócratas de la Casa creen que la política no es el servicio de la justicia, en su grado posible y oportuno, sino de los elementos é intereses que los mantienen en su prominencia y puesto.

La lucha es interesante para cuantos estudian el movimiento de los partidos políticos en las repúblicas. Se averigua ahora aquí si el Presidente de la nación es persona viva, con obligación de cumplir las ofertas en cuya virtud vino al poder,—ó si el Presidente, por el hecho de serlo, tiene para con su partido hasta la obligación de ser traidor á su honra personal y á su país, y de pagar los votos de sus correligionarios con la violación de las promesas hechas á la República por él y por ellos, desde el mismo puesto á que fue precisa y explícitamente encumbrado para que las cumpliese.

Trátase de saber si un partido debe seguir al jefe que escogió de su propia voluntad, en el desarrollo del carácter y programa en cuya virtud fué electo para el gobierno con el consentimiento previo y expreso del partido, —ó si debe apartarse del Presidente cuando éste se

Digitized by Google

resista á obedecer á sus sectarios en la adopción de medidas precisamente opuestas á aquéllas para cuya realización fue electo.

« Partidario — dice el Presidente — no quiere decir bribón. »

« Para esta política fuí elegido, porque en mi vida anterior probé que sabía ponerme frente á mi partido cuando así lo quería la ley escrita ó la justicia. Mi partido no tuvo el derecho de votar por mí para venir al gobierno, con la esperanza inmoral de que los halagos del poder ó las amenazas de mis partidarios me obligarían á hacer traición á la política para la cual se me elegía. Dije, antes de la elección, mi hostilidad al sistema de repartir como premios personales los empleos públicos; dije mis tendencias á una reforma liberal de la tarifa; dije mi fe en un dinero honrado, y mi deseo de ver suspendida la acuñación de la plata hasta que un convenio internacional fije su valor; dije que yo entendía la presidencia como un oficio nacional, y no como el aprovechamiento del poder de la República en favor de una de sus sectas ó banderías. ¿Qué cargo, pues, me tienen que hacer por ser quien soy firmemente, sin debilidad y sin insolencia? ¿He de seguir á mi partido, cuando me pide que falte deliberadamente á aquello para que él y yo vinimos al gobierno, ó ha de seguirme mi partido á mí en el cumplimiento del programa en cuya virtud y sobre cuya fe nos trajo al gobierno la nación? Un gobernante

Digitized by Google

que falta al programa por el cual se le elige, es un ladrón del puesto que ocupa, y no vale más que un prisionero de guerra que se escapa después de haber empeñado su palabra de honor. »

* * *

Ese encono de la Casa contra el Presidente que no le cede, se ha estado mostrando en la serie de vetos razonados en que Cleveland ha ido devolviendo, con argumentos llenos de severa sátira, los acuerdos de pensiones injustas concedidas so pretexto de incapacidad contraída en la guerra á gentes que vieron de ella poco, ó enfermaron antes ó después de ella.

El Congreso ha querido con estas pensiones atraerse el voto de los soldados, por lo que las acordaron con igual largueza republicanos y demócratas; pero el Presidente cree, y dice, que los dineros de la nación no deben usarse con pretextos falsos ó fútiles para adelantar intereses de partido. Los republicanos, que introdujeron estos proyectos de pensión y obtendrán el mayor crédito de ellos, ríen entre bastidores con mucho regocijo y azuzan el descontento con que los demócratas tachan á Cleveland de procurarse popularidad de gobernante probo á costa de su propio partido.

Y en esta disensión se ha visto que Cleveland tiene mano mayor para ir juntando con singular astucia la conveniencia y la justicia; porque si bien veta aquellas pensiones otorgadas con base nimia á personas que no las han

Digitized by Google

merecido, aprobó sin vacilar el aumento á doce pesos de todas las pensiones de á ocho concedidas por los congresos anteriores, con lo que ante el país gana por sus vetos fama de íntegro, sin perder por eso la benevolencia de la gente de armas.

* * *

Y ese localismo, esa falta de áurea patria, esa angustiosa y amarga servidumbre de los representantes para con las comarcas que los eligen, esa traición perpetua á los intereses generales de la nación en obsequio á las demandas de cada distrito, es aquí el vicio de los electos de todos los partidos, que acaba siempre en igual prodigalidad de los dineros públicos, y en la misma pequeñez de las sumas verdaderamente consagradas al país, por estar los representantes sobrecogidos del miedo de que no alcance el caudal del erario para la concesión que cada uno prometió obtener á su comarca en pago de sus votos.

No hubo en tiempo de los republicanos sección del presupuesto más atacada por los demócratas que la de puertos y ríos; y este año los demócratas han votado para puertos y ríos una suma aun mayor que la que con escándalo y abuso votaron los republicanos en años anteriores.

Más: se habló mucho este invierno de la necesidad de fortificar las costas: se tuvo el asunto vivo en la prensa y en las reuniones de los demócratas: se quería traer sobre el partido

Digitized by Google

el prestigio de una gran idea nacional: se alegaba que así tendrían ocupación las factorías y arsenales norteamericanos, que hoy languidecen ó quiebran: se argüía que con el empleo en cosa tan útil del sobrante del tesoro, cesaría ese rebato ignominioso con que ahora caen los representantes sobre los dineros mismos.

Tilden mismo, escribió al Presidente de la Casa una carta excelente en que todas esas necesidades de partido estaban muy bien vestidas de necesidades patrióticas.

Vino al fin de la comisión el presupuesto de fortificaciones,—y he ahí que por toda suma, en vez de las cuantías esperadas, sólo vota la Casa, unos míseros quinientos mil pesos.—Pero como cada comarca tiene su puerto á que echar muelle, ó su arroyuelo que limpiar, he ahí que para puertos y ríos, y los abusos gigantescos que se encubren con este nombre, votó la Casa en cambio veinticinco millones.

El egoismo levanta á los pueblos y los pierde.

* * *

¡Levantar!.... he ahí una palabra en estos días tristísima, que movió hace poco á un caballero curioso á visitar, allá en el pueblo seco de pedregales y árboles empolvados de que parece natural crianza, la prisión del Estado de New York, que goza fama de ejemplar y clemente.

Allí hay una máquina terrible de castigo, que llaman «máquina de levantar», y es la

Digitized by Google

tortura misma con que en los tiempos lúgubres se suspendía del suelo por las muñecas á los culpables de la divina maldad del pensamiento.

Dicen los alcaides, es verdad, que estas naturalezas duras que suelen ver el crimen como un derecho, no abaten su fiereza, sino que la enconan y refinan con el trabajo callado y recio de la penitenciaría: que no los doma la obscuridad egipcia de las celdas de castigo: que ni el látigo mismo que les abre canales en las carnes, puede. en ciertos hombres, vencer el odio al trabajo: — ¡ay! pero los que ven á la obra á este pueblo sin caridad, saben que allá adentro, en el sigilo de los muros, deben ser ciertas todas las cosas que los presos dicen, y que rizan de espanto la sangre.

Dicen los presos que en vano les permiten tener en sus celdas las obras de la librería y las revistas ilustradas, porque les dejan sin fuerzas para volver las hojas la brutal faena á que los cómpelen y el castigo del látigo con que se responde á toda petición de su derecho. Dicen que para obtener de ellos en los talleres más ganancia, los estrujan y chupan á trabajo como á la aceituna en el lagar, y no se ve allí en cada preso una criatura á quien mejorar y compadecer, sino una bestia que ha de halar en agonía una tarea enorme. Dicen que alzar los ojos es tener encima una red de látigos. Y hasta dicen los míseros, no hechos nunca en esta tierra de república á dejar de sentir por completo su decoro y libertad, que hay allí

Digitized by Google

privilegios para los serviles y espías, y que á todos los tienen rapados, pero á esos otros les permiten la barba y los bigotes, cuyo cercén hace á los presos más pesada su ignominia.

Y cuando hablan de la máquina de levantar á los comisionados de prisiones, tiemblan. No ha habido en cinco años preso puesto en ella que no pidiese clemencia á los cuarenta segundos: los cuelgan, por las manos esposadas, de una especie de horca, que van subiendo los alcaides lentamente; las esposas les cortan las carnes; la circulación cesa en los brazos; las puntas de los pies vagan sobre el suelo; los alaridos espantables detienen en el aire los martillos de los presos que escuchan desde sus talleres; y el color no se lo detienen en las mejillas, porque allí no hay una sola mejilla con color: sacan en brazos al preso del potro, y luego lo echan á andar, como una fiera deshuesada.

El curioso que fue á la prisión vió aún luciente en los ojos de uno de esos infortunados el reflejo mortal de la otra vida. Criaturas de barro parecen aquellos hombres sombríos y macilentos: y en la cara amarilla les relampaguean los ojos viscosos como los fuegos fatuos sobre una sepultura.

* * *

Un hombre que cruza el Niágara embutido en un casco de madera; un mozo que salta por apuesta desde lo más alto del puente de Brooklyn, y queda vivo; un campamento religioso

Digitized by Google

adonde acuden sesenta mil creyentes; un jurado que oye atónito los detalles de la conspiración tremenda de los anarquistas de Chicago: una vergonzosa investigación de la que resulta que las asociaciones políticas hacen un tráfico infame para provecho personal con los puestos más altos del Estado,—eso sería, después de las cosas mayores, lo más curioso de esta ardiente vida de verano, si no estuvieran comentando á Dante á la sombra de los sagrados árboles de Concord algunas damas y caballeros que cada año se reunen á hablar de las sublimidades del espíritu, —á poca distancia del campamento religioso donde, agitados por la frenética palabra de una mujer de sesenta años, se postran en la yerba de rodillas los catecúmenos convulsos, alzan en coro los brazos con el rostro lloroso vuelto al cielo, se echan de bruces sobre la tierra, exhalando lamentos y alaridos, se abrazan, se interpelan, tutean á los demonios, se confiesan en voz alta, corren de un lado á otro, se mesan los cabellos, hasta que exhaustos é insensibles se reclinan contra los troncos de los árboles, desmayados los brazos, dichosa la sonrisa, y la mirada agonizante y ebria, como de quien á la vez muere y renace: parece como si en el fragor de una infernal batalla se vieran salir de entre los cuerpos palpitantes y rotos los pecados vencidos, cercenadas las garras, desplumadas las alas, ensangrentado el pico, como un tropel de buitres carniceros.

Digitized by Google

Llevan en camilla á los poseídos hacia la orilla del arroyo: hacen de las hojas de los árboles abanicos con qué mover el aire sobre sus labios secos y entreabiertos: la sacerdotisa, vista de cerca, parece como que brilla y humea, y se le ve vagar, temblando, después de su discurso.

Así se mezcla aquí lo extravagante á lo grandioso; y en el sigilo de las selvas ignoradas de los viajeros se acendran la pasión y fuerza bíblicas que deslumbran y arremeten luego con pasmoso empuje en las horas de convulsión ó de reforma.

John Brown y Guiteau nacen juntos de esas selváticas escenas; y para entender á este país no sólo hay que mirar á las ciudades con sus palacios de pórfido y su animada maravilla, sino á esas costumbres y extrañezas, — al brío primitivo con que se derriba el bosque y se alza el pueblo en el Oeste, —á la justiciera brutalidad con que para castigar á un seductor se enmascaran de noche los hombres de un pueblo á doscientas millas de New York, sacan de la casa manchada al galán impúdico, y luego que le han vaciado sobre la cabeza un casco de alquitrán y lo han rodado sobre plumas, llévanlo en esta figura á la carretera, á la vergüenza del mundo y de la aurora.

Digitized by Google

CARTA DE NEW YORK.

La vida de verano en los Estados Unidos: pobres, ricos, campamentos religiosos, sucesos notables.—Peligro grave de guerra entre México y los Estados Unidos.—Estudio del conflicto: sus antecedentes y su curso: El Congreso Americano censura la actitud premiosa de su Secretario de Estado: actitud firme de México.— Texas y Chihuahua.—La opinión y la prensa en este conflicto: se alaba á México.—Muerte de Samuel Tilden, el Presidente electo de 1880: Su vida y su carácter: Ejemplo para los jóvenes: político honrado: Su abnegación: Deja tres millones de pesos para fundar una biblioteca pública.

New York, agosto 12 de 1886.

Señor director de *La República:* (Centro América)

Es ARDIENTE en estos meses la vida en los Estados Unidos, como las olas de aire caldeado y plomizo que bajan sobre el Atlántico desde las llanuras encendidas del Oeste. La vida se multiplica y se desborda. Con las hojas á los árboles viene á mujeres y hombres un frenesí de alegría. Se abren al aire casas y almas. Las ciudades se vacían sobre los pueblos frescos de las costas y montañas vecinas. Los niños pobres, que respiran en los barrios más populosos un aire podrido, mueren en un grito penetrante sobre las rodillas de sus madres; ó se arrastran con sus manos roí-

Digitized by Google

das sobre las piedras de las aceras, buscando consuelo en su frescor al fuego que les consume las entrañas. Los ricos recorren los lugares de campo en ostentosas jiras. Los imbéciles y la gente de mal vivir vocifera y apuesta en las carreras de caballos. Treinta sacerdotes andan en velocípedos visitando los Estados de «Nueva Inglaterra.» A la orilla del mar y en la cúspide de los montes se levantan hoteles babilónicos. Sesenta mil creyentes se reunen á la sombra de un pinar en un campamento religioso, y se arrodillan en el aire libre, corean con aleluyas los discursos de las sacerdotisas, se mesan los cabellos, hunden en la tierra sus cabezas arrepentidas, se abrazan confesándose sus pecados. Partidas de estudiantes distraen el verano explorando á pie las selvas con la tienda al hombro, y fortificándose con el ejercicio del cuerpo y el placer sano y directo de los descubridores. Los maestros juntan grupos de jóvenes dignos de serlo, y se van con ellos á lugares propicios á estudiar Minería en las minas, Agricultura en los campos, en los bosques Botánica. El Congreso se cierra, después de dejar probado que los representantes prefieren dejar solo al Presidente de la Nación en su campaña de reforma de los vicios políticos, á ayudarle en la tarea de enmendar éstos, para que no sea como hasta aquí la Nación un mero instrumento de los partidos, sino los partidos los servidores leales de la Nación. La hermana del Presidente comienza á dirigir

Digitized by Google

en Chicago una revista que lleva por nombre *La Vida Literaria*, la misma hermana que no hace dos meses presidía aún la vida social del país, desde la Casa Blanca en Washington. Un hombre cruza el Niágara embutido en un casco oblongo de madera. Un mozo salta, por apuesta, de lo más elevado del puente de Brooklyn al río Oeste, y sale salvo. Ya tiende al cielo en su pedestal de Bedloe Island la estatua de la Libertad su brazo en esqueleto. Mucha villanía política y venta de destinos se descubre en la ciudad de New York. Mucho se comenta la energía del Presidente, que contra el voto del Senado ha dado en Washington á un negro un empleo altísimo. Mucho libro interesante y nuevo se publica. Se inventa un medio económico de producir fuego sin carbón.

Pero con ser todo esto tan vario é interesante, nada, ni la muerte siquiera de aquel ilustre Tilden, que prefirió perder la Presidencia de la República, á que fue electo, antes que permitir á su partido que la conquistase con sangre,—nos interesa tanto á nosotros los de la otra América, como el grave riesgo de una guerra entre México y los Estados Unidos. Es nuestra raza mal entendida la que está en peligro. Es la caterva de cuatreros y matones ambiciosos de la frontera americana la que quiere forjar un pretexto para echarse sobre el Estado minero de Chihuahua, que excita su codicia. Es nuestro corazón americano, que allí duele. Nuestra patria es una, empieza en

Digitized by Google

el Río Grande, y va a parar en los montes fangosos de la Patagonia. México haría mal, si, contra todo lo que se ve, diese oídos á los perturbadores opulentos que en estos mismos instantes andan buscando su apoyo para influir en la política de Centro América. Pero, ¿quién no ha de apenarse de ver expuesto á una agresión injusta del americano, á un pueblo que ha sabido irse amasando con la sangre misma que fluía de sus heridas; á un pueblo que está logrando acumular en nación sobre un territorio vasto y escapadizo, los elementos más hostiles y reacios, los odios más violentos é incansables, las herencias más tercas y dañinas que contendieron en su edad de formación en pueblo alguno?

* * *

El caso del conflicto es un mero pretexto, agravado por el apetito de guerra que ya se hace impaciente entre los americanos que pueblan el Estado de Texas, que fue de México hasta la guerra inícua de mil ochocientos cuarenta y ocho, y por la imprevista y exagerada rudeza con que el Secretario de Estado en Washington decidió exigir á México, contra una ley anterior y expresa de su Código, la libertad inmediata de un americano preso y procesado en Chihuahua, justamente por un delito contra la ley de libelo de México, cometido fuera y dentro del territorio mexicano, con desprecio de sentencia anterior del juez de Chihuahua, acatada bajo firma por el preso.

Digitized by Google

Un periodista americano, Cuttin, airado porque un hijo de México, Medina, le establecía un periódico rival en la ciudad mexicana de El Paso del Norte, publicó en ella un ataque injurioso, que en acto de conciliación le condenó el juez á retractar á pedimento de Medina. Se retractó Cutting en el Paso del Norte; pero en la ciudad americana de El Paso, de Texas, unida por un puente á la de México, publicó en un periódico, siempre impreso en inglés, un nuevo ataque á Medina, en inglés y en castellano, y circuló por sí mismo el periódico en El Paso del Norte. El artículo ciento ochenta y seis del Código de México autoriza á los Tribunales de la República á procesar y castigar conforme á sus leyes á los extranjeros presentes en su territorio que hayan cometido fuera de México delitos contra éste que tienen pena en sus leyes criminales. Y Cutting fue preso y procesado en virtud de esta ley, pero no sólo por haber impreso en una ciudad americana un artículo contra un mexicano, penable por la ley de México, sino por el delito de distribuirlo, cometido en México con violación de un acuerdo de su juez y la ley de libelo. El Cutting es de esa mala casta de aventureros sin oficio, que mira como propiedad suya la tierra mexicana, y cría odio de raza á sus hijos bravos, que ven con miedo natural que los americanos pueblen hoy á Chihuahua como poblaron antes á Texas, para alzarse con ella, y recuerdan con penas en el corazón la guerra

Digitized by Google

humillante en que fueron vencidos por el Norte en mil ochocientos cuarenta y ocho. Casi todo Texas está poblado de aventureros; y como el Cónsul americano en El Paso del Norte es de los que se enojan de que México posea un país tan valioso como el de Chihuahua, los aventureros, el preso y el Cónsul lograron con sus representaciones que el Secretario de Estado en Washington pidiese al Gobierno de México la libertad incondicional de Cutting. El Gobierno de México ofreció en respuesta cortés que el Gobierno Federal ejercería cuanto influjo le fuese legítimamente dable en favor del preso cerca del Gobierno del Estado de Chihuahua; pero se negó con modesta firmeza á entregar al preso, porque ni puede el Gobierno Federal, por la Constitución, compeler así, á su capricho á un Estado libre de la República, ni cabe que el Gobierno mismo de un país obre contra lo que ordena expresamente uno de los artículos del Código que está llamado á hacer cumplir. En esto, los odios acumulados en ambos lados de la frontera del Río Grande tomaban color de guerra; americanos y mexicanos se amenazaban desde sus respectivas ciudades; voluntarios y tropa de línea recorrían las calles; las asociaciones de veteranos se asociaban á las protestas de los de Texas: el Gobernador de Texas, ganoso de popularidad, se mostraba pronto á llevar la guerra á Chihuahua, si el Gobierno de Washington no la llevaba; el Congreso pidió al Presidente la

Digitized by Google

correspondencia, y el Presidente la envió al Congreso, sin recomendar en su carta de mera fórmula solución alguna, ni apoyar el resumen precipitado y violento de la correspondencia con que la ponía ante el Congreso el Secretario de Estado.

Todo en aquellos momentos anunciaba la guerra: los preparativos de los texanos, la acumulación de las tropas de México, la demanda del Secretario, nuevamente rechazada por el Gobierno mexicano, el resumen belicoso del Secretario de Estado, el voto de confianza que la Comisión de Negocios Extranjeros propuso al Congreso, basada solamente en la lectura del resumen. Pero la guerra ha parecido disiparse, y la opinión ha torcido de rumbo en todo lo que no es la gente agresiva de Texas, porque el Congreso se negó á votar la resolución de confianza intimando de nuevo á México la libertad incondicional de Cutting, tan luego como uno de los mismos representantes que habían firmado el proyecto de resolución, reveló con pruebas al Congreso atónito que el resumen hecho de la correspondencia por el Secretario de Estado no presentaba el caso como resultaba de la correspondencia misma. No era verdad que México estuviese procesando á Cutting por un delito cometido en Texas, sino por eso, según está facultado por su ley, y por un delito cometido en México con desacato á un Juez mexicano. No era verdad que Cutting estuviese sufriendo en

Digitized by Google

México las amarguras que el Secretario decía, repitiendo con ardor los informes exagerados del Cónsul de El Paso; sino que Cutting había tenido constantemente abierta por el Juez la libertad bajo fianza, que rechazaba con desdén « porque el asunto estaba ya en manos de su Gobierno. » No era verdad que México mostrase arrogancia punible en la defensa de una ley oprobiosa para los Estados Unidos; sino que había « la mayor cortesía y solicitud, y casi humillación », en las respuestas amistosas con que alegaba á los Estados Unidos la existencia previa de una ley general que comprendía el caso de Cutting, y la misma incapacidad del Gobierno Federal para forzar los procesos y sentencias del Tribunal de uno de sus Estados que el Secretario americano alegó ante el Gobierno chino hace pocos meses, cuando éste le exigió responsabilidad por los asesinatos de sus súbditos por ciudadanos americanos en uno de los Territorios de la Unión. No era verdad, como decía el resumen, que el caso todo se redujera á una injuria de México á la Nación Americana, á la pretensión desnuda de que puede por un artículo de su ley procesar y castigar en su territorio á los ciudadanos extranjeros por delitos penables según su Código, que se hubieran cometido fuera de México. La revelación del representante cambió en desagrado y desconfianza la precipitación con que se disponía el Congreso á apoyar la actitud belicosa del Secretario de Estado: el

Digitized by Google

Congreso suspendió sus sesiones sin tomar noticia de la resolución que se le recomendaba con urgencia: y la honestidad de un solo hombre, defendiendo con palabras que parecían golpes á un pueblo amigo, avasallado injustamente, disipó en una hora la nube de guerra.

Pero, ¡ah! no puede decirse, por desdicha, que á estas horas se haya desvanecido por completo. El Secretario de Estado dice que el silencioso voto en contra que le dió la Casa de Representantes fue un manejo de los Diputados republicanos, que quieren demostrar al país que también los demócratas practican con los pueblos de América la política de intimidación é intrusión que á ellos les censuraban. No rebaja el Secretario sus pretensiones aparentemente, á pesar de la censura del Congreso. No se muestra dispuesto á ceder México, que con su sabiduría en la controversia logró convertir á su propia defensa, por la revelación elocuente del diputado republicano, al Congreso mismo encargado de votar una resolución preparatoria de la guerra. En Texas y en Chihuahua se vive con los rifles cargados y el pie en el estribo, los de Texas dispuestos á pasar el puente é ir á rescatar á Cutting; los de Chihuahua decididos á resistir la invasión y á presentarles la cabeza de Cutting en respuesta. Y el tribunal de El Paso del Norte, sereno frente á la ciudad rival americana, decoroso en este peligro de guerra, procesó en forma á Cutting, con atención á la ley de su

Digitized by Google

delito que rige en su propio Estado de Texas, y lo sentenció á un año de penitenciaría y quinientos pesos de multa, de cuya sentencia apela. Grande es, pues, el peligro que se corre todavía; pero es de honor decir que fuera de la prensa invasora publicada en el Sur, toda la buena prensa de este país se declaró contra la intentona de guerra tan pronto como reveló la verdad de la disputa el Representante. Es de honor decir que si bien perdura, por desgracia, en la masa del pueblo americano, esa opinión desdeñosa é ignorante de nuestros países que lo tiene tan dispuesto á mirar en menos, como á dogos falderos, á esos nobles pueblos nacientes que entre tantos obstáculos adelantan, es cierto también que la costumbre republicana cría en esta tierra, como en todas aquellas donde impera, un hábito de justicia que se impone en los casos mismos de decoro nacional hasta este extremo de defender hoy al que se tuvo ayer como enemigo. Es de honor decir que en vez de exasperar á los Estados Unidos, parece, en lo general, haberle sido grata la firme y dolorosa bravura con que, sin desafiar y sin cejar, se ha mostrado México dispuesto á defender su ley y su derecho de la intrusión del pueblo más formidable acaso de la tierra.

***

No había llegado todavía New York, que en esta guerra inesperada no tiene interés directo, á mostrar entusiasmo ni curiosidad mar-

Digitized by Google

cados en el conflicto mexicano. No era, no, el ansia de saber de México, lo que reunía tal muchedumbre frente á las tablillas donde, como los romanos en su álbum con las leyes, publican aquí los periódicos el extracto de los sucesos del día. Era para afligirse porque había muerto Samuel Tilden, famoso en los Tribunales por lo sagaz, en la política por lo previsor, en los negocios por lo feliz y en la historia de su patria por haberse negado á disfrutar con la violencia, su derecho clarísimo á la Presidencia de los Estados Unidos, para la cual fue electo en 1880 contra el republicano Hayes, á quien la adjudicó una comisión del Congreso con visible fraude.

Júzguese de aquella alma. Él era varón de virtud, que desde la mayor humildad se había levantado, sobre los puntales de su talento, á la posesión de una fortuna enorme, y á la cabeza de su gran partido. Él tenía natural pasión por el soberbio puesto que lleva de mano de la ley á un hijo de pobres hasta el Gobierno del pueblo más grande de hombres libres. Él quería barrer de arriba los vicios de compadrazgo é interés que muerden con diente hediondo en la política americana, tal como había barrido desde su asiento de Fiscal del Estado y de Gobernador á los bribones coaligados que con su influjo en las votaciones venían atrincherándose en empleos que les permitían defraudar las arcas públicas con robos estupendos. Y luego, él tenía grande alma;

Digitized by Google

que lleva con irresistible empuje á lo encumbrado y peligroso: él veía en sí coronada la persona humana!

¿Qué suprema angustia no debió sentir aquel trabajador hecho de sí, aquel hombre de derecho, cuando se vió burlado en la posesión del mayor premio que es dable en la tierra al hombre apetecer, y vió ultrajada la ley pública en él mismo, que ganó su eminencia en defenderla?—Él había sido abogado grandísimo: huroneaba en los rincones de sus casos: penetraba en ellos como un espía de oficio: estudiaba su parte con ojos de juez: desenvolvía á la vista del contrario atónito el tejido mismo de intenciones y argumentos que se guardaba callado en la mente: manejaba sus pruebas, y tundía con ellas, con el brillo y ardor con que guía y abate un general en las batallas: tenía el placer y el vicio de la justicia.—Él veía en sí un ejemplo para la juventud que se acobarda, ó se corrompe, ó se vende á un matrimonio, ó se vende á un gobierno: de estudiante pobre llegó á dueño legítimo de cinco millones, sin venderse á nadie, ni al gobierno, que fue á buscarle á su casa por honrado, ni al matrimonio porque amó de joven á una noble criatura que le quiso pobre y se volvió imbécil, y él le mantuvo en su desdicha la fe que le empeñó en la hora de la razón.—Deslució acaso sus primeros años públicos, cuando la guerra de los esclavos debió llamarlo á una carrera activa, por el afán—¡excusable en quien conoce

Digitized by Google

la vida!—de comprar con una fortuna libre el derecho de ser honrado y virtuoso: no enseñó la mano hasta que la tuvo fuerte: no hacía negocios al azar, ni ponía sus ahorros en ambiciosas empresas, sino que estudiaba los elementos de cada operación como los puntos de un caso de derecho, y entraba á negociar sobre seguro con fuerza matemática.—Él tenía mente mayor, con la que consideraba que si en tiempos pasados fueron precisos aquellos patriarcas generosos y sabios que prepararon á su pueblo para la riqueza, hoy era necesario un sabio nuevo que lo redimiese de los vicios públicos á que lo ha llevado el exceso de ella.—Él veía el voto ignorante, los audaces apoderados de él, el egoísmo comiéndose al heroísmo; el amor á sí sofocando en cada hombre el amor á la patria, el amor al goce pervirtiendo en la mujer aquella majestad y dulcedumbre con que ilumina y enamora.—Él se sentía ayudado de la habilidad en la virtud.—Él rebosó de justo júbilo, cuando en pago de sus honrados hechos, de su maestría mental, de su capacidad para pensar por sí y directamente, de su gerencia sobre los miembros de peso de su partido con quienes mantenía correspondencia tirada, se vió electo candidato de los demócratas para presidir por cuatro años su República, para limpiar los establos, para infundir idea nueva y tamaño de grandeza en la vida de la Nación, para entusiasmar y extremecer á un pueblo que empezaba á podrirse en la prosperidad.

Digitized by Google

Y ¡todo, todo vino á tierra, á la voluntad de una camarilla infame! Se aceptó como buena la elección falsa del Estado dudoso que debía darle el triunfo: se consumó el robo del puesto sagrado. Muy á borbotones le saltó al gran viejo la sangre en el pecho. Muy amargamente vió pasar para sí y para su pueblo la ocasión de volver á ser grande. Y con mucha crueldad le llamaron cobarde sus amigos, porque no quiso hacer andar sobre sangre su derecho. Pero él se fue á hablar con su hermana canosa, quien vive en una casa que le regaló él de su trabajo, y habló mucho con ella en sigilo en una tarde solemne; y templado en piedad salió de aquella plática con mujer, decidido á perder su derecho al honor más grande á que podía aspirar un hombre en la tierra, si había de costar una sola vida el conseguirlo. ¡A esta abnegación han llamado miedo los que no son capaces de ella! ¡Los que sólo á sí ven en el mundo, y á su engrandecimiento propio! ¡Los que no aman á la patria bastante para posponerle todo amor de sí! ¡Por aquella abnegación se negó su partido á presentarlo de candidato en las elecciones siguientes, para dar ocasión de victoria sin violencia al derecho burlado!

Pero su influjo subía poco á poco: su voluntad designaba á los candidatos: su consejo dirigía el partido: sus comunicaciones interesaban á la nación: su silla de viejo era á manera de trono: su carta definitiva de renuncia

Digitized by Google

á la candidatura de mil ochocientos ochenta y cuatro está escrita como por un profeta tallado en la montaña: su testamento otorga tres millones de pesos para la fundación de una biblioteca pública, y este magnífico legado enseña, como resumen de su cuantiosa vida, que la suma deducción del político más práctico y agudo que vivía en este pueblo, fue que la madre del decoro, la savia de la libertad, el mantenimiento de la República y el remedio de sus vicios, es, sobre todo lo demás, la propagación de la cultura: Hombres haga quien quiera hacer pueblos. Murió Tilden ilustre oyendo leer filosofías y versos. Murió en su casa señorial frente al río Hudson, que rueda con majestad comparable á la de sus pensamientos.

Digitized by Google

Digitized by Google

EL PROCESO DE
LOS SIETE ANARQUISTAS DE CHICAGO.

El problema del trabajo en Europa y en América.—Estudio de caracteres.—El proceso.—El veredicto: aplauso unánime.

New York, septiembre 2 de 1886.

Señor director de *La Nación.*

Aquellos anarquistas que en la huelga de la primavera lanzaron sobre los policías de Chicago una bomba que mató á siete de ellos, y huyeron luego á las casas donde fabrican sus aparatos mortíferos, á los túneles donde enseñan á sus afiliados á manejar las armas, y á untar de ácido prúsico, para que maten más seguramente, los puñales de hoja acanalada; aquellos que construyeron la bomba, que convocaron á los trabajadores á las armas, que llevaron cargado el proyectil á la junta pública, que excitaron á la matanza y el saqueo, que acercaron el fósforo encendido á la mecha de la bomba, que la arrojaron con sus manos sobre los policías, y sacaron luego á la ventana de su imprenta una bandera roja; aquellos siete ale-

Digitized by Google

manes, meras bocas por donde ha venido á vaciarse sobre América el odio febril acumulado durante siglos europeos en la gente obrera; aquellos míseros, incapaces de llevar sobre su razón floja el peso peligroso y enorme de la justicia, que en sus horas de ira enciende siempre á la vez, según la fuerza de las almas en que arraiga, apóstoles y criminales; aquéllos han sido condenados, en Chicago, á muerte en la horca.

Tres de ellos ni entendían siquiera la lengua en que los condenaban. El que hizo la bomba, no llevaba más que unos nueve meses de pisar esta tierra que quería ver en ruina.

Uno sólo de los siete, casado con una mulata que no llora, es norte americano, y hermano de un general de ejército: los demás han traído de Alemania cargado el pecho de odio.

Desde que llegaron, se pusieron á preparar la manera mejor de destruir. Reunían pequeñas sumas de dinero; alquilaban casas para hacer experimentos; rellenaban de fulmicoton trozos pequeños de cañería de gas: iban de noche con sus novias y mujeres por los lugares abandonados de la costa á ver cómo volaban con esta bomba cómoda los cascos de barco: imprimían libros en que se enseña la manera fácil de hacer en la casa propia los proyectiles de matar: se atraían con sus discursos ardientes la voluntad de los miembros más malignos, adoloridos y obtusos de los gremios de trabajadores: « pudrían—dice el abogado—como el

Digitized by Google

vómito del buitre, todo aquello á que alcanzaba su sombra. »

Aconsejaban los bárbaros remedios imaginados en los países donde los que padecen no tienen palabra ni voto, aquí, donde el más infeliz tiene en la boca la palabra libre que denuncia la maldad, y en la mano el voto que hace la ley que ha de volcarla: al favor de su lengua extranjera, y de las leyes mismas que desatendían ciegamente, llegaron á tener masas de afiliados en las ciudades que emplean mucha gente alemana: en New York, en Milwaukee, en Chicago.

En libros, diarios y juntas adelantaban en organización armada y predicaban una guerra de incendio y de exterminio contra la riqueza y los que la poseen y defienden, y contra las leyes y los que las mantienen en vigor. Se les dejaba hablar, aun cuando hay leyes que lo estorban, para que no pudiesen prosperar so color de martirio, ideas de cuna extraña, nacidas de una presión que aquí no existe en la forma violenta y agresiva que del otro lado del mar las ha engendrado.

Prendieron estas ideas lóbregas en los espíritus menos racionales y más dispuestos por su naturaleza á la destrucción; y cuando al fin, como enseña de este fuego subterráneo, saltó encendida por el aire la bomba de Chicago, se vió que la clemencia equivocada había permitido el desarrollo de una cría de asesinos.

Todo eso se ha probado en el proceso. Ellos

Digitized by Google

que, salvo el norteamericano, tiemblan hoy, pálidos como la cal, de ver cerca la muerte, manejaban en calma los instrumentos más alevosos que han sugerido nunca al hombre la justicia ó la venganza.

No fue que rechazasen en una hora de ira el ataque violento de la policía armada: fue que, de meses atrás, tenían fábricas de bombas, y andaban con ellas en los bolsillos «en espera del buen momento», y atisbaban al paso á los grupos de huelguistas para enardecerles con sus discursos la sangre, y tenían concertado un alzamiento en que se echasen sobre la ciudad de Chicago á una hora fija las carretadas de bombas ocultas en las casas y escondites donde los mismos que ayudaron á hacerlas las descubrieron á la policía.

No embellece esta vez una idea el crimen.

Sus artículos y discursos no tienen aquel calor de humanidad que revela á los apóstoles cansados, á las víctimas que ya no pueden con el peso del tormento y en una hora de majestad infernal la echan por tierra, á los espíritus de amor activo nacidos fatalmente para sentir en sus mejillas la vergüenza humana, y verter su sangre por aliviarla sin miramiento del bien propio.

No: todas las grandes ideas de reforma se condensan en apóstoles y se petrifican en crímenes, según en su llameante curso prendan en almas de amor ó en almas destructivas. Andan por la vida las dos fuerzas, lo mismo

Digitized by Google

en el seno de los hombres que en el de la atmósfera y en el de la tierra. Unos están empeñados en edificar y levantar: otros nacen para abatir y destruir. Las corrientes de los tiempos dan á la vez sobre unos y otros; y así sucede que las mismas ideas que en lo que tienen de razón se llevan toda la voluntad por su justicia, engendran en las almas dañinas ó confusas, con lo que tienen de pasión estados de odio que se enajenan la voluntad por su violencia.

Así se explica que los trabajadores mismos temblaron al ver qué delitos se criaban á su sombra; y como de vestidos de llamas se desasieron de esta mala compañía, y protestaron ante la nación que ni los más adelantados de los socialistas protegían ni excusaban el asesinato y el incendio á ciegas como modos de conquistar un derecho que no puede ser saludable ni fructífero si se logra por medio del crimen, innecesario en un país de república, donde puede lograrse sin sangre por medio de la ley.

Así se explica cómo hoy mismo, cuando los diarios fijaron en sus tablillas de anuncio el veredicto del jurado, no se oía una sola protesta entre los que se acercaban ansiosamente á leer la noticia.

¡Ay! aquí los corazones no son generalmente sensibles! ¡aquí no hace temblar la idea de un hombre muerto por el verdugo á mano fría! ¡aquí se habitúa el alma al egoísmo y la dureza!

Digitized by Google

pero se suele ver, como en los días de la agonía de Garfield, el corazón público,—se suele sentir, como en los días del abolicionista Wendell Phillips, la pujanza con que se revela la conciencia nacional contra la injusticia ó el crimen,—se ve crecer en un instante, como en los días de las huelgas de carros, la ira de la clase obrera cuando se cree injuriada en su decoro ó su derecho.

Y esta vez, ni un solo gremio de trabajadores en toda la nación ha mostrado simpatía, ni cuando el proceso, ni cuando el veredicto, con los que mueren por delitos cometidos en su nombre.

Y es porque esos míseros, dándose á sí propios como excusa de su necesidad de destrucción las agonías de la gente pobre, no pertenecen directamente á ella, ni están por ella autorizados, ni trabajan en construir, como trabaja ella; sino que son hombres de espíritu enfermizo ó maleado por el odio, empujados unos por el apetito de arrasar que se abre paso con pretexto público en todas las conmociones populares, pervertidos otros por el ansia dañina de notoriedad ó provechos fáciles de alcanzar en las revueltas,—y otros, ¡los menos culpables, los más desdichados! endurecidos, condensados en crimen, por la herencia acumulada del trabajo servil y la cólera sorda de las generaciones esclavas.

Aquí, á favor de la gran libertad legal, de lo fácil del escape en esta población enorme,

Digitized by Google

de la indulgencia que envalentonó la propaganda anarquista, se reunieron naturalmente para su obra de exterminio esos elementos fieros de todo sacudimiento público: los fanáticos, los destructores y los charlatanes. Los ignorantes los siguieron. Los trabajadores cultos se retrajeron de ellos con abominación. Los obreros norteamericanos miraron como extraños á esos medios y hombres nacidos en países cuya organización despótica de mayor gravedad y color distinto á los mismos males que aquí los hábitos de libertad hacen llevaderos.

El silencio amparó la obra siniestra.

Y cuando llegaron para Chicago las horas de inquietud que en su justa revuelta por su mejoramiento está causando en todo el país la gente obrera, saltaron á su cabeza los hombres tenebrosos, vociferando, ondeando pañuelos rojos, azuzando á los desesperados, echando al aire la bomba encendida.

Saltaron en pedazos los hombres rotos: murieron miembro á miembro desesperados en los hospitales: repudió toda la gente de trabajo á los que á sangre fría mataban en su nombre. Y hoy, cuando se anuncia el veredicto que los condena á muerte, se siente que en esta masa de millones hay todavía rincones vivos donde se hacen bombas, se reunen en New York dos mil alemanes á condolerse de los sentenciados, se sabe que no han cesado en Chicago, ni en Milwaukee, ni en New York los trabajos bárbaros de estos vengadores ciegos; pero las

Digitized by Google

grandes masas no han alzado la mano contra el veredicto, ni el curioso indiferente que se acercara hoy á las tablillas de los diarios hubiera podido oir á un solo trabajador ni comerciante, ni una palabra de condenación ó de ira contra el acuerdo del jurado.

El que más, el extranjero de alma compasiva, el pensador que ve en las causas, se entristecían y callaban.

* * *

Porque entre otras cosas, los peligros mismos que, á la raíz del proceso, corría el jurado, venían siendo garantía de que él no daría veredicto de muerte contra los anarquistas, á tener la menor posibilidad de evitarse así una inquietud para la conciencia y un riesgo para sus vidas. Si la evidencia no era absoluta, el jurado se aprovecharía de ello para no incurrir en la ira de los anarquistas.

Ya se sabe que el jurado aquí, como en todas partes, no es como los jueces, que viven de la justicia y pueden afrontar los peligros que les vengan de ejercerla con la protección y paga del orden social que los necesita para su mantenimiento.

Estos doce jurados, traídos muy contra su voluntad á juzgar á los jefes de una asociación numerosa de hombres que creen glorioso el crimen, y criminales á todos los que se les oponen, habían de temer con razón que los anarquistas, enfurecidos por la sentencia de sus jefes, llevasen á cabo las amenazas que

Digitized by Google

esparcían abundantemente, mientras se estaba eligiendo el jurado.

Treinta y seis días tardó el jurado en formarse. Novecientos ochenta y un jurados hubo que examinar para poder reunir doce.

Reunidos al fin, siguió por todo un mes la sombría vista.

De noche reposaban los jurados en sus cuartos en el hotel, vigilados por los alguaciles que debían librarles de toda comunicación ó amenaza: deliberaban: comentaban los sucesos del día: iban concentrando el juicio: se distraían tocando piano, banjo y violín. De día eran las sorpresas.

Ya era el norteamericano Parsons, á quien la policía no podía hallar, y se presentó de súbito en la sala del proceso, desaseado, barbón, duro, arrogante: ya era que iban perdiendo su seguridad aparente los presos, conforme el fiscal público presentaba en el banquillo como testigos á los cómplices mismos de los anarquistas, al regente de la imprenta del periódico que incitaba á la matanza, al dueño de la casa donde el recién llegado alemán hacía las bombas.

Una joven repartía un día á los presos ramilletes de flores encarnadas. La madre del periodista Spies oía día sobre día las declaraciones contra su hijo. El fiscal presentó en su propia mano una bomba cargada, de las que se hallaron en un escondite, fabricadas por

Digitized by Google

uno de los presos, con ayuda del cómplice que lo denunciaba desde el banquillo.

Cada día se veían crecer las alas de la muerte, y se sentían más aquellos infelices bajo su sombra.

Todo se fue probando: la premeditación, la manufactura de los proyectiles, la conspiración, las excitaciones al incendio y el asesinato, la publicación de claves en el diario con este fin, el tono criminal de los discursos en la junta de Haymarket, la preparación y lanzamiento de la bomba desde la carreta de los oradores.

Estaba entre los presos el que la había hecho, esa y cien más.

Los restos de la bomba eran iguales á las que los cómplices de los presos entregaron á la policía, y á las que tenía el periodista en su imprenta y enseñaba como una hazaña.

Los testigos de la defensa se contradijeron y dejaron en pie la acusación. Los testigos de la acusación eran amigos, compañeros, empleados, cómplices de los presos.

Sin miedo hablaron el fiscal y su abogado. Sin fortuna ni solidez hablaron los defensores. El juez dijo al jurado en sus indicaciones que el que incita á cometer un delito y á prepararlo es tan culpable de él como el que lo comete.

Anonadaba tanta prueba. Extremecía lo que se había oído y visto. Trascendía al tribunal el espanto público.

El jurado deliberó poco, y á la mañana si-

Digitized by Google

guiente los presos fueron llamados á oir el veredicto.

***

¡Pobres mujeres! La viejecita Spies, la madre del periodista, estaba en su rincón, mirando como quien no quiere ver. Allí su hermana joven. Allí la novia lozana de uno de los presos. Allí la mujer de Schwab, desdichada y seca criatura, el cuerpo como roído, de rostro térreo y manos angulosas, extraña en el vestir, los ojos vagos y ansiosos, como de quien viviese en compañía de un duende: Schwab es así: desgarbado, repulsivo, de funesta apariencia; la mirada caída bajo los espejuelos, la barba silvestre, el pelo en rebeldía, la frente no sin luz, el conjunto como de criatura subterránea.

Allí la mulata de Parsons, implacable é inteligente como él, que no pestañea en los mayores aprietos, que habla con feroz energía en las juntas públicas, que no se desmaya como las demás, que no mueve un músculo del rostro cuando oye la sentencia fiera. Los noticieros de los diarios se le acercan, más para tener que decir que para consolarla. Ella aprieta el rostro contra su puño cerrado.

No mira; no responde; se le nota en el puño un temblor creciente; se pone en pie de súbito, aparta con un ademán á los que la rodean, y va á hablar de la apelación con su cuñado.

La viejecita ha caído en tierra. A la novia infeliz se la llevan en brazos. Parsons se entretenía mientras leían el veredicto en imitar

Digitized by Google

con los cordones de una cortina que tenía cerca el nudo de la horca, y en echarlo por fuera de la ventana, para que lo viese la muchedumbre de la plaza.

En la plaza, llena desde el alba de tantos policías como concurrentes, hubo gran conmoción cuando se vió salir del tribunal, como si fuera montado en un relámpago, al cronista de un diario,—el primero de todos. Volaba. Pedía por merced que no lo detuviesen. Saltó al carruaje que lo estaba esperando.

—«¿Cuál es, cuál es el veredicto?»—voceaban por todas partes.—«¡Culpables!»—dijo, ya en marcha. Un hurrah, ¡triste hurrah! llenó la plaza. Y cuando salió el juez, lo saludaron.

Digitized by Google

EL MONUMENTO DE LA PRENSA.

LOS PERIODISTAS DE NUEVA YORK.

Grave incidente.—La devolución de las banderas al Sur.—Los veteranos y Cleveland.—El Presidente no debe substituirse á la Nación.—El irlandés O'Brien.—Honores á Mc. Glynn.—Proyecto de una Catedral protestante.

En un vapor embanderado venían ayer del Cerro de los Cipreses, cuajado de tumbas, los periodistas de Nueva York y sus amigos, que, como quien va á una gira, fueron á las ceremonias de entrega de la columna, sin elocuencia ni mérito artístico, que señala el lote donde reposan los periodistas muertos.

El aire, es verdad, limpio en aquella altura, hablaba más de vida que de muerte; y como colegiales en vacantes se aprovechaban los llena-columnas de aquella hermosa hora libre.

Los discursos mismos, más que lazos de crespón, parecían copas de champaña.

Acá no se teme mucho á la muerte. El periodista sobre todo parece verla venir sin miedo: ¡tiene tanto el periodista de soldado!

Hasta extrañó, como una nota falsa en aquella linda escena bajo el cielo vívido, el discurso patético en que Chancey Depew, el orador de moda, el candidato encubierto de los repu-

Digitized by Google

blicanos de Nueva York para la presidencia próxima, lamentó demasiado la muerte, acaso porque él vive feliz.

¿Llorar por los muertos, por los que descansan, en este cerro matizado de asfodelos, bajo estos cipreses de música tan suave, ante esta bahía, taza azul donde hierve el universo, en este estío fogoso? ¡Oh, no, reir será mejor!: reían y aplaudían.

Si los muertos se hubieran levantado de sus tumbas, no se habrían enojado, no, habrían pedido de merendar á sus compañeros.

Vivieron con honor: ¿á qué vivir más? Sus camaradas, tristes todos bajo aquella apariencia de júbilo, les habrían dicho al oído: «Ya deseamos ir á reposar como tú.» Se dicen «tú», aunque no hay «tú» en inglés, todos estos periodistas.

Acá la muerte es otra cosa.

Cuando sí movía á las lágrimas la escena,—fue cuando, al compás de los cipreses, cantó el coro, como la humilde protesta de tantos trabajadores ingloriosos, «¡Manos cansadas oh, manos cansadas!»

Venían alegres en el vapor embanderado.

Hablaban de todo: De una joven que ha escrito un buen drama. De cuán duro es para los principiantes abrirse camino en esta prensa de negocio. De cómo cayó ignominiosamente en un ortigal el globo cuyo viaje sobre el Océano había anunciado el *World*, dueño de la empresa, con tamaña pompa.

Digitized by Google

De la maravilla del *Evening Sun*, el diario de la tarde de á centavo donde siguen juntándose con arte admirable la viveza en la noticia, y la literatura, la literatura gráfica y viva en el estilo, no aquella pompa clásica, jerga de libros y hueca imaginería de los diarios inútiles y académicos.

Hablaban de cómo crece la fama de original y sutil que goza Frank Stockton, el nuevo novelista: del peligro de muerte que acaba de correr Ella Wheeler Wilcox, la poetisa de los «Versos de Pasión», joven y célebre, la que con el producto de su primer libro compró, en un ajardinado recodo, una casita para su madre anciana, y hoy se vuelve á su hogar en el Oeste, cansada de la vida oficinesca y fea de esta parte avariciosa de los Estados Unidos: hablaban de la novedad del colegio de Packard, que cada viernes invita á un pensador notable á dialogar con los discípulos sobre las teorías corrientes: de la otra novedad de otro colegio, el de Parker, en Brooklyn, cuyas alumnas, guardadas por su directora y su maestra de francés, van á Europa, aprovechando las vacantes de verano, á tomar en los museos y en las ciudades famosas, lecciones vivas de arte y de cultura. Celebraban, recordando la fiesta del día, los variados talentos de aquel hércules mental, el doctor Woods, á quien llegaron á llamar «el gran condensador americano», no porque usase pocas palabras, que usaba muchas, sino porque en cada una encerraba un pensamiento.

Digitized by Google

El arte de escribir ¿no es reducir? La verba mata sin duda la elocuencia.

Hay tanto que decir, que ha de decirse en el menor número de palabras posible: eso sí, que cada palabra lleve ala y color.

Celebraban á los dos periodistas jóvenes de más boga, Robert Bonner, leal al *Puck*, y Joseph Howard, que sabe lo de Ovidio, y ha ganado fama siendo amable. Quiere que digan de él lo que Arsène Houssaye hace decir de sí á aquella maga Sophie Arnould: «Algunos lo transforman todo en serpientes y culebras: yo vertiré olas de perlas, de rubíes y de topacios.» Hablaban en francés; mas, se veía á muchos de ellos, como si el periodismo preparase especialmente á la elegancia, vestidos con la soltura y nitidez francesas.

Iba un grupo hablando de la amistad del americano como Henry James y Paul Bourget, ambos obreros finos, cuando el vapor, como espada que vuelve á la vaina, encajó en su ancho muelle: unos rompieron á correr, atropellándolo todo rudamente, para llegar á sus diarios antes que los rivales con las noticias de la fiesta: otros, puestos en vía de amor por el día grato, siguieron por entre los álamos del Parque de la Batería, autorizados por lo cercano de la noche, según la etiqueta neoyorquina, para ofrecer el brazo á las damas: algunos se entretuvieron en ver desembarcar una bandada florida y parlera de familias de inmigrantes italianos, en cuyas manos una

Digitized by Google

niña vertía cariñosa los dulces que compraba de la cesta de una arrugada irlandesa: los más compraron de prisa el *Evening Sun*, donde leyeron con asombro las fieras palabras con que Fairchild, un general de la guerra civil, maldijo el pensamiento, autorizado por el Presidente dos días antes, de devolver al Sur, en vez de tenerlas amontonadas en un sotabanco, las banderas que las tropas del Norte le habían arrebatado en los combates.

***

Hubo una reunión de veteranos. Ya se sabía que el Presidente había dado la orden de que las banderas del Sur fuesen devueltas.

Se comentaba, se desaprobaba.

Entra Fairchild, con su manga colgante. Asalta la Presidencia sin esperar por las formalidades de uso.

«Se ha dado la orden, dice, de devolver á los rebeldes sus banderas: ¡paralice Dios la mano que escribió la orden: paralice Dios el cerebro que la concibió: paralice Dios la lengua que la dictó.» Hubo un breve silencio, un ruido de hombres que se ponen en pie, y un formidable y dilatado hurrah. La pasión de partido hizo presa al punto de la generosa indiscreción del Presidente; y no muerden con más deleite los lobos hambrientos al mastín encadenado que el que la prensa hostil á Cleveland muestra ante este anatema, inspirado, más que en el amor á las victorias sobre el

Digitized by Google

enemigo, en la ira política, la ira del republicano contra el demócrata, la ira, mezclada con desdén, del hombre de armas contra el que esquivó la ocasión de llevarlas, la ira del soldado pedigüeño contra el empleado público que no consiente en que, abusando de los recuerdos gloriosos, se distribuya el tesoro nacional en pensiones militares injustas.

Es cierto. Cleveland autorizó la devolución de las banderas; los veteranos protestaron; la prensa avivó el fuego. Cleveland, ante la censura aparentemente unánime con que ha sido recibido su acto, ha recogido la orden.

Pero ¿no han estado devolviéndose espontáneamente sus trofeos los regimientos que se despojaron de ellos, muerte á muerte, en el odio de la batalla? ¿no devolvió Grant mismo su espada á Lee en el instante en que se le rindió con todo su ejército, en Appomattox? ¿no dijo el gran Sumner, con palabras gloriosísimas, en lo más vivo y apasionado de la guerra, en plena casa de Representantes, en la hora de júbilo de una reciente victoria, que « era inoportuno » manchar las banderas de la Unión escribiendo en ellas, como se acostumbraba, el nombre de las batallas en que los rebeldes hermanos habían sido vencidos? ¿no quiso hace dos años Robert Lincoln, el hijo de Lincoln, siendo ministro de la Guerra de los republicanos, devolver estas mismas banderas, las banderas cuyos colores encendieron en el asesino Booth la idea de matarle á su padre?

Digitized by Google

¿no es el general Dunn, el secretario del ministerio de la Guerra, que solicitó la orden, hombre crecido en las filas de la Unión, desde la bayoneta hasta la estrella? ¿no acaban de abrazarse con alegría visible, y de cambiar colores, los veteranos del Norte y los del Sur, en los simulacros militares de Washington, bajo los balcones de la Presidencia?

Todo eso es verdad. Pero lo es también que el partido republicano fue desalojado inesperadamente del poder, no por los demócratas, sino por Cleveland: que, convirtiendo en derecho la consideración, la mayoría de los veteranos recompensados en su día y en varias formas por sus servicios á la patria, se habituaron á mirar los puestos públicos como cosa tan suya, á más de regalada y pingüe, que su moderación misma no ha valido á Cleveland para suavizar la ira de los que, hechos á la violencia y al goce de los empleos, ni entienden de turno de poderes, ni dejan de ver en el Presidente al que los ha despojado de una propiedad en que no admiten condueño.

El odio á Cleveland, nacido entre los veteranos principalmente de esas dos causas, se ha enconado por aquel marcado desvío del Presidente, más justo que cauto, hacia las cosas de la milicia, que estima él respetable, mas no cuando sus intereses y arrogancia mantienen viva en el Norte la suspicacia contra el Sur, por la cual aun no se ha podido entrar de veras en aquel período de fusión entre las dos seccio-

Digitized by Google

nes, que será por sus resultados cuando llegue, como ha de llegar, uno de los sucesos más fecundos y pasmosos de cuantos recuerdan las edades. Lo que Sumner, republicano, pensaba ya en medio de la guerra, eso piensa Cleveland, demócrata.

Pasmo es el patriotismo, pero es plaga cuando se hace oficio de él. El mejor modo de mantener al vencido en el estado de espíritu necesario para vencer, es mantenerse en pie, ante él, como vencedor. Todo lo que recuerde la derrota es un incentivo á la guerra. La guerra se hizo, cualquiera que fuese su pretexto, para acabar con la esclavitud.

Las causas menores que aceleraron la guerra dependían de esa causa esencial, que la produjo.

¿Donde están hoy los esclavos? ¿Para qué volvería el Sur á levantarse?

¿Cómo han de entenderse de buena fe los hombres de ambas secciones en las grandes cuestiones públicas, mientras el Sur tenga que mantenerse armado en espíritu contra el Norte, que lo mira como á extraño y no pierde ocasión de marcarle la frente como traidor y echarle al rostro el estigma del vencido?

Tiempo es ya de que eso cese, se dijo Cleveland: tiempo es de que desaparezca de la discusión de las cosas públicas ese inicuo argumento de la guerra, con que el partido republicano, acorralado y sin armas que emplear, excita la pasión militar en los soldados,

Digitized by Google

que van á su vanguardia, y el miedo al rebelde en los que no quieren ver á la nación empeñada en una campaña desastrosa.

Y en todo ha seguido Cleveland esa noble política: en traer á su consejo á rebeldes distinguidos, en visitar personalmente la que fue capital de la rebelión, en dar puestos públicos de nota á temidos sudistas, en ir mermando la importancia excesiva que las asociaciones de veteranos, conservados para fines políticos más que para piadosas memorias, lograron obtener, con resultado funesto, durante el gobierno de los republicanos, interesados en tener á su lado á los representantes vivos de la defensa de la Unión. Hay, sí, muchas asociaciones de veteranos demócratas; pero tal es el espíritu de cuerpo que sofoca el de partido, así como éste se sobrepone generalmente al amor á la patria. También los veteranos demócratas, encariñados con su oficio y con los puestos públicos en que la costumbre los ha ido prefiriendo porque los ejercieron bien, fueron desde el principio hostiles á Cleveland, que no entiende por qué el interés de trescientos mil hombres bien atendidos por la Nación, haya de perturbar las relaciones de sesenta millones de ciudadanos y absorber sumas enormes, so pretexto de pensiones, del tesoro; hostiles á Cleveland, que mandó en uso de su derecho un sustituto al ejército en la hora de pelear, y no sabe cuán temible, cuán ciega, cuán terca, cuán susceptible, cuán difícil de desconocer

Digitized by Google

para un gobernante cauto es la hermandad que se juran tácitamente los hombres en el peligro de la muerte: ¡tan poderosa es, que subsiste después que el odio ha acabado, entre los ejércitos rivales!

¿Cómo dió Cleveland de soslayo, como asunto de rutina de una secretaría, como decisión suya personal, un acto que por su espíritu había de conmover á toda la Nación? ¿Cómo no vió que las banderas tomadas á los rebeldes, y cedidas al Congreso por sus captores,—por el Congreso, que es la única voz legítima de la República, habían de ser devueltas á los que prometen no mirarlas ya sino como reliquias de extraviado valor? ¿Cómo, dejándose llevar de aquel brusco desdén de la enemistad interesada, que ha de saber domar el gobernante, no consultó siquiera sobre la entrega de las banderas á aquéllos que con sus propias manos las capturaron, á los generales que antes los condujeron á la victoria y hoy los representan?

¿Cómo, por desarrollo desmedido del concepto de sí, que es dejo venenoso del poder, creyó que en un acto grave en que tiene derecho á ser oída la Nación, podía sustituirse á ella?

Por lo mismo que el acto era glorioso, debió dejar que la Nación lo hiciera. Hubiéralo insinuado, y la gloria hubiera sido toda suya, sin el deslustre de este atrevimiento.

¡Aquí no puede nadie subirse sobre su pueblo, ni aun para ser virtuoso!

Digitized by Google

¿Y qué era eso de pretender robarle una gloria á la patria?

Véase cómo la virtud tiene defectos, y cómo en un gobernante, el acto de virtud mayor es su modesto y constante acatamiento á la suprema autoridad de su república: ¡el oficio es guiar, no sustituirse!

Acaso creyó Cleveland, en el júbilo de la buena obra, que el Norte todo se la entendería, sir ver que el odio político no duerme, y se complace en afear toda hermosura; sin ver que la Nación no permite, ni debe permitir que nadie obre en vez de ella, aun cuando sea en bien, para que esta derogación voluntaria de su autoridad en un acto justo no pueda ser tomada mañana como precedente por un tirano en un acto alevoso!

La censura ha sido en coro. Al Presidente no le son permitidas brusquedades ni ignorancias. Si el Congreso era el único autorizado para devolver las banderas ¿cómo no lo supo antes de hacerlo? ¿Cómo pretendió hacer por sí aquello que hubiera sido el canto último de una epopeya que hicieron todos, y en que no fue él quien más hizo?

Los pueblos deben ser como éste, susceptibles. Las banderas deben devolverse, pero para gloria nacional, y en un acto grandioso: por este encono mismo de los veteranos en su triunfo se demuestra que deben devolverse: puesto el caso ante el Congreso ¿quién duda que las devolverá, sobre todo ahora que Lee,

Digitized by Google

el primero entre los jefes vivos de la rebelión, el sobrino de su caudillo, el gobernador de Virginia, acaba de decir: «Al que ataque ahora la bandera de la Unión, désele muerte en seguida?»

Pero las heridas se les han reabierto á los veteranos del Norte con el incidente, y uno de ellos dice, mientras Cleveland aguarda á que por la bondad general de sus actos se le excuse éste, ligero y arrogante, esta frase que anda en todas las bocas: «Conque ¿devolver las banderas? bueno: aquí dentro tengo una bala de ellos: que se la devuelvan!»

***

¡De tanto habría hoy que hablar! Del irlandés O'Brien, que vino á perorar sobre los desmanes de los agentes de Lansdowne, el virey de Canadá, contra sus arrendatarios en Irlanda, y luego de recibir ovaciones y pedradas de uno y otro partido de los canadenses, se negó, por fútiles pretextos, por miedo á los pobres, á aceptar la demostración de los obreros de Nueva York, «para no comprometer á Irlanda apareciendo en una demostración presidida por el que presidió la conferencia de un irlandés puesto por Inglaterra fuera de la ley:» ¿por qué aspirar á grandezas los que no tienen tamaño para ellas? La grandeza es difícil: ¿qué excusa femenil es esa, aquí donde un arzobispo católico aparece en público con sacerdotes protestantes; aquí donde Beecher, un sacer-

Digitized by Google

dote, da la mano á Ingersoll, al propagandista del ateismo, para que suba á la tribuna, donde le estrecha la mano otra vez, y tributa público honor á su sinceridad y á su talento? Habría hoy que hablar de la procesión enorme con que el pueblo de Nueva York festeja al padre Mc. Glynn, con ocasión de haber sabido que está para caer sobre su cabeza la excomunión, que no será argumento para que el padre Mc. Glynn abandone sus pobres, su cruzada «contra la pobreza», su templo nuevo que todos los sábados rebosa, su campaña en pro de la devolución de la propiedad de la tierra al Estado, su fe en la « determinación de Dios y en la fraternidad de los hombres. » Habría que hablar de los colosales festejos de verano que ya se preparan, en proporciones estupendas, en las vecinas islas: de las escuelas industriales, modelo de las de instrucción primaria: del recuento de saber que se hace aquí en esta época con ocasión de los exámenes: de cómo van siendo ya tantas en número y tan buenas en clase las universidades de ciencia como las de mera literatura. Pero de lo que sí hemos de hablar cuando la idea esté ya bien á punto, es del deseo de las iglesias protestantes de levantar, por sobre todos los edificios metropolitanos, una catedral que desde mares y campos se divise, y domine los atrevidos palacios de negocios, las espiras de piedra parda de las sectas viejas, los campanarios relamidos de los templos estéticos, las dos torres

Digitized by Google

blancas, aun no acabadas, de la catedral católica. Catedral debiera hacerse, porque los edificios grandiosos entusiasman, conservan y educan; pero no catedrales de ritos, á que los hombres sólo se apegan para salvar su hacienda y privilegios en esta hora obscura, y son, más que catedrales, murallas, y más que altares, parapetos; sino una de arquitectura nunca vista, donde se consagrara la redención del pensamiento y fuese el entrar en ella como en la majestad, y como sublimarse en la compañía de los héroes, vaciados en bronce; ¡y las puertas, siempre abiertas! La libertad debiera ya tener su arquitectura. Padece, por no tenerla.

Digitized by Google

SOBRE LOS ESTADOS UNIDOS.

Ciudadanos y propietarios. — Adelanto de los indios. — La escuela "Ramona." — Cleveland enfermo. — Influjo creciente de la mujer norteamericana. — Mrs. Cleveland. — La recepción de año nuevo. — El historiador George Bancroft. — Bosquejo de su carácter y de su obra. — Cómo trabaja en su ancianidad. — Un tipo del carácter nacional.

New York, enero 3 de 1887.

Señor director de *La Nación:*

Dos días antes de la muerte de Logan había decretado el Congreso la ciudadanía de los indios.

Ya son propietarios definidos, á tantos acres por cabeza, de las tierras que hasta ahora habían poseído en común, y como menores sugetos á un guardián. En veinticinco años no podrán vender ó gravar sus tierras, para que los especuladores no los engañen; pero ya cada cabeza de familia tiene ciento sesenta acres suyos, ochenta cada mayor de dieciocho años ó huérfano, y cuarenta cada menor de dieciocho.

Digitized by Google

Y todo indio que acepte este arreglo, ó entre de propia voluntad en la vida civilizada, queda por la ley investido de la ciudadanía, y podrá votar, como es justo, sobre las contribuciones que paga y el gobierno á que debe obedecer.

Como cada tribu posee según tratados mucha más tierra de la necesaria para el repartimiento que marca la ley, manda ésta que lo que reste del común de cada tribu se venda, en virtud de lo que se disponga luego, para emplear el producto en el bien de los indios. ¿Quién que lea osará decir que no es el indio capaz de apreciar el bien que se le concede?

De las escuelas de Hampton y de Carlyle salen convertidos en artesanos y labradores los más fieros comanches y winebagos. Como el irlos colocando en casas de familia es uno de los medios de educación en ambos institutos, se ha visto que los campesinos se encariñan con su inteligencia y lealtad de manera que les cuesta trabajo abandonarlos.

Lo que escriben los indios de las escuelas á sus casas tiene una sabia ingenuidad que recuerda los poemas. Ya hay cinco mil indios educándose voluntariamente en las escuelas públicas.

¿Qué más? En una escuela de Filadelfia en que se educan mezclados indios y blancos, de doce premios que hubo en el último mes, nueve fueron para indios: y ya se sabe que no es acá adonde se ha de venir para caridades vacías ni alarde de sentimiento.

Digitized by Google

¡Qué contenta estaría si viviese aquella noble mujer que hizo en pro de los indios con un libro lo que la Beecher Stowe hizo en pro de los negros con su *Cabaña del Tío Tom*, Helen Hunt Jackson, que escribió esa novela encantadora de la vida californiana, *¡Ramona!* Allí la vida nueva, luciente y olorosa, el choque y apetito de las razas, la liga de las castas y la iglesia, la elegía de la pobre gente india. Salud y piedad infunden en el espíritu aquellas páginas artísticas y ardientes, y se sale del libro como de la agonía de una flor, con el alma avarienta de concordia. La admirable mujer, muerta hace años, reposa sobre un cerro de la linda comarca donde vió padecer tanto á sus indios: ¡lo saben ellos, que le tienen la tumba llena de ofrendas y de flores!

Ahora acaba de fundarse una gran escuela de indios, para prepararlos de una vez á la ciudadanía, y le llaman como el libro de Helen Hunt:—la escuela Ramona.

* * *

Para recibir á una diputación de indios quejosos dejó hace unos días su cuarto de enfermo el presidente Cleveland. El mando le ha llevado los colores del rostro. Padece de obesidad y reumatismo. Padece también de ansia, porque su partido no da señales de ajustarse á su plan de reformas, ni de apoyarle en la candidatura para el próximo período presidencial contra el aspirante que ofrezca repartir los empleos públicos como despojos de la victoria.

Digitized by Google

Dijo Cleveland, cuando solicitaba la presidencia, que los magistrados no debían ser reelectos; pero ¿qué tiene el poder, que envenena las mejores voluntades? Todo hace creer que pone el mayor empeño en ser nuevamente electo candidato, ya por el gozo de vencer con la fuerza de la opinión que lo aplaude la resistencia insidiosa de los enemigos de su propia comunión política, ya porque crea que con el prestigio del poder tiene más encantado y sujeto el cariño de la linda criatura que le tocó por esposa: ¿quién se libra de ser hombre?

Crece de un modo singular el influjo de la mujer en los oficios y negocios viriles de la república, aunque visiblemente disminuyen la salud de la casa, y la santidad de la existencia. Da frío ver en las almas.

Una cosa es que la mujer desamparada tenga profesiones en qué emplearse con decoro; una cosa es que la mujer aprenda lo que eleva la mente, y la capacite para la completa felicidad, por entender y acompañar en todo al hombre, y otra cosa, que la fuente de todas las fuerzas, el cariño entre hombre y mujer venga á parar en un contrato de intereses y sentidos.

No es que falte á la mujer capacidad alguna de las que posee el hombre, sino que su naturaleza fina y sensible le señala quehaceres más difíciles y superiores.

Aquí hay damas banqueras, ferrocarrileras, empresarias de ópera: á tanto llega la variedad é importancia de su acción que casi todos los

Digitized by Google

diarios han fundado recientemente en sus ediciones semanales una sección sobre «Lo que hacen las mujeres,» ó «Mujeres distinguidas,» ó «Las mujeres en el comercio y la política.»

Una es venerable de una orden de obreros: otra es una jugadora de cuenta en la Bolsa; otra abre un teatro de comedia nativa, ó va á París á comprar á Sardou, su *Teodora* de avalorio: otra, la esposa del secretario de marina, dice esta frase contra sus censores: «yo peleo mejor con los puños que con la lengua.» Ayer mismo se publicaba el programa del nuevo partido de los trabajadores, donde se anuncia que debe pedirse en la próxima convención constitucional del estado de New-York el voto para todo mayor de veintiún años, sea mujer ú hombre.

Pero ninguna de estas damas despierta el cariño mostrado en todas partes á la joven esposa del Presidente, que á la faena ingrata de trabajar como el hombre, prefiere la más útil y difícil de consolarlo.

Tiene los ojos de un azul claro, y los pensamientos. Sale á compras en christmas sin que la conozcan, y entra en las tiendas pobres, «porque le da pena que no venda esa pobre gente.» Lleva las manos repletas de chucherías, y se para en la acera á comprar un muñeco de cinco centavos de un caballero vendedor que no es mucho más alto que él.

En público, no hay quien no vuelva la cabeza para mirarla, por la sencilla dignidad con que

Digitized by Google

lleva su alto puesto. En su casa, gusta de amigas jóvenes, y se sube por sillas y consolas á colgar el gabinete de flores y ciprés en noche buena «para que tenga ocasión de alegrarse su marido.»

Ayer fué la recepción de año nuevo en la Casa Blanca, y la concurrencia salió prendada de ella. De nadie esquiva la mano, y la da á todos sin miedo, á negros y á blancos. Estaba cercada de bellas mujeres, que la acompañaban en las labores de la recepción, pero como es la más tierna y afectuosa, parecía la más bella.

***

Hubo en la recepción el largo enojo, la procesión de las tres horas, el dar de manos á todos los que llegan. Rehuye Cleveland las cortesías innecesarias sin ver que toda cortesía es útil, y no hacen mal esos dulces engaños. Pero las de año nuevo son ineludibles, y la casa se llena de caballeros pintorescos, de diplomáticos ostentosos, de pretendientes tenaces, de viajeros y admiradores.

Una cabeza blanca había, que se llevó sin embargo todas las miradas. El hombre se siente consagrado en los ancianos.

***

Era George Bancroft, el autor famoso de la historia de los Estados Unidos. Ya va para el siglo y todos los días monta á caballo. A las cinco se levanta y se sienta á preparar el trabajo del día.

Digitized by Google

Tiene la capacidad, acaso porque ha vivido feliz en un pueblo hecho, de repartir sus horas, lo que es cosa excelente para los cráneos bien criados. Odia la prisa, y tiene su vida en compartimientos, como sus datos.

A las ocho de la mañana ya ha almorzado, y dicta, compagina ó relee con su secretario hasta las dos de la tarde, en que con lluvia, nieve ó sol monta á caballo, y vuelve luego á la alegría de la casa ó á los goces sociales, á que es dado, hasta las diez de la noche en que les pone inflexiblemente punto.

Este orden se le ve en el rostro sano. La frente, redondeada en lo alto de las sienes, se levanta por las cejas. Brillan bajo las cejas los dos ojos, astutos y vivaces como los de las codornices. La nariz dantesca cae al labio apretado y lampiño. La barba nívea le cuelga sobre el pecho. No tiene el rostro expansivo y piadoso, como de quien ha vivido más para otros que para sí; pero por su ancianidad y gloria se le ama, por su obra formidable que completa, por sus amigos célebres é históricos, porque es el siglo vivo.

Todo lo grande de estos tiempos le ha tratado de cerca. Él fortaleció en Alemania la simpatía temible por la fuerza, que ojea el carácter norteamericano.

Allí estudió filosofía, lenguas, poetas. Dante, Milton y Bacon eran sus libros favoritos. Con el metódico y elocuente Heeren se apasionó de la historia. Asistió como familiar á las

Digitized by Google

tardes filosóficas de Scheiermayer, aquel floretista de la razón, enemigo de Hegel.

Creyó en Kant, y en su mundo á priori, en el que las corrientes históricas se desenvuelven como fuerzas fijas á que obedece el hombre, en vez de guiarlas. Conoció á Gœthe, estirado, formal, vano, robusto; un Narciso de mármol, que le dijo que Byron había tomado de su *Fausto* á Manfredo. Conoció á Byron, ofendido, generoso, ardiente, que le habló de Gœthe con cariño y asombro; y le aseguró que no había leído el *Fausto*. Vió demudarse á Byron cuando, al poner el pie en un buque, creyó hallarse en frente de mujeres inglesas; ¡así ponen las urracas á los ruiseñores! Viajó por las tierras madres. En Inglaterra tuvo á Macaulay por amigo.

Semejante hombre creyó deber ser administrador de aduana, singularidad perdonable, porque merced á ella pudo aliviar con un empleo pingüe la pobreza de Hawthorne, aquél que bajó al espíritu, y escribió luego *La Letra Encarnada*. Y los que se burlan,—como hay grandísimos bellacos que se burlan,—de las capacidades prácticas de los caballeros de letras, deben saber que Bancroft fué un admirable administrador y Hawthorne un puntilloso empleado.

Lo que á los hombres de letras suele suceder es que su amor y hábito mental de lo relativamente perfecto les produce el dolor de no hallarlo en todo, y una noble pereza de trabajar en las cosas fútiles que no llevan á ello.

Digitized by Google

No así George Bancroft, que es de esas mentes claras y tranquilas, en que el placer justo de sí y la soberbia de la raza quitan espacio al deseo, que engendra penas. ¿A qué repetir lo que el anciano ha hecho? Ha contado su pueblo.

Su lenguaje es ameno, caliente y un tanto pomposo. Estudia la historia por días, y en sus borradores cada día tiene un buen número de páginas.

Seduce lo que cuenta; pero le falta ese calor de humanidad que liga al lector con el autor del libro, y hace perdurables á los caracteres. Mas, ¿quién no envidia esa obra imponente, y esa salud asegurada en la vejez por la paz del alma y el gozo del trabajo?

¡Ah! ¿Por qué ese anciano, á quien todos saludaban el día de año nuevo, fue aquel mismo ministro de marina que ayudó, con pretexto inícuo, á despojar de California á México? La libertad propia se ha hecho sangre en estos hijos de casta puritana; pero, ingleses al fin, sólo para violarla les parece bien la libertad agena. En la nariz excesivamente aguileña se le ve la rapacidad á la casta. En un mero soldado, la rapiña puede ser natural; pero todo atentado contra el derecho, en tierra propia ó agena, es crimen en un hombre de pensamiento. ¡Por eso no seduce el rostro de Bancroft!

Digitized by Google

Digitized by Google

REVISTA DE LOS ULTIMOS SUCESOS.

DESCRIPCION DE LA PRIMERA VOTACION DE LAS MUJERES EN KANSAS.

Objeto de la ley que concedió el sufragio á la mujer.—Helen Gougar.—Cómo condujeron las mujeres su campaña.—Espíritu y métodos: heridas en la boura.—Blancas y negras.—Escenas del día de elecciones.—Resultados.

Reseña de las elecciones que han demostrado el considerable progreso del partido obrero.—Victorias y semi-victorias.—Se pide que sea un partido americano.—Chicago derrota á los obreros, por haberse ligado con los anarquistas.

La "nueva cruzada" del Padre Mc. Glynn.—Ovación á Mc. Glynn en el Teatro de la Opera.—Espíritu y forma de su cruzada.—Por la "nacionalización de la tierra, y por la conciencia."

New York, abril 10 de 1887.

Señor director de *El Partido Liberal:* (de México)

ASESINATOS misteriosos, desfalcos de cajeros, millonarios que mueren, jurados vendidos, farsas aristofánicas, nadadores indómitos, paseos de Pascua en la Quinta Avenida; ¿qué son esas burbujas de una hora, comparadas á los grandes sucesos en que se ve cambiar el mundo? Cierto es que suceden en estos Estados Unidos menudencias muy interesantes.—Catherine Wolpe, soltera sexagenaria, luego de

Digitized by Google

haber ayudado en vida á muchas caridades, deja su colección de cuadros, que vale como un millón de pesos, al Museo de New York.— Los judíos, simples mercaderes, cuando no prestamistas, en los países donde se sienten mal queridos, fundan aquí al seguro de la libertad grandiosas escuelas de artes y oficios, más útiles y amables que el comercio, que « el camarada de la noche. » —Los obreros de Bessemer encienden á una todas las hornallas, desatan las válvulas todas, repican sobre sus yunques con todos sus martillos, levantan con sus potentes fuelles columnas de chispas de cien metros de alto, enrojecen el cielo nocturno con el resplandor de su formidable bienvenida para festejar la cura del rico obrero, del escocés generoso, del autor de *La Democracia Triunfante*, de Andrew Carnegie.— Los indios amansados en la escuela de Hampton componen, con su lengua de colores y gracia abrupta y nueva, una comedia matizada de himnos, para celebrar con el concierto de todas las tribus, con discursos de sus mujeres, con versos ingenuos de sus mancebos, ocupados en la labranza, con patéticos coros que acaban clavando la bandera de los Estados en una ventana, floreada para recibirla, el día de emancipación, en que la ley de repartimiento de las tierras ha sacado al indio de su puesto en el rebaño común para levantarlo á ciudadano terrateniente y cabeza libre de familia: Charles Dana, el amigo constante de la li-

Digitized by Google

bertad, imagina publicar un diario de la tarde á centavo, un *Evening Sun* travieso y resplandeciente, donde la vida entera, en sus fases variadas y movibles, se desborda de los párrafos vivos y robustos, como champagne bueno de copas de oro labradas á martillo;—Herndon, el amigo y socio de Lincoln en sus días primerizos de Springfield, anuncia que va á revelar en un libro curioso todo aquello por donde la vasta naturaleza del « Honrado Abraham » es más pintoresca, ignorada y profunda: sus comienzos rugosos, sus varios amoríos, su hogar inquieto y triste, lo interior de su ánimo, punzado á veces por la pasión hasta privar de fuerza al cuerpo hercúleo: se verá como un grande sicomoro abierto por un lado de un hachazo, por otra parte vencido por el viento, pero con luz por entre las hojas y con pájaros revoloteando por las ramas!

Que Cleveland pasea á caballo todos los días para traer á menos sus carnes presidenciales; que un amigo del arte ofrece trescientos pesos cada año al artista joven que pinte el mejor paisaje; que Sarah Bernhardt, fatigada con el esfuerzo de complacer á los bostonianos, estos atenienses con armadura, se desmayó al salir de Boston; que el gentío se agolpa en las vidrieras á ver el retrato en que aparecen juntas la Langtry y la Bernhardt, bonaza y sentada la una y fogueante y en pie la otra. Pero ¿qué es todo eso comparado á las barcadas de inmigrantes que se desgranan al sol de Abril por

Digitized by Google

las calles repletas; á las peleas de los católicos por sacar de una vez la mano de la Iglesia de sobre la libertad, al derrumbe visible de los grandes partidos políticos que han pervertido en el mundo los ideales que les dieron vida, al alzamiento victorioso de la clase trabajadora en un partido nuevo que aprende en sus errores la manera de no volver á caer en ellos, á la creación espontánea de una masa resistente en que se amalgaman sin miramiento ni rencor los de opuestos partidos que ven sus privilegios atacados por los gigantes á quienes tenían sujetos con frágiles ligaduras? Ya cruje bajo el peso de una inmigración innecesaria y excesiva, esta República que comienza á pensar en cerrarle sus puertos. Ya se nota el decidido propósito entre los católicos criados en tierra libre, de abandonar la Iglesia antes que ceder de su libertad. Ya se ve cómo van deshaciéndose, por no entrar en los tiempos con desinterés y previsión, los partidos políticos antiguos, atentos sólo al bienestar de sus secuaces. Ya se agrupa en dos parcialidades enormes la población norteamericana, de un lado «las masas», como se llaman á sí mismos, de otro lado «las clases»;—los «ciudadanos», republicanos ó demócratas,—los partidarios de la « Ley y el Orden. » Pero ni aun eso iguala en novedad y riqueza de color á la primera elección política en que han votado las mujeres en el Estado de Kansas: notable bullicio, nerviosa energía, los modos muy agresivos, el

Digitized by Google

fin puro y confuso, la originalidad poca, un instrumento—esta vez, al menos, de las pasiones é intereses—de los hombres.

***

La Legislatura del Estado, compuesta contra lo usual de republicanos, necesitaba ensanchar el sufragio de modo que favoreciese á su partido, arrollado siempre en Kansas por la mayoría demócrata: por eso acordó conceder el ejercicio del sufragio á las mujeres «nacidas en el país», asegurando con esta condición en su provecho el voto femenino, puesto que á la vez que excluía á las naturalizadas, en su mayor parte demócratas, se allegaba á las negras, que ven á los republicanos como sus libertadores y habían de asir con júbilo, como han asido, la ocasión de encararse ante las urnas con las que veinticinco años hace eran sus dueñas. La gente de Kansas, como toda la del Sur, es demócrata.

Helen Gongar, una agitadora del Estado vecino, era el alma de esta nueva empresa. Ella esgrime la pluma política, trata en secreto con el partido que la ayuda, defiende con elocuencia los «derechos de la mujer» y la urgencia de purificar con su intervención el sufragio pervertido: ella propaga, viaja, organiza, ensaya sus huestes, da puntos á sus oradoras, aterra con sus denuncias á sus enemigas. «Nadie me detenga, porque voy con la verdad.» «La inmundicia desaparecerá ante mí, como

Digitized by Google

ante el huracán el polvo.» ¿Por qué ha de espantar á esta mujer la política? La política, tal como se la practica ahora, ¿qué es más que mujer? Todo se hace en ella á hurtadillas, con insinuaciones, con rivalidades, con chismes: los hombres entran en ella con colorete y polvos de arroz, como las máscaras: al que asoma en ella con amor á la patria y franca lengua, lo escarnecen, lo aislan, lo acorralan, lo expulsan: ya no es coraza la que usa la política, sino corsé flexible: ¡bien está la mujer en este arte de mujeres! Helen Gongar conoce á sus hombres. «Votadme — les dijo — en vuestra Legislatura republicana, esta ley que he redactado yo misma, concediendo el sufragio á las mujeres, y yo os ayudaré en las elecciones á sacar triunfantes á los candidatos republicanos.» De lejos pueden verse estas cosas como maravillas; pero á ésta, como á todo lo maravilloso, ha de vérsele de cerca. Adelanta en los Estados Unidos, aunque con lentitud, la idea de conceder el voto á las mujeres, pero en Kansas no fue adoptada la ley por razón de alta humanidad, sino en virtud de ese trato mezquino. La política, que debía ser el arte de salvar á los pueblos, ¿no es el arte de los servicios mutuos?

Helen Gongar cumplió bien su palabra. En nada ha tenido que envidiar á la de los partidos experimentados la organización de las mujeres. En cada ciudad se creó una junta directora. Las juntas visitaron los salones de

Digitized by Google

beber y las casas odiosas. Redactaron su programa de moralidad: la verdad es que de vez en cuando los hombres necesitan sentir en la espalda el hierro encendido: «¡Publíquense, dice el manifiesto de las juntas, los nombres de los que abandonen de noche sus hogares para convertirse en brutos babeantes ante los mostradores de las cervecerías! queremos casarnos con hombres á quienes podamos respetar, no con cuadrúpedos: publíquense los nombres de los que asisten á las casas de vicios!» «La hacienda la dejaremos á nuestros hermanos los hombres.» Ellas crearon comisiones de distrito, fueron casa por casa procurando votos, congregaron en reuniones privadas á las votantes antes de la elección, para conocer sus fuerzas y disponerse á parar los golpes enemigos. Como saben que la honra es lo más caro á la mujer, atacaban á sus contendientes en la honra. El odio, rezago inevitable de la esclavitud, envenenó el combate. «Las de abajo,» las negras ¿cómo no habían de aprovechar la ocasión de hermanarse con las que un día las azotaban, y hoy mismo las esquivan y desdeñan? «Las de arriba,» las «dueñas,» cómo habían de llevar en paz que su lavandera, su cocinera, su esclava de ayer, pudiese, por una hora al menos, lo mismo que ellas pueden? Así fue que comenzaron á desacreditar á Helen Gongar, á preguntar por sus moralidades, á hacer ascos á la masa de negras que había acudido con júbilo al registro á ofrecer á sus

Digitized by Google

criadas favor ó dinero en cambio de sus votos, á luchar por el triunfo de los demócratas, los «dueños» de ayer, contra los republicanos, ayudados por las antiguas esclavas. Eso echó á volar todas las cortinas de las casas: No quedó fama viva: «Vuestras moralidades sí son impuras!» les grita en un discurso Helen Gongar: «estas negras mías lavan y planchan, pero su hombre es su hombre, y no tienen dos puertas en su casa, una para el marido que paga las cuentas y otra para los lindos oficiales!» La ofensa era graneada, de un bando y de otro. Las de arriba, convencidas por la ira, se inscribieron al fin en el registro, de que al principio se apartaron. Se oía en las ciudades la noche antes de las elecciones, abejear la cólera.

Con el sol se abrieron las casillas de las urnas, cuyos alrededores están en Kansas limpios de grupos, porque la ley, para evitar querellas, manda que haya un espacio de cincuenta pies entre la casilla y los votantes. Esta vez hay dos hileras, una de mujeres y otra de hombres. Se hablan poco, porque se temen. Hay muchos rostros descompuestos, porque la ira saca al rostro todo el cieno del alma. Van y vienen cargados los carruajes que los republicanos pagan á las negras. Son damas y han de ir en carruaje! Las negras ostentan en toda su pompa los trajes de domingo. Las «dueñas», que van llegando en sus carruajes propios, toman puesto detrás de

Digitized by Google

sus criadas en la hilera:—«¡Eh, Atanasia!» grita un negro travieso á su mujer, que espera en la otra fila: «¿votas por el demócrata?»—No: «¡por el republicano!»—«Pues mira, vámonos á casa, porque mi voto mata el tuyo: el brazo, Atanasia!» Y alegremente se van de bracero; pero Atanasia vuelve sola y vota por el republicano. Dos señoronas quieren comprar el voto á una negra: los hombres intervienen: los puños acentúan pronto las palabras: espárcense, como el maíz por el aire las votantes. Vota una anciana de ochenta años: «¿qué he de hacer, mi señor?» responde á un cronista el lindo viejo que fuma su pipa en el portal, junto á una silla vacía: «¿qué he de hacer,—repite mirando á la silla:—la mujer fue á elegir porque el cura le dijo que votara.» Estallan los aplausos, es que pasa la oradora elocuente, la mulata Stevens, que habló en la tribuna pública, acompañada de dos jueces y señoras de rango, ¡pues no todas han de apartarse de los humildes, y hay quien goza en irlos levantando!

Al fin, la batalla cesa: no se ha peleado á lo púgil, sino á lo serpiente: hay brazos que llevan para toda la vida la mordedura. En la pelea se notó demasiado encono. Para el olvido no hubo la noble rapidez con que en el gozo común por el triunfo de la libertad, suelen ahogar los hombres sus contiendas. Las mujeres, como los hombres, ayudaron al que las ayudó. Las negras, como los negros, votaron

Digitized by Google

por aquellos que miran como sus emancipadores. En la propaganda se ha notado más ahinco, más fuego, más inquina, más fuerza apostólica que las usuales entre hombres. Lo nuevo que hicieron—la denuncia de las casas odiosas—lo hicieron con brío. Muchas mujeres obtuvieron puestos públicos. Una había que aspiraba á la presidencia del Municipio. En Stockton, á poco sale nombrado un Ayuntamiento de mujeres. En Garden City una mujer ha sido electa Tesorera municipal para el entrante año. Un candidato al Corregimiento, que tiene fama probada de galantería, ganó la elección por considerable número de votos.

***

Véanse ahora otras elecciones: las que han estado á punto de poner en manos de los trabajadores las ciudades más poderosas de la República: Chicago, San Luis, Cincinnati. El partido que asomó hace ocho meses con la candidatura de Henry George en New York, ya se insinúa en el campo, arrebata falanjes enteras á los partidos antiguos decrépitos, y en su segundo esfuerzo reaparece organizado y triunfante en las capitales de más riqueza é influjo. Sucede lo que en estas cartas se ha previsto: Los trabajadores, los reformadores vehementes que los dirigen ó combaten á su lado, están decididos á luchar juntos por las vías de la ley para obtener el gobierno del país, y cambiar desde él las relaciones de los ele-

Digitized by Google

mentos sociales. Lo que les falta para el triunfo, ó para estar en disposición de aspirar con probabilidades favorables á él, es su constitución definitiva como partido americano, libre de ligas con los revolucionarios europeos.

Y eso adelanta, porque Powderby, el jefe de los Caballeros del Trabajo, se sacó de sobre el pecho hace pocas noches una bandera de los Estados Unidos, y ondeándola entre aplausos por sobre su cabeza, declaró que esa era la única bandera «digna de ser seguida por los libres norteamericanos.»

Asombra á los que no conocen la virtud de la libertad esta confianza del país en que ninguno de sus hijos ha de comprometer su gloria. Acá el hombre se siente orgulloso de la fábrica nacional, y no atenta contra ella porque ha ayudado á crearla. Le saca lo podrido, le humedece las cerraduras, la orea de vez en cuando, levanta paredes nuevas, repone sus puntales; pero no la echa abajo! Ese es el arte secreto de la libertad: que ha puesto al servicio de la virtud el egoísmo. Hasta lo que se ha hecho mal se le ama, porque se le ha hecho.

Acaso se ven aquí con gozo, no por inconsciente menos eficaz, estos sacudimientos periódicos de la conciencia pública, estas apariciones pujantes y agresivas de los grandes problemas. Todo prepara aquí á eso. Los debates continuos, brutales á puro francos, de la contienda política, robustecen en el hombre el hábito de

Digitized by Google

expresar su opinión y atender á la agena. Enorme es el beneficio de vivir en un país donde la coexistencia activa de diversos cultos impide aquel estado medroso é indeciso á que desciende la razón allí donde impera un dogma único é indiscutible. El espectáculo constante de la pujanza, antes incita á desearla que á temerla, tanto, que puede decirse que acá es delito, en las ideas como en los hombres, presentarse sin ella: un puñetazo les inspira respeto, pero al saludo le enseñan la espalda. Y en cuanto á lo súbito, place á este pueblo ocupado, salir de una vez de lo que le embaraza.

Pero si la Nación no desconfía de lo que en ella puedan hacer sus propios hijos, sí se la nota rehacia á que le pongan mano irreverente los que no entienden su estructura, los que traen en los huesos odios extraños, los que no han creado su juicio en las instituciones á que intentan aplicarlo. Crecen rápidamente, con energía tal que el Papado mismo se les plega, los Caballeros del Trabajo. Vése adelantar con inesperado favor la teoría de George sobre la devolución al Estado de la propiedad de la tierra. Acatan á Mc. Glynn, el Pedro de la nueva cruzada, los diarios y magnates que antes de conocer lo numeroso de sus huestes le ofendían. Vencen, ya vencen, en ciudades tan populosas como Milwaukee los trabajadores, que en su primera aparición como cuerpo político han sacado triunfante á su candidato.

Digitized by Google

Por unos quinientos votos, acaso por un fraude en el recuento, ha sido derrotado el candidato obrero en la ciudad soberbia que disputa á Chicago el imperio del Oeste, en Cincinnatti. En San Luis, otro emporio, tuvieron cerca el triunfo. Pero en Chicago les volvió la espalda el voto, y demócratas y republicanos, unidos con júbilo en la aversión común al destructor advenedizo, obraron como un partido solo, el partido de los que conservan, contra los trabajadores imprudentes, que por miedo á perder el voto de los anarquistas, consintieron figurar al lado de los que destruyen.

No hubo en Chicago pases ni ocultamientos. Quedó en veinte mil el voto obrero, que se esperó ver llegar, como en New York, á setenta mil. El candidato para Corregidor de la ciudad, un talabartero inteligente, se enajenó la confianza pública, por no haber osado condenar en un discurso, brillante por cierto, la bandera roja, cuyos pliegues albergaron la bomba que esparció la muerte entre los heroicos policías, cuando los motines de la otra primavera. Los trabajadores mismos se volvieron contra el talabartero. Los «ciudadanos», olvidando en el peligro de lo esencial las diferencias menores, se reunían en las calles en patrullas, como cuando se prevee guerra; y en masa depositaban su voto unánime contra el candidato favorecido por los anarquistas. Los rencores políticos se olvidaron ante la alarma social. Hombres de opuestos partidos se abra-

Digitized by Google

zaban en las calles al publicarse la derrota del candidato de los obreros. Allí, donde se ve de cerca el riesgo, donde los descontentos se encuentran por docenas de millares, donde se oye en los sótanos los pasos de los ingratos huéspedes que se disponen para vomitar la muerte sobre la ciudad que les abrió sus brazos, donde se ha visto ya el humo y la sangre; allí se juntan por instinto contra los invasores todos los que tienen algo que defender de ellos: la hacienda ó la libertad. Eso se vió en New York en el otoño, cuando confundiendo malignamente la reforma que George capitaneaba con el programa de los anarquistas, obtuvo Henrit, el candidato demócrata al Corregimiento, que votase por él, gran número de republicanos. Eso se ve en cuanto dice Chancey Depew, que tenía á Grant en reserva, mimado por los ricos, como campeón de ellos en la venidera lucha, y ahora que Grant ha muerto, se pone en lugar suyo, agrupa á su alrededor las clases que tienen qué temer, y es su jefe en la milicia de la palabra. Eso se ha visto en Chicago, donde legiones de «ciudadanos,» olvidando querellas recientes de republicanos y demócratas, marchaban sobre las urnas á votar contra los anarquistas con el mismo paso marcial, la misma mano pronta, la misma mirada encendida con que los soldados marchan al combate.

***

Sí, hay mucha noticia menor. Sullivan, el

Digitized by Google

pugilista, ha visitado en la Casa Blanca á Cleveland. Blaine, que anda encendiendo votos por el Oeste, ha caído enfermo. Dos yachts, el «Coronet» y el «Dauntless», han cruzado á toda vela el Atlántico de Marzo en una regata famosa. La Langtry, que vive en una casa encantada, pinta á la hora en que sus amigos la visitan, los vasos de porcelana que realzan luego el escenario de su teatro. Recogen fondos para poner techo de hierro á un colegio africano. Descubre una compañía de ferrocarril que todo un departamento de empleados, ochenta empleados, tenían organizada una asociación de robos al camino. Aumentan entre los republicanos los partidarios de la candidatura de John Sherman á la Presidencia, de John Sherman que habla como hablaba Grant, de que «el águila extienda sus alas,» de que «América,» esto es los Estados Unidos, «anime y ayude á nuestras repúblicas latinas.» Los demócratas acogen en público con grandes festejos á uno de sus candidatos á la Presidencia, á Hill, que gobierna ahora el Estado de New York, merced al arte menguado de administrar el puesto público para el provecho exclusivo de los que en consideración de esta paga lo encumbran. Pero enano queda todo eso ante la apasionada ovación con que los católicos neoyorquinos recibieron al cura Mc. Glynn, cuando les predicaba la otra noche sobre «La Cruz de la nueva Cruzada.» «El discurso —dice un diario hostil al sacerdote—fue una

Digitized by Google

de esas soberanas oraciones que mudan la faz de los pueblos, y abren época en la historia.» Allí predicó, como la cura de la agonía social en estos grandes pueblos, el retorno de la propiedad de la tierra á la Nación, tal cual se hacía en la vieja Irlanda: allí resplandeció su rostro benigno como sólo el rostro de los oradores cuando se sienten amados de su pueblo, resplandece allí, con palabras que hendían y lucían como hierro encendido, marcaba, entre coros de vivas, á esos cegadores de la luz que andan poniendo librea á la dignidad y caperuza á la conciencia. ¡A la felicidad, hombres humildes, porque el himno más grato á Dios es la dicha de todas sus criaturas! ¡Mientras haya un hombre infeliz, hay algún hombre culpable! ¡Antes se levantaban cruzadas de guerra para rescatar el Santo Sepulcro: ahora levantaremos cruzada de paz para que no sea un sepulcro la vida! Y si os dicen que yo, cura católico, no tengo el derecho de hablar con los hombres sobre la manera de que sean más felices, yo, cura católico, os digo, en el umbral de esta era nueva de la humanidad en que ha de ser vencida la miseria odiosa, que por sobre púrpura y por sobre mitra, por sobre cónclave y sobre tiaria, por sobre domos y espiras eminentes, está, en las cosas del hombre, la conciencia humana! En sustancia, eso dijo. Lo mismo va diciendo á enormes asambleas, por las ciudades populosas. Aquella noche retemblaba el teatro. Como lanzas han

Digitized by Google

quedado clavadas las frases. No sabía aquel frenético concurso estar sentado. Duraba minutos el ondear de los pañuelos. Mc. Glynn vestía levita cerrada, no sotana. Muchos curas católicos, muchos, aplaudían con ardor: uno había, á quien todos besaban la mano, de barba muy blanca. Y tres niñas pusieron á los pies del amado pastor, del párroco depuesto por el arzobispo, tres cestos de rosas.

Digitized by Google

Digitized by Google

ACONTECIMIENTOS INTERESANTES.

MEXICO EN LOS ESTADOS UNIDOS.

Una reina en Washington.—La reina Kapiolani.—El "hauiukau," y el tierno "aloha-óe."—Honores á la reina.—La hermana del Presidente va á dar clases de historia.—Sus méritos.—Su carácter.—Su independencia del hermano.—Va á dirigir una escuela en New York y á redactar una Revista.—La mujer americana.—La Feria de Vacas en Madison Square.—Primera visita.—Las lecherías y las lecheras.—La vaca Mary Ann.—Certámenes y premios.

Carácter religioso de la reforma social.—La reforma no está limitada á los trabajadores descontentos.—La "Sociedad contra la Pobreza."—Una nueva iglesia.—Adelanto notable de la Sociedad.—Un discurso de George.—Reunión entusiasta.—"¡Nuestra cruz va marchando!"

New York, mayo 9 de 1887.

Señor director de *El Partido Liberal:*

Hay una reina en Washington. La hermana del Presidente empieza á trabajar de maestra de escuela. Un millonario llevaba en su boda un traje de lana gris. Una inmigrante alemana ha estado trabajando de labriego y cantero durante un año en ropas de hombre para ganar el importe del pasaje de sus padres. Está New York en seco, sin que dejen vender ni licores ni vino los domingos. Las «nuevas fuerzas políticas,» como las llama el ardiente

Digitized by Google

John Swinton, han establecido con soberano éxito una especie de iglesia dominical, bajo el nombre de «Sociedad contra la Pobreza.»

Se habla á las claras de anexar el Canadá á los Estados Unidos. Dice el *Sun*, de New York, en un artículo lleno de justicia para México, que los capitalistas americanos dejarán perder un excelente negocio si no obtienen las concesiones necesarias para construir por sí las obras del desagüe del valle. Al día siguiente publica el *Sun* una carta que no puede menos de tener qué hacer con el artículo, en que se elogian calurosamente los planes del ingeniero Garay. Los diarios de ayer celebran, con recomendaciones del Gobierno mexicano, « la justicia y energía que muestran » las dolorosas ejecuciones de Nogales. El *Herald* de hoy dice que no ha de pensarse en los Estados Unidos tanto como se piensa en la conveniencia de adquirir los Estados del Norte de México, para evitar el problema social con la abundancia de tierras libres que repartir entre los descontentos, «porque toda la tierra buena de esos Estados está ya distribuída en vastas concesiones, poseídas en gran parte por especuladores norteamericanos, de modo que su adquisición, aun cuando pudiera realizarse honradamente, sólo añadiría, caso de que añadiese algo, una pobre extensión á la tierra pública de los Estados Unidos.» Hay, pues, que pensar en lo que se hace y se publica estos días por estos pueblos rubios, mientras las oropéndolas cuidan de sus

Digitized by Google

nidos en los árboles del Parque, cubiertos de hojas frescas, y se publica en castellano con láminas lujosas la traducción de Bonalde de *El Cuervo*, de Edgar Poe, el día mismo en que los viejos del pueblo de Fordham, donde su mujer, estenuada, se le quedó muerta en los brazos, cuentan que el pobre poeta, flaco y lívido, se aparecía como un fantasma por los campos vecinos, pidiendo un trabajo que jamás hallaba, á la hora triste en que su madrina leal, disimulando el hambre de la casa, se iba por los cerros menos visibles del pueblo, recogiendo verdolagas para la comida de la tarde, «¡porque le gustaba la verdolaga mucho á Edgardo!»

* * *

La reina que está en Washington es Kapiolani, esposa de Kalakawa, el monarca de Hawaii, con quien están en buenas amistades los ingleses, que saben de tiempo atrás cuán prudente es tener en todos los mares islas propias ó amigas; así es que á Inglaterra va Kapiolani ahora, que es la ocasión primera en que deja á su tierra de guerreros y volcanes altos, para acudir á los festejos con que celebran los ingleses el 26 de Mayo, el jubileo de la poderosa Reina Victoria. Dicen que Kapiolani, sí tiene una majestad, y es la de ser buena y haber fundado en su reino, aunque no sabe de lenguas cultas, un hogar para los leprosos, de los que hay muchos en aquella tórrida isla. No va vestida aquí, como en su

Digitized by Google

país, del haulukan nativo, blanco y suelto como el tipo poético de las indias payaguaces, sino que lleva vestido de seda negra y gorra, con los cuales se presentó en un banquete de ceremonia que le daban, por parecerle más propio de una reina, «siendo ya tarde para cambiar de vestido, el cumplir en traje humilde su promesa, que el faltar á la hora fija por entretenerse en mudar de traje.» Lo que, por supuesto, pareció muy mal á la gente republicana de Washington. Pero con su llaneza y agradecimiento ha cautivado la reina Kapiolani, tan alta de virtud como de estatura, el afecto de la gente sensata; y dicen que va tan contenta de lo que ha visto en Washington, de las fiestas en que la han estado paseando, del banquete solemne dado en su obsequio por la Casa Blanca, que cuando partía el tren donde iba á Boston, lloró como quien deja el lugar en que ha amado, y dijo tiernamente el adiós de los de Hawaii, el «Aloha-òe», el «¡te amo!»

* * *

Y es verdad que Rosa Elizabet Cleveland, la hermana del Presidente, la que hace un año apenas dirigía aún las fiestas de la Casa Blanca, viene á New York con el glorioso Otoño, que es aquí todo pompa y grandeza, para empezar su trabajo de profesora con una humildad que las iguala.

Pues es historia, lo que ella viene á enseñar,

Digitized by Google

mientras su hermano preside la nación libre más populosa del globo; es historia patria; con lo que su lenguaje que tiene el rojo ígneo y el aroma acre de las hojas poéticas de Octubre, y baja en lluvia viva de colores como ellas, y como ellas se arremolina vistosamente al viento, también, como ellas, sobre la tierra caerá á guardar el fuego sacro en los corazones: porque ¿de qué vale, ni qué asegura aprender la vida práctica en un pueblo si no se habitúa el alma al trato heroico de los que han sabido vivir para conservarlo ó morir, cuando ha sido preciso, en su defensa? Aquí se aprende, por el caimiento evidente de los caracteres que sólo la inmigración mantiene y repara, lo que fuera de aquí no debe olvidarse: un pueblo de patriotas fanáticos ó imperfectos, es preferible á un pueblo de egoístas.

¿Y no es hermoso eso que va á hacerse aquí con tanta sencillez, la hermana en su silla de maestra, enseñando cómo vivió Washington, cómo ordenó Hamilton, cómo aconsejó Franklin, cómo murió John Brown;—el hermano, que también fué maestro de escuela, presidiendo, desde la Casa Blanca, la nación?

Ella, por ser mujer, no cree que ha de ser carga. No le parece decoroso vivir de otro, ni de su hermano, cuando puede vivir de sí. Su hermano tendrá su decoro y se enojará acaso de verla ganar su vida; pero ella tiene el suyo. ¿Ni qué falso decoro sería ese de tener á menos que la familia del Presidente, del empleado

Digitized by Google

más alto de la Nación, trabajase en el empleo más venerable y grato, en aquel dulce empleo de maestro en que sirve mejor á los hombres y se padece menos de ellos? No. Ella tiene fama merecida de maestra de historia. Su estudio sobre Juana de Arco ha merecido aplausos franceses. No se puede escribir sobre Carlomagno nada más bello y juicioso que lo que ella ha escrito. Antes de que su hermano fuese Presidente, ella gozaba fama en las escuelas del país, é iba de una en otra durante la estación de las conferencias, explicando, con su inspirado lenguaje, las bellezas dignas de imitación en los grandes caracteres.

Y como un pan no estorba, ni está en la mente yankee perder la oportunidad de colocarse con provecho, no sólo viene de maestra de historia, sino de condueña del colegio en que la va á enseñar; y es justo que le pague su nombre y su fama, sin que esos quehaceres le estorben para escribir, también como dueña, en el *Magazine of American History*, que en manos de hombres fue una quiebra ruidosa, y en las de la mujer que hoy lo dirige, de la señora Lamb, es una de las más prósperas y amenas publicaciones americanas. Sí, hay que venir á ver esta tierra, donde de veras el mundo se cambia, se transforman los conceptos antiguos, y por la fuerza de la libertad y de la batalla por la vida parecen mudar de constitución mental, ensancharse, crecer los mismos sexos.

Digitized by Google

Vamos ahora á donde mañana irá todo New York, á la «feria de vacas,» en Madison Square. Hay que criar las alas, y que ejercitar las manos. Bien es que Rosa Cleveland enseñe historia en su lenguaje flameante, y es bien que los ricos de New York, los mismos que han regalado en estos días al Museo del Parque Central cuadros famosos, organicen para estímulo de la industria una exhibición que va á ser célebre, de vacas lecheras. «El Partido» irá á verlas despacio, para contar á los agricultores lo mucho que enseñan, pero ya hoy son interesantes, aun cuando en la confusión de los trabajos preparatorios no alegran las pintorescas lecherías los banderines y las luces, las músicas y las lecheras agraciadas, en sus vestidos de alemanas y de suizas, que dicen han de ser cosa de verse. Las veremos. De una de ellas cuentan que es positiva maravilla, con ojos de Lalla Rooth, y manos «hechas á cebar lechones,» como las de la Inés de la cena de Alcázar. Pero de esa no hablan los caballeros del queso y la mantequilla, con los labios rasos y la barba en halo, que han venido de los condados en que se produce la leche á ver cuál vaca da más; si la de Jersey, la Guernsey, la de Holstein ó la de Ayrshire: ellos hablan de Mary Ann, la triunfadora, la vaca de Ontario, que vale veinte mil pesos, y es hasta hoy la que más mantequilla ha dado de sus ubres. En Madison Square sucede todo eso, sobre la arena misma que hace pocos domingos cubrían

Digitized by Google

los católicos fervorosos que tienen aún las palmas encendidas, por lo mucho que aplaudieron al cura Mc. Glynn, y á los que con elocuencia y fuerza de apóstoles lo acompañan á él y á Henry George, en su «Cruzada contra la pobreza.»

***

Anoche no eran los aplausos en Madison, sino en el teatro más espacioso de New York, en la Academia de Música. Ya esto es religión. La verdad es que se saltaban las lágrimas de gozo. El público no era de ganapanes, sino de gente modesta que quiere hacer bien: ¿á qué hay que añadir que había más mujeres que hombres? En el escenario estaban las coristas, coristas voluntarias, vestidas de blanco. Presidía un anciano elocuente, que ha empleado sus últimas fuerzas en llevar la bandera de los trabajadores, las fuerzas que le quedaron de su empeño glorioso, cuando juró no vivir si no veía libres á los negros esclavos. Todo el teatro estaba en pie cuando las jóvenes vestidas de blanco, á los sones del órgano, prorrumpieron en su himno al trabajo. El anciano trémulo y Henry George cantaban. Cada estrofa acababa en un conmovedor y vibrante aleluya y una salva de aplausos.

«La pobreza es injusta,» decía Henry George, en su discurso salpicado de sabia ironía, de patéticos recuerdos, de familiares abandonos, de aquellas sentidas y profundas palabras en que se revela su ardiente concurso con los do-

Digitized by Google

lores humanos. «No queremos quitar á nadie su riqueza, sino crear más riqueza de la que hay. Cada vivo, el negro más infeliz, el niño mísero que nace sin pañales en una casa de vecindad tiene derecho á la extensión de tierra necesaria para nutrir su vida, puesto que nace.»

¿Cómo los ingleses pueden estar adquiriendo para especular millones de acres de tierra en América, y se muere de hambre en América, por falta de tierra en qué trabajar, más de un millón de americanos? El producto de lo de todos sea para bien de todos. No queremos repartirnos la tierra, sino libertar de trabas las industrias para vivir barato, imponer sobre la tierra el único tributo, y aplicar á los gastos del Estado y al beneficio de sus habitantes, la renta de las tierras que al Estado pertenecen y él alquila á los que las trabajan. Mientras haya un pobre, á menos que no sea un perezoso ó un vicioso, hay una injusticia. No queremos hacer ricos á todos los hombres, sino congregarlos en buena voluntad para estudiar juntos la manera de constituir nuestro pueblo de manera que las madres no tengan que echarse á los pozos con sus hijos en brazos, por no poder saciarles el hambre. Cuando á ésto se llega, la sangre hierve en las venas; y hay que hacer algo.

Llovían los pesos sobre las cestas en que depositaba la colecta la congregación. «¡A mí, á mí la cesta!» decían de todas partes, pobres irlandeses, alemanes bien vestidos, mujeres de

Digitized by Google

holgada apariencia, un viejito que se levantaba sobre su báculo y tenía á su hijo al lado. Un ejército en marcha parecía, puesta en pie, la enardecida concurrencia, cuando, al acabarse la fiesta solemne, las coristas vestidas de blanco cantaban á los sones del órgano: «¡Nuestra cruz va marchando!»

Digitized by Google

PRIMER ANIVERSARIO DE LAS BODAS DEL PRESIDENTE.

Mrs. Cleveland en Washington.—Gran reunión de señoras en el Corregimiento de Brooklyn.—La mujer americana.—La oradora irlandesa.—Las maestras alemanas.—Sociedad antropológica de señoras.—La americana de ayer y la de hoy.

New York, junio 10 de 1887.

Señor director de *La Nación:*

Quién seguirá á Blaine, que viaja astutamente por Europa, dando tiempo á sus rivales para que caigan, por sus excesos de palabra ó su prisa en la acción, en las mismas redes que le tienden? ¿Quién asiste á los tristes funerales de un hombre que por sus artes de político, por su insignificancia misma, como tantos otros, llegó á la vicepresidencia de la República, y hoy desaparece, olvidado por ella, como deben serlo todos los que de ella se han servido, en lugar de servirla?

Más que de Wheeler, el vicepresidente muerto;—más que del francés Masquerier, que ante gran concurso de curiosos celebra la terminación del mausoleo en cuya piedra ha

Digitized by Google

cincelado su doctrina sobre la distribución por cuadrados iguales de la superficie de la tierra; —más que del globo corto y ventrudo que el *World* de Nueva York echa al Atlántico, para tener sobre el periódico la atención pública;— más que del congreso de tribus indias, donde Slikay Pahanah, cabeza de los Osages, excita á los nómadas de las praderas, á que «se sometan á la educación, su única esperanza»;—más que de las leyes que tienen en seco á la ciudad de Nueva York, donde los que quieren beber vino los domingos en los hoteles y cafés, han de hacerlo á hurtadillas, y en tazas;—más que de exámenes, de muertes, de abusos, de querellas políticas, de carreras y juegos, de simulacros marciales, habla la prensa de cómo, á la dulce manera de las cogujadas, pasean el Presidente Cleveland y su linda mujer, para celebrar el aniversario de su conocimiento de la dicha, por las amables soledades donde florecieron, entre pinos y almendros, sus bodas: allí parecen acudir de preferencia, por lo recatado y frondoso del ramaje, las aves viajeras á levantar sus nidos: allí no deslustra el polvo de las calzadas, las hojas jugosas, que al medio día se vuelven hacia el sol, encogidas y dormilentas, como las novias en los días de estío, reclinan la frente, ya al cerrarse los ojos, sobre el hombro del esposo amado; allí no turban la quietud tropeles de velocipedistas, ni bandadas de caminantes, ni lides de pelota, ni el estruendo de caracoles y bocinas con que

Digitized by Google

anuncian sus pasos los coches de camino, pintados de amarillo, con la imperial henchida de beldades de quitasol rojo, que es lo de moda aquí estos meses para recorrer el campo, con otro coche atrás lleno de viandas y de vinos, en vistosas cestas: allí unas pozas pródigas, de donde á la mañana se alza la bruma á vuelo tardo, diciendo con sus últimos girones donde abunda la pesca, brindan al Presidente, amigo de la caña y el anzuelo, ocasiones propicias para vencer en ingenio á la avisada trucha.

Con razón se dice en castellano «¡ese es un trucha!» porque no hay pez que guste más de su comodidad, ni ande con tal cautela, ni examine mejor el cebo, ni esquive con más gracia los amaños de sus enemigos.

Por eso sin duda interesa tanto la pesca al Presidente; porque pescar es combatir, es ver en la sombra, es conocer los misterios de la naturaleza, es adivinar los hábitos del enemigo oculto, es demostrar en la pelea con el animal que se es una bestia superior: por eso les lucen los ojos á los pescadores, y al Presidente le lucían, cuando sacaba con sus propias manos del cestón el pescado vencido; no éste ni aquél, que cayeron en lance común por engullirse la «mosca» de cebo donde va el anzuelo—y ha de ser lanzada á lo recto y con habilidad para que el mucho ruído no espante el pez—sino aquélla, la corpulenta, la de siete libras y ojos sanguinosos, con la que sostuvo un duelo de horas, porque primero le coleó la mosca en vez de

Digitized by Google

echarse sobre ella, y luego, en cuanto sintió fría el agua y se encapotó el cielo, se acogió á su cama en lo hondo, hasta que por fin, aprovechando el pescador el romper del sol para echarle una «mosca» de forma nueva, salió á la luz el animal engañado, y se clavó el anzuelo en las mismas agallas: allí está, boquiabierta, desencajada y repulsiva: ¡así han de ser por dentro los que estrujan y oprimen al hombre, así como los pescados vencidos por su gula, son por fuera!

***

No es Cleveland, como otros presidentes, amigo del fausto de las grandes ciudades: ni tiene, como algunos de ellos tuvieron, ese amor sano al caballo á que se apegan los criados en la faena campestre ó en las batallas; ni gusta, como los ostentosos presidentes del sur, de lucir troncos fuertes en bellos carruajes. No es como Washington, hecho desde niño á quebrar potros y á cuidar con solicitud de sus establos, como que era su gozo mayor, después del de servir con desinterés á su país, el irse por los bosques husmeando la zorra en su traje de cazador, chupa azul, vestón rojo, calzones de ante y botas altos. Ni es como Jefferson, el sobrio Jefferson, que no desdeñaba en el vestir los terciopelos y el encaje, pero salía á fortalecerse la mente cabalgando, é iba en su caballo querido el día en que recibió en el Capitolio la Presidencia, para lo cual se apeó de su montura, la ató al cercado, y entró sin

Digitized by Google

más ceremonia á prestar el juramento. Ni es como Grant, cuyo leal Cincinatti sabía aguardar suelto á su amo, sin impacientarse ni huir, á la puerta de las casas donde iban de visita.

Cleveland gusta de ser llevado en su amplio carruaje por las tardes á la hermosa quinta que, por amor á su mujer, compró en las cercanías de Washington; y cuando, como ahora, está de vacaciones, es su alegría mayor entrar por el bosque acompañado de su Acates, su astuto secretario Lamont, hasta dar en unos rápidos donde hay buenas camadas de truchas, mientras se ocupa su mujer, del brazo de una amiga de colegio, en ver cómo en un mimbral vecino van rompiendo sus huevos alunarados las crías de becadas: un perro hecho á la caza de ala la acompaña, pero ni la becada se asusta, ni el perro le salta encima, porque durante la maternidad exhala el ave un aroma distinto del que excita á los perros á la caza!

Sigue á la joven esposa un coro de alabanzas en su peregrinación al consagrado retiro. Todos celebran su modestia afable, su lealtad y llaneza con sus amigas de situación humilde, su cortés memoria de rostros y de nombres, su conversación varia y prudente, siempre nueva con cada visitante, y su suave influjo sobre Hércules.

El partidario que él espanta, se lo devuelve ella. No siendo muy notable, él olvida al que ve, pero ella no; ella estrecha la mano y mira dulcemente en los ojos á cuantos la saludan;

Digitized by Google

ella conoce la historia y pretensiones de cada concurrente; ella recuerda á tiempo los hechos honrosos cuya memoria ha de halagar á aquellos prohombres á quienes no se ha de tener por enemigos: ¡filtro será, pero un aplauso de mujer hace que parezcan más numerosos y vívidos los astros! Ella da, sin cansarse, la mano á dos mil personas en cada recepción pública; ella, en las más privadas, habla á cada cual de lo que le interesa, y le hace hablar de sí, y como si estuviese en su casa propia; ella no solicita encopetadas amistades, sino que trae de su sencilla ciudad de Buffalo á sus amigas de colegio, y las honra en la casa presidencial como á singulares huéspedes; ella, la mujer del Presidente, recibió en las últimas ceremonias acompañada de una pobre niña, hija de un empleado obscuro.

Con un traje gris y un sombrero de paja anda ahora visitando nidos, mientras en Washington desempolvan sus servidores los retratos solemnes de la Casa Blanca, plantan los redondos canteros de deslumbrantes tulipanes, y hablan, como de una heroína, de una joven de notable belleza que, en vez de aguardar esposo anciano y rico, un magnate, un senador, acaso más, elige para compañero á un periodista pobre, de frente pálida y mejillas un poco hundidas. A las amigas que la censuraban por no haber aguardado á algún senador, Miss Dolph ha respondido:—«¡Esperaremos el senado juntos!»

Digitized by Google

Muy distinta de la del retiro campesino era la escena ayer en la oficina del corregidor de Brooklyn. Llenas estaban de carruajes las cercanías de la Casa Consistorial, de mármol toda, frente á un palacio de oficinas de ladrillo rojo cuyo elegante y calado minarete se destaca, con reflejos de lacre, sobre el cielo azul. De seda y enjoyadas habían venido á ver al corregidor cien damas de Brooklyn; á debatir con él, conociendo su hostilidad á la idea, sobre la justicia de emplear en la junta de escuelas, que han de ser maternales, á dos mujeres, por lo menos, á dos madres. No eran pretendientes, no; sino la flor del señorío de Brooklyn; y «cualquiera que sea electa», bien Mrs. Stranahan, rica y llena de quehaceres benéficos, bien Mrs. Carey, que iba hecha una cesta de brillantes, bien Mrs. Seth-Low, millonaria y hermosa, «serviremos el puesto.»

Ellas alegan que falta ternura, desinterés, mujer, á las escuelas públicas: que la junta de New York debe ya mejoras serias á las dos damas que figuran entre sus miembros: que de los niños saben más las madres, puesto que los observan sin cesar, que los hombres, harto inquietos y alejados de la casa por las faenas de la vida: que las madres pueden determinar mejor los estudios que ama el niño, para ir educándolo en acuerdo con el desarrollo y curiosidad normal de su naturaleza; que sólo las madres, siempre benévolas, saben la tarea que el niño puede soportar sin fatiga; que siendo

Digitized by Google

las maestras mujeres, mujeres son las que más les entenderán y oirán sus quejas, y les irán sobre los defectos, y las tratarán con justicia: alegan que la escuela se extravía, que los niños se secan, que es urgente poner en la educación más sentimiento.

El corregidor fue todo angustias. Le argüían ellas con mejor palabra. En un senado no hubiera sido el debate más lógico. El discurso de la que pintaba la naturaleza del niño fue una espada de taza de fina cinceladura. Ardiente como las rosas Malmaison que adornaban su seno fue el resumen de una bella señora, sentada entre dos lozanos niños. «¡No han de ser nuestros hijos—decía otra—no ha de ser nuestra patria víctima de este sistema criminal de compadrazgos, por el que se distribuyen aquí los puestos públicos: los capataces de votos, los bebedores fuertes de las cervecerías, están envileciendo la nación: no hay delito mayor que poner en manos descuidadas, ó en gentes de corazón frío, la educación pública: ¿ha de ser nuestro símbolo el águila, ó el cuñete de cerveza? Mientras no se halle, que al fin se ha de hallar, otro modo de pagar los servicios políticos, ¡salve el pudor, al menos, los empleos destinados á crear los hombres que han de fundar más tarde los hogares, y de dirigir y defender la patria! ¡ya sobran las maestras nombradas por compromisos y favores; sobran los consejeros ineptos; hacen falta en las juntas de educación las que adivinan con su amor

Digitized by Google

el modo más propio de educar, y lo aprenden con la lección diaria y sincera de la vida!»

El corregidor se revolvía en su asiento. Ni una razón halló para oponérseles.

Que se adelantaría: que se tendría en cuenta: que la legislatura acaba de acordar que los puestos de maestra no se den por favor, sino por concurso; que por sí no lo tiene á mal, pero que no favorece la idea la opinión pública. «Eso no es—replicó casi en voz alta una dama afamada por su enérgica virtud—sino que faltan puestos para tener contentos á los amigos políticos, y sacrifican estos bribones, ni un ápice menos de bribones, la médula misma de la patria á sus necesidades electorales.» Parecían los diamantes brillar de ira. Llevaban las señoras al salir de la junta el paso vivo. Se habían caído todas las hojas de la rosa con que se adornó la solapa el trémulo corregidor. «¡Pues no ha de ser!» decía la millonaria, al poner el pie, calzado con un zapato de los que llaman aquí «sentido común,» en el estribo de su coche, «¡no ha de ser!: ¡á casa, á convocar á junta pública para el jueves que viene á todas las madres de la ciudad!» Y así quedan: convocándolas.

* * *

Ellas, las de más plata en el cabello, comentan los asuntos corrientes de religión y de política con aquel lenguaje aterciopelado y temible, como la zarpa felina.

Ellas, las irlandesas del barrio de St. Ste-

Digitized by Google

phens, exhortan á sus amigas, reunidas en la iglesia del padre Mc. Glynn para protestar contra la amenaza de excomunión que el papa tiene suspendida sobre el que fue su cura: «¡llevad á la procesión del 18 de Junio á vuestros hijos en los brazos, les decía la oradora, para que en los años futuros puedan honrarse con decir que ellos también tomaron parte en la protesta indignada del pueblo contra los que quieren aniquilar, sean nuestros papas ó nuestros arzobispos, al sacerdote más puro que tuvo nunca iglesia!»: y las feligreses la vitoreaban, y le echaban flores.

Ellas, las maestras alemanas, de Cincinatti, llenan el vapor *Suevia*, que las lleva á Alemania, donde van á pasar el verano, para aprender más de lo que saben, y besar las cabezas de los viejos, y volver con más ciencia, y con la fuerza que dan el amor satisfecho y el aire del mar, á las tareas amables del invierno. Ellas, las damas de Washington, las doctoras de los asilos de huérfanos, la decano de la Escuela Médica de Mujeres de Philadelphia, acumulan en memorias minuciosas, conforme á los consejos de la Sociedad Antropológica de Señoras que reside en Washington, los detalles todos del desarrollo de sus hijos, de sus enfermedades, de sus alimentos, de sus vestidos y costumbres, de su estatura, de su ascendencia y ambiente, todo lo cual es obra de cimiento, y capítulo de la ciencia de la patria, por donde se vendrán á hallar reglas sobre el mejor modo

Digitized by Google

de criar fuertes y alegres á los hombres, y se llegará á saber qué padres dan buenos hijos, y qué razas y pueblos son preferibles para la inmigración, cuáles no han de mezclarse, porque dan crianzas pobres. En las naciones se ha de estudiar cuidadosamente el animal, y de fomentarlo con ciencia y esmero.

Ellas, las de la generación anterior, las que se criaron en las «juntas de ciudad» y en la obra activa de sus iglesias, las que ayudaron al marido á levantar desde los tiempos modestos su fortuna, las que no nacieron de estos padres de ahora, tallados en un diente, febriles perseguidores de la riqueza, negociantes inmorales y sordos; ellas, las ricas que visten aún merino negro, auguran triste fin al pueblo ansioso donde el hijo estorba, donde no nace el matrimonio del amor, donde la conversación íntima, rebosante en vulgares apetitos, destruye el trabajo desganado y superficial de las escuelas, dirigidas por maestras cansadas de su condición y de alma poco amante.

Sólo que Junio no deja ver estas lobregueces, sino que, como si las mujeres y el sol tuvieran parentesco, se las ve florecer y aromar apenas Junio brilla. Casualidad será, pero los diarios están llenos de noticias de ellas. Ya que se casan, como si la mujer fuera ave de luz y tuviera, como las becadas, miedo de que la nieve resplandeciente denuncie al cazador su cuerpo airoso. Ya que inundan las playas y los caseríos, en sus trajes de blanco dril con

Digitized by Google

adornos azules, en que ahora marinean, ó en aquellos otros, audaces y ceñidos, con que juegan en parques y jardines, á la pelota y al «lawn tennis.»

Pero como más bella aparece aquí en Junio la mujer es en los colegios, donde acaba de echar alas, de soñar con su misión, de prepararse al combate y la fatiga, de aprender para maestra, para escritora, para médico, para abogado, para artista: allí es donde más bellas aparecen. Acaso porque inspiran más piedad. ¡Así nacen luego los hijos, astutos, egoístas y débiles, de estas almas desfloradas por el cuidado prematuro de la fortuna! A función ó á desdicha queda el hijo reducido, el hijo triste de los consorcios sin abandono y sin fe. Se extingue así en la generación nueva el elemento femíneo que salva á los pueblos poderosos y prósperos. Adquiere ¡quién lo dijera! la mujer americana el halo doloroso, el enfermizo brío, la hartura de conciencia, el desdén del amor, la colérica virginidad de las jóvenes rusas. Aquéllas, batallan por la patria: éstas, por sí. Fatigadas por herencia de padecer del hombre, se preparan contra él y solo aparentan cederle para aprovecharlo.

Junio no ve estas cosas. El colegio de Wells, en el austero pueblo de Aurora, viste de gala á su portero negro, y le ata al ojal una cinta amarilla y azul, para recibir de ceremonia á la esposa del Presidente, que de la soledad de la montaña irá á ver, en las fiestas de los premios,

Digitized by Google

á las que hace dos años eran aún sus compañeras, ya en escribir dramas, ya en imaginarse heroínas de ellos, ya en deshojar, como quien acaricia lo que no se ve, las flores agradecidas de la madreselva. Es fiesta, gorgeo y coro en los colegios todos.

El de Vassar saca sus hijos, retoca el artístico adorno de sus salones, invita á las damas de más prominencia para despedir con regocijos solemnes á las graduandos de este año. Las alcobas, dicen que parecen jaulas abiertas: las gozosas cautivas baten palmas y cambian sueños en los corredores del colegio de mármol: todas llevan al seno ramos de flores, orean sus trajes, disponen con coquetería sus libros, limpios y enteros á pesar del uso, en los aéreos anaqueles: guardan, bajo correas de cuero, sus apuntes de artículos, borradores de conferencias, dibujos ideales: ni lo agitado y ambicioso de la vida de su pueblo, que á la vez las fortalece y desfigura, ha podido descoger de sobre sus sienes el último velo rosado de la primavera: proyectan con una presunción encantadora.

Y como si la Naturaleza, la providente esfinge, quisiera prometer, á cambio de la vida que consume aquí la avidez nacional, nuevas vidas y galas, revuelan picoteando el césped por entre las faldas de las colegialas los lindos pechirrojos, y, cargados de flor, se entran por las ventanas de las alcobas las enredaderas.

Digitized by Google

Digitized by Google

HISTORIA DE UN PROCESO FAMOSO.

ÁSPERO VERANO.

New York en Julio.—La bahía de noche.—Un pánico en la Bolsa neoyorquina.—Caso extraordinario de soborno.—Causa y sentencia del millonario Sharp.—Escenas del Jurado.

New York, junio 30 de 1887.

Señor director de *La Nación:*

Sin brisa ni poesía arde en New York, cargado de pestes, el verano. Se suicidan los infelices á racimos: se desploman los caballos en las calles: en las plazas públicas se anda sobre hombres acostados: hornos encendidos de pútridas bocas parecen en la sombra las enormes casas de vecindad donde viven, á seis por cuarto, los obreros: las mujeres de los pobres, exasperadas y sedientas, se están hasta la madrugada en los portales, con sus niños sobre las piernas, moribundos: los niños, de pronto, exhalan un grito que se recuerda después como un remordimiento, y mueren: los más venturosos, embotado el ánimo, huyen á las playas vecinas, donde, después de un gra-

Digitized by Google

to viaje en los vapores, se representan escenas pintorescas de pirotecnia y espectáculo, en Coney Island «La caída de Sebastopol,» en Staten Island donde los cerros, con la falda verde cargada de casas, se adelantan á mirarse en el mar—«La caída de Babilonia.»

Anoche, por la majestad del río recamado por la luna, venía el vapor henchido de St. George, en Staten Island, que lucía á lo lejos, reclinado en la sombra, como un collar de cuentas sobre un seno africano.

Buscaban las parejas los rincones: muchos búfagos, rasa la cabeza y tachonada la pechera de brillantes, resollaban como si el sol, harto de ver vivir á los egoistas, les tuviera ya puesta al cuello la mano mortal: unos músicos pálidos entonaban una *Lucía* hasposa y famélica: una hija amable abrigaba con el chal, del sudeste traidor, al padre anciano: unas niñas negras acariciaban, con confianzas febriles, á unas muñecas blancas: un extraño, que cuando sabe tristezas de su patria no quisiera ver la luz, pasea, como huyendo, el puente vasto: del fondín que va á bordo sube olor á guiso de almejas y fetidez de cerveza: vació al fin el vapor la muchedumbre en las plazas y muelles, pero no para hallarlos en silencio, como están á esas horas, sino llenos de grupos locuaces, que leían ávidamente los alcances aún húmedos bajo las lámparas eléctricas. *The Evening Sun* acababa de publicar, á media noche, una edición extraordinaria: la

Digitized by Google

tenían ya todos: la compró el vapor entero: el grito de *¡Extra! ¡Extra!* tiene en Nueva York algo de toque de rebato. Los que comen dejan las mesas: los que van mimando á su pareja, la abandonan: los que andan, se detienen: el vendedor, con los diarios al hombro, en verdad vuela: cobra, cobra por supuesto, pero no se ve cuándo: solo un bellaco, al que responderán con un gruñido ó un chiste, les pregunta «¿qué es?»; lo frecuente es que le respondan, alargándole el papel, «¡cinco centavos!»

* * *

¿Cuál era la noticia? ¿un ferrocarril hecho astillas? ¿un vapor encendido, con el horror de los náufragos aumentando las llamas? ¿alguna nueva convulsión de la Bolsa? ¿algún delito público de esos que se cometen al amparo de la ley con el nombre de especulación? ¿algún pánico como el que acaba de desatar sobre el país pasmado el banquero Jay Gould, recogiendo de súbito sus préstamos, alarmando la plaza, acorralando el dinero, vendiendo á la baja sus acciones del ferrocarril elevado, espantando con el descenso que provocó en estas acciones las demás, todo para levantarse sobre estas ruinas, tumbos de millones, catástrofes y quiebras, dueño mayor del ferrocarril, cuyos socios menores, á quienes forzó á la venta de su parte, le estorbaban? ¡Hasta estos egoístas, al verse aventajados por ese maestro de su vicio, denuncian «al egoísta!»

Digitized by Google

«¡Cámbiese—dicen los mismos que viven de él—el orden legal que permite estas acumulaciones inmorales de riqueza, estos valores falsos y agitables, éstos manejos inicuos en la sombra, estos desmoronamientos de las empresas más firmes del país al capricho de un jugador sórdido, este vivir de toda la nación como un teatro de títeres, suspensos de los hilos que lleva en los dedos nerviosos un rapaz barbudo, que hace veinte años vendía ratoneras!»

Pero no era esa la noticia, sino que el jurado, después de escandalosísimo proceso, acababa de declarar culpable de soborno, con pena de penitenciaría, al millonario Jacob Sharp, dueño de los tranvías más ricos de New York, dueño hasta ayer del tranvía del Broadway, la concesión del cual aseguró comprando por quinientos mil pesos los votos del Ayuntamiento, cuyo presidente Jaehne, abrigador de ladrones y prendas robadas por oficio, espera ya á su cómplice, en su traje listado planchando camisas.—*La Nación* contó á tiempo su proceso.

Por recibir dádivas para torcer ó cumplir la ley han sido castigados aquí muchos: ¡si éste es mercado abierto, y el que sale á comprar hombres, anda á pocos pasos seguido de la muchedumbre, que pide, sombrero en mano, que la compren! Pero por ofrecer la dádiva, por tentar al funcionario público á vender por dinero el derecho de que es depositario y ad-

Digitized by Google

ministrador, este mísero viejo Jacob Sharp, hinchado, más que por la crasa vida, por la ganancia impura, es el primer sentenciado.

Ni canas tiene, á pesar de sus setenta años, sino un ralo vellón, turbio y raído, como si hasta el aspecto exterior de la limpieza fuese negado á este chalán de hombres! Así ha vivido, cebando vicios, serpeando en los Ayuntamientos, deslizando palabras interesadas en los acuerdos públicos, pervirtiendo empleados, comprando por dinero contante los votos de la mayoría de la legislatura.

Fuera del tribunal, aguardaba su coche suntuoso, con cifra roja y lacayo de librea; dentro, abogados, periodistas, jóvenes lujosas, el poder y la pompa de la ciudad, dándose codazos por asegurar un puesto. Veamos el pecado, el veredicto, el reo, la fantástica escena en que cayó sobre la cabeza turbia la justicia.

* * *

No había desde la mañana lugar vacío en el Tribunal, lleno, como un teatro, de privilegiados curiosos, de los amigos de la acusación y la defensa, de damas bellas y de buen vestir, lo que es extraño, porque parece que las mariposas sólo deban ir á la luz: ¡éstas son las vestales de ahora, que ven desde las rejas de su abanico los vuelcos del alma en el rostro del reo, con la misma ansiedad del circo antiguo! Allí estaba la hija del juez:—allí la madre del joven fiscal, tan anciana como

Digitized by Google

el delincuente, cual si el gozo de ver triunfar al hijo no debiera estar en ella moderado por la natural simpatía que une á los viejos, y por la amargura de todo triunfo que cuesta al vencido honor y lágrimas:—allí, en sus escaños, abatidos por el proceso de treinta y cuatro días, los doce jurados. De cara á ellos, los acusadores. Frente al estrado, los defensores, nerviosos, descompuestos, cuchicheando, animando al defendido.

El defendido, vagos los ojos, casi mondo el cráneo, deshecha la barba, clava el rostro en las palmas de las manos, y los codos en ambas rodillas; ó, en la fatiga del calor ó la duda, se reclina en su asiento, donde su nieto fiel le atrae el aire con un abanico de grotescos dibujos. Preside el juez, con ojo y viveza de guardabosque, bajo su dosel de nogal negro.

***

Ya los testigos han declarado: el preso está casi convicto: el ayuntamiento que vendió la concesión, en la única junta secreta celebrada en el Municipio de New York, está en parte en la penitenciaría, y en parte fugitivo: la red de la prueba está tan bien trabada que Sharp renuncia á declarar en su defensa: todo demuestra que Sharp levantó sin necesidad visible sobre el tranvía, y pagó al Ayuntamiento por la concesión quinientos mil pesos. Se demuestra que obtuvo en la legislatura por artes deshonrosas, el acuerdo fundamental en

Digitized by Google

que basó la concesión el Municipio: que él y sus familiares trataron en seguida con los concejales sobre la concesión del tranvía de Broadway: que el teniente de Sharp no salía en aquellos días del Municipio, ni los capataces de los munícipes de la oficina de Sharp: que á toda prisa levantó Sharp la suma del soborno en billetes contantes para el día mismo en que, dando y dando, votó en su favor el Ayuntamiento: que, según confesión de uno de los concejales, que atestiguó en pro del Estado, las sumas del soborno fueron entregadas, al confeso como á sus compañeros, por un familiar de Sharp: que Sharp mismo, en su coche de librea, los fue levantando de sus camas en la mañana del delito para que no faltasen á la junta: que hasta una señal convinieron el capataz de los munícipes y el teniente de Sharp para que, cuando por una ventana viera alzar el brazo al capataz, supiese que la ciudad había sido vendida, y que la concesión del tranvía de Broadway, solicitada por varias empresas, era de Sharp; del que había ofrecido al Municipio mayor dádiva. Porque los otros también ofrecieron: ¡si en aquel Ayuntamiento, el que dejaba un billete de mil pesos, se llevaba un alma!

Eso dijo el más elocuente de los defensores, poniéndose las manos abiertas sobre las caderas, azotándose, para mayor énfasis, una palma con la otra, levantando de pronto, al encararse con los doce jueces, ambos puños cerrados.— Su oratoria era como su vestido: levita negra

Digitized by Google

abierta, chaleco blanco, cuello vuelto en las puntas, corbata azul con pintas blancas. Ponía de oscuro las morales públicas; apuntaba algún chiste, tieso y corto; evocaba la pureza privada de su cliente; procuraba ganarse al jurado con burdas elegancias. -- Eso dijo el defensor abriendo el día.—Los concejales vendieron la concesión: no se ha probado que Sharp se la comprara: pero aunque se probase ¿qué culpa tiene el que sale á la carretera plagada de ladrones si les da lo que piden, para poder seguir camino? Castíguese al que intente corromper al virtuoso, pero ¿á estas virtudes que tienen cada una marcado su precio, como los trajes en los bazares? ¿Qué empleado público no se hace pagar en New York por cumplir con su deber, ó por demorar su cumplimiento, ó por violarlo? ¿Qué comerciante puede sacar sus mercancías de la aduana si no suaviza las manos de los empleados? ¿Quién puede llegar á un documento en el registro, que es público y gratuito, sin pasar por una doble hilera de manos tendidas? ¡Cuanto abogado hay en New York tiene que estar incesantemente sobornando á los empleados para que no se le opongan, ó lo vendan á su contendiente, en los trámites más justos del oficio! ¿Quién no sabe que las compañías no pueden adelantar ni en los tribunales ni en las legislaturas sus intereses sin comprar el voto de legisladores y empleados, ó el silencio de los que en las legislaturas hacen práctica provechosa de amenazar

Digitized by Google

á las empresas ricas con proyectos hostiles, para compelerlas á solicitar de ellos, bolsa en mano, que retiren el proyecto?

¿Qué institución más veneranda tiene el crédito de los Estados Unidos que el ferrocarril central de New York?: pues uno de sus abogados, que es el honor mismo, declaró aquí que el ferrocarril Central ha pagado cuantiosas sumas á los legisladores para amparar sus intereses. ¿Cómo se hará entender á este acusado—aun cuando hubiera cometido lo que nadie, de verlo hacer á todos, mira como culpa—que es justo castigar en él, nada más que en él, aquello que no hay hombre en pie en New York que no haga? El acusado, que es de mente tosca, oía este raciocinio con visible gozo.

El acusador, ceñido el cuerpo en una levita cerrada como una armadura, ni dejó eslabón por atar de los muchos de la prueba, ni con su alegato sutil é inclemente, que ascendió en ocasiones á elocuencia legítima, abrió portillo de escape al mísero anciano que oía atónito el discurso condenatorio del amigo mismo á quien en el club había ganado tantas partidas de baraja. El infeliz aniñaba los ojos, y los volvía al abogado elocuente, alquilado por sus perseguidores, como pidiéndole merced. Al nieto, un niño todavía, se le llenaban de llanto los ojos. Pero el acusador, liso el rostro, enrizada como para una festividad la cabellera, luciendo bajo el labio corto y afilado los dientes cani-

Digitized by Google

nos, adelantaba el alegato, escuchado con lisonjera avidez por la culta concurrencia:

—«¡Pues si eso que el defensor dice es cierto, exclamaba, éste es uno de los que han traído los caracteres á tanta ignominia!»—«¿Qué culpa tiene un empresario de tranvía, interrumpe el defensor, de que de veintidós concejales de New York sólo dos sean honrados, y veinte le pidan dinero para darle sus votos?»—«¡Por otro como él se ha llegado á eso, y por éste se ha de comenzar á deshacerlo! Este hombre es la encarnación del traficante de conciencias. Como que él no la tiene no la reconoce en los demás. Su único objeto en la vida ha sido amontonar fortuna; y su único método, tentar á los hombres y comprarlos: es un tipo este hombre del intrigante de congresos: de tratar con los inmorales se le ha embotado el sentido de moralidad: ni aun la penitenciaría le hará entender que es un delito comprar en la sombra á un empleado para que altere los documentos que están bajo su guarda—á un juez para que viole en su provecho la ley que debe administrar para el provecho del país, que fía en su honradez y le paga su trabajo—á esos bribones diestros é influyentes que abundan en las asambleas, pronto por la paga á hablar en pro del más bestial ambicioso ó de la más desvergonzada villanía.»

«¿Queréis saber qué hacía este hombre? Va á Albany, el asiento de la legislatura del Estado, donde se discute una ley de tranvías,

Digitized by Google

propuesta por los legisladores que tiene á su servicio una compañía parecida á la suya; pero el proyecto no incluye la vía de Broadway por la que desde hace treinta años trabaja—y Sharp ofrece al Canciller de la Legislatura cinco mil pesos porque á la callada incluya en el proyecto la vía: el Canciller lo ha declarado. A un abogado, que tiene puesta la mano sobre el hombro de los legisladores, paga cincuenta mil pesos en los días del voto: ¡la ley pasa! Sharp es recio de cuerpo; pero Mercurio mismo no hubiera vuelto á New York más aprisa: varias compañías al amparo del acuerdo, solicitan del Municipio la concesión de la vía de Broadway, con ofertas para la ciudad que aventajan á las de Sharp; pero ninguno lleva su oferta privada á los munícipes á tanto como Sharp.»

«Entre él y el municipio tenían ya ajustado el precio del voto. Dame quinientos mil pesos, te daré la concesión. Pero no faltan más que unos quince días: no hay tiempo para litografiar una nueva emisión de bonos: levanta sobre el camino su proyecto una nueva hipoteca por la suma: hoza, convence, tiene la suma lista para la mañana de la junta: todo eso está probado en el proceso. Al Canciller le dijo en Albany: «¡Al Ayuntamiento lo tengo ya arreglado!» No véis cómo no os dice qué ha hecho de los quinientos mil pesos, que él levantó, y resultan en manos de los concejales, después que la concesión está en las suyas?

Digitized by Google

Ya ha confesado que hizo entradas falsas en los libros. Los quinientos mil pesos habían de ser para «comprar tierras, erigir estaciones y aumentar las facilidades del tranvía»: ni un metro de tierra se ha comprado, ni se ha erigido una estación: las facilidades sí se han aumentado: ¡los especuladores encuentran siempre estas frases correctas para disimular el crimen!»

El juez se levantó á instruir al jurado; un juez puro, nacido en Irlanda, el juez Barrett, leal en los procesos, á quien pocas veces devuelve corregidas el Tribunal Supremo las sentencias.

Todo el mundo está ansioso: En New York, sólo de Sharp se habla: ¡Es necesario que no se pueda decir que en New York no hay por lo menos un juez honrado! Nerviosamente ase con ambas manos la baranda, y se le ve palpitar la sangre en las venas del cuello. Del dosel encendido baja sobre él luz plena.

—«No debo ser cruel, dice, pero el que ayuda á corromper su pueblo es tan culpable como los que vierten la sangre humana. El que comercia con un truhán, es un truhán. El que desciende hasta el bribón, desciende. El que roba el derecho de todos para sí, roba. El que degrada á los demás, se degrada.»

«Es lícito estudiar á los hombres, y procurar distinguirse entre ellos; pero no por las artes que van haciendo un pantano de la patria. Son habitantes naturales del uniforme de las peni-

Digitized by Google

tenciarías el que vende un derecho público, y el que lo compra. El que instiga un delito, lo comete. El que se aprovecha á sabiendas de un delito, es cómplice en él. ¡Ya no hay por las calles á quien dar la mano! Si creéis, jurados, por lo que sabéis, que este hombre hizo lo que dicen que ha hecho, no os deshonréis discutiendo vuestro veredicto: ¡condenadlo!»

***

Quince minutos habían pasado apenas. Hablaba, rodeado de mujeres, el acusador triunfante en un corrillo. La madre del fiscal lo acariciaba con los ojos. El acusado, en una congoja, no oía los consuelos de sus defensores. El nietecito le había traído la cabeza sobre su hombro:—cuando entraron de pronto los jurados.—«¿Habéis llegado á acuerdo?» dice el alguacil:—«Hemos llegado. El acusado es culpable.» ¡Pobre niño! todos oyeron el sollozo.—«¡Levántate, Jacob Sharp!» El infeliz, como ebrio, se levanta.—«¿Cuántos años tienes?»—«Tendré setenta, el seis de julio.» Y cae sobre su asiento.—«Lo recomendamos á la piedad del juez», dice el jurado. Pasos legales: moción de demora: despedida del jurado, con las gracias del juez, que le ahorra al reo palabras: ¿quién da sobre un viejo? ¡ni él, espantado, entenderá lo que le dicen!

La noticia corre al punto las calles. El reo, que tiene el corazón enfermo, va en coche á la prisión, seguido de la turba que cae siempre,

Digitized by Google

sin saber de dónde, sobre la desgracia. Llega. Lo entran en brazos.—«¡Mi mujer», balbucea: ¡su compañera de cuarenta años! A poco llega su mujer, en el carruaje de cifra roja y de librea. Al verla, hombre al fin, se pone en pie y se bebe las lágrimas. Una hija, casada, sale de la cárcel sollozando. Afuera se oye el ruido de la turba, que quisiera gozarse en la escena. La mujer queda allí, á su lado, á sus pies, á su cabecera: ¡para ella, él no es criminal! De aquí á diez días le leerán la sentencia, le raparán la barba, y le pondrán el uniforme listado. ¡Así acaban los que, por satisfacer su avaricia, corrompen á los hombres!

Digitized by Google

CLEVELAND.

EL INCIDENTE DE LAS BANDERAS.

Los Veteranos en la Casa Blanca.—Admirable escena en el campo de batalla de Gettysburg.—"Grises" y "Azules." — La viuda del general confederado.—4 de julio.—Procesión sombría en el Sur.—La raza negra en los Estados Unidos.

New York, julio 8 de 1887.

Señor director de *La Nación:*

El carácter impera. La elocuencia brilla más: el atrevimiento lleva lejos: el que sabe dominar las pasiones agenas ó tiene grandes las propias, es guía natural de los hombres, aunque efímero, á menos que la virtud no lo posea: pero el que al fin triunfa, no es el que enciende y desata las pasiones, sino el que sabe reprimirlas.

Aquí acaba de verse. Cleveland, con aquella autocracia legítima que va con la honradez, ordenó, como cosa natural en esta época de abrazos entre el Norte y el Sur, que se devolvieran á los Estados de la Confederación los pabellones que les tomó el Norte en buena lid:

Digitized by Google

ciertos políticos mostachudos y marciales, de esos que quedan siempre como excrecencias de las guerras, pidieron con dramático ademán que cayera del cielo la parálisis sobre la mano que se apresuraba á cerrar las heridas de los hombres: pareció que el país los atendía, no porque tuviese á mal la orden de Cleveland, sino porque le extrañó que en medida de tanta significación no se hubiera solicitado su consejo: ¡acá se quieren Presidentes que guíen, no que manden! Los adversarios de Cleveland, que hasta hoy son todos los que quieren hacer pesebre propio de los puestos públicos, se asieron de esta rara oportunidad de atacarlo con visos de justicia.

Pero se vió que sin esfuerzo alguno de Cleveland la polvareda se aclaraba, volvía el Presidente á todo su renombre y se alcanzaban las razones interesadas de la ira. El Sur, en silencio, se apretó, como para mejor combatir en defensa del que osó poner en riesgo su influjo político por alejar de la memoria de sus conciudadanos un estímulo constante al odio. El Norte, con esa dote del sentido común que es la flor de los pueblos libres, aquietó su censura, y una vez aleccionado el gobernante, reconoció públicamente su nobleza, tal como el buen ginete, luego de verse obligado á herir los hijares de su caballo generoso, le acaricia las crines y tiene para él voces de hermano.

Nada hace padecer tanto á un hombre virtuoso, ni le pone más cerca el juicio de la ira,

Digitized by Google

que ver interpretadas por la malignidad ó el interés sus intenciones: pero sólo merece gobernar á los hombres quien tiene menos flaquezas que ellos: el uniforme da valor y el gobierno estatura: ya se sabe que el que entra en medio de los hombres, no saldrá á su cabeza sino lapidado: nadie se baje á recoger las piedras, sino échelas con el pie adonde las puedan ver los hombres justos: las piedras del odio, á poco de estar al sol, hieden y se desmoronan, como masas de fango.

Calló Cleveland, mientras las asociaciones de veteranos, creyéndolo vencido, apretaban la lanza, vociferaban su desdén, se vengaban con encono del que les ha negado sus inmorales solicitudes de pensiones, y como el Presidente prometió á los veinte mil ciudadanos de San Luis que lo invitaron, asistir á las fiestas de la ciudad, donde los veteranos levantarán su campo este año, dijeron las asociaciones que allí iba á verse el modo de silbar, y que el ejército es rey y señor, y que al santo ejército no lo ha de tocar nadie. Cleveland, forzado á explicar su ausencia á la ciudad de San Luis, ha publicado ayer su excusa en una carta tan sencilla y serena que no hay diario ó persona que no diga, seducidos por esa viril moderación:—«Este es Presidente.»

Porque no rebaja el puesto hasta el hombre, sino eleva el hombre al puesto. Porque ni alude siquiera, sino con su mismo silencio sutil, á las causas de interés y rencor porque los

Digitized by Google

veteranos atacan su persona. «Porque—dice—conmigo va mi puesto, que vale más que yo, y debo preservarlo de mi propia pasión y de la agena: y me ha lastimado, ¿cómo no?, el caprichoso é indigno ataque de que en este asunto he sido objeto, pero no siento rencor, ni ha de entenderse que creo que haya acto que me haga temer ver frente á frente á las asociaciones del gran ejército, ni á ninguna otra asamblea de mis compatriotas: la cuenta de mi administración está siempre pronta para ser presentada á mis conciudadanos.»

¿Qué misterioso influjo es el de la palabra justa? Literalmente se ve á los veteranos con los mostachos caídos. La alabanza del digno hombre es á coro. Los generales mismos lo celebran. Sus adversarios políticos ven que se alza por donde parece que caía. La ciudad de San Luis quisiera, si no causase escándalo, negarse á recibir al gran ejército, que se vale de las pasiones nacionales para cebar su ira privada y vergonzosa en un hombre puro. Cleveland ha rescatado con su dignidad de hoy su error de ayer. Los Presidentes son para unir, no para dividir. En las elecciones próximas, será difícil vencer á este candidato á quien hoy todos aclaman porque ha domado el odio.

***

Ni ¿cómo pudo tenérsele de veras á mal la orden de la devolución de las banderas, cuando uno de los Puestos de veteranos va á

Digitized by Google

Washington, solicita ver á Cleveland, invade con su bandera desgarrada la sala de la Presidencia, y al verlo aparecer, rompe en los tres vítores coreados con que aquí es uso dar suelta al entusiasmo, más el que llaman «tigre», que es una especie de estrambote al vítor, que lo alarga, como el estrambote al soneto, y sólo se tributa para expresar complacencia extraordinaria? ¿Cómo se la han podido tener de veras á mal, en estos días en que, en escena inolvidable, se dan las manos en el campo de batalla de Gettysburg los grises y los azules, en presencia de los sobrevivientes de ambos bandos, por encima del muro mismo á cuyo pie levantaron otro de cadáveres, de una parte y de otra, federales y confederados?

En Gettysburg hubo el cuatro de Julio una procesión magna. Es necesario verla pasar. Mojiganga parece junto á ella la del jubileo de Victoria, que aquí han festejado escandalosamente los anglómanos, cantando, puestos en pie, himnos «á nuestra muy amada reina», mientras en un templo vecino, colgado de luto, se celebraban honras fúnebres por los irlandeses muertos en el destierro, en las prisiones ó en el cadalso, por recobrar de Inglaterra su ley perdida. La procesión de Gettysburg bien pudiera escribirse, sencilla como fue, con coronas y palmas. Sólo acá ha habido hasta ahora estas cosas, porque acá es donde hasta ahora ha lucido la razón más libre.

El hombre lleva en sí lo que lo pierde, que

Digitized by Google

es el interés, y lo que lo redime, que es el sentimiento. Trabaja inútilmente, porque será vencida, esa generación pueril de filoclastas que anda, por esclavitud de la moda, con traje de cinismo.

La inteligencia tiene sus petimetres, que son los que toman á pechos cualquier novedad que sale de las sastrerías, y sus verdaderos elegantes, que son los que llevan sus vestidos de modo que siempre están bien, porque no acatan ninguna exageración y siguen la gracia natural del cuerpo. ¡Mal va un hombre cùando no le da un vuelco el corazón al leer ó presenciar un acto heroico!

La procesión fue al campo de batalla. Hay por sus cercanías una fonda que apropiadamente se llama «del Águila», porque por allí fue la carga del confederado Pickett, donde los hombres volvieron á ser dioses, y por allí dijo Lincoln aquel discurso que parece celeste, el día de la consagración del cementerio.

En los días anteriores, los veteranos de ambos ejércitos, el del Norte y el del Sur, habían tenido fiestas; y ahora, con la luz fresca de la mañana, iban á visitar juntos, por última vez, el campo que se disputaron puño á puño: porque en aquel combate, donde empezó á caer la confederación, llegó la muerte al cielo. ¿Quién no recuerda las esperanzas de Lee; la arrebatada carga de los grises; su encuentro con los federales en medio de la loma, barba á barba; su desastre grandioso y melancólico, su gene-

Digitized by Google

ral, rondando solitario, con algo sobre el rostro parecido á la divinidad que da la muerte, entre los pozos llenos de cadáveres, y los heridos, que contenían sus quejas al verlo pasar, mientras brillaba con su piadosa luz la luna!

De la fonda del Aguila salió la procesión en cien carruajes: en uno cuatro mancos; en otro los que tenían el cráneo remendado con láminas de plata; en otro el general Webb, de porte patriarcal, á quien llevó aquel día el brazo derecho una bala de cañón; en el primer carruaje, la viuda del general confederado, de angélica belleza, que mandó, sobre la loma del cementerio que parecía cráter hirviente, aquella terrible carga: iba la viuda del general Pickett en el primer carruaje, con su hijo y con la esposa de uno de los jefes federales, del mismo que cerró su gente, más compacta que el muro, y resistió, sin perder pie, al héroe del Sur.

Dijérase que crecía aquel escenario á la vista de los que lo han hecho famoso. «¿Y mi brazo perdido?» «¿Y el hueso de mi barba?» «¿Y mi hermano?»

Iban todos en silencio. De vez en cuando, reunidos los adversarios en el mismo coche, también en silencio se daban las manos: á su vista los cerros, la cumbre del Cementerio, el pozo de Menchey, el muro de piedra, el Golpe de árboles.

¿Qué himnos podría tocar allí la banda, al bajar de los coches, cerca del puesto donde

Digitized by Google

habló Lincoln, aquellas viudas, huérfanos é inválidos? ¡Los himnos de los dos ejércitos tocó la banda, mezclados! y cuando, al disponerse los veteranos á recorrer el campo de pelea, la música, como recogiendo el alma de ambos himnos, entonó el *Yankee doodle*, á la vez, sin previo acuerdo, prorrumpieron en su ¡hurrah! los del Norte y los del Sur en el alarido con que entraban en batalla. Y siguieron, brazo en brazo, al punto donde Pickett formó su infantería, para atacar con inútil valor, la masa inmóvil de sus contrarios. Delante iba en el coche la viuda de Pickett. Doscientos de los soldados de su esposo, que seguían tras ella, allí quisieron tributarle honor, que recibió llorando: luego, uno á uno, cabeza descubierta, fueron pasando ante ella los soldados vencedores.

Reconocieron sus puestos, conversando en paz en los lugares mismos donde chocaron con espíritu de muerte: imitaron la batalla: pasaron lista, como cuando estaban en servicio: recogió la viuda algunas margaritas y granos de trébol, que distribuyó luego, en memoria del día, entre federales y confederados. ¿Qué impulso, al mismo tiempo, lleva á unos y otros al Muro de piedra, donde la pelea fue resplandeciente y bárbara? Corren; suben sobre las piedras, unos de un lado y otros de otro; y á la vez se tienden por encima del muro las dos manos: Hurrah sobre hurrah ondeaba por el aire. La viuda y su hijo lloraban abrazados.

Digitized by Google

¿Por qué, ese mismo día, cuando en juegos sencillos y oficios patrióticos se regocijaban los pueblos más humildes; cuando ante el estrado improvisado sobre el césped, se congregaban las ávidas aldeas á oir leer á su pastor la declaración de independencia, y hablar sabiduría al viejo del lugar, rodeado de montañas; cuando en los ríos todo era regatas, en los vapores músicas y baile, en las iglesias la campana á vuelo, en los topes y mástiles banderas, en las ciudades humo, ceremonias, fuegos y paradas, adelantaba cautelosamente, por el bosque rayano de un pueblo del Sur, una procesión sombría? ¿Qué guerra hay que van armados? Llevan la carabina calzada en el arzón, como para no perder tiempo al caer sobre el enemigo. Bandidos parecen, pero son el alcalde y su patrulla, que vienen á matar á los negros de Oak Ridge, en castigo de que un negro de allí vive en amor con una blanca.

¿Qué han de hacer los negros, perseguidos por todas partes en el Sur del mismo modo, expulsados hoy mismo de la orilla del mar en un poblado religioso del Norte porque los cristianos que van allí á adorar á Dios se enojan de verlos, más que apretar como aprietan, la línea de raza, negarse á recibir del blanco, como antes recibían, la religión y la ciencia, levantar seminarios de negros y colegios de negros, prepararse á vivir fuera de la comunión humana, esquivados y perseguidos en el país donde nacieron? Harto lucen ya, en estos

Digitized by Google

hijos de padres desgraciados por la esclavitud, el carácter é inteligencia del hombre libre. ¡Se les debe, por supuesto que se les debe, reparación por la ofensa; y en vez de levantarlos de la miseria á que se les echó, para quitarles su apariencia antipática y mísera, válense de esta apariencia que criminalmente les dieron para rehusarles el trato con el hombre!

Y crecen: porque los ignorantes y los pobres, privados de los goces finos del espíritu, son padres fecundos. Compran haciendas y casas; fundan bancos; levantan credo propio y universidad propia; se fortifican en sus pueblos: se defienden, como los infelices de Oak Ridge, con el arma al brazo: todos los días ya hay en el Sur esos ataques y defensas.

Llegó el alcalde al pueblo: intimó rendición á los habitantes: le contestó la pólvora: hubo de un lado y otro muertos: se desbandaron los negros vencidos: cuatro quedaron sobre el campo, y á ocho les dieron muerte: sin proceso, en la horca. ¿Al alcalde quién lo castigará, si él es la ley?

Para otra cacería estará limpiando el rifle.

No en balde se nota en el lenguaje de los negros cultos un dejo de desolación que mueve á echarles los brazos: suelen hablar ásperamente, como se habla en campaña: los hijos nacen más determinados que los padres: leen los libros del sueco Swedenborg, que en lengua que parece red de fuego pinta el advenimiento de una nueva cristiandad: acaudalan, como los

Digitized by Google

judíos, porque la riqueza es al fin una patria, cuando no se la tiene propia: les luce ya en los ojos aquella súplica desgarradora, que ni cesa ni duerme, por donde revelan su agonía los desterrados!

Es el albor de un problema formidable.

Digitized by Google

Digitized by Google

VARIOS SUCESOS.

TRABAJOS PREPARATORIOS DE LOS PARTIDOS POLITICOS

El partido nuevo y los socialistas.—Cleveland y los demócratas.—Blaine y su rival Sherman.—Los temperantes.—Una mujer, Mrs. Salters, Presidente de Ayuntamiento.—Su vida.—La vida de pueblo.—Los juegos.—Tributo de Boston al pégil Sullivan.—Los ejercicios de la milicia.—El campamento.—Organización del campamento y carácter de los ejercicios.

New York, agosto 8 de 1887.

Señor director de *El Partido Liberal:*

No ha habido en estos días suceso magno que tiente de veras á mover la pluma. Ni es el verano, cuando los artistas salen á pintar y los novelistas á buscar caracteres y asuntos, y los viciosos á cazar aventuras, y los políticos á juntar sus hilos, la ocasión de ver—como en los sucesos, libros ó cuadros donde aparece luego total y acumulada—esta vida del Norte, ejemplar hasta en sus mismos vicios. Aquí, como en todo cuerpo social, los pobres aspiran á la justicia, los ricos al abuso, los perezosos á la holganza, los empleados á la perpetuidad, los políticos al despotismo, los

Digitized by Google

sacerdotes á la agorería. Aquí no es, por la incompleta y brutal educación del hombre, donde éste aparece más amable y bello, viviendo con el mundo, apeteciendo la beldad, agraciando la vida hosca con el sentimiento y con el arte. Pero aquí es donde por la maravilla de la prensa, amiga fiel en estos pueblos donde se vive sin amigos, se ve, con supremo orden final en la aparente rebelión y desconcierto, mostrarse en toda variedad, naturaleza y pujanza al hombre. Aquí, cuando el sol quema los campos, como cuando el invierno ampara con la nieve las cosechas futuras, de toda opresión se salva, contra todo abuso se rebela, á toda novedad presta oído, y ni las fuentes cálidas de Islandia surgen con más fragor é ímpetu de tierra que aquí las opiniones, cuyo continuo contraste y examen mutuo asegura aquella cabal y lenta deliberación de cada uno en lo de todos, y de cada cual en lo que su interés choca con el ageno, que es la labor de entrañas que mantiene viva y saludable á las repúblicas.

¿Quién no conoce la relación visible del sol y la elocuencia? La palabra, abrigada y resplandeciente en los países de hielo, se caldea y va dorando conforme entra en zona más fecunda, hasta que ya, al llegar á la cinta del sol, consumidos por la excesiva luz los cuerpos frágiles que la contienen, los sacude y arrastra, cual arúspices á quienes echa á tierra la fuerza del oráculo, y fluye, llena de esmaltes

Digitized by Google

y atavíos, como aquellos arroyos de agua clara de que cuenta Mahoma que corren por sobre rubíes, topacios y amatistas. Y quien lo dude, venga á verlo: aquí todo es lengua el verano; no bien pasa el calor mortal de Julio, tan recio este año que los labradores recorren el campo seco en rogativas, y los chinos sacan por las calles, pidiéndole clemencia, á su Joss de oro, celebran los agricultores su congreso, los sabios el suyo, los poetas de Boston su symposio y sus escaramuzas de avanzada los partidos políticos. Entre los republicanos, John Sherman, proclamado ya candidato por la Convención del partido en Ohio, le lleva al pie á Blaine, que con susto ostensible azuza á sus tenientes desde su agitado retiro en Inglaterra.

Entre los demócratas, los empleómanos desconcertados buscan en balde hasta ahora, candidato que oponer á Cleveland, que de toda la Unión, de federales y confederados, del Oeste nuevo y el renaciente Sur, recibe invitaciones, hechas á veces con gran pompa y costo, para que en su gira próxima visite sus ciudades. Entre los republicanos independientes, que por desdén de Blaine y deseo de reformar el sistema de empleos públicos, acordaron votar por Cleveland, el desconsuelo es tal que acaban de declarar en su Convención «no ser este Gobierno de Cleveland, donde á la larga todos los empleados van siendo demócratas, aquel ideal á que aspiran los reformadores del sistema, aunque no sea posible negar que el

Digitized by Google

Presidente ha empleado todo su poder para resistir los apetitos de su partido.» Entre los trabajadores, como por la masa que lo avigora puede llamarse el partido nuevo, el partido de George y de Mc. Glynn, del abolicionista Redpath, del brillante escritor Russell Joung, del sacerdote protestante Pentecost, del monje protestante Huntington; todos de palabra de llama, todos partidarios de la acción y provecho libres é individuales del hombre en el Estado sin desigualdad y sin miseria; la Convención preparatoria, anticipándose á la solemne que ha de reunirse en pocos días, se desentiende de todo trato en cosas públicas con los socialistas alemanes, segura de ganar con esto en lo general de la opinión que la aplaude, los votos que pierda en los barrios donde domina el alemán, que ya son muchos: el alemán trabaja, cría á sus hijos; bebe cerveza, canta, piensa. Y entre los temperantes del Oeste, entre los los enemigos del licor, que allí asola y triunfa, hay gran júbilo, y pasean en sus procesiones gallos embalsamados y escobas, porque en el voto de este mes ha crecido tanto, con la ayuda de las mujeres, el número de sus secuaces que ya dan por suyo al Gobernador de mañana, y al Presidente de 1892.

* * *

¿A qué esconderlo? Las mujeres acaban de ser en Kansas y en Texas las vencedoras. «Las hemos visto—dicen los diarios—anticiparse á

Digitized by Google

las intrigas hostiles, urdir magistralmente las propias, perorar con dignidad y gallardía, recorrer casa á casa los distritos, convertir cerca de la urna á los reacios, vigilar concienzudamente el voto, acudir con minucioso conocimiento de la ley á registrar sus protestas, y fungir en todo lo de la elección con tal inteligencia y decoro, que sólo la gracia y el vestido pudieran revelar en ellas el distinto sexo.» Así ha llegado la ciudad de Siracusa, en el condado de Hamilton, á tener su Ayuntamiento de mujeres, salvo el Mayor, que está contento de ellas.

Así el pueblo de Argonia, en Kansas, tiene por Mayor á una buena casada, Mrs. Salters, de veintisiete años y con cuatro hijos, criados por ella tan de cerca que nunca, hasta que la eligieron, tuvo sirviente en su casa: «Lavando nuestra ropa estaba yo, señor, cuando vinieron á anunciarme mi candidatura.» Como burla, por ser ella elocuente enemiga de los defensores del licor, la propusieron éstos para Mayor del pueblo, pero sus adversarios, casi todas mujeres, determinaron usar de veras en favor de Mrs. Salters el derecho de voto que les fue recientemente concedido:—Y salió electa. Con su traje de merino negro y su elegante sombrero de verano preside las sesiones del Municipio, que no murmura de su Mayor porque presida mal, ó ignore la ley, que sabe al dedillo, sino porque se opone la terca señora á rebajar la contribución que pagan ahora los billares y bebederías.

Digitized by Google

¿Qué cómo llegó á Mayor la señora Salters? Naturaleza le dió luces, y adquirió la costumbre de expresar sus ideas y contestar las agenas en los debates del Colegio Industrial que sostiene en Manhattan el Estado de Kansas, excelente Colegio, puesto que, á más de las letras, que no son lo primero en la educación, obliga á cada alumno, conforme su sexo, á aprender un oficio. El de costurera aprendió la señora Salters, al mismo tiempo que á pensar también que su discurso de examen sobre «La Mujer de Hoy y la de Ayer», sin ser maravilla, agradó por su claridad y cordura. El hijo del maestro se prendó de ella, y, ya casados, no fueron, como vamos nosotros, á un rincón de alquiler, amueblado de préstamo, sino á vivir de sí; á merecer la ventura, á trabajar la casa, á la única habitación que el pueblo de Argonia tenía libre, á un granero, al que las canales de vaciar el trigo servían de ventanas. Allí, entre un artículo para el periódico y una plática sobre las cosas públicas, cocinaba ella, mudando el cañón á la canal por donde entrase aire, en una estufa de gasolina, en la que no hervía mal el maíz quebrado, ni faltaba fuego para salcochar á punto el choclo, de lo que descansaba ayudando al pueblo, á par de su marido, á levantar la iglesia, ó concertando la Liga de las Mujeres Cristianas contra la Intemperancia donde su propensión natural á los debates halló pronto aplauso y empleo.

Digitized by Google

Ahora, ya viven en casa buena; la estufa es de carbón, por el cristal de las ventanas no entra el frío, el marido es el abogado del pueblo y ella es Mayor. Y dicen que la casa, por el esmero y pulcritud de ella, convida á vivir y no hay pechera más bien planchada que la del abogado en todo aquel lugar.

***

En el Oeste pelean de esa manera los hombres, que van en piara á la bebedería, y las mujeres, forzudas y decididas como ellos, que quieren barrer la parte del hogar. En el Este, ausentes de las ciudades populosas todo el que no tiene los panes tasados, anda el gentío luciendo hijos en Newport, Bar Harbor, Long Branch y Saratoga, ó purgando la sangre viciada en los manantiales de Sharon ó Richfield, donde la calma llega á la majestad, ó realzando la hermosura en Narragansett y otras costas amables con trajes estrechos, sin que en lugar alguno falte una Asamblea, ya de clérigos protestantes, que quieren ver cómo se unen las sectas para levantar en New York una catedral famosa que deje enana á la católica de San Patricio; ya de periodistas negros que consultan sobre la conveniencia de que cada negro vote por el partido que le plazca, no como hasta hoy, ciegamente por el republicano, y case con quien quiera, negra ó blanca; ya de bomberos, que luego de reglamentar su Asociación, se entretienen con cuentos de cuan-

Digitized by Google

do eran los bomberos voluntarios, aunque no más heroicos que los que ayer expusieron sus vidas por salvar de un incendio á dos caballos; ya de jugadores de pelota, que es juego desgraciado y monótono que perturba el juicio, y como todos los demás, como las regatas, como los pugilatos, como las carreras, como cuanto estimula la curiosidad, las apuestas, y el amor natural del hombre á lo sobresaliente, aun en la fuerza física y el crimen, privan aquí tanto en verano, que para dar cuenta de quién recorrió el cuadro más veces ó tomó más la pelota en el aire, publican los periódicos de nota, al obscurecer, una edición extraordinaria. Boston mismo, que de shakspeariana y poética se precia; Boston, hogar de arte, y como academia del buen gusto, del periodismo experto y de la fina literatura; Boston, en cuyas cercanías pensó Emerson y rimó Longfellow; Boston, en cuyo sacro Fanerril Hall, cuna luego de la soberana oratoria del abolicionista Wendell Phillips nació «con palabras que han puesto cinta al mundo» la libertad americana, ¡Boston mismo, con su Mayor á la cabeza, ha subido á un estrado de púgiles, para ceñir el vientre de John Sullivan, campeón de los peleadores, una faja de oro y diamantes, y águilas esmaltadas, y banderas de Irlanda y los Estados Unidos, que ha costado á los ciudadanos de Boston diez mil pesos! Este es el magnífico bruto que derriba á cuanto hombre sale al frente, que tiene á la cofradía pasmada por

Digitized by Google

el empuje y peso de su puñetazo, que echa á tierra del golpe, rodeado de trémulos policías que lo disuaden tiernamente, al niño que le enoja, á la mujer en quien tiene hijos, al caballo que le cierra el paso! Babeando y hediendo va todas las noches á su casa este magnífico bruto, honrado ahora, ante el teatro repleto que lo vitorea, por el Mayor de su ciudad de Boston.

***

Más dignamente se entretienen, rodando los cañones que ellos mismos arman, quemando la pólvora que ellos mismos fabrican, atacando las trincheras que ellos mismos construyen, los que, unos por fe de ciudadanos, por vanidad otros, otros por moda, forman aquí los regimientos de milicia. Esto está bien. El hombre debe dormir alguna vez al aire, desafiar la lluvia, manejar las armas que defenderán mañana la tierra patria ó el derecho, velar al pie de algo más que un mostrador ó una ventana. ¡El único modo de librarse del soldado es serlo! Aquí los ejercicios de la milicia son de veras, duran semanas, prevee prácticamente cuanto mañana puede suceder en la tienda ó en el hospital, en el asalto ó en la acometida, en las filas ó el campo de batalla. Cada cual funge de lo que, según su grado, en campaña fungiría. Se duerme al raso. Se vela, con el fusil al hombro. Se echa, á tambor batiente, del cuerpo, al que desafía su disciplina: ¡sólo en los días últimos de los simulacros, como pre-

Digitized by Google

mio, como si sólo el amor fuese la recompensa digna de la guerra, permiten los jefes invadir el campo á las mozas lozanas de las cercanías! El soldado más *combo* y *largiruto* encuentra pronto entusiasta compañera.

No se ejercitan las milicias en campo ageno, sino en el espacioso, bien regado y de mucho accidente natural que compró con este objeto la Legislatura. Van y vienen los cuerpos, para que alcance el tiempo á todos, pero del campo cuida, á costo de la Legislatura, un destacamento de la fuerza del Estado.

El terreno, donde se debe, está cortado á escalones. Hay armería, hospital, cuarto de banderas. Licores, sólo á los enfermos se permiten. No se pierde el tiempo en el manejo de armas, que cada cual aprende en su cuartel en el invierno, ni en paradas, ni en paseos por las cercanías, como era uso antes; ni en el tiro al blanco siquiera, aunque cada miliciano carga veinte hilos de cartuchos.—Ahora está en sus simulacros el regimiento 22. Quien llegase allí de pronto, se creería en batalla real.

Unos arrastran cuatro cañones de Gatlin, cargados hasta la boca, y disparan ochocientos tiros por minuto: los desarman, los arman, los vuelven á cargar y á disparar. Otros á espalda de un cerro, se adiestran en el tiro de fusil, solos, en cuadro, en pelotón, en compañía, arrodillados, acostados. Éstos excavan la tierra y cortan las ramas, con que hacen las

Digitized by Google

trinchera aquéllos. Ésos van de avanzada, á ojear por donde viene el enemigo. El enemigo, por un lado, viene al fin: por otro, se sale á provocarlo. Cada cual pelea como para vencer. Se fingen sorpresas, combinaciones, flanqueos, retiradas parciales, cargas en masa. A un miliciano se le quema la cara en el ejercicio. ¿Cuándo se firmó un derecho, ó se adquirió una virtud, sin un desastre? El dolor es la sal de la gloria.

Digitized by Google

Digitized by Google

SOBRE LA CIENCIA.

ASAMBLEA ANUAL DE LA SOCIEDAD PARA EL ADELANTO DE LAS CIENCIAS.

Escenas de la Asamblea, y sus trabajos y conclusiones principales.—El Colegio de Columbia.—Preparativos para la Asamblea.—Los miembros.—Hombres y mujeres.—Sabios notables.—Las nueve secciones.—Asuntos más interesantes.—La educación industrial en las escuelas.—La enseñanza científica en las escuelas públicas.—Antigüedad del hombre americano.—Un hacha de México.—El invento nuevo de Edison.—El hombre de Africa.—Darwin en la Asamblea.

New York, agosto 17 de 1887.

Señor director de *El Partido Liberal:*

Los colegios están en New York abandonados durante el verano. En el campo es donde ahora se estudia, bien sea lenguas en Amherst, ó Agricultura en los paseos científicos del Colegio de Bryant, en Roslyn, ó filosofía, divinidades ú oratoria en las clases que juntan desde mayo buenos maestros, quienes con sus discípulos se entran por la montaña, á abrigar del estío la escuela libre en un grato retiro.

Aprenden conversando, remando, corriendo los caminos, reposando de ellos bajo el pinar

Digitized by Google

augusto, el robledal enérgico, ó los olmedos religiosos: la mineralogía, en los pedruscos la aprenden; la botánica, componiendo su herbario; la física, subiendo y bajando montes; la meteorología, viendo desvanecerse la neblina, ó destacarse de sus nubes á los cerros, ó volverse hacia él sobre las hojas desmayadas, ó cuajarse sobre la hoja plácida el rocío. En New York, ni el Colegio de la Ciudad, que educa gratuitamente para las carreras universitarias, abre su biblioteca, lóbrega ahora, á sus alumnos numerosos, hijos en su mayor parte de alemanes, ni en el Colegio de Columbia, ya centenario, hay más morador que el bedel fosco, que con pocas palabras guía al visitante veraniego por aquellas aulas donde, abarcando cuanto hoy tiene el hombre aprendido, se enseña en seis escuelas especiales: ya Artes y Letras, con un conocimiento general del mundo, desde Litología hasta la historia de las religiones, y sus lenguas, del sanscrito al francés; ya Minería, con todas las faenas del ingeniero, y metalurgia, química, arquitectura y paleontología; ya Ciencia Política, con cuanto conduce á entender y practicar el buen gobierno, y leer con juicio lo que va escrito sobre él; ya Arte Bibliotecaria, indispensable en todo pueblo regido por la mente pública, donde se aprende á crear una Biblioteca, conservarla y enriquecerla; ya Medicina y Leyes: «¿Sudamericano?» pregunta el bedel enseñando el colegio: «aquí tenemos un profesor sud-

Digitized by Google

americano, don Daniel de León, el que enseña Derecho de Gentes, y le llevó el premio al hijo de Blaine: está pálido, dicen que de saber.»

¿Qué sucede ahora, pues, que en lo vivo de Agosto Colombia abre sus puertas, engalana su paraninfo, embandera la tribuna doctoral, sacude los retratos de sus rectores, vestidos unos de toga negra, los más de encarnada? Todo anuncia animación y concurrencia. Aprontan muchas aulas, como si fueran á servir á un mismo tiempo. Un alemán que no deja de la mano «La Historia Natural del Alma», acaricia de vez en cuando con los ojos los insectos de cartón que ha repartido por especies en un ventorrillo improvisado, junto al atrio. Cerca arregla otra mesa una joven, pálida y triste, que va á vender, alineadas en cajas, esquirlas de ágata. Allá adentro, como si fuera á venir gente de Boston, prepara el fondista unas como las munyetas de los catalanes, que son judías blancas, salcochadas y sofritas, con su generosa laja de cerdo, manjar grato en Boston.

Todo es porque esta vez celebra su Asamblea Anual en el Colegio de Columbia la Asociacion Americana para el adelanto de las Ciencias.

***

Como quinientos maestros asistieron á la Asamblea este año, y entre ellos muchas damas de ciencia, y otras que iban por gala ó afición, aunque es justo decir que cuando un

Digitized by Google

maestro en crematística aglomeraba números en sabias hileras para comprobar con los censos el progreso humano, ó un entomólogo desentrañaba los antecedentes de una especie confusa, ó un botánico pretendía demostrar que el protococco unicelular, escogiendo de sí lo más fino y desechando lo inferior, se convirtió por su propio esfuerzo, siguiendo la ley de toda la naturaleza, en el más perfecto y descolorido chytridium, muchas damas de edad sacaron de la vaina los espejuelos de oro, y la calceta, empezada, del ridículo.

Allí estaba junto á Barnard, el rector brioso de Columbia, más amigo de laboratorios que de latines, la historiadora Martha Lamb, que con el color de Motley y la amenidad de Mc Mastert ha narrado los sucesos de New York, y dirige una revista excelente; junto á Morse, para quien no es el mundo más que una despaciosa masa física, que va mejorándose por su prurito propio, la botánica Britton, que no ve en la semejanza de las plantas razón para no alabar á Dios con reverencia los domingos; junto á Newton, el astrónomo de ojos dichosos y benévolos, Miss Winifred Edgerton que, contra mucho barbudo competidor ganó el año pasado doble premio por su raro conocimiento en las más altas matemáticas; y llevaba un sombrerito de hombre, como usan este verano las damas, un traje de sastre, que no esconde la gracia del cuerpo y un quitasol de encajes opulentos.

Digitized by Google

Científicos famosos había muchos: Langley, que por lo general de su saber queda de presidente del Instituto Smithsonian, centro de todos los americanos, ahora que ha muerto, dejando completas sus obras sobre peces, el paciente Baird; Anthony, campeón de la enseñanza directa y científica en las escuelas públicas, por donde ha de salir el hombre nuevo; Alvord, á quien todos acatan por su singular pericia en lo más alto ó humilde de la agricultura; Brinton, que está sacando á luz lo que ha podido hallarse de poesía y drama aborígene, y lleva publicado un índice cabal de los libros más notables sobre nuestra América: Maberry, salido apenas de las aulas y ya profundo químico.

Abrió la Asamblea, con su palabra pellizcada y lamida, el obispo protestante Potter, y con visible apremio, como si ya les escasease el tiempo para comunicarse sus victorias del año; sus invenciones, sus desfallecimientos, saliéronse todos, después de la plegaria usual, del paraninfo, y cada uno fue al aula de su ciencia, que eran nueve: astronomía, química, física, mecánica, biología, geología, geografía, antropología y estadística. Allí leyeron, cada cual entre los de sus aficiones, los más minuciosos y especiales estudios; éste, sobre los teléfonos de mar; ése, sobre la química del nitrógeno y la facilidad de elaborar artificialmente la quinina; aquél, sobre el corazón de la serpiente, que halla igual al de la rana; uno

Digitized by Google

sobre el sentido del gusto, que en la mujer le parece menos despierto que en el hombre; otro sobre la «morfología de las piernas de los insectos hymenópteros», que valiéndose de los cepillos que le dió Naturaleza, se limpian sin cesar, con aseo felino, sus piernas y antenas. Pero cuando Morse, enemigo de melindres y tapujos en las verdades científicas, va á leer, con ardor de sectario, su agresivo estudio sobre la verdad palpable de la teoría de la Evolución; ó el comandante Taylor, con otros más, va á defender, por sobre Tehuantepec y Panamá, la ruta breve y sana del canal de Nicaragua; ó James se prepara á discurrir sobre la urgencia de enseñar á los niños el ejercicio industrial en las escuelas; ó Brinton, cargado de datos, diserta sobre la aparición del hombre en el Continente Americano, todos los maestros interrumpen el quehacer de su aula privada, y se congregan para oir á estos colegas de palabra mayor.

***

Aquello que dijo Rabelais, siglos ha, sobre los malos maestros que le pusieron á Gargantúa, á quien más hubiera valido no tener maestros tales, porque su saber no era más que torpeza; y hojaldres su maestría, que bastardeaba los nobles ingenios y corrompía toda flor de juventud, fue lo mismo que dijo James al recomendar la eficacia de los ejercicios industriales en la escuela, y confirmó

Digitized by Google

Anthony con brío, sosteniendo la importancia nacional y verdadera urgencia de enseñar las ciencias físicas en las escuelas públicas. ¿Adónde va con su leer, escribir y contar, su gramática que ni entiende ni aplica, su geografía que aprendió de memoria, el americano que deja la escuela á los quince años? Desdeña el trabajo real, ó no sabe—por falta de rudimentos—cómo acercarse á él. Es un caballero vergonzante, sin valer para sí ni para los demás, que acaba en escribiente pobre, abogado ruin ó estéril clérigo. Lo que pierde el niño, dice James, en aprender letras inútiles y para su país perjudiciales, gánelo aprendiendo, al par que lo útil de las letras, aquellos fundamentos generales de las artes todas, que en sí mismos son ciencia acumulada, y aquella destreza de la mano que le dará fe en sí, disposición para el oficio que después escoja, carácter y orden para aquello á que se dedique, aunque no sea oficio, y afición en vez de desdén á las industrias, que hoy los mismos hijos de los obreros tienen por empleo inferior y villano. Anthony decía lo mismo:—«¡Enciende la sangre ver mascullando verbos, que en la calle conjugará en seguida de manera bárbara, á un niño hermoso que pudiera haber aprendido, en vez del pluscuamperfecto, qué es el calor y cómo puede servirse de él el hombre! Hasta que no enseñemos ciencia en las escuelas, no tendremos á salvo la República.»

Acababa Atwater de recomendar que no se

Digitized by Google

tomara más alimento del que el cuerpo humano necesita, que es á lo sumo un cuarto de libra de proteina, en magro de carne, leche, gluten de trigo, ó blanco del huevo—otro cuarto de grasa, en lo gordo de la carne, mantequilla y el óleo de la harina, y como una libra de carbohydratos, en la maicena y el azúcar: acababa Leeds de explicar que por cada niño que muere de los criados al pecho materno, mueren tres de los que se crían á biberón, y ocho de los que se nutren de otras sustancias, contra lo que apenas será remedio, para asemejarse á la leche de la madre, poner á la de vaca más agua y crema, y hervirla cinco minutos con algún peptógeno; cuando se llevó la atención de la Asamblea entera el discurso de Brinton, quien mantiene que el hombre vivió ya en América en la época glacial. Todo se lo demuestra: los útiles humanos descubiertos en los depósitos glaciales; y otros útiles y piezas de cerámica hallados en los montículos de conchas, á lo largo de la costa; los restos palcolíthicos desenterrados de los arenales de Treuton; lo extendido del cultivo del maíz de que se han encontrado remotísimas huellas desde el Hudson hasta el Chubut, allá en la Patagonia; lo vario y opuesto de las lenguas de América, que proviniendo de tronco común, como demuestra la identidad de los cráneos antiguos americanos, se descompusieron luego de tal modo que sólo lo remoto de su origen puede explicar sus trances

Digitized by Google

y final divergencia: todo, en suma, le prueba que el hombre comenzó á vivir en América hace treinta y cinco mil años. Pero no cree que el hombre naciese de América mismo, «porque no pudo desenvolverse, dice, de ninguno de los mamíferos americanos hasta hoy hallados»: cree que vino de Asia y de Europa por puentes proglaciales:—¡como si la identidad, ó semejanzas de los actos, aspiraciones y artes del hombre en países sin relación ni conocimiento, que vemos hoy con nuestros ojos, no estuviese probando que sobre toda la faz de la tierra pudo nacer el hombre á un tiempo mismo!

Sus mismas semejanzas son la prueba de su variedad de origen, á la par que de la identidad de su naturaleza..... ¿Qué es eso que exhibe, entre tantos curiosos, el geólogo Kunz? Es una hacha de jade, gigantesca, traída de México: en una cara tiene esculpido un rostro: de ambos lados le han sacado tajos, «uno, dice Kunz, por cada cacique que moría.» ¿Y aquéllo qué es, que atrae también á todos los maestros? Es la descripción del pyromagneto, el invento nuevo de Edison: pone un rollo de tubos delgados de hierro dentro de un círculo magnético, y al precipitar el aire caliente sobre el rollo, se desarrolla en él una corriente de electricidad que por el alambre que rodea á los tubos, va del fuego común de horno ó cocina que obre sobre el pyromagneto, á la lámpara en forma de luz, ó á la rueda motriz en forma de fuerza.

Digitized by Google

Luego habló Drummond sobre Africa. Estos místicos con la mirada vuelta adentro, quieren conformar locamente el mundo al concepto que en sí tienen de él. Negar lo espiritual, que duele y luce, que guía y consuela, que sana ó mata, es como negar que el sol da luz, ó que conmueve á un padre la gloria de un hijo; así es negar que, en el desierto tostado como en la cátedra escocesa, son iguales las virtudes y maldades del hombre. Para Drummond, contra lo que narran otros viajeros, ir á Africa es como ver alboreada la bestia humana. Juzga perversión de la inteligencia lo que, por lo mismo que él dice, se nota que es diversidad local. «Medio animal y medio hombre es en el corazón de Africa el ser humano.» Y sin ver que en el orden y correspondencia de la creación van ligados de cerca y con grados paralelos de desarrollo los seres de diferentes reinos que la habitan, cuenta luego que hay valles tendidos á la sombra de cerros selvosos, donde orquídeas gigantes revientan en capullos carmíneos y azules, y el verde canta, y la tierra no está cubierta de césped, sino de maravillosas flores. Y no halló monos en estos lindos valles, ni en las soledades lodosas de árboles enanos por donde bajó de la meseta á los ríos.

Pero, ¿qué idea general, qué razón de los orígenes, qué concepto del mundo pareció predominar en las afirmaciones de la Asamblea? Antes, con el cuvierista Agassiz, el amigo de

Digitized by Google

Humboldt, resistía en masa la ciencia americana á las novedades inglesas. Después con el canadense Dawson, el amigo de Lyell, negó, hasta aquel libro de Drapper, que hubiese razón de conflicto entre la historia bíblica y la que cuentan las piedras; ahora Morse dijo, ante el concurso claramente atento, que de donde Darwin puso la ciencia ya nadie la quita, que su doctrina es irrecusable, como la de la conservación de la energía, que los hombres serían menos infelices si conocieran las leyes científicas de su reproducción y mejora, que el dolor del pecado original fue el dolor del hombre al ponerse en pie, al surgir de cuadrúpedo á bímano.

Pero como á la mañana siguiente del discurso de Morse fuese domingo, en el paraninfo mismo donde lo pronunció se reunieron casi todos los maestros, con Drummond á la cabeza, á declarar, so pretexto de oficio divino, «que no hallan argumento contra la existencia y bondad del Hacedor en el orden científico con que indudablemente está compuesto el mundo.»

Unos olvidan que en la arrobadora armonía universal toda teoría sobre el cuerpo ha de ir comprobada por una correspondiente sobre el espíritu; otros, ensimismados y soberbios, desconocen aquella relación del alma al cuerpo que no es desemejante de la de la música sublime con el sentimiento que la expresa, y con cuya cuerda perecedera no se extingue la música! Todo se afina, se purifica y crece.

Digitized by Google

Digitized by Google

DESDE LOS ESTADOS UNIDOS.

LOS SUCESOS.

El Casino que Vanderbilt regala á sus trabajadores.—Chauncey Depew y Henry George.—Un hombre afortunado.—Un discurso de Vanderbilt y un Obispo entusiasta.—Oposición creciente á los inmigrantes.—El Presidente en San Luis.—Incidentes.

New York, septiembre 3 de 1887.

Señor director de *La Nación:*

Si el Presidente, invitado por el Oeste entero, no anduviera bajo palmas del brazo de su esposa por las ciudades que lo reciben con cordial júbilo, con ferias y procesiones populares, con todas las galas nobles del trabajo; si cerca de San Luis, donde los esposos andan ahora sobre flores, no fuese candidato una dama que goza crédito de buen letrado para el puesto de magistrado de la suprema corte de justicia; si no estuviesen llevando de club en club, con imperiales honores, al dibujante y al dueño del bravo yacht «Volunteer», de quilla móvil; que acaba de sacarle en la regata veinte cuerpos al escocés «Thistle» de quilla fija; si no

Digitized by Google

acabasen de sancionar vigorosamente la política de Cleveland los demócratas de New York, que se suponía le eran hostiles por no haber recibido de él suficientes empleos; si no se sintiera en la política visible de los partidos, compuestos ya para las elecciones de otoño, el viento de purificación con que todo partido nuevo, el partido de la tierra pública, de George y Mc. Glynn, orea los establos apestados; si no estuvieran abriendo sus puertas las asociaciones de jóvenes cristianos, las escuelas de noche, los talleres de aprendizaje industrial, las clases sensatas y vivas de Cooper; si no pardeasen ya en montones junto á los ventorrillos de café caliente, los vendedores de diarios, anunciando los primeros fríos, lo más notable de estos días fuera acaso el casino suntuoso que ha abierto el nuevo jefe de la familia Vanderbilt para que lean, aprendan, bailen, se asocien y se distraigan en juegos lícitos los empleados de sus ferrocarriles.

¿Por qué no ha de entreverse un verdadero signo de malestar social en la prisa con que esa nueva cabeza de esa estupenda fortuna quiere encariñarse por actos benévolos con *los* necesitados que pudieran censurársela? *Estos* Vanderbilt tienen de Mecenas á Chancey Depew, americano desembarazado y agudo que ve venir para los ricos tiempos torvos, y quiere ponerse pronto con sus acaudalados amigos de lado seguro.

Este Depew, gran orador de sobremesa, es

Digitized by Google

el que desde el pedestal de la estatua de la Libertad, amparándose de la fina lluvia con un casquillo de seda, habló sin caridad y fuera de tiempo, aunque en absoluta justicia, de los desesperados de otras tierras que se aprovechan de la libertad americana para ponerla en peligro.

De un salto, aun en aquellos días de popularidad de Blaine, se puso al frente de la masa inquieta de gentes de caudal que ven discutidos por métodos constitucionales sus títulos á las tierras regaladas á leguas por los amigos complacientes del Congreso; que ven adelantar entre la gente de campo, contra lo que auguraban, esta idea de la tierra nacional, que por el abuso anterior de concesiones del dominio público ha ganado en dos años de propaganda enérgicos conversos; que ven propuesto por el tercer partido del estado de New York para secretario de gobierno al que, en consecuencia de la lotería inmunda que con nombre de especulación se juega en la bolsa, pide que pertenezcan al Estado, como los correos aquí y el telégrafo en otras partes, los ferrocarriles que á su juicio no deben ser propiedad privada porque descansan sobre tierra pública, ni repartir entre un grupo de accionistas privilegiados el producto de los terrenos, de la materia esencial y prima de la vía férrea, que pertenecen por su naturaleza á la comunidad.

Si ágil es George en propalar por el campo entusiasta su doctrina; en retar á sus ad-

Digitized by Google

versarios económicos á que como Lincoln y Donglass la discutan en público con él, puño á puño, desde la misma plataforma; en aceptar á vuelta de correo el reto de un socialista alemán elocuente que, acusando á George del individualismo humano en que se basa, lo desafía á debate oratorio sobre las ventajas que tiene en su pensar el socialismo puro; si es George ubícuo, si atrae á su voz el campo como la ciudad, si recorre el estado entre muestras de apasionado respeto, no pregonando como dómine, sino respondiendo llanamente á los que le preguntan,—Chancey Depew, que por la fuerza de su mente ha subido de la más llana condición á candidato nato á la Presidencia de las clases conservadoras de los Estados Unidos, no perdona feria, reunión ó symposio donde, explotando el miedo que las bombas anarquistas de Chicago han despertado en el país, no se burle con encono que ya disimula mal, con razones como aquellas que daban los esclavistas sobre la inefable ventura de los negros, de los hombres de piadoso corazón que, viendo crecer desmedidamente la miseria, quieren, con la política infalible de la justicia, extinguirla antes de que estalle.

«¡Ved á Cornelio Vanderbilt!,» decía anoche Depew, como si tuviera enemigos delante, «organizar á los diecinueve años una sociedad de uno, y morir dueño de la mayor riqueza que acumuló con su trabajo hombre alguno! Y George Law, ¿qué tenía, más que un capacho

Digitized by Google

de albañil? ¿Y Daniel Drew, con un par de terneros por única fortuna?» «¡No creáis!, responde de lejos George, á los que para demostraros lo venturoso de la condición general os presentan, sacados con pinzas de entre sesenta millones, dos ó tres creadores de genio extraordinario, dotados del loco amor de sí, que empuja á los hombres, con poco que la mente ayude y la conciencia se desvíe, á los más altos puestos!»

En vez de un estado social donde unos cuantos hombres excepcionales se levanten por sobre turbas cada día más infelices, ¿no es lícito procurar, conservando en su plenitud los estímulos y el arbitrio propio del hombre, un estado donde, distribuyendo equitativamente los productos naturales de la asociación, puedan los hombres que trabajen vivir con descanso y decoro de su labor?

Bello es ver á un pobre mozo de campo levantarse, cómo Chancey Depew, dueño sólo de la centella de sus ojos, á presidir, sin que el carácter se le endurezca ni la palabra pierda su flor, cinco mil empleados que entre humo y chispas recorren, sembrando pueblos, siete mil millas de suelo cultivado: pero más bello será ver levantarse á los cinco mil empleados! Y ¿de qué valen espléndidos casinos, baños de mármol, palmas de Méjico en las escaleras, candelabros artísticos, librerías que valen mucho, si para poder estar cerca de su labor tiene el empleado que arrinconar á su mujer joven y

Digitized by Google

á sus hijos, á costa de lo más de su sueldo, en un inmoral tugurio? No son hospitales de los ojos lo que necesita la gente común, sino aire limpio para el cuerpo y para el alma; espacio, que ayuda á la honradez; esperanza, que predispone á la generosidad; calma, que es necesaria para la virtud!»

Y la escena era curiosa anoche en el Casino. El verlo sólo, mejora: los edificios bellos son verdaderas cátedras. Por entre cuadros y palmas se sube á los suntuosos salones. Casi puede decirse que no tiene New York club de desocupados más amplio y bello que el que Vanderbilt, con ásperas palabras, dedicó anoche en público, acompañado de Chancey Depew y de un obispo protestante en frac y zapatos bajos, al regocijo é instrucción de sus trabajadores.

Y entusiasmó tanto al obispo la ceremonia, que cuando Vanderbilt acabó entre los vítores de la concurrencia reconocida su discurso desgraciado, saltó sobre sus pies, cortó en el aire con el brazo derecho un círculo vigoroso, y propuso tres hurrahs para el fundador, que fueron coreados de buena voluntad. «Eso doy, tómenlo; jueguen, lean, duerman, bailen, báñense»: tal fue, con pocas palabras más, el discurso de Vanderbilt.

Nada falta, en verdad, para ocupar allí, en gratos y nobles empleos, las horas de ocio. Hay cuartos de leer, con acopio de revistas y diarios. Hay una biblioteca que invita á pensar

Digitized by Google

grande, con escalerillas que se pierden por el balcón de la galería alta, cual por el aire, azulándose como él, se pierden los pensamientos, y en la biblioteca no sólo hay todos los libros de ferrocarriles, sino poesía y novela sana, historia, viajes.

En cuartos alhajados con esmero hay ajedreces, juegos de damas, dominós, pianos. Nada falta al gimnasio ni al boliche, donde las bolas ruedan por sobre madera rebruñida y fina. El comedor, sin ser estirado, obligará á los comensales, con tanto blanco y bronce, á la cortesía. Y baños no los hay mejores. Para los que tengan la noche libre, hay cuartos cómodos. Habrá clases de noche, conciertos y funciones de teatro, comidas solemnes en los días magnos del ferrocarril.

Iban y venían anoche mezclados por las bellas salas los empleados de saco azul, y las damas ricas recamadas de joyas.

***

En dos puntos se asemejan los discursos que con distinto propósito van pronunciando George, candidato de los reformadores, y Cleveland, aspirante poco menos que confeso á la reelección á la Presidencia que, en su partido al menos, no parece pueda disputarle nadie. Y esta semejanza es la cordialidad con que hablan ambos de la población extranjera, y lo ancho que ven todavía el país, cuando apenas hay asunto más frecuente en diarios y discur-

Digitized by Google

sos desde hace un año que el de la necesidad de poner coto al exceso de la inmigración.

Los republicanos no la apetecen, por temer que con ella continúen viniendo de Europa los elementos anárquicos que ciertamente tienen azorada á la República: y los trabajadores, que ven en el partido republicano el partido de los monopolios y las concesiones descaradas, su más certero enemigo, concuerdan con él en el miedo al inmigrante, imaginando que según le dicen, corre peligro su salario ya escaso por una creciente competencia. Así las grandes empresas se sirven de la ignorancia de los trabajadores.

Pero ve mal quien no ve que de todas partes de la República continúa este clamor contra la inmigración excesiva, aunque ayer, con suma habilidad, le dió Cleveland elocuente respuesta, al saludar en la ciudad de San Luis, la rival de Chicago, «una ciudad creada en una sola generación por el trabajo extranjero.» El Sur no tiene inmigrantes. En el Oeste ha dado el Congreso á favoritos y ferrocarriles lo mejor de las tierras. En el Este, la abundancia de obreros tiende sin duda á las interrupciones de la labor y á la baja de los salarios. ¿Adónde irán los inmigrantes, si la industria, no aliviada todavía por la tarifa, no adelanta en relación al aumento de trabajadores, si las tierras apetecibles andan ya tan escasas?

¿Adónde irá la República, se pregunta el americano genuino, con estas marejadas de

Digitized by Google

odio que nos vienen de Europa, con estos entes contrahechos, que vienen hablando lenguas bárbaras de las vecindades de Turquía, con estas barcadas de gitanos que llegan aquí sin más aperos que sus tiendas?

De eso viene el ceño con que se recibe toda tentativa de perdón para los anarquistas de Chicago, que van ya á entrar en la vela de muerte, aunque de público se sabe que no está entre ellos el que lanzó la mortal bomba. De eso vienen los partidos que por espontáneo movimiento surgen para protestar contra la inmigración continua en casi todas las ciudades importantes. De eso viene que mirando Cleveland con razón á los inmigrantes sanos como la levadura de la República, no perdone ocasión de adelantar por grados su proyecto de abaratar la vida con una reforma de la tarifa racional, sin poner en peligro las industrias; de recabar para el Estado cuanta tierra se dió á ferrocarriles ú otras empresas por motivos obscuros; de abrir al blanco la tierra inútil reservada hasta hoy al indio. De eso viene que ya circule con favor, como tentando la opinión pública, el plan de exigir que cada inmigrante venga provisto de certificado del cónsul, que no dará éste si el inmigrante no resulta ser, bien por el cuerpo pobre ó la política envenenada, un gusano que venga á roer la República.

***

En tanto, New York está contento: la So-

Digitized by Google

ciedad contra la pobreza celebra en «Madison Square» una feria de hadas, adonde va New York entero, atraído por los villorrios alegres y juegos ingeniosos con que las fieles secuaces de Mc Glynn, en sedas y terciopelos, levantan fondos para pelear por las vías de la constitución contra las causas de la pobreza: allí se vota por el periódico más leído, por el político más popular, por la mujer más hermosa: Rebeca guarda el pozo, una niña protestante cuida unas ovejas: confúndense en verdadero entusiasmo, con simpatía no limitada ya á los humildes, las menos amigables religiones.

Un velocipedista que dió la vuelta al mundo dice en una conferencia descosida que notó en su viaje cómo los pueblos que consumen más licor son los predominantes; se burla del manso hindú, y como prueba de la bondad del licor presenta al Jat fiero, traidor á la India, amigo del inglés. Un diputado rico, que por su fama de chistoso ha malogrado su carrera, pronuncia una conferencia humorística sobre Turquía; y no halla impropio de su decoro de legislador iniciarla con un pronunciadísimo salaam. Un chino, vestido de mandarín, va á ir por los pueblos explicando en inglés por qué se ha convertido á la religión cristiana.

Digitized by Google

POSTRIMERÍAS DEL VERANO.

PRINCIPALES SUCESOS.

Tres convenciones.—Los dos chimpancés.—La convención de sordo-mudos: Los debates.—Elecciones, discursos, bailes, amores.—La ley de herencia.—Convención de sociólogos: Ideas sobre el arte del censo.—Carácter é importancia de los censos.—Problemas actuales.—La convención de los "prohibicionistas": Los enemigos del tráfico en licor.—Su importancia política.—Su programa.—Apuntes sobre la situación política: Sus cambios y corrientes.

New York, septiembre 4 de 1887.

Señor director de *La Nación:*

Ya se vuelven á Europa los duques pobres que vienen aquí todos los veranos á buscar esposa acaudalada; — ya Saratoga, Bar Harbor y Richfield cierran sus hoteles, y abre sus sotos el aristocrático Tuxedo, donde los neoricos imitan las habitaciones, cacerías, vestidos, juegos y hablar hondo y deshuesado de los nobles de Inglaterra;—ya el partido demócrata, azuzado por el nuevo partido del trabajo, acuerda el modo de aparecer ante el país como reformista decidido de la tarifa en el próximo invierno, como ansioso de devolver á la República las contribuciones que el erario

Digitized by Google

cobra hoy innecesariamente de ella;—ya en el Sur terminó, con una paz que parece guerra, la cuestión suscitada en el estado de Georgia, sobre si deben educarse juntos los negros y los blancos, ó cada raza en su universidad, como por fin se ha decidido;—ya, por la ley fatal de la aglomeración de lo semejante, que prevalece en la formación de los cuerpos como en la de las naciones, están para juntarse en las mismas manos las dos redes ferrocarrileras de más fuerza en los Estados Unidos, la del «New York Central» y la del «Baltimore and Ohio», puesta al morir por el descuido del principal de sus dueños, que emplea la fortuna acumulada por su padre, rueda á rueda, en levantar baños de plata y tener la percha llena de sombreros;—ya dicen que se rinde el pobre viejo Colorow, que al verse robado é injuriado por los brutales vaqueros que merodean en sus tierras, al ver que le quitaban á su tribu las tres mil ovejas que la sostienen, y el caballo querido, último símbolo de su libertad, se alzó en guerra por un monte cercano con sus squaws y sus bravos, y ahora que ve la opinión á favor suya se le entrega, como si hasta su desaparición debiese el indio dar prueba constante de aquella mezcla de astucia y valor que distingue á su raza:—¡nosotros, allá en nuestra América, la tenemos sofocada torpemente, pero no la hemos asesinado!

Y se están preparando grandes fiestas. Los bomberos veteranos, los voluntarios de camisa

Digitized by Google

roja y casco de hule, se van en colosal gira, á pasear por las ciudades del Oeste. Washington está de gala, honrando, aunque sin aquella abundancia del latino, al congreso universal de médicos. Los alemanes disponen extraordinarias ceremonias para celebrar el comienzo de las obras de su enorme gimnasio, que será como universidad de los músculos, donde éstos se fortalezcan con el ejercicio para soportar su salud los sacudimientos, agonías y anhelos del alma. Los trabajadores ordenan la más imponente de sus procesiones para dar realce al Día del Trabajo, que este año por primera vez es de fiesta por ley del Estado. Y en Philadelphia, adonde hoy se vuelven todos los ojos, completan el programa solemne con que, en paradas, festines y cuadros históricos, celebrará la ciudad sacra el centenario del nacimiento de esta constitución que aun rige en los Estados Unidos, y á la que, á pesar de sus prácticas liberales de tres siglos, no llegaron sin choques, odios y rebeliones semejantes á los que, con tardanza explicable por lo diverso de los antecedentes, inquietan ahora á los estados de la América del centro.

Pero eso será mañana. A todo iremos: al Turn-Verein de los alemanes, á la procesión de los trabajadores, al congreso de médicos en Washington, á las fiestas de la constitución en Philadelphia. Hoy hemos de asistir á tres convenciones famosas:—la de los sociólogos; la de los «prohibicionistas,» enemigos de la

Digitized by Google

fabricación y venta de licores, y la de los sordo-mudos. Como trescientos sordo-mudos de cuna, capaces en virtud de su educación de ganar por sí la vida, allí se reunieron—padres, esposas é hijos—á regocijarse en su rescate, á conocerse, á levantar una estatua al sacerdote que trajo aquí la manera de enseñarlos.

¡Apenas hay espectáculo más angustioso que el de la luz presa, que el de la inteligencia humana presa! Aquí exhiben ahora, suponiéndoles sin razón, madre humana, dos que parecen chimpancés, de pocos meses: no sacan los brazos del talle de la negra que los cuida, á quien constantemente acarician, con una ternura dolorosa; pero se siente un malestar invencible, uno como dolor del juicio, cuando se ve el pensamiento caótico bajo aquel cráneo acocado, por aquellos ojos suplicantes y mortecinos, por aquel ademán con que se llevan la mano velluda de uñas carmesíes al cráneo casi mondo, como si quisieran aliviar en él la idea que pide vida:—¡así miran los presos!

***

Los sordo-mudos celebraron su congreso en la sala de ayuntamientos de Siracusa. La tiniebla tiene pocas fiestas, así que en cuanto lució el sol señalado, se juntaron en la ancha sala, en grupos que hacían pensar en los astros vacíos. Se entendían con los dedos, que subían y bajaban por el aire en mil figuras, como es fama entre duendes que suben y bajan los

Digitized by Google

kobolds traviesos por las chimeneas de las cocinas de Holanda. O bien tenían conversación tirada con los músculos del rostro, de un tinte como de luz, albo y misterioso, acaso por el esfuerzo del pensamiento en salir á ellos.

De pronto todos se saludan, se apartan, se sientan, porque por las privaciones del aire han conocido que el presidente acaba de abrir la sesión, dando con el puño cerrado en la mesa. El presidente, sordo-mudo por de contado, es periodista, es director del *Deaf Mutes Journal*, donde todos los afligidos del mal hallan guía y consuelo.

Dos días duró la convención, é hicieron en ellos cuanto en las convenciones se hace. Eligieron, debatieron, protestaron. Cuando la confusión era excesiva, y todas las manos andaban por el aire, el presidente daba con la palma izquierda sobre la derecha. Un sacerdote protestante, de voz sonora, dice un discurso que á la par de él va otro sacerdote sordo-mudo interpretando. Otro protesta en un informe nutrido, contra el profesor Bell, «que osa decir que entre los sordo-mudos no debe haber matrimonio, por las fatalidades de la herencia.» «¿Y nuestro amigo Risley—replica el informe—que habla como el que más, y es hermoso de cuerpo y de buena salud, siendo su padre y madre sordo-mudos?: ¡más vale no tener lengua que emplearla en negarnos la luz del alma!»

De los intereses de su gremio discutieron:

Digitized by Google

de que hay entre ellos artesanos, artistas, libreros, sacerdotes: del plan para costear un monumento en memoria de Gallaudet, que trajo á América el modo de educar á estos desgraciados. Estuvieron, después de la convención, de convivialidades y recibos, y el mejor de éstos fué un baile, cuyo instrumento único era un violoncello, al acorde del cual llevaban el compás, trasmitido por el aire, muy gallardamente.

Por fin, no sin sembrar amores, se apartaron. En lo más solitario del andén se veía en la mañana de la despedida un grupo triste: se estaban diciendo adiós dos almas que acababan de conocerse. Él, conteniendo mal las lágrimas en los ojos azules, se lleva varias veces la mano al corazón; ella, por no enseñar el rubor, no levanta la cabeza: él, como preguntándole si sabe dónde nace la luz, le toma al fin la mano, que acaricia en la suya largamente: ella, ya al venir el tren, alza los ojos, mueve, diciendo que sí, los dedos trémulos; y ya va el tren lejos, lejos, cuando todavía dos pañuelos se hablan por el aire.

* * *

«Decimos, señores, que no podemos dar fe entera á los censos. La estadística está todavía en pañales. Debemos clasificar más, escudriñar más, dividir de tal modo las preguntas en subpreguntas y comprobatorias, que el interés, pasión ó desidia de los que dan datos

Digitized by Google

sobre sí y sus asuntos, no haga caer al censo en deducciones tanto más peligrosas cuanto que se las tiene, por una fe romántica en la infalibilidad de las cifras, como base segura para determinar sobre las grandes cuestiones sociales, sobre el peligro ó beneficio de mezclar las razas, los empleos que aumentan ó aceleran la locura, la edad que ha de requerir la ley para tales ó cuales funciones, el modo en que se debe distribuir, para que sea equitativo, el producto del trabajo, la inmigración á que se debe abrir ó cerrar las puertas.»

Eso decía ayer en Saratoga, Carroll Wight, de Massachussets, tachando de imperfecto el último censo norteamericano que reputan famoso, ante el congreso de ciencia social, reunido para tratar de cuanto atañe á su averiguación y mejora: de reformar las leyes de moda que concuerden con el país á que se aplican: de dirigir la educación de manera que prepare á los hombres para vivir sin ahogo en la patria en que nacieron: de inquirir la verdad sobre las relaciones entre el capital y el trabajo, que urge saber cómo realmente sean, para que los abusos de aquél y las ilusiones de éste no tengan al país, como hoy lo tienen, alarmado é inquieto.

¿Para qué, sino para poner paz entre los hombres, han de ser los adelantos de la ciencia? Véase cómo libran ahora su batalla los reformadores, á cifras del censo: por eso el censo ha de ser nimio y veraz, para que no se funde

Digitized by Google

esperanza ó ley alguna sobre engaño. Ahora está en pie la gente obrera norteamericana. Demanda cambios esenciales en la organización social. Que sufre, es cierto. De alguien será, pues, la culpa. Es preciso que el censo investigue cuánto emplea el empresario, cuánto recoge del trabajo de sus empleados, cuánto paga á éstos, así como otros detalles que impidan al uno dar menos de lo que en justicia ha de dar, y al otro pedir más de aquello á que su porción de trabajo y la especie de él le dan derecho. Y el capitalista debe decir la verdad, porque si, por ejemplo, calla que alimenta su empresa con capital prestado, y sólo confiesa el suyo propio, resulta una proporción falsa entre lo producido y lo empleado para producir, que aparecerá menos de lo que en realidad es, dando así derecho á que el obrero crea fuera de toda relación el producto que saca él de su trabajo con el que, por confesar menos de lo que emplea ciertamente, parece que saca el capitalista del suyo.

De eso hablan: del ejercicio industrial en las escuelas; del modo de unificar las leyes de comercio y matrimonio sin atentar á la independencia que asegura á los estados la constitución; de la influencia que en la especie y número de los crímenes y en la inmundicia de las costumbres tiene el hacinamiento de las masas pobres en edificios enormes y hediondos, donde se vive en peste de alma y cuerpo.

Y entre los sociólogos, por de contado, hay

Digitized by Google

dos damas, maestra la una en New York y la otra en Princeton. Lo cual no ha de creerse que sea dote exclusiva de este país sensato; porque de penitenciarías y de derecho internacional, por ejemplo, no hay quien sepa más que Concepción Arenal, una española, á quien, poco después de haberla premiado con medalla de oro Dinamarca por un libro admirable sobre cárceles, halló un visitante respetuoso zurciendo medias.

* * *

En Siracusa también, como los sordo-mudos, se reunieron, con sus cintas blancas en la solapa, con su roseta blanca sobre el generoso seno, los caballeros y damas que de todas partes de los Estados Unidos, del Oeste, donde triunfan, del Sur, donde se abren paso, vinieron al pueblo vecino de New York para repetir su determinación de trabajar por la moralidad de la vida, y como raíz de ella, por la supresión del tráfico en vinos y licores.—«¡Venimos á pelear contra el reinado del ron, que con la riqueza que trae siempre el satisfacer los vicios, tiene comprados ó sujetos á los partidos que no pueden triunfar sin su influjo y la magnanimidad de su tesoro! ¡No puede salir virtud, decimos, de un triunfo que se compra con el producto del vicio!» Y otro dice, subido por la fuerza de la oratoria sobre el asiento de su silla:—«Ha habido una nación conocida en el mundo con el nombre de «narices atravesa-

Digitized by Google

das»; á nosotros nos va á llamar pronto el mundo, con justicia, la nación de las «narices rojas.»

El congreso fue un hurrah continuo, y ardía en él visiblemente el entusiasmo que inspira las revoluciones religiosas. ¡Duérmanse otros pueblos sobre glorias pasadas, ó esperanzas que no tienen derecho á alimentar los que no las cultivan! ¡Aquí, según el consejo de Franklin, nadie fía en otro para hacer las cosas, sino que las hace por sí mismo! Por un lado, es ala el hombre, que mira al cielo; y por el otro es hocico, clavado en la tierra: hay que empujar perennemente el ala.

Así dicen en su programa estos mil ochocientos entusiastas de Siracusa:—«Sin honradez privada no hay república segura. El tráfico en bebidas es un enemigo del hombre, una maldición para la casa, una carga para la sociedad, un crimen contra la Naturaleza y el Estado. El que vende un voto y el que lo compra son ambos criminales contra la República, y deben ser desposeídos por la ley del derecho que emplean en corromperla. La mujer, que sabe más de virtud que el hombre, debe tener el mismo derecho de votar que el hombre tiene.»

Pero algo más dijo la convención de los «prohibicionistas», esperanzados, ya que no en vencer de lleno en la contienda presidencial, en reunir por lo menos tantos votos que por el interés de ellos tenga que comprometerse á realizar en leyes sus demandas el partido que sin el voto prohibicionista no pudiera alcanzar

Digitized by Google

la victoria. Y este poder moderador de los partidos menores, no extraño en las repúblicas, es de más importancia ahora, cuando la aparición pujante de los obreros como cuerpo político demuestra que el partido que pierda el grueso de los votos de la nueva agrupación, bien podría verse obligado á reponerlos con los que los prohibicionistas le trajesen, siempre que,contra lo que parece probable, en el Este, al menos, fueran más los enemigos del tráfico en bebidas, que los miembros que por oponerse á él perdiera el partido; ¡y cuántos son, aquí donde los partidos antiguos tienen por puntales—después de los monopolios y los empleados—las cervecerías!

Por ahí van las corrientes políticas. Los demócratas ven con susto que en el estado de New York, sin el cual no pueden triunfar, lo más de su voto, que era de los obreros, parece mudarse irremediablemente al nuevo partido del trabajo, lo que le pone en situación desesperada, y necesitado de extraño concurso.

Los republicanos, contentos de una parte por esta merma en las fuerzas de sus adversarios, quisieran por la otra, ya que en ellos se tiene poca fe como partido de reforma, ver esparcido en agrupaciones diversas el voto de los trabajadores que, si se junta, ha de ser incontrastable.

Los prohibicionistas, que en las mujeres del obrero tienen sus sectarios más convencidos y ardorosos; que ven cómo crece, invadiendo la

Digitized by Google

iglesia y la ley, el cuerpo organizado de los trabajadores; que comprenden la necesidad de acatarlos para atraerlos, y de engrosar con ellos sus filas para darse peso en sus ligas con el partido que solicite sus votos, determinaron redondear su programa con declaraciones de simpatía absoluta con el elemento obrero; y como que en éste se señala el deseo de restringir la inmigración, también en eso han querido halagarle, é ir más lejos que el partido mismo del trabajo, presentándose como abogados de una ley restrictiva de la inmigración, que ya asusta con una angustiosa competencia á los mismos que ayer vinieron aquí como inmigrantes, y no ven más medio de mantener sus jornales al tipo actual que cerrar á los que sufren de lo que sufrían ellos ayer las puertas clementes á que ellos llamaron.

Abocados ambos partidos, el republicano y el demócrata, á una descomposición irremediable, sin que les quede más medio de imperar que abrazarse á la virtud, que vuelve á estar en boga en esta época de muda, es fácil ver que puede tocar puesto importante en los nuevos arreglos de las fuerzas nacionales á un partido basado en la honradez, que en el Oeste acaba de acercarse al triunfo, que se pone al lado de la masa obrera, sin los extremos que pueden alejar á ésta de la victoria á que parece encaminada, que pelea con la exageración indispensable en las reacciones, contra la bestial embriaguez, contra «el enemigo público.»

Digitized by Google

EN LOS ESTADOS UNIDOS.

Días de fiesta y días de trabajo.—Procesiones pintorescas.—Los antiguos bomberos.—El Gran Turn-verein.—Niños alemanes.—Obreros.

New York, septiembre 7 de 1887.

Señor director de *La Nación:*

Ha nacido un día nuevo. Cada época se pone en una fiesta que la representa y refleja sus ideales. Naturaleza, en todas partes igual, celebra sus mudas, con uno ú otro vestido, en todas partes, ya libando la sangre de las uvas, ya segando la garganta del cordero.

Pero ahora se entra en tiempo en que el hombre obra por sí, y no como obraba antes, por apoderado; en que la vergüenza no es ser menestral, sino no serlo; en que se muestran capaces de gobernar el mundo los que lo construyen. Jamás llegaron á fiesta pública, fuera de aquéllos que la pasión exagera y deshace, sino aquellos sentimientos potentes que de vez en cuando, como energías volcánicas, levantan los pueblos, y quedan para siempre visibles en ellos, como los montes en la tierra.

Digitized by Google

Así, aquí, donde por todos lados, como si acudiesen al clarín de cita, asoman el rostro enérgico los obreros; donde se coaligan todas las fuerzas reales del trabajo contra los que tienen la libertad á punto de morir con sus corruptelas, sus robos y su holganza; donde el trabajo se da cuenta de sí, se reconoce como eje del mundo, y ve que sin él, sin el brazo, sin el martillo, sin la rueda, todo se estanca y desbarata; aquí, al fin del siglo libre, que es como se llamará este siglo luego, por lo que ha trabajado para serlo, los trabajadores han obtenido de la ley que les señale, tal como hay un día para poner flores sobre las tumbas de los soldados que defendieron la patria, otro día para celebrar el trabajo que la mantiene.

Y no se ha escogido el día cuando el frío hostil cierra las almas, como cierra la noche las flores sensibles; no cuando el cielo está negro y ceñudo; no cuando caen las hojas; sino cuando, como en símbolo de la humanidad oreada, lo viste todo de fiesta natural el aire azul de Septiembre, limpio de miasmas, cuando el sol desvía de la tierra sus rayos más crueles, como si así la fiesta del trabajo indicase que ya el hombre deja atrás sus mayores torturas.

***

Hoy ha sido día de fiesta. Á vida la ciudad, aprovecha el día inesperado de reposo: alegre el cielo parece lleno de espíritus vocíferos que invitan á la animación y la alabanza: por es-

Digitized by Google

pontánea simpatía se han dado cita, en tres diversas procesiones, el heroísmo, la juventud y el trabajo: New York, hosca y parduzca, parece un cesto de flores.

¡Allá van las madres, con sus hijos pomposos en todo su lujo, con el varón de marinero, con la niña mayor vestida de blanco, que es el único lujo propio de los niños, á ver pasar en la procesión al padre endomingado, que montará á caballo, que llevará una banda al pecho, que cargará un estandarte, que en su tarea de maquinista, de librero, de excavador, de albañil, póne el del hombre cada día más alto! ¡Allá van las novias, olvidadas de coquetear en esta mañana de mayores triunfos, á saludar desde las aceras á sus enamorados, á llegar á tiempo para que les den puesto en los carruajes donde han de ir de reinas de la procesión, á tomar su lugar en el taller rodante de costureras, de cigarreras, de engomadoras, que han de lucir en el séquito, llevadas sobre carros, engalanadas con las banderas nacionales!

***

Pero, ¿qué trompetas, qué rodaje, qué músicas suenan por allá abajo de la ciudad, que no son las de los trabajadores?

Son los héroes del fuego, los bomberos veteranos de antes, aquellos voluntarios valerosos, escogidos de entre lo mejor de la ciudad, que cuando no tenía New York los bomberos diestros y disciplinados de ahora, á tanto por mes,

Digitized by Google

acudían en algarada celosa de los bancos donde se ejercitaban en los cambios, del bufete en que despachaban el pleito, de la bolsa donde sacudían millones, á apagar el incendio del palacio ó el tugurio, vestidos de camisa encarnada, cubiertos con gran casco de hule, llevando á rastras, por sobre cuanto hallaban al paso, la bomba de bronce y de níquel, pugnando, á puñetazos y á balas á veces, por llegar los primeros.

Luego vino la bomba de vapor, que no parece obra de hombre, sino alma de montaña que en vez de ir á afrontar el incendio sobre la superficie, huye de él en las entrañas de la tierra. Luego vino el perfecto servicio de mangas y escalas, el tener las estaciones provistas de juegos ágiles de botones eléctricos, el precaver de modo que cuando el botón anuncia llamas, ya salen los caballos, libres de su cadena por el mismo aviso, á uncirse el arnés que día y noche cuelga esperando ante la puerta abierta. Ya aquellos bravos abogados y médicos, banqueros y bolsistas, que en los celos y codeos de las antiguas compañías y en sus reñidísimos debates, aprendieron mucho de aquella arte humana, con la que—más que con libros y con imaginaciones—se gobiernan á los pueblos; aquellos que mimaban como á novia la bomba de su escuadro, y la solían vestir de plata y oro—hoy reemplazados por los bomberos de paga, no menos heroicos, sólo se reunen, como en este día bello, para conme-

Digitized by Google

morar aquellas riñas, rebatos y humaredas, ó para ir cual van ahora, con la bomba que domó entonces más llamas, á pasear, seguidos de la simpatía pública, por las ciudades nuevas del Oeste.

***

Y ¿aquél canto que por lo alto de la ciudad se oye, que parece lo entonasen á la vez miles de niños? ¿Qué es, que parece ala que cae sobre plata? Son niños de veras, los hijos de los alemanes, que con todas las sociedades germánicas de música y gimnasio á la cabeza, con el sacerdote que va á rezar la plegaria, con el poeta que va á decir su oda, se encaminan al ancho solar, de roca recién abierta, á celebrar con himnos, con saludos, con todo el estruendo de las almas alegres y los orfeones, la colocación de la primera piedra del magno edificio donde, entre coros para mantener el alma en alto y libros para aprender y consolar la vida, tendrán los alemanes de la ciudad todos los juegos físicos con que la docta raza germana ejercita el cuerpo—para que el espíritu no lo arrebate y trastorne, para que el pesar no lo desconsuele y abrume, para que la salud de la fibra le dé ejemplo y certeza de la del alma—en los salones de orden, regocijo y música que ellos miran como su patria en los pueblos extraños;—en sus bulliciosos Turn Verein.

***

Pero es en Broadway, en las plazas centrales,

Digitized by Google

en «Union Square» famosa por sus juntas públicas, en las aceras cuajadas de cordial gentío, en los postes del telégrafo, faroles y árboles de toda la línea, en las cornisas de las casas, en las torres de las iglesias, donde está New York viendo pasar, desde hace ya tres horas, los veinticinco mil trabajadores:—¡Allí, ante la humanidad triunfante, olvidábase el destierro, que es un egoísmo! ¡Allí, ante tanta fuerza, se veía á los hombres inquietos, como ganosos de ponerse en marcha! ¡Allí se curaban los enfermos, de ver tanto hombre sano! ¡Qué robustez! ¡Qué viril ingenuidad! ¡Qué encanto en aquellas sonrisas! ¡En aquellos pasos, qué anuncio! Hablaban poco, como si se fueran sintiendo consagrados.

Ya hemos visto procesiones como éstas. No son los alquilados hachones que á gran costo pasean los viejos partidos en las campañas electorales para hacer creer, por el número de sus procesionarios, en lo poderoso de sus fuerzas. Son los que tunden, levantan y sajan, en los quehaceres recios de la vida; son los que abren al hombre el camino, y aun no disfrutan la paga ni el respeto que cumple tributar á la avanzada de los hombres; son los esposos, los padres, los novios, de las que desde las aceras los vitorean, los saludan con pañuelos, los saludan, levantándolos en alto, con sus propios hijos; son los que han dado á bordar á sus mujeres palabras nuevas sobre los estandartes blancos.

Digitized by Google

Si decimos que son veinticinco mil, en escuadrones, con sus jefes á caballo, con sus músicas, con sus carros alegóricos, con sus carruajes llenos de niñas y de ancianos ¿no se está viendo pasar aquella grandeza? Desocupada la policía, no halla donde dejar caer la masa que blande, en la multitud henchida de aquel impalpable rebelde: el derecho. En sus estandartes va escrita su historia, su esperanza, su pena: Quieren ver á sus hijos al sol:—«¡Que el trabajo no dure más que ocho horas!» Quieren salvar á sus hijos de la peste:—«¡Que se abran más parques!» Quieren defender á sus hijos de la corrupción, la angustia y la avaricia:—«¡Qué se prohiba el trabajo de los niños!» Quieren demostrar que ya se acabó la época tiránica de los procuradores:—«¡No descansamos en hombres, sino en principios!» Quieren enseñar que son capaces del triunfo:—«¡Respetemos á todos: no temamos á nadie!»

Así pasan, con orden marcial, todos los gremios detrás de sus banderas:—los carpinteros, con un colosal cepillo por insignia; los peones de albañil, con camisas de lana blanca y sombreros negros; los canteros, con delantales de lona, y un grupo de ellos que iba rompiendo cantos en un carro; los panaderos alemanes, que por mostrar desavenencia con los antisocialistas que George capitanea, pasaron ante él con el pabellón socialista á la funerala; los revocadores, con sombreros blancos como el yeso que manejan; los albañiles, con una casa

Digitized by Google

á medio hacer sobre un camión embanderado; las cigarreras, en treinta ómnibus, y niñas en un carro, vestidas de indias, recogiendo tabaco; los floristas, con un monte de flores; los cajistas, con banderas azules; los cerveceros, con hebras de trigo y lúpulo en los fieltros grises; los herradores, con una herradura roja en el delantal de cuero; los boteros de los canales, con un bote como aquellos en que los sorprende en el canal brumoso la mañana. Y cada grupo su enseña ingeniosa. Al fin, como una súplica más honda y elocuente que las palabras, un grupo de niños vestidos con miseria, y detrás, como pidiendo la libertad del aire y de la luz, un carro que imitaba un parque pequeño sembrado de árboles.

Digitized by Google

CENTENARIO DE LA CONSTITUCION DE LOS ESTADOS UNIDOS.

Grandes fiestas en Filadelfia.—Los Estados Unidos en 1876.—La obra de la organización.—Washington y Franklin.

New York, septiembre 19 de 1887.

Señor Director de *La Nación:*

¿Por qué han de describirse en día nublado las fiestas con que celebran los Estados Unidos el aniversario de la constitución que los ha hecho gloriosos? Filadelfia, que vió en 1778 la traidora «Meschianza», cuando sus hijas disfrazadas de moras bailaron en salones recamados de espejos con los oficiales ingleses, vestidos de oro y negro ó de seda blanca y roja, para el torneo con heraldos de dalmática en que despidieron á sir Howe, ha conmemorado hoy, con procesiones históricas, con pompa industrial, con colosales juntas públicas, con plegarias solemnes, el día en que, acomodando en un código prudente sus tercas diferencias, los hombres educados en la libertad imaginaron un gobierno digno de ella.

Digitized by Google

Los pueblos crecen en estas grandes fiestas; y aun los míseros que aspiran á la libertad, sin hallarle sabor en tierra ajena, sentían como un grato frío de aurora, como un dichoso temblor de héroe, cuando á la limpia luz de la mañana fue la ciudad saliendo de la noche, vestida de banderas.

Bella es Filadelfia siempre, y más si se la mira desde la torre de su nueva casa pública, destacando su masa alegre de edificios rojos, ceñidos por el claro y manso río, sobre el cielo de fijo azul que cobra majestad mayor de aquellas esmeradas y próvidas llanuras; pero la ciudad de mármol y ladrillo tenía en estas fiestas aquel realce de gracia que da el inefable orgullo de las bodas: y los hombres, que ni ante los muertos sofocan sus enemistades, se olvidaron de ellas para conmemorar la forma de gobierno á que deben su ventura, lo que no han hecho acaso por egoísmo, sino por el placer divino con que saludan los humanos, torvos aún y confusos, cuanto adelanta y consagra su persona. Las casas hablaban: lindas cuáqueras prendían al amanecer las últimas guirnaldas y colgaduras: y los que primero se echaron á las calles, fueron los viejos. La vida tiene horas de oro, en que parece que el sol sale en el alma, y como ejército que asalta, escala y bulle la gloria por las venas. Se rompe en risa y llanto, y con la fuerza del pecho se abatiría una fortaleza.

***

Digitized by Google

Hace cien años vió Filadelfia, vestida entonces de calzón de pana, vestón de seda y chupa de tirilla, las mismas iras, discordias y querellas que los latinos ignorantes, enfermos de destemplada admiración, tienen por patrimonio exclusivo de su raza. Por cada hebilla de zapato había una opinión hostil en la junta convocada por el Congreso inerme, á fin de reunir bajo un gobierno de poderes reales los trece Estados distantes y celosos que por amor excesivo á su soberanía anulaban con su rebelión ó indiferencia las medidas nacionales que en vano dictaba el Congreso de la federación, sin fuerzas por los artículos de mil setecientos ochenta y uno, para hacer cumplir lo que recomendaba. Era la burla pública el Congreso. Cada Estado rico y populoso, como Virginia, ó raquítico é insignificante, como Rhode Island, tenía un voto. La nación era de aire, y los Estados se negaban, so pretexto de pobreza, á pagarle su cuota. No había modo de que los Estados acatasen las leyes enfermizas que acordaba el Congreso para trabar por un comercio equitativo las antiguas colonias, desunidas por los celos y los productos rivales. La Nueva Inglaterra, que levantaba ya sus industrias, desobedecía las leyes que pudieran favorecer la agricultura del Sur. El Sur, agrícola, quería el comercio libre con Europa, contra el Este, marino, que apetecía para sí todo el tráfico de agua.

No había moneda común, que unos querían

Digitized by Google

y rechazaban otros. Por sí, no podía vivir ningún Estado; pero, engolosinados con su soberanía inútil, se negaban á fijar en el código la unión indispensable á su existencia. La única forma visible de la nación era el Congreso, que servía sólo para demostrar su ineficacia. Los grandes que, como siempre, eran pocos, recomendaban á sus conciudadanos con angustia la conveniencia de poner término con un gobierno nacional efectivo á aquellas disensiones crecientes que amenazaban la Unión sin fortalecer los Estados, ni aprovechar más que á los politicuelos criminales que cultivan con pompa sagrada las pasiones. Cada Estado tenía un dueño de almas, á quien importaba más ser caudillo en su conuco que figura secundaria en una gran república. Los caracteres prominentes, deslucidos á veces por rivalidades indignas, coincidían, por la inevitable fraternidad de la grandeza, en el deseo de fomentar un pueblo glorioso, antes de que los intereses, en apariencia hostiles, se sobrepusieran á las virtudes. Hamilton, con aquella marcial compostura de su entendimiento, demostraba, bajo el nombre de Phocyon, la necesidad de que los Estados se juntasen bajo un gobierno fuerte: entonces se escribía con nombres antiguos: Phocyon declaraba, los Publius explicaban, Helvidius contendía con Pacificus; había Honestus, Camillus, Leonidas; Roma y Grecia imperaban, como en Francia; la juventud se precipitaba en los moldes de Plutarco, ansiosa

Digitized by Google

de asemejarse á sus héroes; Madison se sabía al dedillo los debates del Ágora, los discursos de Cleon, las leyes de Lycia. Pero Washington no aprendía en pergaminos, sino en la vida, la política: rogaba en sus cartas, urgía en sus discursos, propagaba en sus viajes, miraba por la unión de los Estados como hubiera mirado por la de sus hijos. Y Franklin, como él, ponía su nombre, limpio de cola y polvos como su venerable cabellera, al pie de aquellas sabias misivas que con su amable influjo esclarecían en pro de la constitución nueva los entendimientos, y se entraban como cariños por los corazones.

* * *

¿A quién había de ir á saludar Washington cuando vino entre arcos de triunfo á presidir la convención de Filadelfia, á quién sino á Franklin?

De su coche de gala, que era un globo dorado, bajó á verlo, antes de dejar en la posada el sombrero de tres picos, antes de correr el embozo de seda roja de su capa azul. El que había defendido la Nación se juntaba para salvarla con el que la había preparado. ¿Qué podrían contra aquella augusta benignidad los eruditos dañinos, los políticos interesados, los imaginadores verbosos? ¡Lo que la serpiente que quiere morder el rayo de sol que denuncia sus escamas!

Al fin, el Congreso daba licencia para revisar los artículos inútiles de la confederación:

Digitized by Google

la convención mercantil convocada por New York para remediar el desorden del comercio, se convertía en la suspirada convención nacional para dar nuevas bases y funciones al gobierno. Desde Penn en mil seiscientos noventa y ocho; desde d'Avénant y Livingstone, de quienes no ha querido hablar Bancroft; desde el folleto de un hijo de Virginia sobre el «gobierno de los establecimientos ingleses»; desde Lord Stairs y Daniel Coxe, que quisieron echar las colonias unidas sobre Francia; desde el «plan de Albany» de Franklin, que aprovechó en bien de las colonias el odio y miedo que tenían á Inglaterra los franceses; desde el congreso de mil setecientos setenta y cinco que proclamó los estados libres, puso en manos de Jefferson la pluma con que trazó sobre un escritorio de mujer la declaración de independencia, y aprobó, á propuesta de Franklin mismo, los artículos de la primera confederación, ¿no venían agrupándose naturalmente, como miembros de un mismo cuerpo, los estados? «Unión ó Muerte» decía en aquellos días un dibujo que representaba una serpiente dividida en trece pedazos.

Aun se recuerda el instante en que Franklin con las canas sedosas caídas sobre la tirilla de su chupa parda, salió á la puerta de su casa, de techo de pizarra, de la mano de Washington, que sin hablar le dijo adiós, y lleno de esperanza sublime entró, descubierta la cabeza, en su coche dorado.

Digitized by Google

Allí se habían reunido, unos en casaca de paño negro ó verde, otros de calzón de terciopelo y cuello y puños de encaje, los próceres, los letrados, los comerciantes, los mercaderes, que los estados, descontentos del descrédito é impotencia del gobierno federal, enviaban para discurrir el modo de robustecer la Unión sin que perdieran la soberanía sus partes. Allí esclavistas y abolicionistas: allí criadores de arroz, armadores y manufactureros: allí nacionalistas y provincialistas: allí oradores típicos y organizadores prácticos.

Allí el impetuoso Hamilton, en quien la elegancia contenía el valor, y la gracia el genio; sagaz, incansable, de talentos múltiples; cauto en obrar y hablar; hijo de escocés y de francesa; precoz, como nacido en zona cálida; fundador sensato de la hacienda; hombre de arriba, de brillo y de pompa; acusado de desear la monarquía; no limpio de culpa; muerto luego de un balazo.

Allí Madison, valioso asesor, muy metido en letras, cargado de historia, ponente preclaro y persuasivo, de juicio tan seguro que le brillaba lo original por entre montes de retórica ridícula, capaz de odiar á Washington.

Allí Martin, de fama fugaz como su palabrería, célebre entonces y seguida de vanos aplausos: llenaba horas, arrebataba al vulgo, remedaba la grande elocuencia, prorrumpía en estudiados apóstrofes, era servido por las pasiones á que servía: después de hablar él todos se preguntaban: «¿qué ha dicho?»

Digitized by Google

Allí Morris, Gouverneur Morris, cuya mente no tuvo niñez, conocedor sutil de los móviles de los hombres, piloto frío y feliz en los debates, creador de fórmulas dichosas, consejero de reyes y de repúblicas, fino en vestidos, empréstitos y madrigales.

Allí Patterson, díscolo y facundo, defensor de estados y pleitos pequeños, proyectil que los enemigos natos de lo grande hallaban siempre á mano, compuesto para dividir, como todos los que son incapaces de fundar, abogado terco del plan de New Jersey, de la soberanía absoluta de los estados.

Allí Randolph, dramático y vistoso, más pronto á perorar que á meditar, desposeído del carácter que hubiera dado belleza permanente á sus bravos impulsos, defensor ágil del plan de gobierno nacional enérgico, el plan de Virginia: desdichado ministro.

Allí Gorham, riquísimo comerciante, hombre hecho á sacar argumentos de la realidad; enemigo colérico de la esclavitud, con la que se negó, como Rufus King, á acuerdos ni pactos: «¡Lo que ha de ser mañana, sea ahora! ¡Qué república es ésta, llevada en hombros de esclavos! ¡Cómo la «Meschianza» de los ingleses, donde iban los negros con argollas al cuello!»

Allí los fraseadores profundos, los componedores de mente judicial: Ellsworth y Rutledge, que con Gorham, Randolph y James Wilson bosquejaron la constitución; Roger

Digitized by Google

Sherman, zapatero al principio, y luego abogado, juez, firmante de la declaración de derechos, de la de independencia, de los artículos de confederación; Johnson, famoso universitario, con honores de afuera, de los ingleses mismos; James Wilson que aprendió en d'Aguesseau y en Montesquieu y en cuyo brazo se apoyaba Frankin.

***

Es moda nueva, moda de esmalte, moda de puro barniz, suponer que los accidentes de educación y clima pueden alterar la esencia de los hombres, iguales en todas partes, salvo lo que les pone, ó lo que no les ha puesto, la vida acumulada de las generaciones. El maíz habla como la carne. El rubio odia, engaña y cacarea como el trigueño. El norteamericano se apasiona, se exalta, se rebela, se aturde, se corrompe lo mismo que el hispano-americano.

¡Viéraseles en la convención! Cada cual traía un plan. Éste llamaba demagogo á aquél. Aquél llamaba monárquico á éste. De trece estados, tres se negaron á venir. De tres delegados de New York, dos abandonaron la convención enfurecidos. Un estado no tenía con qué pagar el viático á sus delegados. «¡Tiranos!», decían los estados pequeños á los grandes: «¡Nos rebelaremos contra la Unión!» —«¡Rebélense!»—«¡Antes que ceder al plan de Virginia, nos someteremos á un déspota ex-

Digitized by Google

tranjero!» Los discursos se decían por centenares: Madison sólo pronunció ciento noventa y ocho. El desorden llegó á ser tal, y con tal ira terminaban las sesiones, que Franklin, menos cordialmente respetado de lo que se debiera, propuso abrir el día con una plegaria.

Había momentos en que se temía una riña general. Evitábanla enviando á una junta escogida las cuestiones candentes. Ante la junta los intereses se balanceaban; las frases se estiraban y encogían; las heridas del deseo se curaban con concesiones á la vanidad: cuando la ira volvía á estallar, «¡válgame Dios!», decía Franklin, se encerraba un domingo á preparar un discurso prudente, lleno de apólogos sagaces; y lo que aquietaba y convencía no era el discurso mismo, sino que el anciano hubiese puesto tanta alma en él que ya al leerlo le faltaba la voz, y dejándose caer en su sillón, lo dió á leer á Wilson.

Los discursos eran después de esto moderados y tímidos. En vano, cansados de la justicia como los griegos, se burlaban algunos parricidas de «los grandes nombres».

***

Y aquel debate, natural en las condiciones políticas que lo producían, dió fruto vivo por su misma fuerza. No ha de temerse á la sinceridad: sólo es tremendo lo oculto. La salud pública requiere ese combate en que se aprende el respeto, ese fuego que cuece las ideas bue-

Digitized by Google

nas y consume las vanas, ese oreo que saca á la luz á los apóstoles y á los bribones. En esos debates apasionados los derechos opuestos se ajustan en el choque, las teorías artificiosas fenecen ante las realidades, los ideales grandiosos, seguros de su energía, transigen con los intereses que se les oponen. Los trece estados diversos, en la necesidad de vivir juntos con elementos hostiles, de crear un gobierno nacional sin privar á los estados de su soberanía, decidieron acomodar sobre las bases reales sus pretensiones extremas, después de luchar cada uno desesperadamente por salvarlas.

«Todos desean, todos esperan algo de nuestra convención», decía Washington desde ella en carta á un amigo; «pero mientras se batalle con tanto fuego por la soberanía absoluta de los estados, mientras las miras locales de cada estado y el interés especial que influye en cada uno con exceso, no ceda á una concepción más elevada de la política, la incompatibilidad entre las leyes de los estados diversos y su falta de respeto al gobierno general han de tener á este gran país, débil, impotente y en desgraciada condición.» Esa pelea rabiosa de cada estado por su peculiar interés; ese miedo de los estados pequeños á perder por la liga de los grandes su independencia; esa repulsión de cada estado á arriesgar su especial riqueza ó someter sus instituciones, aun la inhumana de la esclavitud, á las conveniencias generales, mantuvieron en liga fogosa á la convención

Digitized by Google

constitucional, pusieron hasta el último instante en peligro la suerte de sus debates, y si bien impidieron el triunfo inmediato de los ideales generosos, lograron descubrir, con una novedad precisa en la doble naturaleza varia y una de la nación recién nacida, la única forma viva en que podían preservarse con gérmenes de mejora y vigor de realidad los elementos indestructibles y diversos que se oponían á una unión más pura.

Pero la guerra enorme que á los tres cuartos de siglo fué indispensable al fin para decidir el pleito entre las secciones rivales, guerra que hubiera sido al empezar la unión igual en resultados y menos cruenta, enseña que si cabe transigir en meras suspicacias, orgullos é intereses, no hay transacción fecunda ni sancionada por la historia en lo que acorta y tortura la esencia del ser humano.

En la justicia no cabe demora: y el que dilata su cumplimiento la vuelve contra sí. La experiencia política así lo falla, no el mero sentimiento. ¡Urge ya, en estos tiempos de política de mostrador, dejar de avergonzarse de ser honrado! Los pícaros han puesto de moda el burlarse de los que se resisten á ser pícaros. La política virtuosa es la única útil y durable.

***

Era grande el encono de los convencionales.

Unos iban á crear un gobierno nacional vigoroso: otros iban á estorbarlo. Unos á soste-

Digitized by Google

ner la igualdad primaria y absoluta de los estados ante la unión; otros á sostener la prioridad de los derechos naturales del hombre sobre los de la entidad abstracta de los estados. Unos iban á procurar el comercio forzoso entre los Estados Unidos; otros á resistirse á toda obligación que pusiese trabas á su comercio libre con el extranjero.

Los estados pequeños acusaban á los grandes de intentar su absorción, é insistían, para que no desapareciese la igualdad ficticia, en que en el gobierno nacional tuviera el mismo número de votos cada estado.

Los estados grandes preguntaban con asombro cómo en el gobierno de una nación podían tres millones de hombres en un estado tener el mismo número de votos que doscientos mil de otro. Los estados que mantenían la esclavitud, ansiosos de hacer valer á los negros como hombres para aumentar su representación, insistían en que se les reconociese luego como agentes de producción de riqueza para traerlos de Africa libres de derechos; á lo que se negaban los estados de población libre, que veían en la importación ilimitada de esclavos y en la representación de los negros el peligro de que los estados esclavistas imperasen con este recurso falso é inhumano en el gobierno de una nación fundada para el triunfo de la humanidad. Los estados de la costa, ganosos de dar empleo á sus buques, querían facultar al gobierno de la nación para que impidiese

Digitized by Google

en las aguas americanas el predominio de la bandera inglesa, á lo cual se oponían los estados agrícolas, temerosos de que este monopolio de la marina americana produjese un alza irremediable en el costo del añil y el arroz que enviaban á Europa.

¿Cómo acercar los partidarios de la representación por estados á los defensores del voto personal? ¿Cómo conciliar los estados del Norte y del Este, partidarios del voto libre exclusivo, á los el Oeste, que ya apetecía la esclavitud para cultivar sus tierras, y los del Sur, que se anunciaba dispuesto á abandonar la Unión si se negaba representación á los esclavos? ¿Cómo avenir el Este, que anhelaba amparar su marina, con el Sur, que resistía su imperio?

Esas fueron las luchas de los cuatro penosos meses que duró la convención: había injurias, amenazas de separación, desafíos, puños alzados. Lo demás eran cuestiones menores: si habría tres poderes ó una suprema legislatura que fuera judicial y legislativa; si el ejecutivo sería de uno ó de tres, temporal ó vitalicio, electo por el pueblo ó por la legislatura; si el poder legislativo tendría una cámara ó dos; si los de la cámara llana serían elegibles á los veinticinco años ó á los treinta; si los senadores servirían nueve, siete ó cinco años, ó durante su buena conducta. Mas, por airados que fuesen, como solían ser, estos debates, y los de la presidencia, sobre todo, ninguno levantó tormentas como las que sacudían la conven-

Digitized by Google

ción cuando chocaban los intereses vitales, ó la cuestión de soberanía de los estados. Tres fueron las batallas mayores, y tres los compromisos. Impotentes para vencerse, acortaban disputas, reconociéndose sus intereses vitales.

***

La batalla de la soberanía de los estados fue la primera; mantenida por el plan de New Jersey y opuesta por el de Virginia: hasta la palabra «nacional» era odiosa á los estados pequeños; Virginia excluía la representación por estados; New Jersey se negaba á la representación personal: los estados pequeños alegaban que la convención no tenía derecho á crear una Unión nueva, sino á reformar la primitiva: los estados grandes niegan que sean ellos los que puedan combinarse, teniendo cada uno interés distinto.—«¡Los pequeños son los que se combinan!»—«¡Nos ahogarán los estados mayores si accedemos á la representación personal!»—«¡Cómo, replican los estados mayores, hemos de consentir en tener representación igual en el gobierno de la nación cuando pagamos mayor cuota para su sostenimiento, cuando la cuota se impone sobre la población á que se le niega voto en lo que paga!» Entonces, en la paz de la junta de examen, ayudó Franklin, con sus chistes y llanos ejemplos, al triunfo de aquel primer acomodo, que dio pie y modelo á todos los demás: allí surgió la idea realmente nueva de la cons-

Digitized by Google

titución americana, sugerida por la especial composición de las entidades desiguales políticas á que había de aplicarse: allí, reservando el voto sobre asuntos del erario á la representación personal, á los estados que más podían padecer de él, se imaginó el congreso de dos cámaras, una de representantes de la población, á un voto por cada cuarenta mil, y otra de representantes de los estados, que con la primera discutirían las leyes nacionales.

Cien años ha vivido el acomodo; y como que los estados tienen entidad real, como la desigualdad entre el Senado y la Casa de Representantes en el derecho á votar el presupuesto, que ésta se guarda, corresponde á una desigualdad de población verdadera, subsiste y ayuda al equilibrio de esta noble máquina de gobierno la representación de los estados, cuya ley interior, arreglada á sus peculiaridades y hábitos, facilita el trabajo gubernamental, puesto que lo divide, y alimenta en círculos bastantes las vanidades y ambiciones cuya concentración es amenaza perpetua para las repúblicas.

***

Pero no bien se había acordado con calma volcánica la representación personal, estalló la ira de nuevo, y los estados alteraron sus puestos de combate, en cuanto el Sur pidió representación para los negros. ¿Para qué la pide, pues que los negros no tienen allí perso-

Digitized by Google

na, sino para influir fuera de su derecho en los estados que están limpios de esa mancha?

Ya la lucha no era entre los estados pequeños y los grandes; sino entre los libres y los esclavistas. Uno quería dar á los negros voto entero, otro darles tres quintos: el Sur alegaba que la esclavitud, que añade á la riqueza de la nación, debía estar representada en su gobierno.—«¿Conque por ser inhumanos y perezosos, contestaban los estados libres, tendréis más representantes que nosotros, que somos humanos y trabajadores?» Morris propuso que la cuota de los estados se impusiese conforme al número de representantes.

—«Si con la amenaza de una cuota sobre nuestros negros se nos quiere negar su representación, me aparto de la convención»,—dijo la Carolina del Norte. Si la Carolina se apartaba, como faltaban tres estados más, la convención quedaba sin poderes, según los artículos en cuya virtud se había reunido. Hay que ceder, pues. King y Gorham no ceden.—«¡La conveniencia no nos puede hacer cómplices de la inhumanidad!» Pero cede el Congreso.—«La cuestión no es de humanidad; la cuestión es que si la Carolina se separa, la Unión se desvanece.»—Se llega al otro acomodo: el número de representantes corresponderá al monto de la cuota directa del Estado; ambos se basarán sobre la población: en la población se contarán todos los blancos y tres quintos de los negros.

Han pasado cien años, y este arreglo no ha

Digitized by Google

vivido, porque no nació de lo real y constante, sino de caprichoso reparto de poder sobre la base innatural y transitoria del crimen; y lo funesto de aquella concesión hecha al crimen por el miedo, se ve en la lucha sorda y creciente que en los estados esclavistas entablan contra sus dueños de ayer, aun soberbios y crueles, los millones de emancipados incultos que sin aquel aciago arreglo no hubieran nacido.

***

No sin amenazas se obtuvo que los estados menores no se saliesen aquí de la convención; y ya lucía el sol rojo de Agosto cuando, en imponente silencio, fueron recibiendo los convencionales, impreso con anchos márgenes é interlíneas, el bosquejo de la constitución, bien distinto por cierto, fuera de los acomodos esenciales, del que el día diecisiete de Septiembre firmaron con orden solemne aquellos que supieron someter su soberbia al bien público.

Notas se tienen apenas de aquellos debates animados en que, atendido ya lo real, ostentaron los eruditos sus nociones de historia, y los demagogos fingieron alarma, y con terco pudor se opusieron los amigos del hombre á todo asomo de ataque á la libertad esencial, á su ventura. Al Presidente le quitaron fuerza y títulos; confirmaron la libertad de la prensa; desaprobaron el alojo de tropas en tiempos de paz: y en esas noblezas estaban, cuando, agru-

Digitized by Google

pándose de súbito, según sus intereses, los estados, salió á debate el poder del congreso nacional sobre el comercio.

Que el Sur no traiga negros de Africa. Que pague derechos si los trae. Que no debe pagarlos porque son productores de riqueza pública. Que la Carolina del Sur y Georgia abandonan la Unión si los negros que importen han de pagar derechos. Que se les arruina su agricultura si se les prohibe importarlos. Más que llevar tendrán los barcos del Este, mientras más negros haya. King y Gorham hallan magníficos acentos para negar que prospere un país de esclavos. El Este pide que el Congreso pueda favorecerle su marina mercante. El Sur se opone. El Sur niega al Congreso el poder de pechar las exportaciones. El Este, á cambio del asentimiento del Sur al poder del Congreso para dar leyes de mar, accede á negarle el derecho de pechar las exportaciones y la entrada de esclavos. ¡Así, por regateos, no todos dignos, quedó sancionada aquella constitución que á Gladstone le parece «la obra más poderosa que de un solo arranque haya producido en el arte del gobierno el espíritu humano.»

***

Ya van á firmar. Ya Washington, que no dio muestras jamás de esa familiaridad propia de los que cortejan las turbas, parece, aun á los que no lo aman, que á su propia vista se transfigura y diferencia del resto de los hom-

Digitized by Google

bres. Ya el secretario Jackson le da la pluma, humedecida en el tintero de plata, ¡y todavía tienen proyectos que oponer! ¡Ya piden nuevo congreso! ¡Ya están proponiendo nuevas enmiendas! Franklin, con su modo de padre, invoca en aquel tono humilde, nunca desoído, la prudencia de los descontentos. Morris halla la fórmula apetecida: «Acordada en convención por el consentimiento unánime de los estados presentes.» Washington pone el primero su nombre: «No creí, cuentan que dijo, que llegáramos á esto sin sangre.» Los convencionales van firmando por el orden geográfico de sus estados. Dieciseis se niegan á firmar. Franklin se acerca á la mesa presidencial, bajo cuyo dosel había pintado un sol: «Nunca acerté á entender, dijo, si este era sol naciente ó sol poniente; pero ahora veo que es sol que nace!» Y dos años después, todavía un estado reacio se negaba á entrar en el «buen barco de la constitución», á cobijarse bajo el «techo nuevo.»

La sangre que Washington esperaba vino después. Aplazar no es resolver.

El crimen, el crimen de permitirlo, traen siempre sangre. Pero la constitución americana, prosperando á pesar de él, enseña á los pueblos que sólo echan raíces en las naciones los códigos que nacen de ellas, y que así como los artículos de la confederación cayeron en ridículo y desuso por ser imitación postiza de las ligas griegas, así las púrpuras extrañas

Digitized by Google

pueden podrir el lienzo no dispuesto á recibirlas, ni necesitado tal vez de más colores que los que echa en él el ingenuo sol nativo.

***

Veamos, veamos la más bella de las procesiones con que celebra Filadelfia el centenario.

No es la de militares: tribunas embanderadas rodean la plaza central; pasan uniformes, cascos, fusiles; el presidente Cleveland no ve más que sombreros levantados. ¿Cómo estás, viejo? le dice dándole la mano un mozalbete; al Presidente de la Suprema Corte lo echa atrás rudamente un policía; la marina lleva pantalón blanco y sombrero rojo, la esposa del Presidente los ve pasar desde un balcón, vestida de seda negra; va la milicia azul, recogiendo himnos; la esposa del Presidente saluda con el pañuelo á los cadetes huérfanos; artillería, banderas, caballos, veteranos.

No es la fiesta oratoria, celebrada en estrado gigantesco en medio de la plaza; oró el obispo protestante, con túnica de seda negra, estola morada, y bonete chato de negro terciopelo; no halló Cleveland las palabras nacionales que requería el enorme suceso; el juez Miller, orador oficial, lee inoportunas diatribas contra los que, en las agonías de Europa, no hallan tiempo para tener fe en la libertad; un negro mantiene un quitasol abierto sobre el manuscrito; el juez antes de leer, se preparó una bebida de un vaso á otro con sus propias

Digitized by Google

manos. Dos mil niños corearon el himno nuevo de la república, himno sin alas. Bendice la fiesta el cardenal de Baltimore, vestido de encarnado.

Pero la procesión singular fue la de las industrias, como eran hace cien años, como son ahora. Pasan ridiculeces, pasan grandezas, están pasando durante nueve horas.. Ahí va un grupo de continentales: tricornio, chupa azul de vueltas rojas, calzón blanco, polaina negra; y así eran los que, con Washington y Lafayette á la cabeza, rindieron á Cornwallis! Llevan en andas una miniatura de los padres de la constitución: Franklin se está acercando á la mesa; Washington está firmando; Hamilton, mira, de pie: ¡se sentaba poco, Hamilton! Los carpinteros llevan dos templos, con trece columnas uno, los trece estados de antes; otro con treinta y ocho, los treinta y ocho de ahora. Un arado de mil ochocientos dieciocho, y mil arados de hoy, en grandes carros de anuncio: «La Joya del Este», «El Rey del Oeste», «El Soberano.» Una arrogante sembradora lleva delante un labriego antiguo, que va regando á puñados de un saco la semilla. En el carro que sigue van imprimiendo, distribuyendo letras, hirviendo tipos. Esto que aplauden es la escuela india de Carlyle: niños y niñas indias van en los carros en sus labores de escuela: unos dibujan, otros tallan, otras cosen y escriben: detrás de los últimos, doblados sobre sus pizarras, cabalga una tribu salvaje,

Digitized by Google

pintada en guerra, envuelta en sus frazadas de colores; en un carro van indios de antes y colonos, fumando sobre el tratado recién hecho el calumete de la paz. Junto á una sierra mohína, que corta al día ciento cincuenta pies, pasa silbando, con real magestad, una máquina de aserrar que abate al día cuarenta mil pies. Los gremios todos, centenares, miles, décimos de miles, con sus aperos al hombro. Tras de unos negros de ayer, recogiendo algodón, medio desnudos, van los buenos artesanos negros que tienen tienda próspera en Filadelfia, un relojero, un ebanista, un encuadernador. En el lomo de una monstruosa águila dorada van unos caballeros de lanza y rodela, con el casco sobre los muslos ó la loriga desabrochada. Ahora siguen los carteros, como mil doscientos; los de la casa de moneda, de negro y guantes amarillos; un mensajero sorprendiendo á un ladrón que abre la caja que lo delata. ¿Quién cuenta lo que sigue? invenciones de anunciar; tejedores de alfombra, con alfombrillas por delantales; ovillos gigantescos; un pastor con ovejas; un telar rodeado de tejedoras lindas; tras de la diligencia de ayer, cuarenta caballos arrastran una locomotora: ¡no es la locomotora la más bella! Y vacío, porque no hay nadie que pueda ocuparlo con justicia, cierra la procesión el coche dorado de Washington.

Digitized by Google

Digitized by Google

LAS FERIAS CAMPESTRES.

Sucesos principales.—Maquinaria agrícola.—La política en las ferias.—La cura por la fe: Un santuario de creyentes.—El milagro en nuestros días.—La hermana Petersen.—Fuerza del campo.—Los anarquistas de Chicago: Se confirma su sentencia.—Mujeres heroicas.—La novela de Nina Van Zandt.—Los presos.

New York, septiembre 22 de 1887.

Señor director de *El Partido Liberal:*

Estos son ya los últimos Congresos de estos meses, los que celebran en enormes ferias agrícolas los campesinos; en cada centro de tráfico se celebra una. Ni un duque inglés, feo, calvo y de poca caballerosidad en sus fáciles amores, obtuvo semanas pasadas tanta atención entre lo más advenedizo, por supuesto, de la gente rica en un pueblo de baños, en New York; —ni las fiestas de los judíos, las fiestas del Rosh Kashanah ó Año Nuevo, en que se confunden por tres días en el templo y en la casa criados y señores;—ni el príncipe hindú, vestido con ropas de oro y turbante blanco, que pasea con las familias de los magnates por parques y avenidas;—ni la briosa escena en que con aplau-

Digitized by Google

so unánime le niega un juez el derecho de naturalización americana á Most, el anarquista que solicita entrar en la patria para trabajar con más seguro contra ella;—ni el artículo notable del chino Wong Chin Foo, que se resiste á mudar de religión porque, con abundancia de razones y resultados, cree la suya superior á la cristiana;—ni la Langtry, de tez de nácar, que ha vuelto;—ni el cuadro de Detaille, la conmovedora *Defensa de Champigny*, que campea en el Museo como un soberano, ocupan tanto la mente pública como esas grandes fiestas campesinas, donde, antes de que el año se entre en nieve, vienen á verse, á comprar, á beber ciudad, á oir política, los moradores de los condados de la redonda. A una, á la de Nenburg, van como veinte mil: más á la de Lyons; más que á todas á la de New Jersey.

De tres días á una semana dura en cada una la fiesta; por los caminos no se puede andar, llenos de carruajes; mercan, curiosean, entran en rifas, se empeñan tercamente en salir con ventaja en los juegos fraudulentos que allí, ¡lo mismo que en nuestras tierras!, llevan, disimulando la ruleta, los estafadores. Son grandes áreas, casi siempre alambradas, y como exposiciones al aire libre, donde el tablado para el baile se alza, jamás desierto, entre un concurso de pollos y un ventorrillo de salchichas. Una cuadra está llena de máquinas y útiles agrícolas, y el que quiera adelantar su campo, venga acá en Septiembre, á ver las

Digitized by Google

ferias, porque allí las casas rivales tienen en juego todo su mostruario; uno ara, otro trilla, otro descascara, otro muele el maíz, otro desmenuza el forraje, otro saca azúcar. En el concurso de las viandas ganó una calabaza, de doscientas cincuenta libras, cultivada por los presos de la Penitenciaría de Essex. Los gallos más altos, de tamaño trágico, eran los shangais, que comían el grano de la boca del barril: y los bantams, de exquisita finura, son tan menudos que hay que darles partidos los granos de maíz.

Pero cuando la feria triunfa es á la llegada de los caimacanes de los prohombres políticos, que, como el novio cuando está para merecer, salen por todas partes al paso de su voto, que es su dama. ¡Cómo viajan de una á otra feria, como con alas, demócratas, republicanos, amigos de la tierra libre, prohibicionistas! Unos, como George, encienden con energía religiosa el entusiasmo simpático y puro, propio de los primeros años de un partido nuevo: otros, como Sherman, el candidato de muchos republicanos á la Presidencia, trata con solicitud, en él no nueva, del modo de hacer de New York, á fuerza de remolacha, un gran estado azucarero, lo cual, yendo como él va, de candidatura, es tanto como convertir la remolacha en votos; otros, como el diestro Hill, el gobernador del Estado de New York, pronuncia hábiles discursos en que explota, con arte maravilloso de demagogo, las preocupaciones

Digitized by Google

arraigadas en el campesino, levanta como sin querer el miedo á lo que recomiendan sus adversarios políticos, y con cortesía de forma, como la de pedir que supriman el vino en un banquete, halaga á los partidos menores, de cuya ayuda pudiera necesitar cuando, á pesar de lo que repelen su politiquilla de interés las gentes de influjo, pudiera conseguir que, en estas elecciones ó en las próximas, le proclamen los demócratas candidato á la Presidencia. ¡Dan pena, esos criados del voto!

***

No lejos de este bullicio se levanta, animada en un bosque de meples, una ruinosa casa de madera; han reunido la casa y el corral con una tienda de lona, como la de los circos; y aquél es en el silencio del bosque, sin más ruído que el lejano de un canal por donde bajan como con alma, las maderas, el Santuario del Monte Zion, donde vienen á orar todos los Septiembres los que creen por aquellas cercanías que con la fe se curan las enfermedades del cuerpo, y con el unto del óleo sagrado. En Boston hay muchedumbres de creyentes en estas curas milagrosas, que llenan en sus juntas, juntas de lágrimas, plegarias y exclamaciones, los grandes teatros. En Brooklyn no hace mucho estaba repleto un lugar de asambleas: las mujeres lloraban; gente de buena fe rezaba en voz alta; un ex-cojo ostentaba la pierna devuelta. En New York, frente mismo

Digitized by Google

al Parque Central, hay un Hospital de Curas por la Fe, que acaso no son más que el hábil aprovechamiento de la imaginación en los disturbios físicos que de ella nacen, ó se agravan por ella.

Partidos políticos en boga no pueden á veces allegar el gentío que en aquel recodo de selva atrajo esta fe. Eran como mil, mujeres y hombres, aunque por allí no pasan muchos caminos. Grandes carteles rojos dicen en la puerta: «Venid á Jesús!» «Tened fe en Dios!» El templo, que la luz tamizada por la lona llena de claror espectral, rebosa de gente que oye atenta, con la frente apoyada en el respaldo de la silla delantera, la historia que les hace, en lenguaje llano, de su conversión la hermana Peterson, dama de campo, de no mal parecer, que vive cerca, en otro rincón de árboles, donde ella y su marido, partiendo como los rusos los trabajos, tienen una casita blanca que mira á la bahía. Cuando la oradora se deja arrastrar por un párrafo fervoroso, el auditorio se humilla, como las ramas cuando pasa el viento: se oyen suspiros, sollozos sofocados, «loados sea Dios», y amenes entrañables. La asamblea empieza cantando himnos. «Levántense los que tengan algo que pedir, que los dones del Señor son libres!», dice la Hermana Peterson: muchas mujeres se levantan, á demandar al Señor ésto ó aquéllo para el pariente enfermo, para el amigo extraviado; un hombre se pone en pie, sin que le deje hablar el llanto;

Digitized by Google

quiere que el Señor le cure á su hijo que agoniza. «¡Levántense los que quieran dar grácias á Dios por los beneficios recibidos!» Y se levantaron muchos más que los que tuvieron súplicas que hacer; se llenó de hombres y mujeres en pie la tienda de lona, tan súbitamente como á la primavera se llenan en los países fríos de flor los árboles de lilas. «¡Levántense ahora los que tengan milagros de cura que decir!»

Diez, veinte, treinta curados por la fuerza de la fe se levantaron á dar su testimonio «A mí me ahogaba el hígado, y ya me deja vivir.» «Yo me moría de consunción, y ahora respiro y trabajo.» «Mi mujer, dijo un comerciante transeunte, se curó por el rezo de un mal viejo; y luego se rompió el brazo al bajar de un wagón, y con el rezo se le soldó, porque no quiso llamar á cirujano. Aquí están siete de la familia, que se curaron por la oración. Y los siete se pusieron en pie.» «Y yo tenía la piel mala, recé con fe, y las lacras se me han ido.» Pero el negociante no fue quien conmovió de veras al auditorio, sino una mujer del campo que con acento concentrado, hondo, brusco, pintó su amor á un hijo, que se le moría en manos de médicos; hablaba entre gemidos; pocos ojos estaban allí secos; «¡hasta que resignada á la voluntad de Dios, entregada de corazón á lo que quisiese hacer de mí, le dije de rodillas: «¡llévatelo, Señor, si es tu voluntad!» «¡Y me devolvió mi hijo!» «¡Gloria á Dios!» exclamaba al sentarse; y hombres y mujeres,

Digitized by Google

sacudiendo en alto los pañuelos, «¡Gloria á Dios!» decían en coro, abrazándose, sollozando; los aquietó la hermana Peterson entonando un himno. Se puso en pie una niña de diez años, que con la fe curó de la escarlatina, y pidió á la congregación que orase para que le volviera el oído.

Eso ven, meciendo su ramaje como el aire mece las barbas luengas de aquellos creyentes, los meples que esconden el santuario á la vista del camino. Tienen al día tres juntas. Vienen al templo por una vereda que atraviesa un cementerio. Por un paso casi oculto en el monte se baja á la bahía, donde sumerjen de cuerpo entero á los bautizantes. Dos sacerdotes del campo se bautizaron ayer. El cielo y los altos árboles recalientan en el hombre el culto mortecino.

***

Mujer es la sacerdotisa del santuario de Zion; una mujer, de crédito entre los abogados, solicita los votos del Estado de Nebraska, para un puesto en la Corte Suprema de Justicia; mujeres son las que, con muerte en el alma y circulares en las manos, trabajan con más fervor por librar de la sentencia de horca, confirmada ya, á aquellos siete anarquistas acusados de arrojar la bomba mortal á los policías de Chicago. ¡Cuán distinta de Ada Bittenbender, la que solicita los votos sobre sus méritos de abogado, político y escritor, es aquella mulata Lucy Parsens, que con el mis-

Digitized by Google

mo fuego de Vera Zasulitch y de Sofía Bardina, pone en manos del juez, ante quien la traen presa por repartirlas, una petición de clemencia para su marido, condenado á morir, y para sus siete compañeros! ¡Cuán distinta de la esposa próspera, temida de los cofrades por su ciencia jurídica y sus raciocinios, es esa pobre criatura de buena casa y fina educación á quien el exceso de lo más noble del alma llevó á casarse por noticia pública, único modo en que la ley no podía prohibírselo, con el apuesto periodista Spies, uno de los sentenciados, á quien ella cree víctima del amor á los hombres! Nina van Zandt, que acompañada de su madre asistió al turbulento proceso, arrostró la pérdida de la herencia que aguarda de una tía, y la burla, y la notoriedad que repugna á las almas sensibles, para ofrendarse como esposa á un condenado á muerte, á quien sólo puede ver en público, entre rejas. Acaso le facilitó la resolución ese amor á lo extravagante que en la mujer de los Estados Unidos es ya un hábito; acaso, como parece cierto, tiene su alma en grado sumo aquella excelsa cualidad de la mujer que no la deja estimarse á sí misma sino cuando se da con dolor, y prescinde de su bien por el de otro, regocijándose en el deleite puro del martirio, que es la dote femenina en que, confundiéndose las diferencias materiales en la altura moral, abundan los verdaderos grandes hombres.

Ella, con el recato victorioso del sincero

Digitized by Google

amor, ni se avergüenza ni se enseña; sus padres, personas de respeto, le ayudan por sana piedad á allegar recursos para la defensa del que mira como esposo, á visitarlo, con las chucherías que alegran la vida del preso, á consolar con una humilde devoción el espíritu agrio y brutal, según dicen, de aquel á quien ella perdona como asperezas de la prisión las palabras secas y actos desdeñosos con que el alemán egoísta la recibe en la guerra, á ella, delicada y joven. Y el mismo Chicago, donde parece por lo unánime de la opinión ser irremediable la muerte de estos hombres, ya no se burla de aquel dolor donde es visible la virtud. Ni se ve que fuera de Chicago se ablanden los corazones, aunque apenas hay quien crea que entre los ocho llamados á morir, está el que lanzó la bomba. De los ocho, uno es un orador de ímpetu y elegancia literaria, cuya suma cultura le hace afrontar en paz la muerte; otro, el periodista, escribe dramas y sabe oficios finos; otro, que lleva en la cara la manía agitatoria, parece proyectil, no hombre; otro, es buen socialista, según libros; otro, de cajista, subió á escribir en diarios; hay otro sabio en artes; á otro, un impresor, no lo fueron ya á ver, el día en que se confirmó la sentencia, dos niños que tiene, agraciados y lindos; otro, el condenado á quince años de penitenciaría, vende cestas, que trabaja muy bien, y dice serenamente que si le matan á sus compañeros, se mata.

Digitized by Google

Digitized by Google

LOS SUCESOS DE LA SEMANA.

Cleveland de viaje.—Los pájaros y la estatua de la Libertad.—New York en Octubre.—Política: Los partidos se preparan á las elecciones.—Una oficina de elecciones.—Interioridades de las campañas políticas.—Las mujeres en las elecciones.—La reunión socialista: La policía y los socialistas.—Desmanes de la policía.—El país y los socialistas.—Escenas de la reunión.—El otoño.

New York, octubre 18 de 1887.

Señor director de *El Partido Liberal:*

Con los cielos turbios y las hojas amarillas comienza aquí la estación de las conferencias, los teatros y las elecciones. Ya cada partido tiene en un hotel suntuoso su cuartel general, cada teatro su actriz favorita, cada conferenciante su público entusiasmado. Y mientras el Presidente, en excursión triunfante, viaja por el Oeste y el Sur, con peripecias que *El Partido Liberal* contará al fin de la gira á sus lectores; mientras la gigantesca Compañía telegráfica «Western Union» absorbe, sin cuidarse de la inquietud pública, á su única rival poderosa, la «Baltimore y Ohio»; mientras con escándalo nacional absuelve un jurado

Digitized by Google

de New York á un policía que asesinó á mansalva en una querella de ebrios á un nadador heroico; mientras los pobres pájaros que van huyendo de la nieve, caen, cegados por el fuego de la antorcha, á los pies de la Estatua de la Libertad, ribeteando con los esmaltes del colibrí y el amarillo de la oropéndola, su túnica de bronce, en New York, agitada por la cercanía de las elecciones, la novedad de los teatros y la resurrección del comercio, todo es palabra, movimiento y música. De noche, sobre todo, es animadísima la escena, no en las calles aristocráticas, menos alegres que los cementerios, donde en torvas hileras van expulsando, en vez de atraer caminante, las casas iguales y pardas; no en los barrios revueltos de los pobres, en cuya sombra brillan las tabernas como los ojos viscosos de un monstruo moribundo; sino por las calles de tránsito privilegiado y en torno de las plazas donde celebran los partidos contendientes sus reuniones, y donde con tal claridad y fuerza se exponen las opiniones propias y se atacan las ajenas, donde con tan constante ejercicio se fortalece el carácter personal indispensable en las repúblicas, que renace viendo esa muestra de salud política, la fe en el hombre que rudamente lastiman los barrios tabernarios, los jurados venales y los políticos de alquiler que salen á flor de agua en estos días.

***

Ya todos los partidos tienen compuesta y

Digitized by Google

recomendada ante el público su candidatura ; y el interés que la batalla política despierta siempre, el desborde casi satánico de pasiones que aquí se considera modo legítimo de aspirar al triunfo, la suposición maligna, la calumnia fría, la réplica aristofánica, la pelea que deja el aire fétido, como son fétidas las entrañas donde se elabora y mantiene la salud, despiertan este año con brío nuevo, por el poder súbito con que se presenta en el combate el partido prohibicionista, hostil á la fábrica y venta de licores, y por el influjo que pueda tener en los partidos antiguos, republicano y demócrata, el nuevo partido reformador de George, reclutado principalmente de entre los demócratas, y ya dividido, por haberse separado de él en masa los obreros socialistas. Candidatos, casa de banderas, banderas, impresos, procesiones, oradores, laborantes, urnas de patente, con las que no se puede apuntar más votos de los recogidos, todo lo tiene ya cada partido preparado.

El cuartel general de cada uno, la casa de banderas, la casa donde en salones misteriosos se dirigen las operaciones de la campaña, son en verdad dignas de verse. Las antesalas están llenas de pedigüeños; todos van allí á vender algo, uno su influjo en una cervecería, otro una canción en que denigra á los candidatos rivales, otro el secreto que deshonra al candidato enemigo, otro va á que lo alquilen de orador. De espaldas contra las paredes están

Digitized by Google

en maniquíes los modelos del uniforme con que ha de darse más lujo á los mastuerzos, que á peso por noche, fungirán de entusiastas en las procesiones. La pared está llena de retratos de los candidatos del partido. En los rincones, sobre las mesas, sobre las sillas, hay grandes atados de periódicos é impresos, que con ayuda de grandes registros va colocando en fajas de correo una falanje de infatigables secretarios. Allá adentro, en la sombra, están en junta constante los prohombres; hay poca luz, como para que no vean su bochorno los que van á venderse; las sillas están dispuestas en grupos por los rincones, donde se abejea como en un confesonario; no se sale por la misma puerta por que se entra. Allí se acuerda el itinerario de cada orador, se le da la pauta de sus discursos, se fija la subvención que debe darse á cada diario, se desecha el diario que la pide, sin que su importancia haga temible el tenerlo por opositor, se paga en tanto ó cuanto el gamonal que ofrece llevar al partido cierto número de votos, se solicita con vergonzosos ofrecimientos el apoyo del hombre honrado á quien se cree dueño de la opinión de algunos de sus conciudadanos.

En los partidos nuevos, el cuartel general es más franco y humilde; los secretarios reciben en la antesala á los visitadores, escriben las direcciones de los votantes en las fajas de los impresos que les envían, comunican con su juventud y agilidad la simpática fe del novi-

Digitized by Google

cio; en un cuarto interior espera el jefe, que conferencia sin tasa, recibe á muchos, dice á más que no los puede recibir, y de vez en cuando visita la antesala, sonriendo sin cesar, acariciando á un niño, galanteando á una mujer, dando á los hombres la mano; se hunde luego en su salón, alumbrado por una gran araña dorada.

* * *

¡Qué si hay mujeres en estas oficinas políticas! Unas hacen de secretarias; otras son oradoras celebradas; otras son edecanes valiosos de los partidos de la Prohibición y del Sufragio Femenil; otras son indispensables auxiliares en el día de los yotos. En Newark, el trabajador más activo, el «laborante», que con más enérgía ayudó la candidatura de un sacerdote protestante para Presidente del Municipio, fue con vestidos de seda y sortijas de brillantes, su propia esposa. Y anoche mismo, en la reunión al aire libre de las socialistas en «Union Square», cuando ocho mil de ellos se congregaban impacientes para protestar contra la brutal arremetida con que una semana antes los dispersó la policía; cuando la ciudad esperaba que no acabase sin sangre la noche; cuando cercaban el estrado de los oradores, doscientos policías armados de revólvers y de la porra temible; cuando aun padecen en los hospitales de sus contusiones y heridas los concurrentes ó transeuntes indefensos que arrolló aquella noche la policía sanguinaria,

Digitized by Google

una mujer habló desde el estrado á la plaza que la vitoreaba sin cesar, mientras ella, dando la libertad de los Estados Unidos por moribunda, aconsejaba á los socialistas que la fortalecieran con el estudio de los problemas que acarrea el predominio del dinero, y la restableciesen con el voto. Silenciosamente, mientras ella iba hablando, pasaban ante el estrado compañías de obreros, que ondeaban la bandera roja.

Con tres «hurrahs por la palabra libre» acabó la reunión, que había oído atenta los discursos de los oradores que les hablaban desde los estrados dispuestos en las cuatro esquinas de la plaza, y los carretones convertidos en las bocacalles en improvisada tribuna. Allí estaban todos los partidarios con que en New York cuenta el dogma socialista, encabezados por un noble ruso. Allí estaban, con sus mujeres y sus hijos, los mismos sobre quienes, fingiendo una equivocación de que se ha avergonzado luego, cayó ciega de furia la policía, tundiendo, aporreando, derribando, hiriendo á cuanto tranquilo espectador ó paseante desentendido se le oponía al paso. Dejaban á sus víctimas machucadas por la porra, cegadas por la sangre, levantándose á rastras, implorando socorro. Así se vengaron los policías, en una junta consentida por las autoridades públicas y celebrada conforme á la Ley, de las censuras que su brutalidad y su conducta venal arrancan á los oradores del partido nuevo, que

Digitized by Google

viene á derrocar el sistema impuro en que los que viven de los vicios de la ciudad mantienen con el producto mismo de ellos en el poder á los que les permiten el ejercicio libre de sus viles profesiones.

Pero á ese odio personal hay que añadir, para entender en su alcance este acto de violencia, el encono con que ve el policía, casi siempre irlandés ó hijo de él, á los alemanes, polacos, bohemios y rusos que, más por aspiración vaga que por entendimiento, siguen, en unión de escasos norteamericanos, las doctrinas socialistas, propagadas aquí por los medios legales de la palabra, el periódico y el libro, con aquella volcánica intensidad propia de los países donde el hombre estalla de puro comprimido: el desinterés evangélico de unos, el odio heredado de otros, el ansia de mejora de todos, da á esta propaganda ingertada, á esta política de importación, un tono de extranjería y vehemencia que inspira espanto verdadero á los americanos de raza, hechos á volcar en paz, por la virtud del voto puesto en la urna, los hombres y las instituciones que les estorban. Y en los policías vienen á juntarse, con el rencor hacia el que denuncia sus abusos, el odio del emigrado irlandés á su rival alemán ó eslavo, y la impaciencia clara con que el pueblo americano mira el adelanto de las doctrinas europeas, impaciencia tal que no vacilaría, si así pudiera detener el progreso de las del extranjero, en mermarse sus propias libertades.

Digitized by Google

Así pasan ahora los días rápidos: leyendo los diarios en que los republicanos y demócratas, enemigos entre sí, se coaligan para atacar el partido de George, y animan á los socialistas de quienes George, con enérgica política, se ha separado; oyendo calumnias; aplaudiendo en estrenos teatrales; preparándose para la Exposición de Atlanta; viendo á los negros, al favor de un buque, representar á lo vivo las escenas bíblicas del Hijo Pródigo; asistiendo á un teatro donde debaten ante el público, compuesto por mitad de los dos partidos, George, defensor de un impuesto único sobre la tierra dada en alquiler por el Estado, y el ruso Shevitch, orador tonante y de hermoso pelo negro, jefe de los socialistas. Así pasan los días, mientras otoño, rico de colores, viste ya de fogosos matices la tierra que pide á los árboles la cubierta de hojas secas que la protejerá de la primera helada: en ríos y lagos se reflejan, como en láminas de oro móvil, los fantásticos cambiantes de las orillas, donde el verde perpetuo de los pinos, fieles á la primavera, realza la hermosura de incendio del haya roja, el nogal pardo, y el castaño amarillo, por entre cuyas ramas, sin cuidarse del ruido de los ferrocarriles ni del de las pasiones de los hombres, corretean las ardillas buscando nueces.

Digitized by Google

MEXICO EN LOS ESTADOS UNIDOS.

SUCESOS REFERENTES A MEXICO.

Junta de la Liga de la Anexión en New York.—Se ha de estudiar este país por todos sus aspectos.—Cutting preside la "Compañía de Ocupación y Desarrollo del Norte de México."—La anexión del Canadá.—El "Sun" responde una pregunta sobre la anexión de México.—Cutting con la Liga.—Dos artículos sobre México en las revistas de Junio.—"La Villa de Guadalupe" en el "American" Magazine.—Artículo de Charles Dudley Warner en el "Harper's Magazine" sobre Morelia y Toluca.—Warner como escritor.—Importancia de su juicio en los Estados Unidos.—En Toluca le asombra la agricultura.—Morelia, como belleza natural, le entusiasma.—Su juicio hostil.—"¡Piernas pobres!"

New York, junio 23 de 1887. (*)

Señor director de *El Partido Liberal:*

Estos días han sido mexicanos. Que México tendrá pronto en Washington un palacio digno de él; que el comercio entre México y los Estados Unidos recibirá un súbito empuje con el nuevo tratado de correos, según el cual pueden enviarse cartas y paquetes á la otra margen del Bravo, por lo mismo porque circulan en los Estados Unidos; que la hija de Juárez, el indio que crece, fue agasajada en la Casa Blanca; que unas fieles amigas peregri-

(*) Por error en la numeración de originales no aparece esta carta en el correspondiente orden de fechas.

Digitized by Google

naron á la tumba de Helen Hunt Jackson, la que con tal arte y ternura contó en su novela *Ramona* las desdichas de los indios de México, cuando la conquista de California; que en un salón, con poca luz, se reunieron para oir á Cutting los delegados de la «Liga de Anexión Americana», y hablaron cosas torvas; que es una maravilla la loza tornasolada de los indios de Santa Fe, y pudiera convertírsela en una pingüe industria; que el *American Magazine*, buena revista, trae un artículo limpio de iras, sobre la Villa de Guadalupe, y sus piedades y leyendas; que Charles Dudley Warner, el escritor pintoresco y afamado, describe sin bondad en el *Harper's Magazine* su viaje por Toluca, Pátzcuaro y Morelia. Veamos todo esto. Desembaracémonos primero de lo desagradable. Asistamos al salón de poca luz. Para conocer á un pueblo se le ha de estudiar en todos sus aspectos y expresiones: en sus elementos, en sus tendencias, en sus apóstoles, en sus poetas y en sus bandidos!

***

Era de noche, como conviene á estas cosas, cuando en los salones de un buen hotel de New York, se reunieron en junta solemne los directores de la «Liga de Anexión Americana» y los delegados de todas las ramas de ella, para hacer un recuento de sus fuerzas y mostrar su poder á los misteriosos representantes que los estados anexionistas del Canadá envían á la

Digitized by Google

Liga, á la vez que para tributar honores al Presidente de la «Compañía de Ocupación y Desarrollo del Norte de México», al coronel Cutting. Presidía el coronel George W. Gibbons, conocido abogado; canadenses había muchos, á más de los delegados de la Liga, cuyo objeto inmediato es «aprovecharse de cualquier lucha civil en México, Honduras ó Cuba, para obrar con celeridad y congregar su ejército»; pero no había ningún hondureño, ningún cubano, ningún mexicano. «La ocasión puede llegar pronto, decía el Presidente; lo cierto es que puede llegar de un momento á otro.» «¿Honduras también?» preguntó un neófito. «¡Oh, sí; vea el mapa de Byrne. Honduras tiene muchas minas.» «¡Qué no nos tomen en poco», decía un orador, «que lo que va detrás de nosotros, nosotros lo sabemos; con menos empezó Walker hace treinta años; sólo que tendremos cuidado con no acabar como él.»

Nueve años hace quedó establecida la Liga de Anexión, y hoy cuenta, repartidos en los varios Estados de la República, y «prontos á acogerse al banderín de marcha» más de diez mil afiliados, «gente buena», dice uno de los informes, «á la que cuesta esfuerzo reprimir, pero los tiempos no están aún maduros para una agresión aislada é independiente.» Cada delegado de las ramas numerosas de la Liga leyó su informe, y de ellos y de sus conversaciones, resulta que tienen fe en la espalduda canalla que, impaciente de guerra y saqueo,

Digitized by Google

se cría siempre, como las setas venenosas de las mejores maderas, en los pueblos fuertes de muchos habitantes. Su deber es acudir á la primera voz de mando. Les sobran afiliados, dicen, lejos de faltarles. Su organización es la de un ejército de reserva.

De todo el Sur y el Este del Canadá habían venido para esta junta magna delegados especiales, y no de poca monta, pues dos de ellos son diputados en el Parlamento del Dominio. ¿Ni cómo pueden tomarse enteramente á la ligera, por lo menos en cuanto hace al Canadá, los trabajos de la Liga, cuando á la vez que celebra una convención especial para afirmar sus relaciones en el país vecino y tratar con sus representantes, piden los diarios demócratas, el *Sun* y el *World*, sin escándalo de los demás, que el partido haga dogma de su programa la anexión del Canadá á los Estados Unidos? En New Brunsick no hay un sólo ciudadano que quiera ser inglés, dijo uno de los diputados, y todo Manitoba es anexionista.

—¿Y á México, por qué no?—preguntó al *Sun* otro diario, puesto que está tan cerca de nosotros y nos es tan necesario como el Dominio?

—No debemos querer á México, respondió el *Sun*, porque su anexión sería violenta, inmaterial y odiosa, sobre que nos fuera incómoda, porque allí, ni las instituciones, ni la lengua, ni la raza son las nuestras, y no habría modo de llegar á una asimilación fecunda;

Digitized by Google

mientras que en el Canadá vienen de ingleses como nosotros, como nosotros hablan inglés, y como nosotros desea el país confundirse con nuestra República. Y eso mismo dijeron en la junta los canadenses, que no son conocidos por su nombre, sino por números, para que no les caiga encima por traidores su gobierno nativo.

Pero este asunto, con ser tan importante, lo pareció menos á la junta que la presencia del coronel Cutting.—«Viene, se decían en susurros, á unir las fuerzas de la Liga de Anexión con las de la Compañía de Ocupación y Desarrollo del Norte de México.»—«Sí, á eso viene, se trabaja mucho. Las dos asociaciones van á celebrar una Asamblea.»—«¿Dónde?—En Niágara Falls.»—«¡Ah! ¿en la frontera del Canadá?»—«¿De qué se trata, pues, primero, del Canadá ó de México?»

Y en medio de esos comentarios, todos al caso y ciertos, iba explicando Cutting á la junta, que lo oyó con favor, la organización de «las fuerzas de la Compañía», después de haber pretendido encender el odio con la aleve pintura de su prisión en México, que acaso procuró para servir de buen pretexto á la Compañía invasora. Allí dijo lo que debe repetirse y los periódicos todos publican:—que los soldados de la Compañía pertenecen á Estados diversos. pero son más los del Sur, por irles más de cerca; que ya son quince mil, prontos á una llamada; que el objeto de la Compañía es desposeer á México de los Estados del Norte, y

Digitized by Google

en especial de Sonora, California, Chihuahua y Coahuila; que «su gente» es probada, toda de aventura, y hecha ya la mano á empresas tales, gente recia y sin miedo. Dijo, en fin, lo que no puede ser, que Nuevo León y Tamaulipas, semejantes á un hijo que acaba de asesinar aquí á su madre porque ella se empeñaba en hacerlo ir por bien, están dispuestos á acogerse á los Estados Unidos; y dijo la vulgar locura de que, con tal de echar á su gobierno abajo, muchos mexicanos ayudarían á la invasión, á pesar de su odio al Norte.—Va á reunirse una asamblea preparatoria de la general en New Orleans.

Ya tienen escogido el hotel donde la general va á celebrarse en Niágara Falls. A Cutting, para su persona, nada le falta. Ahora urgiría que todo lo favorable á México se propalara y cundiese, para que cuando por una ú otra parte alzasen cabeza estos bandidos, no estuviera la opinión de acá indiferente ó inclinada en su pro, sino sintiera que le venía de la conciencia el freno; lo que no puede lograrse sino aprovechando, y con prisa, toda ocasión de inspirar respeto á quienes pueden ser, con su obra, ó su bolsa, ó su indiferencia, hostiles. ¿No cuentan ahora mismo los historiadores de Lincoln cómo atizaban año sobre año los espíritus turbulentos de la frontera; cómo provocaron; cómo intentaron, una y otra vez; cómo al fin trajeron la guerra, entre el Sur y el Norte, de que eran ellos látigo y van-

Digitized by Google

guàrdia? Las saetas venenosas no son más que saetas, pero matan. Y es bueno conocerlas y prevenirse contra su uso.

***

El que describe á Guadalupe en el *American Magazine*, no pone por cierto su leño en esa hoguera. Él, Arthur Howard Noll, no es de los que busca en las estatuas los lunares; él no estudia á los vecinos por lo absoluto, como no se les ha de estudiar, sino en relación con sus antecedentes, que es como queda el observador prendado de ellos. Guadalupe le parece «la población más interesante de los alrededores de la capital». La Sacristía le recuerda la Vicaría de Fortuny. Cuenta sin burla las aventuras de Juan Diego; el crecer de las rosas en la piedra viva; el milagro de que, al llegar á la casa del Obispo, las flores hubiesen pintado el retrato de la virgencita en la frazada; cuenta las hazañas de la de Guadalupe, en su formidable pelea con la de los Remedios; en el día de los muertos, ve, entre las sepulturas cubiertas de flores, la tumba de Santa Anna con una sola corona, la de su esposa; azota «el gran vicio nacional, el juego», aunque observa que el mexicano no juega tanto por la ganancia como por los lances y la novela de la diversión, y porque se vea que sabe perder como sabe morir.

Pero ¡en cuán distinto espíritu está inspirado lo que Charles Dudley Warner, que

Digitized by Google

aquí campea entre las autoridades literarias, escribe sobre su viaje, superficial y pretencioso, por Toluca, Pátzcuaro y Morelia! Nadie, en verdad, pudiera atestiguar mejor sobre aquella hermosura natural, y evocar con palabras, vivas como colores, los soberbios cambiantes de aquellas puestas; porque él es escritor elegante y personal, que comparte con John Burroughs el mérito de describir con ternura la naturaleza, y la ama como Thoreau, el solitario de Concord, mas no con la pasión desmedida de aquel eremita desconsolado, sino con gracia de artista francés, y en virtud de una fina y vehemente necesidad de color y hermosura.

Hay en sus estilos la misma diferencia que entre sus personas:—Thoreau, enjuto, cenceño, de ojos dolorosos y fijos, de cabello despeinado é hirsuto, raso el labio de arriba, como un lacedemonio, la boca comprimida, para que no se le saliese por ella la tristeza, y la barbilla en barboquejo: — Warner, pulcro en el traje, amigo de gustar, nariz montada, ceja rasgada, ojo adoselado, frente griega, cabello rico, partido á la mitad; barba apostólica. Conoce su jardín hoja por hoja. Se ha sentado á horcajadas junto al árabe. Ha ido, buscando la gracia, al Levante y al Nilo. Después de eso, ve á Morelia, y exclama: «¡Es lo más bello que he visto!» Pero no merece escribir para los hombres; porque no sabe amarlos.

Ve bien en los detalles; pero ¿de qué le sir-

Digitized by Google

ve, si no ve con cariño? Pinta bien lo que ama, los lagos resplandecientes, los sembrados lucidos, los coros de montañas, arrebujadas como las vírgenes en velos vaporosos; mas el mérito no está en eso, pues para eso no hay nada que vencer sino en domar la antipatía, si se la tiene, y pintar con lealtad, y como si se le quisiera, aquello que por naturaleza no se ama. No es que todo sea bueno, ni que haya de disimularse lo malo que se ve, porque con cosméticos no se crían las naciones, ni con recrearse contemplando en la frente inmóvil su hermosura; pero todo se ha de tratar con equidad, y junto al mal ver la excusa, y estudiar las cosas en su raíz y significación, no en su mera apariencia. ¡Pues si acá fuera á juzgarse el país por la corteza, y no se mirara á sus brutalidades con la piedad y razón que son menester para excusarlas! Los pueblos, Warner, son como los obreros á la vuelta del trabajo, por fuera cal y lodo, pero en el corazón las virtudes respetables!

Entiende la naturaleza, pero es escritor estrecho, que no sabe salirse de su raza, como aquél del cuento indio, que porque tenía asido al elefante por una pata, sostenía que todo era pata. Por sobre las razas, que no influyen más que en el carácter, está el espíritu esencial humano, que los confunde y unifica: sus emperadores tienen el pensamiento, que son los que ven de alto y en junto, como Emerson, y sus alféreces, que son los que de andar en los

Digitized by Google

asuntos de su compañía todo lo quieren modelar por ella.

Como Warner. Entiende la naturaleza, mas en cuanto les ve cambiar de color, ya no entiende á los hombres. ¡Lástima de estilo, porque de veras escribe con cierto calor, precisión y viveza en todas partes desusados!

Toluca le parece limpísima ciudad, y preferible en ésto á todas las de los Estados Unidos; le recuerdan el Oriente las columnas egipcias del mercado, y la capilla con su dombo de azulejos. Admira estático la perfección de los cultivos, no sin enseñar su vulgar preocupación. «No creíamos, dice, hallar en México tan celosa agricultura.» La puesta de sol, vista desde un cerro que domina la población, «es uno de los más bellos espectáculos del Universo.» El viaje á Morelia le impacienta por lo lento; y el viaje á Toluca le entretuvo reflexionando en lo mucho que robaban antes por allí «estos mexicanos, que al parecer con el favor de la opinión pública variaban la monotonía de sus ocupaciones ordinarias con la del robo en despoblado;» como si en los Estados Unidos no se hubiese robado de la misma manera, cuando vivían sus comarcas en el mismo aislamiento y condición primitiva en que estaban, cuando eso pudo decirse, las de México; como si los enormes fraudes que comete en los Estados Unidos, en lo cabal de su civilización, la gente culta, y de los que México está casi libre, no revelasen una corrupción

Digitized by Google

nacional más vasta é inexcusable que el bandidaje romanesco, fatal secuela de las guerras, en soledades sin vigilancia y sin medios de trabajo; como si en México, donde quiera que ha aparecido el trabajo, no hubiese desaparecido el robo!

Al fin llegó á Morelia, después de ver el lago Cuitzeo, que cree más bello que el de Winnipiscoyee, ó el afamado lago George; después de apuntar que los indios de México viven como cuando Cortés, ¡como si hubiese cosa más triste, fuera de las escuelas de Hampton y Carlyle, que los indios norteamericanos; como si no los tuviera extenuados la desolación ó el vicio; como si Helen Hunt Jackson no apellidase este siglo, por el maltrato de los indios, «un siglo de infamia;» como si de los indios norteamericanos hubiese surgido un Juárez!

Llega á Morelia, y allí escribe sus páginas con rosas; se siente en su estilo la noche serena y el aire aromado; las flores invisibles danzan en torno del búfago, y lo doman; ellas le dejan ver que la ciudad es un árbol de jazmines, que el orden reina en Morelia adorable y sencilla, que el colegio es excelente, aunque sobran en su librería pergaminos inútiles y faltan los libros de la vida nueva. Las flores lo guían; Morelia sale de sus manos como una maga que invita al mundo á reparar las fuerzas en su seno; hay suave tristeza en el éxtasis con que admira cada nuevo espectácu-

Digitized by Google

lo. Las flores lo llevan, no le enseñan castellano, porque dice que «calzada» quiere decir «sombrío», pero describe la calzada como bóveda sacra y opulenta, y entra en paz el espíritu, sólo de divisar en la pintura las guías de carmelina, asomadas á los muros blancos para ver pasar al búfago vencido. Y llega á la Alameda por el noble acueducto que trae á su memoria, con lo que alcanza á ver entre los arcos, los paisajes menos bellos de la campiña romana, donde nada hay que se compare en su poético abandono á aquel paseo, á la vez jardín y bosque, con una que otra choza de labrador en los canteros, cercada de claveles, con su follaje espeso y elocuente, con su rumor que acalla los pesares, con la divina quietud del poeta persa. ¡Repara, el mal agradecido, en que los bancos no están bien cuidados!

Luego, más vale no leerlo. ¡Pretende juzgar la ciudad, quien no sabe que allí vivió Ocampo! ¡Quiere dar voto sobre la gente del país, y no pregunta dónde peleó Rayon! ¡Que son mestizos; que los extranjeros tienen que sobornar á los jueces para obtener justicia; que los amantes se entienden á señas por las ventanas, como si no fuera esto mejor, sin ser loable, que estrujarse en el Parque Central por los rincones; que los novios, como cosa nunca vista y pecado especial de México, se ganan á las criadas para hablar con las novias en sus habitaciones; que á un americano le permitieron una vez depositar en una elección

Digitized by Google

el voto de sus trabajadores ausentes; que en las fiestas de la plaza, adornada de carnavales, vió á los «petimetres de la ciudad, de piernas pobres, jovenzuelos sin seso, escoria de una civilización degenerada, sin virilidad y sin propósito.»

¡Este Warner merecería que se le pusiera, como en tiempo del Cid, la mano en la barba! ¡Conque las piernas fuertes hacen los corazones animosos!

¡La civilización en México no decae, sino que empieza!

¡La han levantado de sobre un cesto de hidras, con brazos que esplenderán en lo futuro como columnas de luz, un puñado de hombres gloriosos! ¡Ha sido la heroica pelea de unos cuantos ungidos contra los millones inertes, y contra privilegios capaces de ampararse de la traición! ¿Qué civilización heredó México, cuando ya tenía el brío propio necesario para declararse libre? ¡Esa Nación ha nacido de esas piernas pobres y de unos cuantos libros franceses! ¡Más ha hecho México en subir á donde está, que los Estados Unidos en mantenerse, decayendo, de donde vinieron! Quede Warner en paz, que fuera hablar más de él, darle la gran lanzada al moro. ¡Piernas pobres! Davides han hecho más que Goliates; Bolívar pesaba tanto como su espada; Don Miguel Hidalgo llegaría á unas ciento treinta libras; las piernas pobres no arremetieron mal el Cinco de Mayo. ¡Piernas pobres!; precisa-

Digitized by Google

mente era así el guía que cierto caminante llevaba una vez de Acapulco á México, el cual camino acabó con una buena suma á la cintura, sin que nadie le robara; era así el guía, poco de carnes y años, sin seso y zancudo; pero como un francés corpulento, que se agregó á la caravana, diera en punzarlo y hacer burla de él, llegando, porque lo creyó flojo, á mover mucho el sable y desafiarle el valor, saltó el mozo de su arria con tal vuelo que pareció á todos gigante, y más que á nadie al francés, que escondió el sable en cuanto le vió al mozo los ojos, tan encendidos que no había modo de hacerle seguir camino hasta que el francés no se bajara de su caballo y aceptase el combate. Al francés no le pareció el mozo ¡piernas pobres!—Pero, ¡ah, de esos juicios de viajeros, que no se responden al punto y en su propia casa, se hace aquí lentamente el juicio nacional, que México no ha de querer que le sea en las malas horas enemigo!

Digitized by Google

LA REPUBLICA ARGENTINA

EN LOS ESTADOS UNIDOS.

UN ARTICULO DEL "HARPER'S MONTHLY."

New York, octubre 22 de 1887.

Señor Director de *La Nación:*

De dos años acá se nota en los periódicos de los Estados Unidos deseo marcado de conocer los países y recursos de nuestra América, que les parece campo necesario, cuando no obligado, para los productos excesivos de las industrias norteamericanas; sin que á estas averiguaciones de riquezas y costumbres haya presidido aquella cordial afición que á nuestros países corteses y caballerescos enamora, y nos induce á sacrificar en pago de ella el propio interés; antes bien, nos estudian é historian á meras ojeadas, y con mal humor visible, como noble apurado que se ve en el aprieto de pedir un favor á quien no mira como igual suyo. Así es que, siendo en verdad admirables la mayor parte de los pueblos de

Digitized by Google

nuestra América por haber subido entre obstáculos mortales á su condición presente, de los más obscuros y opuestos orígenes, no pasa día sin que estos diarios ignorantes y desdeñosos nos traten de pueblecillos sin trascendencia, de naciones de sainete, de republicuelas sin ciencia ni alcance, de «pueblos de piernas pobres» — como decía ayer Charles Dudley Warner hablando de México,—«escoria de una civilización degenerada, sin virilidad y sin propósito!»

¡Este Warner merecería que se le pusiera, como en tiempo del Cid, la mano en la barba! ¡Lástima de estilo el suyo, porque de veras escribe con cierto calor, precisión y viveza, en todas partes raras! La civilización en México, como en toda nuestra América, no decae, sino empieza. Tendrá el carácter de nuestra naturaleza, de pampa y de ombú. De sobre un cesto de hidras ha levantado la civilización en nuestra América, con brazos que esplenderán en lo futuro como columnas de luz, un puñado de hombres gloriosos, de apóstoles marciales, de mentes enciclopédicas, de universitarios redimidos.

¿Qué ha sido en México la civilización contemporánea sino la heroica pelea de unos cuantos ungidos contra los millones inertes, contra privilegios capaces de ampararse de la traición, y de vender al extranjero su república? ¿Qué civilización heredó México, heredó toda nuestra América, cuando ya tenía brío

Digitized by Google

propio para declararse libre? Más han hecho nuestras tierras en subir á donde están, que los Estados Unidos en mantenerse, decayendo tal vez en lo esencial, de la maravilla de donde vinieron.

Dudley Warner ve bien los detalles; pero ¿de qué le sirve, si no ve con cariño? Pinta bien lo que ama, los lagos celestes, los sembrados lucidos, los coros de montañas, arrebujadas como las vírgenes en velos vaporosos; mas el mérito no está en eso, pues para eso no hay nada que vencer, sino en domar la antipatía, si se la tiene, y pintar con lealtad, y como si se le quisiera, aquello que por naturaleza no se ama. No es que todo sea bueno, ni que haya de disimularse lo malo que se ve, porque con cosméticos no se crían las naciones, ni con recrearse contemplando en la fuente inmóvil su hermosura; pero todo se ha de tratar con equidad, y junto al mal, ver la excusa, y estudiar las cosas en su raíz y significación, no en su mera apariencia. ¡Pues si acá fuera á juzgarse el país por la corteza, y no se mirara á sus yerros con la piedad y razón que son menester para excusarlos! Entiende Warner la naturaleza; pero es, á pesar de su forma, escritor estrecho, que no sabe salirse de su raza, como aquél del cuento indio, que porque tenía asido por una pata al elefante, sostenía que todo era pata. Por sobre las razas, que no influyen más que en el carácter, está el espíritu esencial humano que las domina y uni-

Digitized by Google

fica. Sus emperadores tiene el pensamiento, que son los que ven de alto y en junto, como Emerson; y sus alféreces, que son los que, de mirar en los asuntos menudos de su escuadra, todo lo quieren modelar por ella.

¡Piernas pobres! Davides han hecho más que Goliates. De San Martín no se cuenta que pesase montes: Bolívar pesaba tanto como su espada: el cura Hidalgo llegaría á unas ciento treinta libras. ¡Piernas pobres! Precisamente era así el guía que cierto caminante llevaba una vez de Acapulco á México, al cual viaje dió fin sin que le robase nadie la suma fuerte que cargaba al cinto; así era el guía, poco de años y carnes, muy cenceño y zancudo; pero como un francés corpulento que se agregó á la caravana diera en punzarlo y hacer burla de él, llegando, porque le creyó flojo, á mover mucho el sable y desafiarle el valor, saltó el mozo de su arria con tal vuelo que pareció á todos gigantes, y más que á nadie al francés, que escondió el sable en cuanto le vió al mozo los ojos, tan encendidos que no había modo de hacerle seguir camino hasta que el francés no se bajara de su caballo y aceptase el combate. ¡Al francés no le pareció el mozo «piernas pobres!»

* * *

Precedidos casi siempre por la fama de la riqueza natural del país, se han publicado principalmente en las revistas mensuales ar-

Digitized by Google

tículos miopes sobre Guatemala; que con política culpable ofrece ahora su alianza á los Estados Unidos á cambio de que éstos abusen de su temible influjo en México para que el Gobierno mejicano permita al guatemalteco oficiar de potencia mayor y absoluta entre los países de Centro América que Guatemala mira como botín natural suyo; sobre Costa Rica, industriosísima colmena, que inspira cariño por la cordialidad de sus habitantes, de los «hermaníticos», como en Centro América los llaman, y respeto por su laboriosidad é industria;—sobre Honduras, que levanta su nueva generación, medulosa y prudente, entre minas de oro y plata que estallan por todas partes á flor de tierra como en la ceniza caliente se abren en florones níveos los granos de maíz;—sobre Colombia montada en oro, sujeto el seno henchido por un corselete de esmeraldas, oreada la frente, repleta en mal hora de latines, por las alas anchas de las mariposas azules de Muzo;—sobre Chile, «el país del yankee sudamericano», donde vió Eleroy Curtis, secretario de aquella volante comisión norteamericana que recorría hace dos años nuestros países, «el paseo de Santa Lucía, el lugar más bello que he visto jamás», donde le pareció el chileno «el más activo, emprendedor é ingenioso entre los hispanoamericanos, agresivo, audaz, arrogante, perspicaz, rencoroso, fiero de naturaleza, hombre de sangre fría», mezclando en eso y en lo que aquí se calla, de tal modo las vir-

Digitized by Google

tudes á los reparos, que más llegan á ser éstos que aquéllas.

Y hoy mismo acaba de publicarse en el *Harper's Magazine*, que reclama con justicia entre las revistas ilustradas el puesto de representante terco del espíritu aguileño de Norte América, un respetuoso estudio sobre «el otro extremo del hemisferio», sobre la Argentina y el Uruguay, donde el asombro mal contenido no deja al autor, que es el mismo Eleroy Curtis, espacio para la censura.

Adivínase el estupor con que los comisionados vieron surgir, cuando desembarcaban en Buenos Aires, «sobre los hombros de un tempestuoso italiano», aquella inesperada y ya temible grandeza; y el escritor lijero que de todos los demás países de América trasmitió impresión tal que resultan, aun los más prósperos de entre ellos, semi bárbaros y deformes, sólo ve en Buenos Aires al gaucho que espira sobre su poncho de colores á los pies de una nación mágica y pujante.

* * *

No tiene el estudio mucha literatura; pero su misma desnudez realza su efecto y es su lección mejor, puesto que desde el exabrupto con que comienza, revela el miedo é impone el respeto que á su juicio merece la Argentina de un país que «vergonzosamente la desconoce», aunque, á seguir como van los precios de producción y trasporte en los Estados Unidos

Digitized by Google

«acabarán los argentinos por echarnos de los mercados de provisiones y harinas».

Y hay algo del floreo de brazos de los boxeadores en aquella avalancha de contrastes estadísticos. Ya no preocupan al escritor, como en los demás pueblos que visita, «si la costaricense anda descalza», lo cual sólo es verdad de alguna campesina infeliz; ni si en Santiago de Chile se deja morir de frío la gente en las casas, arrebujada en sus pieles alrededor de un ético brasero». ¡Lo que os debe preocupar, imbéciles, es que «á nosotros nos cuesta cincuenta pesos poner una res curada de Chicago, en Londres, y á ellos les cuesta veinticinco; que hace cinco años empezaron á exportar cereales, y de aquí á poco nos van á quitar el mercado de harinas del Brasil, como Chile nos ha quitado el del Pacífico;, que con su tierra, cultivable casi toda, sus ríos hondos, sus impacientes ferrocarriles, los pueblos del Plata tienen ventajas que superan á las de cualquier otro país del globo!»

Y con aquel espanto con que Catón acababa su discurso, con un elogio continuo y casi colérico que va levantando á latigazos la atención de sus compatriotas soberbios y dormidos;—en vez de entretenerse en describir estatuas y edificios;—en vez de intentar desdichados y rudimentarios esbozos de mera historia política de nuestra lucha sublime por poner de acuerdo, con generosidad é ímpetu difíciles de entender para otras razas, nuestra población supers-

Digitized by Google

ticiosa y primitiva con nuestros ideales acrisolados y magníficos;—en vez de burlarse á boca ancha de costumbres risibles que acaso conservamos sólo por aquel tierno respeto del nieto leal á las chocheces de sus viejos buenos,—esto es lo que dice Curtis á los norteamericanos: «No os fiéis de aquella Patagonia inhabitable, porque lo es tanto como nuestro gran desierto; nuestra población aumenta en un setenta y nueve por ciento, y la de ellos en ciento cincuenta y cuatro; creéis que nuestra Minneapolis es la ciudad que más de prisa crece en el mundo, y Buenos Aires crece mucho más de prisa que Minneapolis. Wheelright, de Pensylvania, les fundó su primer ferrocarril; Halsey, de New Jersey, su primer rancho; Hale, de Boston, la primera casa de comisiones que abrió la vida al comercio extranjero; pero tales son ellos que no sólo imitan nuestros métodos, sino los mejoran, y nosotros somos tales que mientras Inglaterra envía allí trescientos nueve vapores en un año, los Estados Unidos, invitados por una subvención anual de cien mil pesos, que no nos decidimos á igualar, no enviamos uno sólo. La Compañía de carnes frigorizadas de Londres y el Plata está ya siendo enorme pulpo comercial, que acaparará el tráfico de carnes como nuestra Standard Oil Co. acapara el tráfico de petróleo. Y cuando aquel pueblo que va un siglo adelante de cualquiera otro país hispano-americano; que tiene en sus ciudades más teléfonos y luces eléctri-

Digitized by Google

cas que nosotros, sus propios inventores; que con avidez inteligente se apodera de toda idea ó procedimiento útiles; que tiene más escuelas, más riqueza animal, más riqueza relativa que nosotros; que echa por todo el continente, con éxito que pudiéramos aquí mismo envidiar, suntuosos ferrocarriles por tentáculos; cuando la Patagonia—de donde ha volado el indio como el avestruz—esté poblada por los rebaños que ya la inundan, y por el ferrocarril del Norte baje el comercio, el tránsito, las minas del Pacífico, Buenos Aires será á la vez Londres y New York, y la constancia de aquel pueblo latino habrá levantado contra la misma naturaleza un populoso emporio, una nueva maravilla hermana, en la ribera que con más prisa que juicio escogió para sitio de la ciudad, pensando antes en guerra que en trabajo, el fundador Mendoza. Ya no es aquella la «Confederación Argentina,» como nuestros textos de geografía la siguen llamando torpemente, sino Nación, Nación con N mayúscula como la nuestra, y «una é inseparable,» y «unidos nos salvamos y divididos perecemos,» y todo lo más que nos plazca decir de nosotros, todo eso es la República Argentina; llamarla de otro modo es injuriar á los patriotas que con su sangre la han hecho lo que es, y poner en berlina nuestra propia inteligencia.

***

Y así como la relación desnuda del viaje de

Digitized by Google

Darwin en la fragata «Beadle» resulta á veces, por el influjo de la beldad americana en el autor sincero, épica como nuestro natural resplandeciente, fúlgida como un brillante negro, fresca y casi olorosa, así, por su efecto en este narrador desordenado y frío, por el orden y poesía que le infunden, por la belleza desusada que adquiere al describirlo su lenguaje, se enseñan mejor que con pujos retóricos ó mercenarios éxtasis los elementos originales, y pintorescos como todo lo grandioso, con que se elabora aquella nación nueva, ya el pastoral, que pinta en el gaucho á la vez infatigable y muelle «devorando el espacio, semi-salvaje y semi-caballero,» acogiendo como esposa á la viuda del que la pagó con la vida el delito de vencerlo en la payada, ya el ímpetu contemporáneo, que sin más ayuda histórica que el arranque nativo, enfrena los ríos, levanta ciudades en lo que crece la yerba, da cita y envidia á las naciones y con tal virtud que obscurece sus vicios, ante el extranjero hostil, cubre los llanos maravillosos de un pueblo digno de ellos.

* * *

Esmaltan el artículo—donde se ve regatear las locomotoras, ir y venir los vapores repletos, encerrar con homérica sencillez la última indiada—las peculiaridades graciosas que llamaron más su atención de viajero; y aun en esto se nota cómo domina al observador el asombro de hallar hasta en lo bajo y popular

Digitized by Google

del argentino la única condición que inspira respeto al norteamericano: la opulencia. «¿De qué familia eres?» dicen que preguntaban antes en Filadelfia al que quería hospedarse en la ciudad. «¿Qué sabes?» preguntaban en Boston. «¿Cuánto tienes?» preguntan en New York. Ahora New York ha embebido la nación entera, y en toda ella sólo se pregunta: «¿Cuánto tienes?» A Eleroy Curtis le llaman la atención, no las obras de arte que embellecen las plazas, sino las espuelas y estribos de plata maciza, la chinela de plata donde anida el pie breve la amazona argentina, las túnicas de plumón de avestruz «que ya desaparece como nuestro búfalo», el poncho de vicuña «tan caro como un chal de pelo de camello.» «¡Cosa magnífica—dice—el poncho argentino; y ojalá que algún petimetre de New York lo pusiera de moda, que no hay mejor ni más airoso abrigo!» «El estanciero va á su hacienda en un carro de Pullman, en vez del caballo de antes, colmado de argentería, y habla con su mayordomo por teléfono, y mata sus reses á la luz eléctrica.» «Cuesta seis pesos un asiento en el teatro.» «Hay bancos en Buenos Aires que mueven más caudal que casi cualquiera otro del mundo, y ocupan palacios de hierro, cristales y mármol.» «Su crédito es bueno y sus bonos están sobre la par.» Todo, aunque á paso de viaje, lo celebra, acata y admira, y concretando con recogimiento visible sus inesperadas impresiones, depone la soberbia con que el hombre de

Digitized by Google

Norte América se juzga único y prominente entre los pueblos, augura que la nueva generación, educada como en los Estados Unidos para dar á la patria hombres y mujeres útiles, borrará los últimos restos de la dominación española, y después de exhibir en sumario leal las leyes generosas y sensatas de la república, declara que aunque el Brasil, edificado sobre diamantes, le lleva la delantera en población femínea é inculta; aunque Chile «se envanezca con la devastación del Perú», la Argentina es de todas esas naciones «la más próspera, la que mejor establecidas tiene las libertades religiosas y civiles, y la que con más éxito y cuidado levanta los cimientos de la grandeza nacional.»

Digitized by Google

COSAS DEL OTRO MUNDO.

Ultimas elecciones de New York.—Su importancia para la elección presidencial.—Cleveland será probablemente reelecto.—Triunfan los demócratas.—Bastidores de la política.

New York, noviembre 9 de 1887.

Señor director de *La Nación:*

ACABA de triunfar en elecciones reñidísimas el partido demócrata de New York, anunciando así que en la próxima elección presidencial, que por New York se gana ó se pierde, la victoria será de los demócratas, á cuya paz ha contribuido, con una carta de veinte líneas que le asegura su reelección, el Presidente Cleveland.

Es media noche.

Las muchedumbres, apiñadas desde el obscurecer, esperando noticias, frente á los edificios de periódicos, hoteles y lugares de reunión de los varios partidos, se vuelven ya, con la última luz de las fogatas, á sus hogares. Asidos por el cuello llevan los policías á los que insisten en continuar celebrando la fiesta

Digitized by Google

con candeladas que ponen en peligro las casas vecinas.

Los candidatos, roncos, entran de prisa, levantándose el cuello del gabán, en los carruajes que los llevaron durante el día de casilla en casilla, animando el voto.

El abogado Fellows, sobre cuya candidatura á la fiscalía, lidiaron con su mayor fuerza y veneno estas elecciones, se despide así de sus amigos, á quienes ya falta voz para vitorearlo: —«Y ahora me vuelvo á la parte alta de la ciudad, á ver á una mujercita que me hubiera recibido con cariño si hubiésemos sido derrotados, y á la que me llevan esta noche los brazos de cien mil demócratas triunfantes, que no han creído indigno de su confianza á aquel á quien ella creyó digno.»

Subió de prisa la escalera de hierro que lleva á la estación del ferrocarril elevado, saltó al tren, á cuyas lámparas dio más luz, orgulloso de su César, el conductor, que resultó demócrata, y ciudad arriba arrancó jadeando la máquina, con cuyo humo se mezclaba el que despedía por la boca estrecha, en lenguas negras y rojas, una columna de barriles encendidos al pie de la estación, á cuyo alrededor danzaban, como los indios después de la victoria, los regocijados muchachos de las cercanías. En los hoteles, desdeñado el diario whisky, fluía champaña, el vino del triunfo.

Los periódicos vencidos habían apagado desde temprano las luces.

Digitized by Google

Tenía esta elección interés extraordinario, porque por ella había de conocerse si los demócratas conservaban, á pesar de su división sobre la política de Cleveland y de la pérdida del voto obrero en el año anterior, la pujanza precisa para vencer en la contienda presidencial inmediata; ó si mermado su voto por el partido nuevo de George y Mc Glynn, y por el odio de los traficantes políticos á Cleveland, demostraban que los republicanos, que eso querían ver para brindar su candidatura á Blaine, podían vencer con él en la campaña por la presidencia venidera.

Las facciones demócratas, convencidas de la popularidad de Cleveland por su viaje victorioso al Sur y al Oeste, y halagadas por la ya franca adhesión del Presidente, á quien creían en excesiva paz con los republicanos, determinaron dar muestra anticipada del ímpetu con que intentan trabajar por la reelección de su caudillo el año entrante; y con menos dificultades que otras veces compusieron, por mutuas concesiones de los opuestos bandos, las diferencias de mera granjería, los apetitos por mayor número de puestos, que es riña constante, tan agria en ocasiones, que uno de los bandos del partido vota en masa por los contrarios para que no triunfe el bando hostil.

Fuera de aquella gente honrada que vota por sí, ó por lealtad, al programa que prefiere, y sólo sacude la pereza y muestra su tamaño mermado por el descanso peligroso, cuando

Digitized by Google

está en riesgo algún gran interés de la ciudad, el estado ó la nación, ó cuando el abuso del poder y los caudales públicos es ya amenazante, lo activo aquí en política es lo que vive de ella.

Ellos tienen organizados los barrios, los distritos, la ciudad entera,—porque su influjo es mayor en la ciudad que con sus salarios los seduce y mantiene,— con la precisión de un ejército en campaña. Cada barrio tiene su amo: éste es de O'Neil, que está en la penitenciaría por vender su voto en el Ayuntamiento; aquél es de Jaehne, que purga igual pecado planchando camisas; el otro es de Cleary, que por una uña se libró de una sentencia igual; cuál es de un cervecero, cuál de un carnicero, cuál de un muñidor, que acaso por los entierros que fía tiene aquí notable influjo electoral.

La asociación de estos hombres, de los que para encumbrarse necesitan los votos de que ellos disponen, de los que procuran obtener en las cámaras del Estado y en el Ayuntamiento leyes propicias, y de los que hallan cómoda fuente de recursos en acercar para el mayor provecho general á estas catervas de logreros, es la verdadera médula de esos cuerpos políticos de vastos recursos y poder, á que el entusiasmo de partido y la presencia de sus hombres principales, lealmente interesados en la vida pública, lleva un elemento que apenas basta á mejorar las candidaturas, ó imponerlas

Digitized by Google

alguna vez, cuando ya ha sido mucho el escándalo y tráfico de las elecciones anteriores, ó cuando el empeño de los adversarios aconseja ponerles en frente hombres que pueden por su fuerza hacerles difícil la victoria.

Pero, por lo común, aun en los años apurados, las candidaturas no son más que el laborioso ajuste de ambiciones rivales, animadas por el lucro del puesto más que por el noble deseo de adelanto político; y en ellas vence aquél que ofrece al partido, tanto republicano como demócrata, más seguridades de pagarle el empleo con favores, con parte de sus ganancias, ó con su honor á veces, cuando los riesgos en que suelen caer los que viven en esas encrucijadas se lo exijan.

Porque en esta cadena el delincuente cuyo voto ayuda á la fuerza electoral del cervecero de un barrio tenebroso, está unido al mismo gobernador del estado, á los jueces que son electos por el voto público, al fiscal que ha de acusarlos.

***

Y la explicación viene ahora á cuento, porque sin ella no se podría acaso entender el áspero combate de estas elecciones. Los demócratas de oficio, que quieren tener, en los puestos donde se castiga, personas amigables, convinieron en proponer para fiscal de la ciudad á un abogado más elocuente que firme, hecho á tratos políticos y á no escandalizarse de los recursos con que sostienen sus arcas é

Digitized by Google

influencia los que hacen profesión y negocio de ellos; aunque debe decirse en verdad que cuando los procesos de los concejales que vendieron su voto á la empresa de tranvías, la palabra de Fellows, que era uno de los asesores de la fiscalía, cayó sobre los criminales como hierro encendido.

En esos procesos trabajó mucho, con más empuje y actividad que Fellows, otro asesor joven, del fiscal, demócrata como ellos, y candidato á la fiscalía á que por su celebrada actitud en aquella persecución famosa creía tener derecho.

Los republicanos vieron en el despecho de Nicoll, que tuvo al principio por cierta su candidatura, ocasión de presentarse con él de candidato, como depositarios de la moral pública, ofendida por la elección que los demócratas habían hecho de Fellows, herido en el talón en la brega política de años, no purificada ciertamente por el mal hábito de jugar á la baraja de palabra, y vivir por encima de su entrada legítima. Nicoll, dando la espalda al partido que lo había postergado á un rival de más servicios, edad y talentos, consintió en ser el candidato de los republicanos, deseosos deatraerse con ese acto de aparente honradez votos bastantes para sacar electo al hijo de Grant, á quien sólo por serlo, mudo y romo como es, propusieron para Secretario de Estado, con el designio de ganar por la fama del general muerto estas elecciones previas, de que parece depender la elección presidencial.

Digitized by Google

Desde la campaña de Blaine y Cleveland no se había visto elección tan disputada. Todos los demás puestos quedaron subordinados á la contienda por la fiscalía, que por sí no hubiera sido de tanto interés.

Los demócratas, con toda su antigua fuerza, bracearon en pro de Fellows. Los republicanos, fingiendo descuidar á Grant, hicieron de Nicoll envanecido su portaestandarte.

El *World*, diario ansioso de notoriedad, cuyo director húngaro presta sus servicios al partido demócrata, abogó contra el partido en pro de Nicoll, y llegó á tanto en el empeño por ganar gloria á su sombra, que valido de su interesada imparcialidad para con George, osó ofrecer á éste, en vano por supuesto, veinticinco mil pesos para gastos de campaña, con tal de que, en la certeza de no elegir el candidato obrero para fiscal, diesen sus votos al republicano.

Ya daba ira leer los periódicos en toda esta semana.

A Nicoll, intachable, le acusaban de joven, de traidor, de petimetre, de Judas, de perro alquilado.

El húngaro diputó espías, invadió cocinas, sobornó cocineras, desenterró documentos, pagó á oro vivo un check nulo que dió Fellows á un su amigo por una deuda de juego, compró y publicó unas cartas, ya por los años amarillas, en que Fellows, que es caballero manirroto, pedía dinero al insigne ladrón Tweed, ya

Digitized by Google

por entonces acusado de tener los brazos hasta el hombro en las arcas de la ciudad, por cuyo delito y el de tener en pie todo un ejército de corrupción, fue enviado á morir á la penitenciaría, sin que el castigo, poco frecuente acaso, sirviera á sus sucesores de marcado ejemplo.

Y la lucha entre Nicoll y Fellows se enconó por la rivalidad mortal del *World*, el diario del húngaro que sirve sin interés con ágil genio, y el *Sun*, abogado implacable de los viejos demócratas, que como diario es una verdadera maravilla, y el más despierto y artístico que se escribe tal vez en lengua alguna; pero que á pesar de estos méritos perdió recientemente mucho de su popularidad, porque en su amiga por el partido viejo, desconoció, con brutales arranques, el derecho á vivir, á buscar remedio, á hacer sentir el voto de los obreros que, en una hora de conmovedora rebelión, se juntaron para sacar corregidor de la ciudad á Henry George, cuyo libro, henchido de simpatía por los humildes, leían en corrillos con el corazón palpitante.

Este año no ha sido así: George, sin valer menos, perdió la mitad de sus secuaces; en cuanto lo vieron por sobre sus cabezas, los mismos que en el primer arrebato del agradecimiento lo encumbraron, decidieron moverle sorda guerra; todos los caudillos de trabajadores se ligaron contra este otro caudillo, á cuya puerta fueron antes á llamar como á la de un Mesías. ¿Quién pone su fe en las olas de la mar?

Digitized by Google

La determinación de separarse de los socialistas alemanes privó á George, candidato ahora para la Secretaría de Estado, del voto considerable de este grupo.

El jefe de los Caballeros del Trabajo, que ya tiene, como dicen acá, «la abeja presidencial en el gorro de dormir», retiró su ayuda al que ya ve como rival posible en sus aspiraciones á la presidencia. Y la masa venal, que por aquella honradez que nunca falta en la hora extrema á los más viles, votó con el alma el año pasado en pro de George, como protesta contra la miseria injusta, este año, solicitada á buen precio por los demócratas y los republicanos, vendió su voto á unos ó á otros.

Así George, que un año hace obtuvo, cuando aquel levantamiento unánime de los obreros, sesenta y ocho mil votos para corregidor, esta vez sólo ha recibido treinta mil.

Nicoll llegó á setenta mil.

Y Fellows á noventa y cinco mil, por lo que el *Sun*, al día siguiente de las elecciones, encabezó el relato de ellas con la imagen de un gallo cacareando.

* * *

El olor de la batalla saca á los más entecos de su serenidad en estas mañanas de elecciones. Se espera ansioso el diario, para ver hasta dónde pueden los escritores de alquiler vestir de ingenio y novedad la injuria.

Bien cerrado el gabán, porque en estos días andan acá las manos del ratero sueltas, se

Digitized by Google

sale á ver cómo vota el Este alemán,—la parte baja de la ciudad, toda demócrata;—lo mejorcito y más empinado de ella, que es republicano,—las orillas del Oeste, donde abundan los húngaros y los polacos.

Votar se ve, aunque con lentitud, y sin más entusiasmo que el que por la paga, cinco pesos al día, emplean los «trabajadores» de cada partido para repartir sus boletas y tratar de ganarse la voluntad de los electores.

Lo que sucede en una esquina, sucede en todas. La taberna, cerrada por la ley, está abierta por la benevolencia de la policía. El italiano, repantigado en su tarima de dar betún, como en un trono, mira, con la cachucha hasta los ojos y las manos en los bolsillos, si el curioso que pasa lleva limpias las botas. En fila al borde de la acera, cubierta de cartelones y retratos, están las garitas de pino que sirven de punto de reunión á los fieles de cada partido.

Los «trabajadores», con el saco de boletas colgando de la mano, asaltan, con los ojos y el ademán, al que se acerca á la garita, con la misma expresión y gesto con que los judíos del Bowery, apostados en la puerta de sus tiendas, se disputan al comprador rural, incierto y aturdido. Otros, los inspectores, pasean de uno á otro lado, hablan con el policía, divisan al votante que viene por la media cuadra, se echan sobre él con otro inspector rival á los talones, ó dándose aires de persona que tiene con qué pagar, tuerce el ojo hacia el recién

Digitized by Google

llegado, chupa recio el tabaco de lujo, y sin cuidarse del policía, que es todo espalda, deja asomar por los bordes del puño, cerrado como quien ase un cetro, un mazo de billetes de banco, frescos y coruscantes.

Otros, de alto sombrero y de mejor vestir, van y vienen con agilidad felina, se entran por un zaguán, salen prendidos del ojal de la levita de un votante terco, revolotean por las casas del barrio requiriendo á los electores morosos del partido, abren con familiar solicitud la portezuela del carruaje ostentoso en que recorren sus huestes, apretando manos y tuteando sin tasa, los candidatos sumisos.

Allí cerca, en una tienda alquilada por el Ayuntamiento, van los electores depositando sus votos. Tropiezan al salir con una patrulla de carteros que miran á las urnas con desconfianza, como temerosos de perder en consecuencia de esta elección el puesto que deben á sus servicios políticos;—ó con una turba de chicuelos, armados de garfios y lazos, con que apresan cajones y barriles para las candeladas de la noche;—ó con una bandada de niñas, cuyos abrigos abiertos le flotan á la espalda como alas, que corren á recibir del aire el papel de oro escapado de las manos del obrero que está dorando un balcón vecino.

Digitized by Google

Digitized by Google

FIESTA DE LA LIGA DE PROPIEDAD LITERARIA.

New York, diciembre 15 de 1887.

Señor director de *El Partido Liberal:*

QUIEN lee con cuidado los periódicos de estos días, los boletines del Congreso, los informes de los secretarios del Presidente, ve por ellos cómo en los Estados Unidos, lo mismo que en Inglaterra, el correo produce más mientras más barato es; cómo los indios ladinos del Territorio y de New York, y las tribus que van mostrando apego al arado y la escuela, viven sin trastorno y en adelanto visible en los repartimientos, en cabeza propia que les concede la ley nueva, según la cual cada indio es ciudadano, habita y labra la tierra de que es dueño, y disfruta con la comunidad del interés de la suma en que su tribu cedió al gobierno la tierra que para los indios era mucha y ya está poblando el banco de arrozales y ganados.

Pero mientras Washington no vuelve del asombro que por lo inusitado de la forma y lo pujante del argumento le ha causado, como al país entero y á Inglaterra el mensaje de Cle-

Digitized by Google

veland; mientras Boston, que da gente bien criada, pone cubiertas ornadas por el simbólico muérdago á los libros de viajes, leyendas y poesías, que es aquí dulce costumbre regalar de año nuevo; mientras Filadelfia ve morir, al bajarse á levantar del suelo una oropéndola herida, á un poderoso irlandés que deja á Henry George, para que propague la nacionalización del suelo, toda su fortuna; mientras New York acompaña en un remolcador de fiesta el buque que lleve á Nicaragua á los ingenieros, cubanos y yankees, que van á abrir los trabajos del canal propuesto por el ingeniero Menocal, de Cuba; mientras los representantes, divididos en proteccionistas, librecambistas y conciliadores, acuerdan en el Congreso sus comisiones, y las madres, mientras duermen los niños, recaban lo más de la bolsa marital para saciarles los deseos de pascuas, los juguetes, los dulces, las baratijas mil que obstruyen ya las calles y rebosan de las henchidas tiendas, lo más culto de New York, que es casi todo damas, se agolpa á la sala histórica de Chickering, para ver más que á oir, á los literatos famosos que hoy se exhiben al público, á fin de allegar fondos con la fiesta en beneficio de la Liga de Propiedad Literaria; porque ahora, como la de Inglaterra, se reimprime aquí, sin pagar derechos de autor, al mero precio del papel, el público satisface en los libros de ingleses su ansia de leer, desdeñando á los autores de casa, más caros y me-

Digitized by Google

nos célebres; de modo que los autores de casa, cuyas obras también lee sin pagar derechos el público inglés, creen justo que entre Inglaterra y los Estados Unidos se acuerde un tratado de propiedad equitativo para los autores.

* * *

No está en el estrado de Chickering, notable á primera vista porque los literatos de rica cabellera son más que los calvos, el famoso Oliver Wendell Holmes, el médico-poeta, el *Autócrata de la mesa de Almuerzo*, que en prosa y rima patéticas y fáciles loó las virtudes y castigó la frivolidad de la gente bostoniana, y luego en los días de la guerra, acuñó versos que se parecen á aquellos soldados de Bunkerhill, de chupa abierta, manos humeantes, cabello apelmazado por la sangre, mirada al morir venturosa. John Whittier tampoco está allí, el bardo á quien llaman acá, porque no tuvo miedo de hablar en pro del esclavo cuando la campaña por la abolición, «laureado de la Libertad», el que deja correr su verso suave, como los riachuelos que triscan por entre las colinas donde como un pardal en el alero se acoge su modesta casa, el cuáquero que, como los obreros de Eibar repuja en hierro, blando á su mano, hilos de plata y oro, y con hoja de perla los alegra y recama. Faltan en el estrado Bret Harte, que desde Inglaterra escribe cuentos sentidos y finos de los mineros de California; Joaquín Miller, el poeta de la

Digitized by Google

Sierra; William Carletan y John Hay, que en la lengua y los lances del pueblo del Oeste describen sus hazañas, amores y aventuras.

Pero sí está, con la originalidad literaria que le vino de su libre y agitada vida, aquel Mark Twain, famoso por su chiste satírico de entre americanos y europeos, que en su mismo seudónimo, voz de mando en las balsas de los ríos del Sur, revela cómo ha sacado sus libros ya célebres del pecho mismo de los hombres, y de su propio pecho en las noches en que á lo largo de los bambúes iba escurriéndose la balsa atrevida por donde no la denunciase á los enemigos de la luna. Está R. K. Stoddard, tocado con su cabello cano como con un turbante, huroneando, como en su mesa de crítico del *Mail and Express*, pronto siempre, sin dejar de escribir sátiras elegantes, á recoger del suelo una perla caída, y á echar del jardín de la poesía á los que no llaman á él con las alas. Está Edward Eggleston, literato de fagina, fecundo en biografías de indios, cuentos de guías y escuchas, y toda especie de libros de comercio de asunto cómodo y preciosa pasta. Está el que pareció entre todos mejor, porque hizo reir, y con la sola nariz, que es regañona y opulenta, ya está contando cuentos: un Riley, poeta del Oeste, que dicen merece más fama de la que goza aún, porque con tres ó cuatro toques de su verso preciso viste un carácter de aquellos de Indiana y Missouri, bigotazos y botudos, como en pocos

Digitized by Google

sesgos de espátula, tendiendo y enrollando en torno á una hebra de caña la masilla de colores, fabrica sabios, guerreros y mandarines un artífice chino.

Mas, ¿quién entre todos ellos—ni el censor George Curtis, de palabra que ara y siembra; ni Howells, el novelista fisiómano; ni Dudley Warner, el poeta de las soledades y jardines; ni Frank Stockton, el narrador ingenioso que ahora triunfa; ni Cable que en novelas profundas pinta y sacude el Sur de los criollos,—iguala en celebridad al patriarca de las letras amenas en América, al que dibujó con abundancia de corazón al yankee tenaz y astuto en los *Biglow Papers*, al que cortejó la opinión de su pueblo, cuando la sentía esquiva por su amor excesivo á lo inglés, con el discurso majestuoso, montado en lengua histórica, en que en plena Inglaterra defendió, desde su puesto de embajador, el decoro y la vitalidad de la *Democracia*,—á James Russell Lowel?

La edad le ha apagado la voz; el señorío mundano le sofocó aquella bravura juvenil con que, con mano cual la del herrero de Longfellow, flageló á los avariciosos y á los hipócritas; vendido á la prosperidad, ya se le ha helado el genio. El cabello le cae á los dos lados de la raya que se lo parte por mitad, como las lanas de un carnero merino; de la barba copiosa le cuelgan los mostachos luengos; lleva levita de príncipe, de doble hilera de botones y cerrada al cuello; preside sí, pero no

Digitized by Google

ya como antes, por el talento robusto y la palabra franca, por la crítica osada é ingenua, por aquellos versos en que acusaban de debilidad oculta «al que no sabe esperar sereno en sí», y adula á la victoria; preside por la autoridad que le viene de la vanagloria de haberla adulado. El pudor del hombre está en la mente, y se ha de llegar con él incólume á los ochenta años. ¡La admiración del mundo no vale la vergüenza de cederle!

Los autores leyeron mal, y cosas pobres. La concurrencia premiaba en ellos su obra conocida, no su lectura, generalmente fuera del caso ó desmayada.

Sólo resisten sin pestañear el fuego de la tribuna el arcángel Gabriel y Satanás,—por ser una de las pruebas de la virtud el haber de triunfar sobre las que la imitan, y creen que el mejor modo de vencerla es falsificarla. Aquellos autores famosos, salvo Tivain, Cable y Kiley, parecían escolares que acuden á recibir su primer premio. A Lowel, no le oían. Stockton pesa ciento veinte libras. Cuando Howells se pone en pie, entre palmadas nutridas, la concurrencia se dice al oído que aquel es el que gana al año, sin contar sus derechos de autor, unos diez mil pesos con lo que le corre de la pluma; sus novelas son burdas, no porque lo sea su talento noble y leal, sino porque lo es el pueblo que, conforme á su falso código literario, copia..... Reproducir no es crear; y crear es el deber del hombre.

Digitized by Google

Obispos, corregidores, jueces, generales, clérigos y banqueros se juntaban un día después á las puertas del restaurant famoso de Delmónico. A grupos los va llevando el ascensor al salón alto, un salón de á tanto la hora, repulsivo como un amor alquilado. La palabra sincera huye, como niña decorosa, de los comedores venales. El aire ha de estar lleno de almas desinteresadas y amigas... Van subiendo por el ascensor, mientras salva á trancos la escalera de servicio un mozo con un gallo dorado, los banqueros, los clérigos, los jueces, los generales, los corregidores, los obispos. Son los nobles de New York, los que con su arrogancia noble deslucen el justo placer de venir de una familia honrada y vieja, los que van á conmemorar los patriarcas holandeses, comiendo, bebiendo y fumando en pipa, tal como en el vestíbulo de su casuca fumó antaño, en paz con los indios de la virgen Mannahatta, el buen viejo lampiño Wonter Van Twiller. Son los caballeros de la Sociedad de San Nicolás, el santo barbón que baja del cielo, en un brinco halado por venados, repleto de juguetes, con los que callandito se entra por las chimeneas para meter los regalos de pascuas en la media que cuelgan de la cabecera ó la repisa, los niños buenos que esperan la visita del santo.

El salón del festín está vacío; al respaldo del asiento presidencial, bajo una cota de flores en que descansan las imágenes de un ma-

Digitized by Google

rinero y un indio, se lee la divisa de los nicoleños: *Orange Hovew.* Resuena en el corredor una trompeta. Entra, vestido de soldado inglés, el trompetero, á la cabeza del séquito festal. Síguele un patriarca cargando el gallo forrado de papel de oro que lleva en el lomo un cataviento, el gallo, venerable para el holandés, amigo de los fundadores y del labriego solitario. Y luego siguen Depew, candidato de los ricos á la presidencia de la República; Hervitt, rival suyo, y Corregidor de New York; Potter, Obispo de las sectas protestantes unidas; y muchos Schermerhorns y Vander Weydes. El Presidente lo es desde que le ponen en la cabeza un tricornio, y una cinta rosada en el hojal de la flor. Les traen patatas fragantes y lechosas, que rocían con cidra buena. Hablan jocosamente los que tienen la lengua colgada en la mitad, como acá dicen de las personas de palabra voluble. Depew, mortifica á Hervitt. Hervitt, mortifica á Depew, y lee un periódico de cien años ha, con las mismas quejas, violencias y agorerías de los de ahora. Uno saluda á los «Fundadores de New Amsterdan», otros á «Nuestros Huéspedes», «á Nuestro país padre», «á Nuestro Santo Patrón», «al Presidente», «al Estado», «á la ciudad»: el asunto del primer brindis, fue este verso:—¡Déjame, oh Nicolás, volver á niño!» Y se sentaron todos á la redonda, pugnando en vano por sacar humo de las largas pipas.

***

Digitized by Google

Entre dos girasoles que ornaban las esquinas del atril, usado acá como tribuna, hablaba á esa misma hora á un escogido concurso el hijo de un tejedor escocés que, por su bondad é ingenio, ha llegado á ser dueño amado de los talleres de hierro y acero donde, entre las montañas que les hacen natural compañía, trabajan sin ira doce mil hombres. Es Andrew Carnegie, el autor de *La Democracia Triunfante*, libro de agradecido que el observador estudioso no debe leer sin *El Progreso y la Pobreza* de George al lado. Como la derrota consume, el éxito robustece; este millonario que empezó la vida de telegrafista hace medio siglo, fue á paso ágil á su atril, el paso ágil de aquel que, porque no la conoce, no teme á la palabra. A la palabra no se llega nunca sin temblar, como jamás entró sin temblar Talma en el escenario.

Lo ha invitado á hablar sobre el problema obrero ante la sociedad de «El Siglo Diecinueve» el juez Courtlandt Palmer, millonario socialista en cuyos salones es obligatoria la casaca. Courtlandt Palmer ha invitado á la vez á Andrew Carnegie, que por la certeza de su propia bondad y su noble fortuna, no sabe ponerse en la desdicha de los telegrafistas, como él, ni de los tejedores, como su padre; y á Grönlund, elocuente socialista alemán, que diseñó con palabra feliz ante las damas, en seda y en plumas un mundo de oro, como su barba.

Digitized by Google

Digitized by Google

GRAN BAILE EN NEW YORK.

Crónica de las bodas de plata del famoso Club "Union League."—Origen del Club.—El edificio.—La arquitectura americana.—El baile.—La entrada.—El vestuario de señoras.—Los salones.—Notas sobre los vestidos.—Carácter dominante de la fiesta.—Apuntes curiosos.—Recuerdos de otros bailes.—La galería de cuadros.—Cuadros célebres.—"El Estudio" de Munckaczy; Gerome, Delacroix, Newille, Jiménez Aranda, Jacquet.—La cena.—Camovito.—Manjares y adornos.

New York, febrero 10 de 1888.

Señor director de *El Partido Liberal:*

En años no ha visto New York fiesta tan sonada como la que hace tres días celebró el famoso Club «Union League», para conmemorar sus bodas de plata, sus primeros veinticinco años de vida. Las invitaciones, solicitadas en vano por lo más influyente y rico de la ciudad, ostentaban en cifras de realce los años « 1863–1888 », de plata, como las iniciales del club; letras de plata encabezaban la lista de la cena; con un lápiz de plata apuntaban las damas el nombre de los galanes favorecidos para el baile en la blanca cartulina. ¡El Club tenía derecho de bailar, porque en la hora de

Digitized by Google

la angustia, cuando el Sur quiso perpetuar su predominio y la infamia de la esclavitud, surgió para mantener la unión de la República y lavar aquella mancha:—«Creamos este Club —dijeron los hombres de entonces, pobres aun y poco conocidos—para cultivar el cariño profundo á la patria entera, y no el apego funesto á una sola de sus partes, para fortalecer el respeto y amor á la Unión, y desvirtuar cuanto propenda al privilegio injusto de intereses parciales; para discutir y proponer al país proyectos nobles y amplios para el adelanto nacional, é influir en los negocios de la República con cuanto sea dable realizar á una agrupación de patriotas sinceros que se prestan mutua ayuda!».

Aquellos cuantos, que ni eran muchos ni podían mucho entonces, convidaron en privado, como conviene cuando se preparan grandes cosas, á los que pudieran pensar como ellos; alquilaron, para empezar, una casa pobre; discutieron, propagaron, avergonzaron con su actividad á los inactivos; ni dinero ni soldados tenían; ¡pero la palabra es la bandera de Dios, detrás de la cual surgen los soldados y el dinero! Veinticinco años después la República sin esclavos ha adelantado de modo que empieza á padecer de los vicios de una prosperidad entonces desconocida; la casa pobre se ha trocado en imperial mansión, de cuyas ventanas, abiertas sobre la Quinta Avenida, ven los fundadores canosos rodar en co-

Digitized by Google

ches lucientes la riqueza que ayudaron á inaugurar con el triunfo sobre el Sur; y el Club «Union League» goza de tal respeto y fama que, con ser mil quinïentos sus socios, más son los que año por año llaman en balde á sus puertas para serlo: allí los gobernadores, allí los generales, allí los jueces, allí los millonarios, allí los candidatos á la presidencia de la República y los que lo han sido: ¡de allí tal vez el nuevo Presidente! De modo que cuando el Club anunció la celebración pomposa de sus bodas de plata, con asistencia de lo más granado de New York, se preparó la ciudad á una noble y memorable fiesta, donde con todo el lujo de la metrópoli se congregara cuanto hay en ella de ilustre y poderoso. *El Partido Liberal*, quiso ver, y vió, esta fiesta característica, por lo cual, en lo mejor de su gente, iba á enseñar New York si adelantaba en la elegancia y dulzura de trato tanto como en la pujanza de sus empresas, la gracia de su pintura y el atrevimiento de sus fábricas.

***

Estos amarillos que están ahora de moda, y estas sombras inglesas, atenúan en lo interior de los salones, tapizados de obscuro y con cenefas de arco, la fuerza de la luz que da la hermosura regia al espacioso blanco ó misterioso poético á las salas pequeñas donde los claros combinados predisponen al amable sigilo y la hidalga galantería. La gigantesca fábrica del Club,

Digitized by Google

producto de un arte híbrido y ambicioso, que hace más infelices sus imitaciones por el afán de disimularlas con novedades postizas, tiene, sí, fantásticos faroles á la entrada, como en Florencia y Venecia, y finos recodos en la escalera, amarilla también, que lleva del amplio atrio, con sus salas varias y la vasta del billar, al piso, ya majestuoso, que de un lado ostentaba la noche del baile la rica biblioteca, sin más lectura que la que cubriendo las mesas, ofrecían las rosas, y del otro daba celos á los museos ricos por los cuadros que adornan la sala de pintura, y atraía el gentío al teatro de altivo puntal, dispuesto para el baile, con la música que convida á valses, lanceros y mazurkas, fáciles en aquel pavimento de tabloncillo encerado; y de allí por escaleras y ascensores, se va á otros cuartos, hermoseados con rosas, y al rico comedor, que para salón de descanso pudiera apetecer el teatro más bello.

Pero en arquitectura, como en todas las artes, el modo más seguro de matar el efecto es rebuscarlo; así que cuando el noble Club abrió sus puertas para una fiesta á que los recuerdos históricos y la singular concurrencia imprimían involuntaria majestad, resultaron pobres para expresarla aquellas salas concebidas sin ella.

Allí se vió cómo á las grandes ocasionse convienen los espacios grandes, y cómo en los espacios solemnes las líneas continuas realzan la belleza y acentúan la idea, que empeque-

Digitized by Google

fiecen los rincones caprichosos y las líneas quebradas.

Ni la colosal ventana de cristal pintado que da fondo y pompa á la gran escalera, ni las plantas preciosas que sin vulgar cargazón animaban, ya los tramos, ya los descansos, ya el escenario, ya las salas, lucían como debieran en toda su beldad, perdidas en aquel ambiente opaco y entre tanto ángulo y recodo. Y es también que, á semejanza de la estructura de su propio cuerpo, el norteamericano concibe aún el edificio huesudo y anguloso, sin aquella gracia de la curva, indispensable en las fábricas de arte como en la mujer, sobre todo allí donde ésta ha de mostrar en el imperio del baile su hermosura. ¿Ni cómo, aun en lo que balbucea é imita, podrá dejar de enseñar con lo que tiene de propio, un pueblo en quien el influjo del suelo é instituciones nuevas sobre el carácter heredado ha producido una originalidad briosa? El norteamericano, que apenas empieza á dar en los hijos de sus ricos muestras de afeminamiento, refleja en su arquitectura el predominio de sus hábitos viriles, y no revela hasta hoy en sus construcciones aquella gracia femenil, nivel y gusto de la vida, que aun no ejerce aquí, y acaso no llegue nunca á ejercer, su influjo regulador sobre la existencia nacional.

Y es muy de notar, como prueba de la semejanza constante del hombre á sí propio en estados análogos, que lo más genuino que lleva

Digitized by Google

producido la agricultura norteamericana, lo más legítimo y grandioso acaso de cuanto lleva hecho, recuerda—aunque con menos gracia y novedad—las fábricas espaciosas y sin curvas de los indígenas de nuestra América.

* * *

Pero, ¿quién pensaba en esto—á no ser un observador convencido de la necesidad de estudiar en sus raíces las cosas, al detenerse llegado el turno, en aquel pueblo de carruajes, ante el camino entoldado y alfombrado que lleva á las damas, levemente calzadas y vestidas, del estribo del coche á la entrada del palacio del Club? Algunas hay, aunque pocas, que vienen de sombrero. Otras, que llegan á pie, traen el calzado fuerte, y las zapatillas de baile en la mano, envueltas en papel de china. A su vestuario los hombres, donde los atienden criados de librea; á la sala de billar las señoras, que es su vestuario, desde cuya puerta abierta, sin más guardián que dos pajes que reparten las tarjetas de baile, divisan los caballeros impacientes una animada escena:—deja caer una beldad de la espalda desnuda su talma de armiño; una camarera arrodillada descalza las botas de «sentido común» á la dama que vino con ellas por temor al frío; una se empolva el cabello; otra saca de su caja redonda de marfil un abanico japonés; otra cambia diez veces de puesto un lunar; cien á la vez entregan sus abrigos, reparan los estragos del coche, se prenden sus flores.

Digitized by Google

Y con la tarjeta del baile colgada por un cordón de seda de plata de la muñeca, van tomando las señoras á la puerta del vestuario el brazo de sus caballeros, y repartiéndose, ansiosa de ver, por las salas lujosas; por la biblioteca, enriquecida con retratos ilustres, donde con frase siempre feliz recibe á los huéspedes del Club su presidente Chauncey Depew, esperanza y orgullo de los ricos temerosos;—por la galería de pinturas donde «en color nada más tenemos aquí esta noche—como decía un socio—quinientos mil pesos»;—por la sala del teatro, sin más adorno que el boscaje que en el escenario oculta los músicos, y los grandes cuadros que de trecho en trecho animan las paredes; por el comedor en fin, «el pasmo de las noches», donde Camovito, tan célebre como Trompette, ha acumulado tales maravillas que «¡oh, dice otro socio—vaya usted á verlo! nunca se ha puesto en New York una mesa más costosa: ¡véalo antes de que lo destrocen!» —Y así va toda la concurrencia, como al salón de cuadros, al de la cena, expuesta á toda luz desde primera hora, como «El Caballero» de Meissonier, como «El Tigre Sediento» de Delacroix, como «El Paso del Riachuelo» de Troyon. La multitud respetuosa revisa en procesión la cena.

* * *

Suben, bajan, ya son tres mil; no estorba el ruído de las voces; ni en la sala más concurrida se halla quien cierre el paso; sólo en los trajes

Digitized by Google

reina el desorden. Sentémonos un instante, con una linda niña vestida de blanco violetas, allí en aquel sofá del salón de pinturas que queda frente á la «Carga de Caballería» de Détaille. New York va desfilando por allí: Vanderbilts y Roosevelts, Stebbins y Schnylers, Clinton Sweets y Van Santvoorts, todas las familias, todas las noblezas; los obispos protestantes de alzacuello y levita; el ejército en plaza, con botones de oro y entorchados; el almirantazgo, con charreteras de oro. Las jóvenes, como criadas ya con más cultura, van de gasas y sedas ligeras, con decoroso escote, ó sin escote las más. Una, que saca toda la cabeza á su marido calvo, lleva un traje rojo, abotonado al cuello y de manga larga. De raso amarillo, marco feliz de su admirable busto, va, sin más joya que su beldad, una judía de cabellera negra. Una dama estética, envuelta en encajes, carga á la espalda, como cuello enorme de capa invisible, una capellina de peluche carmesí. Pasan moarés cortados como para visita, terciopelos negros con collar de brillantes, Watteaus de gris de acero con abanicos rojos, tules amarillos, brocados de azul y oro y un traje escotado de tisú de iglesia con zapatos de calle, zapatos de botones. Pasa, cubierto el seno por un pañuelo de burato, una recién casada, con el vestido de gasa pajiza adornado de colibríes: se le rueda el pañuelo de un hombro, y descubre un colibrí, con las alas tendidas, mirando al seno. Pasa una an-

Digitized by Google

ciana caduca, de cara pergaminosa, de andar trémulo; va arrastrando la cola de tisú blanco y oro; sobre la clavícula lleva un lunar falso, en los pómulos le arden dos motitas rojas; los brillantes, que en el collar de tres vueltas le penden, lucen sobre el pecho hundido como las joyas guardadas en yeso.

Y según van pasando se nota el divorcio palpable de la riqueza y el buen gusto, como en una millonaria sesentona que lleva botas de cabritilla y vestido de brocado persa, recamado de esmeraldas, zafiros y rubíes, ó en una joven verde, de delgadez suma, que carga en la mano un abanico redondo, un bote de sales, largo como un cetro, y un ridículo de canutillo: á una no se le ve la seda blanca del busto, ni el castaño del cabello, porque va vestida y tocada de brillantes. Los ojos, por supuesto, no se iban tras ellas, sino tras los vestidos de sedas claras, sin más adorno que el supremo de la belleza natural, favorecida por el amplio uso del tul, que da como vapor y poesía al color que encubre, y por el abanico de plumas en forma de cola de ave del Paraíso, que es la cosa más púdica y bella que en el abandono del baile puede una mujer escotada reclinar sobre su hombro.

Más que el lujo impropio de la mayor parte de los trajes, era de notar en la procesión de viudas acaudaladas, de esposas resplandecientes, de ricas herederas, la degeneración, si no ausencia total, de aquella beldad de Diana y

Digitized by Google

Juno que distinguía á la mujer de Norte América antes de la mezcla desconsiderada de las razas, y las fatigas de una prosperidad violenta y excesiva, y las que por su hermosura llamaban la atención, que fueron pocas, eran en lo general gente nueva, recién venida del trabajo; porque las herederas de más caudal y de familia más antigua se conocían, no por la soltura del trato, sino por la tez sin color ó la espalda jibosa, ó el cuerpo infeliz, ó el perfil embebido de Carlos II el Hechizado.

Como sólo iba pintada una que otra anciana loca, se podía ver por lo pobre del cutis, así como por lo desmedrado de los cuerpos, que las angustias de la vanidad en que aquí viven los ricos, y el ansia con que el banquero inseguro y vinoso engendra su prole, y la falta del sentimiento en las ocupaciones y objetos de la vida, no son elementos sociales que produzcan y perpetúen la salud y la hermosura.

* * *

Así eran las mujeres; y los hombres, casi todos de mediana edad ó ancianos, no como nosotros, ágiles y blandílocuos, sino que, aun los que por sus méritos y fortuna han subido á los más altos puestos, revelaban en su rudimentaria cortesanía el guante de lana del trabajador ó el de gamuza del soldado. Lo que sólo parecerá defecto á los observadores fútiles, porque bien fuese por hallarse allí, después de veinticinco años de victoria, muchos

Digitized by Google

de los que ayudaron á fundar en su nuevo maravilloso estado la República, bien porque la democracia tenga un señorío natural suyo menos pintoresco y más decoroso que el de la realeza, fue imposible dejar de observar cómo por sobre esas desigualdades de pueblo nuevo donde la vida social no es arte aun, se sentía en aquella enorme fiesta sin dirección y centro visible una como dirección superior y majestad que producían sutil encanto, y eran los de carácter hecho á regirse é imponerse en este pueblo de almas libres. Verdad que allí no estaban los petimetres de casa grande que, en el palacio de Vanderbilt como en la mansión de la Hicks Lord, ofenden con chistes brutales, cargados de vino, á la esposa que busca en el repugnante tumulto á su compañero; ni niñas casaderas que se entran por la coquetería á escape tendido; sin saber dónde acaba Récamier para empezar Manon Lescaut, como la que en Washington halló pesada la gasa que protegía su beldad íntima, ó la que en Baltimore dió á beber champaña en su zapatilla á uno de sus galanteadores. Verdad es que la sala de baile, donde, de tres mil concurrentes, nunca valsaban más de veinte á un tiempo, cierto caballero, servidor esta noche de una dama de suma riqueza, la entrega á un valsador, siéntase á esperarla cruzadas las piernas, y ostenta un borceguí de becerro, atado al tobillo con cordones, por donde rebosa en arrugas una media de lana. Pero, aquel

Digitized by Google

digno y natural reposo, no deslucido en un solo instante de la fiesta, le embellecían con originalidad indudable, y al verlos presidir sobre sus pedestales de honor, no pareció que estuviesen allí fuera de lugar ni el mármol de Webster ni el bronce de John Brown.

***

¿Y los cuadros prestados por los socios para las bodas de plata? No había allí esa acumulación que lastima el gusto noble, ni lienzos que no alcanzara el concurrente á ver, ni cuadro que no fuese verdadera maravilla. Ni con mucho decían de ellos los hombres, aunque gobernadores de estados y almirantes, lo que con rara sensatez sabían decir muchas de las mujeres, y los Bisrstadt bosques y otoños de colosal tamaño, unas les preferían los caprichos de Knauss y las cabezas de Von Bremew, otras los soldados tristes y augustos de Neuville, á la de Détaille, siempre más jóvenes; otras las vacas de Troyon, Van Marcke y Rosa Bonheur, gratas á las que recuerdan sin bochorno sus primeros años de vida campesina. Allí la pintura de Díaz, voluminosa y esmaltada, subyugaba los ojos con sus «Ninfas del Bosque», que no parecen de color, sino de relieve, y convidan bajo la húmeda sombra á la merienda. De Jacquet había delicias, en nácar y seda, como todo lo suyo,—el enamorado que llega, de tricornio y chupa azul, á los pies de su amada, perdida en la saya de gro de

Digitized by Google

grandes ramazones,—el que en lo amable del bosque deja en la mano de su desposada el primer beso. De Pasini había cielos deslumbrantes; de Schereyer, árabes fantásticos; de Kowalski, un polaco de genio, la «Caballería en el Herrador»; de Gérome, grande en lo pequeño, «El Mercado de Esclavos», glorias todas del pincel moderno. Y de Jiménez Aranda el español, había un cuadro que tuvo coro toda la noche, por la gracia del asunto, y la vida y maestría de los colores: un salón de España de principios del siglo, que invade «Jugando á Papá» al pequeñuelo de la casa, vestido de montera, casaca y bastón. En el salón del teatro, entre Izquierdos y Zimmermanss, están dos de los cuadros sobre que haya librado más recias batallas la crítica moderna: el «Colón é Isabela», de Laurens, verde y rojo; el «Pintor en su Estudio», de Munkaczy, con él y su esposa por únicos actores, todo negro.

Y en tanto que en ese grato orden iba de uno en otro salón la serena multitud ya al volverse á sus casas; aquí viendo los retratos; allí la biblioteca envidiable; allá el descanso que inundan de luz mansa los florones eléctricos disimulados bajo las palmas; acá admirando en grupos la colosal ventana de cristal de colores, iluminada por luz invisible, que da sobre la suntuosa escalera, otros subían ó bajaban; ya repuesta la dulce fatiga, de los corredores donde en torno de las mesas, sentadas las favorecidas, y de pie las menos,

Digitized by Google

rociaban con champaña—el único vino de la noche—las magestades culinarias que de toneles sin fondo iba enviando en mil fuentes pequeñas Camovito; las ostras fritas, la tortuga verde, las lajas de capón, el pastel de caza y volatería, el de hígado de ganso, le pechuga de faisán, la lonja de oso, la pava silvestre; ó café, te y caldo; ó helados y dulces. Un galán arranca de un castillo de merengues una bandera americana de flecos de oro, y la pone en los cabellos rubios de su amiga, que saborea una ensalada de pollo, y un emparedado de lengua escarlata. Un marido trae abierta una botella de champaña y la deja sobre la alfombra á los pies de su esposa. Un socio del club, calvo como una bola de billar, arranca para una octogenaria escotada, vestida de azul, un oso blanco de los que adornan, en linda escena de nieve, el gran jamón ursino «á lo Polo Norte.» Nadie, ni el enamorado más ardiente, osa hundir el cuchillo en el gigantesco salmón de Kennebec, cubierto de escenas de pesca, dibujadas con materiales suculentos; y del cual halan por los dos cabos, como luchando en vano por alzarlo, dos pescadores de graciosa escultura. Sentados bajo una palmera departían Eva y Adán, hechos de azúcar, con muchas aves de pluma á sus pies, y frutas y flores. Había castillos de crocante y buques de almendra, con marineros y soldados vestidos como cuando la guerra del Sur, y fusiles y cañones. En estatuas de cera presidían la

Digitized by Google

mesa central Washington, Lincoln, Grant y Sherman, y sobre ellos y más grande que todos ellos, la libertad, con su bandera de listas y su escudo de estrellas. Sobre una pirámide de faisanes y de pollos dominaba el conjunto, extendida la cola, un pavo real.

Digitized by Google

Digitized by Google

INDICE.

Páginas

Prólogo V

La obra de Martí en relación con los últimos sucesos. (Discurso pronunciado por el † Sr. Nicolás Heredia en «Chickering Hall» la noche del 19 de Mayo de 1898, tercer aniversario de la muerte de Martí.)..... 1

José Martí como literato. (Discurso pronunciado por el Sr. Nicanor Bolet Peraza el 19 de Mayo de 1898.)..... 17

José Martí, por el † Sr. Domingo Estrada. (Guatemala, Febrero de 1899.)..... 41

CARTAS DESDE NEW YORK.

Año de 1886.

La Revolución del trabajo.—Grandes huelgas.—La reforma de las tarifas en el Congreso; etc. (Marzo 25.)..... 63

Primavera.—Los quehaceres de la cuaresma.—La mujer en los Estados Unidos; etc. (Mayo 2.)..... 77

New York y el arte.—Nueva exhibición de los pintores impresionistas.—Los vencidos de la luz; etc. (Julio 2.)..... 91

Cleveland y su partido.—Lucha entre el Presidente y los demócratas.—Vicios políticos de los representantes; etc. (Agosto 9.)..... 99

Digitized by Google

Páginas.

La vida de verano en los Estados Unidos: pobres, ricos, campamentos religiosos, sucesos notables.—Peligro grave de guerra entre México y los Estados Unidos; etc. (Agosto 12.)..... 109

El proceso de los siete anarquistas de Chicago.—El problema del trabajo en Europa y América; etc. (Septiembre 2.)..... 125

El monumento de la prensa.—Los periodistas de New York.—Grave incidente; etc..... 137

Año de 1887.

Sobre los Estados Unidos.—Ciudadanos y propietarios.—Adelanto de los indios; etc. (Enero 3.)..... 151

Revista de los últimos sucesos.—Descripción de la primera votación de mujeres en Kansas; etc. (Abril 10.)..... 161

Acontecimientos interesantes.—México en los Estados Unidos. — Una reina en Washington; etc. (Mayo 9.)..... 179

Primer aniversario de las bodas del Presidente.—Mrs. Cleveland en Washington; etc. (Junio 10.) 189

Historia de un proceso famoso.—Aspero verano.—New York en Julio; etc. (Junio 30.)..... 203

Cleveland.—El incidente de las banderas.—Los veteranos en la Casa Blanca; etc. (Julio 8.)..... 217

Varios sucesos.—Trabajos preparatorios de los partidos políticos; etc. (Agosto 8.)..... 229

Sobre la ciencia.—Asamblea anual de la Sociedad para el adelanto de las ciencias; etc. (Agosto 17.) 241

Desde los Estados Unidos.—Los sucesos.—El Casino que Vanderbilt regala á sus trabajadores; etc. (Septiembre 3.)..... 253

Postrimerías del verano.—Principales sucesos.—Tres convenciones.—Los dos chimpancés; etc. (Septiembre 4.)..... 263

Digitized by Google

Páginas.

En los Estados Unidos.—Días de fiesta y días de trabajo.—Procesiones pintorescas; etc. (Septiembre 7.) 275

Las ferias campestres.—Sucesos principales.—Maquinaria agrícola; etc. (Septiembre 22.) 307

Los sucesos de la semana.—Cleveland de viaje.—Los pájaros y la Estatua de la Libertad; etc. (Octubre 18.) 317

México en los Estados Unidos.—Sucesos referentes á México. Junta de la Liga de la Anexión en New York; etc. (Junio 23.) 325

La República Argentina en los Estados Unidos.—Un artículo del «Harper's Monthly.» (Octubre 22.) 339

Cosas del otro mundo.—Ultimas elecciones en New York.—Su importancia para la elección presidencial; etc. (Noviembre 9.) 351

Fiesta de la Liga de Propiedad Literaria. (Diciembre 15.) 363

Año de 1888.

Gran baile en New York.—Crónica de las bodas de plata del famoso Club «Unión League»—Origen del Club; etc. (Febrero 10.) 373

Digitized by Google

Esta obra se acabó de imprimir,
por tipógrafos confederados, en la imprenta de
la Gaceta de la Habana, el día
20 de Mayo del año
1902.

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS

3024394903

0 5917 3024394903

Digitized by Google